

S. I. KOVALIOV
**HISTORIA
DE ROMA**

III
EL IMPERIO



EDITORIAL FUTURO

Traducción del italiano de

MARCELO RAVONI

EDITORIAL FUTURO S. R. L., 1959

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

937
K88h
n. 3

S. I. KOVALIOV

HISTORIA DE ROMA

Tomo III. - El Imperio



EDITORIAL FUTURO S. R. L.
BUENOS AIRES

285078

UNIVERSIDAD DE CHILE
SEDE SANTIAGO ORIENTE
BIBLIOTECA CENTRAL

VOLUME I

HISTORIA
DE ROMA

Tomus III - 11 pages



LEONARDUS MANNINGIUS
LONDINIENSIS

CAPÍTULO I

PERÍODOS Y FUENTES DE LA HISTORIA DEL IMPERIO

Subdivisión en periodos de la historia del Imperio. — La historia del Imperio se puede subdividir en los siguientes períodos:

I. Principado de Augusto (30 a.C.-14 d.C.). Período de reacción y de perfeccionamiento de la organización imperial.

II. Período del régimen terrorista y su fin (14-69). Período del gobierno de los emperadores de la estirpe Julia-Claudia. Aumento de la oposición republicana y lucha contra ella con métodos terroristas. Guerra civil del 68-69.

III. Apogeo del Imperio (69-161). Gobierno de los Flavios y de los primeros Antoninos. Extensión de la base social de la autoridad imperial y su consolidación.

IV. Crisis del Imperio (161-284). Gobierno de los últimos Antoninos y su fin. Guerra civil del 193. Gobierno de los Severos y tentativa de detener la crisis con la militarización del Imperio. Crisis general del Imperio del siglo III.

V. Época de Diocleciano y Constantino (284-337). Debilitamiento momentáneo de la crisis. Período de la monarquía absoluta burocrático-militar.

VI. Caída del Imperio (fin del siglo IV - fin del siglo V). Revolución de los esclavos e invasión de los bárbaros.

Fuentes literarias de la historia del Imperio. — Los diferentes períodos de la historia del Imperio están documentados por las fuentes literarias con gran disparidad. La época del primer Imperio (siglo I) es la más ampliamente ilustrada. Entre los autores que ya conocemos, escribieron sobre esta época Plutarco (en las biografías de los emperadores Galba y Otón), Dion Casio (desde el libro 52º hasta el 67º; de los cuales nos han

llegado los que van del 61º al 67º en los extractos de Jifilino) y Suetonio (biografías de Augusto, Tiberio, Cayo Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito y Domiciano).

Al mismo período se refiere también Tácito, el más grande historiador romano, cuya obra constituye una fuente literaria de fundamental importancia. Publio¹ Cornelio Tácito (aproximadamente 55-120) provenía de una familia de caballeros itálos bastante rica y había recibido una magnífica educación. Había iniciado la carrera bajo los Flavios: en el 88 fué pretor, en el 97 cónsul con Nerva. Algunas veces tuvo también cargos importantes en las provincias. Parece ser que murió en los primeros años del imperio de Adriano.

La primera obra literaria de Tácito fué el *Diálogo sobre los oradores* (alrededor del 81), en el que razonaba sobre las causas de la decadencia de la oratoria en Roma. Tácito pensaba que estas causas debían buscarse en la falta de libertad de la vida política bajo los emperadores. Quince años después, Tácito escribía la biografía de su suegro, *Vida de Agricola*, obra que contiene datos interesantes sobre Britania. El largo intervalo entre la primera y la segunda obra se explica por el hecho de que, durante el gobierno de Domiciano, no había posibilidad alguna de libre creación literaria. Casi contemporáneamente a la *Vida de Agricola*, apareció una de las obras más importantes de Tácito, *Germania*, breve compendio de nociones geográficas y etnográficas que contenía la descripción del país y de las costumbres de las tribus germanas. Este estudio de Tácito constituye la fuente principal para la historia antigua de aquellos pueblos. Es poco probable que haya sido escrito en base al conocimiento personal del país y de sus habitantes por parte del autor. Lo más seguro es que los datos de Tácito se basen en producciones literarias y descripciones de personas que habían pasado algún tiempo en Germania.

Cuando Tácito empezó a trabajar sobre sus obras mayores (*Las Historias* y *Los Anales*), era ya un escritor maduro y poseía además una gran experiencia en la función pública. *Las Historias* fueron escritas probablemente entre el 105 y el 109. En su edición original comprendían 12 libros y abrazaban

¹ El nombre propio de Tácito no está establecido con precisión. En el más antiguo manuscrito mediceo de sus *Anales* es llamado Publio.

el período desde el 68 al 96, es decir desde la muerte de Nerón hasta el asesinato de Domiciano. Hasta nosotros sólo han llegado los primeros 4 libros y parte del 5º. *Los Anales*, escritos alrededor de los años 115 al 117, se subdividían, según parece, en 18 libros, de los que nos han llegado los primeros 4, fragmentos del V, y el VI, más o menos la mitad del XI, el XII, el XIII, el XIV, el XV y la primera mitad del XVI. En *Los Anales* se exponen los acontecimientos desde la muerte de Augusto hasta la de Nerón (14-68). De modo que las dos obras principales de Tácito dan un cuadro completo de la historia romana de casi todo el siglo I y constituyen también, en su estado actual, una fuente excepcionalmente valiosa para la historia de los primeros tiempos del Imperio.

Tácito fué el más grande de los historiadores romanos, y uno de los más eminentes historiadores antiguos en general. Pero habrá que convenir que no se lo puede poner al mismo nivel que Tucídides o Polibio: no tiene la objetividad de los grandes historiadores griegos, no posee la capacidad de descubrir las causas fundamentales de los hechos históricos; en realidad, demuestra no tener ninguna concepción de la historia. Fué sobre todo un artista: en este sentido, es el típico representante de la historiografía antigua que, salvo poquísimas excepciones, fué más un arte literario que una ciencia. Tácito fué un gran psicólogo. Si nos fuera permitido hablar de una cierta concepción "metodológica" suya, ésta consiste en su individualismo psicológico: la personalidad con su particular psicología es para Tácito el principal impulso de la Historia. Y Tácito, con toda la fuerza de su talento artístico, se dedicó a la descripción de las personalidades históricas.

En sus obras principales el historiador romano dió un cuadro vibrante de dramatismo de la degeneración del principado de Augusto en la sanguinaria tiranía de sus sucesores. Descrito con un estilo conciso pero sin embargo extraordinariamente expresivo, pleno de vivos ejemplos, este cuadro tuvo una influencia decisiva sobre todo el desarrollo posterior de la historiografía dedicada al siglo I del Imperio. Las figuras creadas por Tácito se hicieron tradicionales tanto en la ciencia como en el arte mundiales, y cualquier tentativa de corregirlas, de dar a las figuras y a la actividad de los primeros emperadores romanos rasgos distintos, ha sido vano hasta el día de hoy.

¿Hasta qué punto el cuadro descrito por Tácito corresponde a la realidad? Si nos referimos a los hechos no podemos acusar al historiador de falsificaciones conscientes. Tácito sabía muy bien que el primer deber del historiador consistía en la reconstrucción prolija y cuidadosa de la realidad de los hechos en favor de la realidad objetiva. Se sirvió largamente de todo el material literario de fines de la República y comienzos del Imperio: obras históricas, memorias, libelos, discursos, etc. Es indudable que pudo consultar importantes documentos oficiales. Además pertenecía a la alta burocracia imperial, estaba al corriente de la política del momento y no carecía de los conocimientos militares y políticos que son indispensables para el historiador.

En efecto, en los casos en que tenemos la posibilidad de controlar la exposición de Tácito con fuentes literarias paralelas (Plutarco, Dión Casio, Suetonio, etc.) o con documentos, constatamos que no podemos hacerle ningún reproche por alteración de los hechos.

Las cosas son distintas si consideramos su modo de reagrupar e interpretar los hechos. Tácito era partidario de la república aristocrática: sus simpatías hacia esa forma de gobierno no se resentían ni siquiera por el hecho de que comprendía la inevitabilidad del advenimiento de la monarquía. Seguía siendo un inconsolable republicano. Odiaba particularmente la forma despótica que la monarquía había tomado con los sucesores de Augusto. De ahí la prevención del historiador en la presentación del gobierno de los emperadores de las dos dinastías. No altera los hechos, pero los selecciona y los agrupa unilateralmente. El arbitrio, las violencias sanguinarias, la refinada depravación están mostradas a la luz, mientras que la actividad positiva de los emperadores la deja tendenciosamente en las sombras. A esto debe agregarse el *pathos* de moralista que condena severamente el vicio, y el talento del gran artista en busca de conflictos y contrastes dramáticos.

Como consecuencia de todas estas características en la obra de Tácito, la representación que nos da de la actividad de Tiberio, Cayo César (Caligula), Claudio, Nerón y Domiciano exige correcciones sustanciales. No sólo a priori resulta imposible creer que el Estado romano haya podido resistir muchos años dominado por locos, sino que los hechos (muchas veces

consignados por el propio Tácito) demuestran lo contrario, dado que hablan de muchas medidas inteligentes tomadas por esas personas cuyo lugar debió haber sido el manicomio. ¿Cómo podía esto ser posible? Evidentemente, el gran historiador romano fué demasiado subjetivo.

Pero, como ya hemos dicho antes, "corregir" a Tácito no es fácil. Especialmente, porque la segunda fuente principal para la historia del siglo I, las biografías de Suetonio, nos da en sustancia el mismo cuadro de crímenes irracionales y de sanguinaria depravación de los emperadores. Los motivos que impulsaron a Suetonio son totalmente distintos: si Tácito, al describir la evolución de la autocracia de Augusto hacia el despotismo, expresaba las ideas de la oposición republicana, Suetonio no se inspiraba en absoluto en tan altos fines. El autor de las *Vidas de los doce Césares* es antes que nada un narrador ameno (ver tomo II, pág. 165), el aspecto político de las cosas no le interesa para nada. Acepta el imperio en su conjunto, y las biografías sólo son para él una reunión de relatos y anécdotas amenas. Cuanto más picantes eran esas anécdotas, más gustaban al público. De ahí la tendencia a detalles pornográficos, a la descripción de perversiones y excesos sanguinarios. Ciertamente también la obra de Suetonio contiene mucho material precioso; pero no puede proporcionarnos ninguna nueva luz y ningún nuevo juicio crítico sobre la época que tratamos.

La tercera fuente literaria, Dión Casio, carece de originalidad porque toma sus informaciones sobre todo de Tácito y de Suetonio.

Lo mismo hay que decir de la mayoría de los escritores de segundo plano de la última época del Imperio, escritores que ya hemos recordado en la parte I: Eutropio, Aurelio Víctor y Orosio.

Excepción a la regla es, en cierto modo, Cayo Velayo Patérculo (ver tomo I, pág. 165). Oficial en tiempos de Tiberio, en la última parte de su obra se detiene especialmente en el gobierno de este monarca. Su exposición adquiere en este punto un tono de panegírico que habría podido servir de correlativo a la tradición de Tácito si Velayo no hubiera caído en el extremo opuesto. En Valerio Máximo (ver pág. 34 del tomo II) la adulación del cortesano a Tiberio aparece aún más evidente.

Muchos datos preciosos para la historia del primer imperio se encuentran también en el escritor hebreo Josefo Flavio (más o menos 37-100). A él pertenecen 4 obras que han llegado

hasta nosotros escritas en lengua griega: *Historia de la guerra judaica* (en 7 libros), *Antigüedades judaicas* (en 20 libros), *Contra Apión* y *Autobiografía*. La más interesante para la historia de Roma es la *Historia de la Guerra Judaica* que contiene la historia de la rebelión en Judea de los años 66-70. Durante el curso de la rebelión, Josefo tuvo por cierto tiempo una función directiva, y por lo mismo estaba bien informado sobre los acontecimientos. Es cierto que su posición prorromana y la tendencia a presentar sus propias acciones del modo más ventajoso lo hacen en gran parte subjetivo; pero con todo, la obra es una buena fuente. También en las obras de Josefo hay muchas indicaciones valiosas referentes a la historia romana.

Entre los escritores de carácter no histórico presentan gran interés para la historia de los primeros tiempos del Imperio las obras de Plinio el Joven, amigo de Tácito. Cayo Plinio Cecilio Segundo el Joven era sobrino e hijo adoptivo del famoso sabio Plinio el Viejo, muerto durante la erupción del Vesubio del 24 de agosto del 79. Durante el imperio de Trajano, Plinio el Joven gozó de una gran influencia y ocupó varios puestos importantes: en el 100 fué cónsul, del 111 al 113 gobernó las provincias de Bitinia y el Ponto. De sus escritos nos han llegado las *Cartas a los amigos* y al propio emperador, y el *Panegirico de Trajano*. Las primeras son de gran valor histórico, el segundo es de menor interés, válido sólo como ejemplo de la literatura cortesana de adulación.

Las obras científicas y técnicas de los primeros tiempos del Imperio no sólo proporcionan abundante material para la historia de la ciencia y la técnica romana; contienen también datos interesantes para la historia en general. Entre ellas podemos señalar la obra de Vitruvio *Sobre la arquitectura*, la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, el escrito sobre los acueductos de Frontino². Las relaciones agrarias y la técnica agrícola del siglo I d.C. están magníficamente descriptas en el *De re rustica* de Columela³.

Los numerosos escritos de Séneca sobre temas filosóficos-morales proporcionan también un óptimo material para conocer las características de la época. Lo mismo puede decirse, con

² Ya hemos recordado Tomo II, pág. 11 *Estratagemas de guerra* de Frontino.

³ Su nombre completo es Lucio Junio Moderado Columela.

mayor razón, de la literatura artística de la época de Augusto y de sus sucesores. En las producciones de Horacio, Ovidio, Petronio, Lucano, Marcial, Juvenal y muchos otros, la vida, las costumbres, los sentimientos políticos y morales de los diversos estratos de la sociedad romana están bien reflejados.

Como puede verse, el siglo I del Imperio no carece de fuentes literarias. Pero en esto las cosas no están tan bien cuando se trata de los siglos II y III. La fuente principal para este periodo es una gran recopilación de biografías de emperadores, desde Adriano hasta Numeriano (117-284), conocida con el título de *Scriptores Historiae Augustae* (Escritores de la historia de los Augustos). Las biografías pertenecen a distintos autores, y en la obra se indican seis: Elio Esparciano, Julio Capitolino, Vulcacio Galicano, Elio Lampridio, Trebelio Polión y Flavio Vopisco. De estos autores no sabemos nada por otras fuentes, lo que nos hace pensar que son personajes inventados, y que toda la recopilación no es sino una grandiosa falsificación. Varias hipótesis generales se han propuesto sobre esta obra. Lo más probable es que haya sido compuesta a principios del siglo IV en tiempos de Diocleciano y Constantino, y que a fines del mismo siglo haya sido reelaborada.

Independientemente de su origen, la recopilación es de poco valor (son un poco mejores las primeras biografías, las que van hasta Caracalla). Sus autores no demuestran tener ningún sentido de lo histórico: los hechos importantes se pierden en un fárrago de absurdos inimaginables y de enormes futilidades. Lo peor es que en las biografías se han introducido intencionalmente hechos falsos. Son falsos, especialmente, casi todos los documentos (por ejemplo las cartas de los emperadores).

Pero por suerte poseemos, para los siglos II y III, otras fuentes literarias que, aunque sea en parte, pueden compensar el escaso valor de los *Scriptores*. En primer lugar, la producción de Herodiano, escritor de origen sirio (aproximadamente 170-240) titulada *Ocho libros de historia desde la muerte del divino Marco*. La obra, escrita en griego, abraza el periodo desde la muerte de Marco Aurelio hasta la de Maximino (180-238). Aunque Herodiano es retórico y superficial, proporciona, sin embargo, valiosas informaciones.

En el siglo IV vivió el último gran historiador romano, Amiano Marcelino, natural de Antioquía (nacido alrededor del

330). Era funcionario imperial y estaba en relaciones amistosas con el emperador Juliano, en cuyas expediciones tomó parte. A él le pertenece una gran *Historia* en 31 libros, que abraza el período desde Nerva hasta la muerte de Valente (96-378). De ella sólo nos han quedado los últimos 18 libros (desde el 14º al 31º) que abrazan el período de tiempo comprendido entre el 352 y el 378. Amiano es sobrio y objetivo y se remite a buenas fuentes. Tiene gran importancia el hecho de que fué muy competente en el arte militar. Son interesantes sus frecuentes divagaciones de carácter geográfico y etnográfico, tanto más valiosas por el hecho de que el autor había recorrido y observado personalmente algunos países. Sin embargo, el idioma de Amiano es muy difícil: es tan rebuscado y enfático que a veces resulta imposible comprenderlo.

Entre los historiadores de segundo plano de los siglos iv y v, además de los ya recordados (Eutropio, Aurelio Víctor, Orosio, etc.), podemos señalar también a Zósimo, escritor de fines del siglo v, encarnizado enemigo del cristianismo. Escribió en griego la *Nueva historia*, en 6 libros que se han conservado casi enteros. En su obra describe sumariamente los acontecimientos desde la época de Augusto hasta fines del siglo iv. El período comprendido entre los años 395-410 (5º y 6º libro) está expuesto en modo más detallado. Zósimo tiene la virtud de haberse liberado de la forma retórica.

Con la difusión del cristianismo y con la decadencia del pensamiento histórico de la antigüedad, desde el siglo iii se difundió ampliamente un tipo particular de producción histórica. Se trata de crónicas universales, que contienen breves sumarios de historia que van desde la creación del mundo hasta generalmente la época en que vivía el autor. Carentes de valor científico, estas crónicas contienen sin embargo indicaciones sobre hechos que nos son desconocidos, porque sus autores se servían de fuentes que no han llegado hasta nosotros.

Entre estos cronistas corresponde el primer lugar a Sexto Juliano Africano, presbítero en Alejandría, que vivió en el siglo iii. A él pertenece un sumario cronológico de los acontecimientos de la historia universal desde la "creación del mundo" hasta el 221, en 5 libros. De la crónica de Africano no ha llegado hasta nosotros casi nada, pero fue el modelo y la fuente principal para la crónica de Eusebio, obispo de Cesarea (aproximadamente 260-340), la llamada *Crónica hasta el 325* y para la mayoría de las crónicas bizantinas: Juan Malala (siglo vii). Jorge Amartolo (siglo ix), Jorge Sincelo (comienzos del siglo ix), etc.

La literatura cristiana y anticristiana ⁴ de fines del Imperio proporciona material no sólo para la historia de la religión, sino también para la historia en general.

Entre los escritores cristianos recordamos: el mismo Eusebio de Cesarea que, además de la crónica, escribió la *Historia de la Iglesia* en 10 libros; el rector Lactancio (comienzos del siglo iv), los "santos padres" Orígenes (siglo ii), Tertuliano (siglos ii-iii), Jerónimo (iv-v), etc.

La numerosa literatura anticristiana nos ha llegado, naturalmente, en condiciones peores, y pocas veces se encuentran algunas noticias sobre ella a través de las citas de sus enemigos, los apologistas del cristianismo. De esta literatura se destacan las obras de Celso (siglo ii), de Porfirio (siglo iii) y del rector Libanio (siglo iv).

La literatura científica del siglo ii está representada por el famoso *Sistema astronómico* (llamado luego *Almagesto*) del alejandrino Claudio Tolomeo, claramente sintomático de la decadencia del pensamiento científico, y por numerosas obras de medicina de Claudio, médico de corte del emperador Cómodo.

La filosofía de los últimos siglos del Imperio pierde cada vez más su espíritu científico y se transforma en ética y religión. Los *Recuerdos* de Marco Aurelio son el ejemplo clásico del último estoicismo y un hermoso testimonio de los sentimientos sociales de la segunda mitad del siglo ii. Las obras de los neoplatónicos (Plotino, Porfirio, Jámblico y otros) pueden ser también utilizadas como fuentes históricas no sólo para la historia de la religión y de la filosofía de los siglos iii y iv.

La rica literatura jurídica del período final del Imperio está representada por pocas obras totalmente conservadas y por numerosos fragmentos de los grandes juristas de los siglos ii y iii: Gayo (*Instituciones*, manual de derecho), Papiniano, Domicio Ulpiano, Julio Paulo, etc. Más adelante hablaremos de las recopilaciones de leyes del período imperial.

La literatura artística de fines del Imperio fué un fiel espejo de las relaciones sociales de su época. Las sátiras de Luciano, ese "Voltaire de la antigüedad clásica", según la expresión de Engels, y la novela filosófica de Apuleyo *El asno de oro* son un precioso material de estudio para el siglo ii. En el poeta Ausonio encontramos una cantidad de hechos inte-

⁴ De las fuentes para la historia del cristianismo primitivo hablaremos especialmente en el capítulo xiv.

resantes para la historia de la cultura de Galia en el siglo iv. La misma importancia para la Galia del siglo v tienen las cartas y los versos de Sidonio Apolinario. Las obras del ilustre poeta alejandrino Claudiano (fines del siglo iv) contienen una rica materia para la historia general de su tiempo.

Fuentes originales. — Hasta aquí las fuentes literarias, en el más amplio sentido de la expresión, para la historia del Imperio. Veamos ahora cuál es el material documental, es decir las fuentes originales. Con respecto al periodo republicano, este material se presenta mucho más rico.

Las recopilaciones de leyes de los emperadores bizantinos Teodosio II (primera mitad del siglo v) y Justiniano (primera mitad del siglo vi) representan un sumario de precioso material jurídico de la época imperial.

La gran mayoría de las inscripciones (latinas y griegas), esa categoría básica de fuentes originales para la historia romana, pertenece justamente a la época imperial. Tenemos inscripciones como el famoso *monumentum Ancyranum* del que ya hemos hablado en la página 166 del volumen II, leyes imperiales, edictos, decretos, cartas, diplomas militares (decretos de baja), decretos senatoriales, inscripciones de municipios, de colegios, y una cantidad de inscripciones privadas (sobre las tumbas, sobre los edificios, sobre los objetos, etc.).

Un importante material documental se puede encontrar también en los papiros egipcios de la época imperial. Por ejemplo, hasta nosotros ha llegado transcripto en un papiro (aunque muy dañado) el famoso edicto del emperador Caracalla del 212 (*constitutio Antoniniana*) sobre la concesión de los derechos de ciudadanía a todos los habitantes libres del Imperio.

Sobre las monedas romanas se puede decir todo lo que hemos dicho de las inscripciones, es decir que las de la época imperial son inmensamente más numerosas que las de los periodos más antiguos. Las monedas constituyen una fuente original muy importante. Por medio de ellas podemos establecer los nombres y los títulos de los distintos emperadores o de los usurpadores de la autoridad imperial, como así también sus efigies. La llamada iconografía de la época imperial tiene su fuente principal en las monedas. Finalmente, el carácter del cuño de la moneda y el porcentaje de metales nobles que

contiene nos permiten extraer conclusiones sobre el estado general de la economía, de la técnica y de la cultura de la época a que pertenece determinado grupo de monedas.

Los numerosos restos arqueológicos de la época imperial completan las fuentes escritas y en algunos casos son la única fuente de información referente a períodos enteros de la historia de la civilización. Las excavaciones de Pompeya nos han proporcionado un valioso material, que caracteriza la vida de una pequeña ciudad itálica en la segunda mitad del siglo I. En las columnas de Trajano y de Marco Aurelio, que aún se alzan en Roma, se representan escenas que ilustran sobre el arte militar de los romanos en el siglo II. Las excavaciones en las provincias romanas, África, Galia, Germania, Sicilia, Asia Menor, etc., nos revelan los últimos restos del sistema romano de los siglos II y III, que se encaminaba ya hacia el derrumbe.

CAPÍTULO II

EL PRINCIPADO DE AUGUSTO

Formación jurídica del poder de Octaviano. — Las líneas de la formación jurídica del poder de Octaviano habían sido indicadas ya por sus dos predecesores, Sila y César. Sin embargo, el cauto Octaviano había comprendido la lección de los idus de marzo del 44 y trató de dar a su poder una forma más "constitucional", manteniendo en la organización estatal, dentro de lo posible, elementos republicanos. La República siguió existiendo formalmente y Octaviano no manifestó ninguna tendencia monárquica.

El sistema que se concretó bajo su poder, conocido con el nombre de "principado", pasó a través de una lenta formación. Representa el fruto de la voluntad conciente del emperador, pero igualmente el resultado de las circunstancias y de una real relación de fuerzas. Clave de su comienzo fué la ley de Publio Ticio, del 43, por la que se concedían a los triunviros poderes ilimitados por 5 años. Después del acuerdo de Tarento esos poderes habían sido prorrogados hasta el 31 de diciembre del 33. Por eso el primero de enero del 32 los poderes dictatoriales de Octaviano y de Antonio cesaban jurídicamente. Sin embargo ellos no habían renunciado, y en el 32 Octaviano continuaba todavía haciéndose llamar "triunviro". En rigor de verdad, esto constituía una usurpación y se hacía necesario legalizarla de cualquier modo. Un sistema de legalización había sido el juramento que en el 32 tanto Antonio como Octaviano habían pedido a sus propias tropas.

La muerte de Antonio el 19 de agosto del 30 había convertido a Octaviano, de hecho, en el único jefe absoluto de Roma y de todos sus dominios; pero jurídicamente su posición no

había cambiado en lo más mínimo. Ya hemos recordado que desde el 86, después de la victoria sobre Sexto Pompeyo, Octaviano había sido investido del poder de tribuno por vida. En el 80 el senado le confirmó estos poderes y los amplió.

En el 29 Octaviano regresó a Roma y celebró un gran triunfo. En esa ocasión el título de "emperador", que usaba desde hacía algunos años, pero no oficialmente, le fué atribuido por ley y se trasformó, como había sucedido con César, en nombre personal (*praenomen*). En el 28 Octaviano fué elegido cónsul junto con Agripa (era su sexto consulado) y en el mismo año los cónsules efectuaron el censo general de todos los ciudadanos⁵ (que no había sido hecho desde el 70) con motivo del cual se realizó una "depuración" del senado. El número de senadores, que en los últimos años había crecido hasta 1.000, fué reducido a 800. El nombre de Octaviano fué puesto a la cabeza de la lista y de ese modo se convirtió en el *princeps senatus*.

Por fin el 13 de enero del 27 se representó el último acto: Octaviano declaró al senado y a la asamblea popular que renunciaba a los poderes de "triunviro" y anunció la "restauración" de la República. El senado, reconocido, le confirió tres días después el sobrenombre honorífico de "Augusto"⁶ y le tributó otros altos honores⁷.

Después de este hecho, ¿cuáles eran los derechos formales que le quedaban al jefe de estado? Con la autoridad tribunicia de por vida mantenía, en toda su plenitud, la *potestas* civil⁸. El cargo de cónsul que Augusto ocupó durante algunos años consecutivos, junto con el *imperium* personal, le daba la autoridad militar. Finalmente, en su calidad de primer cónsul gozaba de toda la autoridad moral (*auctoritas*) del jefe de la más alta instancia del Estado.

¿Qué representaba este sistema? Augusto mismo, para esconder la esencia monárquica de su poder, prefirió llamarse "pri-

⁵ Los cónsules procedían así en base a una disposición especial que les confería poderes censoriales.

⁶ *Augustus*=sagrado, alto, majestuoso (de *augeo*).

⁷ Se destaca entre ellos que el mes "sextil" fué llamado *augustus* (agosto).

⁸ La potestad tribunicia de Augusto era considerada mayor (*potestas maior*) con respecto a la de otros tribunos.

mer ciudadano del Estado" (*princeps civitatis*). Esta denominación no fué inventada por él; ya la habían usado Cicerón y otros contemporáneos refiriéndose a Pompeyo y a César para indicar su función directiva en el Estado. Augusto sancionó el término: "principado" empezó a llamarse definitivamente el sistema de organización estatal romana que se formó bajo su dominio y que continuó existiendo bajo sus sucesores, sistema en el que una monarquía de hecho estaba cubierta por formas y supervivencias republicanas.

Hasta qué punto fué brusca la aparición de estas nuevas formas y hasta qué punto era exteriormente complejo y confuso el sistema, queda demostrado por la famosa división de las provincias en imperiales y senatoriales. Renunciando a los poderes de triunviro, Augusto había también renunciado a su autoridad en las provincias. Sin embargo, después de muchas insistencias, consintió en mantener durante 10 años⁹ el poder de procónsul en tres provincias: Siria, España y Galia, a las que se agregaba de hecho Egipto, que desde el 30 era considerado su dominio personal. En las otras provincias había sido restaurado de nuevo el viejo gobierno senatorial por medio de procónsules republicanos. También la administración del tesoro estatal (erario) había sido devuelta al senado y a sus cuestores, mientras que para las tres provincias mencionadas y para Egipto se creó una organización financiera independiente, administrada directamente por agentes de Augusto. La caja imperial fué denominada "fisco" (*fiscus*).

Este paralelismo de poderes dió pie a Mommsen para llamar a todo el sistema "diarquía". Como es lógico pensar, en los hechos no existía nada semejante, pues los poderes no estaban para nada divididos y se concentraban todos en las manos del "príncipe". Tampoco en el gobierno de las provincias existía, en rigor, ningún dualismo de poder, porque Augusto gobernaba directamente las zonas de más importancia militar: Siria y Egipto en Oriente, Galia y España en Occidente. Sin embargo, en lo jurídico había una gran confusión entre el emperador y los órganos republicanos del poder: la asamblea popular, el senado y las magistraturas. Por este motivo los años sucesivos

⁹ Luego este término fué prorrogado varias veces hasta fines del reinado de Augusto.

aportaron notables precisiones en ese aspecto y también dejó de existir la aparente diarquía.

La definición exacta de los poderes fué determinada por algunas circunstancias. En el 27 Augusto había partido para las provincias occidentales, donde se detuvo algunos años. Como representante suyo en Roma había dejado a Marco Valerio Mesala Corvino en calidad de prefecto (*praefectus urbi*). Este había sido en el pasado un firme republicano y luego se había adherido al partido de Augusto. Unos días después de la partida del emperador, Mesala había renunciado a su cargo, según parece justamente a causa de lo indefinido de sus relaciones con los magistrados.

En el 23 se había descubierto un complot para atentar contra la vida de Augusto¹⁰. Los conspiradores habían sido procesados y condenados, pero el hecho había atemorizado al emperador, demostrándole que tampoco las apariencias republicanas constituían una defensa segura.

Debe agregarse además una grave enfermedad que había planteado al emperador con toda su fuerza el problema de la sucesión y el de la consolidación del principio dinástico (ver más adelante).

Todo esto explica por qué justamente en esos años se adoptaron varias medidas tendientes a definir con mayor claridad la situación del príncipe. Desde el tiempo de su viaje a las provincias, Augusto, aprovechándose de los poderes proconsulares, había organizado una guardia personal de 9 cohortes pretorianas, de 1.000 hombres cada una (*cohortes praetoriae*)¹¹. Después de haber regresado en el 24 a Roma, seguido por las cohortes pretorianas, había establecido tres en la misma ciudad y seis en las pequeñas ciudades de los alrededores. Además, formó en Roma tres cohortes urbanas (*cohortes urbanae*) con funciones de policía. De este modo, en Roma y sus

¹⁰ Encabezado por Terencio Varrón Murena y Fanio Cepión.

¹¹ La cohorte pretoriana existía ya en tiempos de la República como guardia personal del comandante (pretor). A fines de la República el número de cohortes había llegado a tres. Augusto, tomando en consideración el hecho de que sus poderes proconsulares se extendían sobre tres provincias, había actualizado el número de cohortes. Los soldados que prestaban servicio en éstas, tenían una situación de privilegio y eran llamados "pretorianos" (ver más adelante).

alrededores se había creado un apoyo militar directo para el emperador.

El 19 de julio del 23 Augusto renunció al cargo de cónsul que había retenido ininterrumpidamente desde el 31, y desde ese mismo año empezó a considerarse su poder tribunicio como una magistratura anual¹². Con esto se creaba un precedente y también los sucesores de Augusto comenzaron a contar el período de su gobierno por los años del tribunado.

Pero aún renunciando al consulado Augusto había mantenido una de sus prerrogativas más sustanciales: el derecho a presentar ante el senado propuestas con prelación sobre los otros magistrados (*jus primae relationis*), y al año siguiente le fué "concedido" también el derecho a convocar el senado y presidirlo, sentándose entre ambos cónsules.

Mucho más importante fué la decisión adoptada por el senado en el 23: el "imperio de Augusto fué reconocido como mayor (*imperium maius*) respecto al de los demás jefes militares, especialmente al de los procónsules de las provincias senatoriales. De este modo Augusto se convirtió en jefe de toda la administración provincial... , la diarquía desapareció para siempre!

El significado del cambio producido entre el año 24 y el 22 está completamente claro¹³. Por una parte se trataba de un paso más hacia la "restauración de la República". Renunciando a sus derechos exclusivos al consulado, Augusto lo hacía, al mismo tiempo, accesible a otras personas, mientras que la potestad tribunicia subrayaba el carácter general de su poder. Por otra parte, las reformas se proponían consolidar la autoridad personal del emperador. Ya la elección de la potestad tribunicia como forma republicana básica en la que quedaba expresa la autoridad civil de Augusto revela la tendencia a la consolidación de la autocracia, puesto que según las concepciones republicanas la potestad tribunicia representaba el más alto poder en relación con todas las otras magistraturas. Ade-

¹² Hay que hacer notar que Augusto, como patricio, no podía jurídicamente ser tribuno de la plebe. Para superar esa dificultad se instituyó un procedimiento según el cual la potestad tribunicia podía transmitirse del tribuno de la plebe investido a otra persona, en este caso Augusto.

¹³ Algunas de estas medidas fueron, según parece, resueltas en los concilios, otras por decretos senatoriales.

mas, aun renunciando para siempre al consulado, Augusto había conservado, como hemos visto, una situación de predominio en el senado, y actos como el de declarar la autoridad militar de Augusto superior a cualquier otra, sin hablar de la creación en la misma Roma de una guardia permanente para la persona del emperador, se dirigían, con toda evidencia, a consolidar tendencias autocráticas¹⁴.

El conjunto de todas estas circunstancias no deja lugar a dudas: a pesar de la demagógica afirmación del principio republicano, el resultado fué la consolidación del principio monárquico y de la diarquía sólo quedó una fórmula desprovista de sentido real.

Aquí terminó substancialmente la evolución del principado. Sólo se debe agregar que en el 13 Augusto fué elegido en los comicios pontífice máximo y se convirtió de ese modo en jefe de la religión romana. En esencia, ¿en qué se resumía la base formal del principado? En tres puntos esenciales: la potestad tribunicia, ampliada, hizo de Augusto el jefe de toda la administración civil (senado, comicios y magistraturas); el *imperium maius* le dió el alto mando de todas las tropas romanas y de las provincias; el cargo de pontífice máximo le atribuyó una función directiva en el campo religioso. A esto deben agregarse además los varios cargos y poderes extraordinarios que de vez en cuando asumía: la vigilancia censorial sobre las "leyes y las costumbres" (*cura legum et morum*), la dirección del abastecimiento de víveres en Roma (*cura annonae*), la vigilancia sobre los acueductos (*cura aquarum*).

Política interna de Augusto. — La política interna de Augusto estuvo marcada por la restauración de lo antiguo, cosa que surgió lógicamente del espíritu de profunda reacción que domina a toda la sociedad. En su política interna Augusto fué un representante abierto de esa reacción. Si bien en los comienzos de su actividad se mantuvo, como sus predecesores, sobre la plataforma de la soberanía del pueblo, durante la "restauración de la República" renunció a ella. La restauración debía proyectarse muy lejos en el tiempo, de cualquier

¹⁴ El derecho formal a la guardia estaba dado por la circunstancia de que el "imperio" proconsular de Augusto tenía un carácter permanente; lo concebía aún hallándose fuera de Roma. Por lo tanto, tenía derecho a tener en Roma la *cohors praetoria*.

modo más allá de los Gracos. Era necesario restaurar no la República democrática de la época de las guerras civiles, sino la vieja República aristocrática de los nobles con predominio del senado, con escasa autoridad de los comicios, con su simplicidad de vida, sus buenas costumbres, etc.

Había en esto mucho de utopía reaccionaria. Augusto, al igual que Sila, en su tentativa de revitalizar la antigua República, creó una nueva monarquía. Pero formalmente se volvió a un régimen senatorial. La autoridad de los "padres" (*patrum auctoritas*) fué restituida a sus antiguas proporciones. Las decisiones de los comicios, como en los viejos tiempos, debían ser aprobadas por el senado. Al más alto órgano del Estado se le atribuyó también el derecho, que antes nunca había tenido, de juzgar a sus propios miembros; un comité especial de altos magistrados y de 15 senadores, tenía la misión de preparar los proyectos de los decretos a presentarse en el senado.

Sin embargo, para elevar hasta tal punto la autoridad del senado, Augusto se vió obligado a librarlo de todos los elementos "sospechosos". En los últimos decenios de las guerras civiles, comenzando desde Sila, se había nombrado senadores, como hemos visto, a elementos heterogéneos que por su origen no tenían derecho a sentarse en la curia. Entre ellos había oficiales de Sila y de César, libertos, provinciales, etc. El número de senadores, después de César, superaba a los 1.000. Durante las repetidas "depuraciones" del senado (28, 18 y 8 a. C.; 4 y 14 d. C.), que Augusto cumplió gracias a sus poderes censoriales, el número de miembros del cuerpo fué reducido a 600.

Paralelamente se produjo la definitiva diferenciación de la clase senatorial con respecto a las dos restantes. De hecho esta diferenciación ya existía antes; pero sólo Augusto le dió una forma jurídica. Para los senadores se estableció el censo de 1 millón de sextercios. Además, para pertenecer a la clase senatorial era necesario, a más del censo, haber tenido antepasados de, por lo menos, dos generaciones (padre y abuelo) senadores. Los otros ciudadanos, aun cuando alcanzaran el censo establecido para los senadores, eran inscriptos en la clase de los caballeros.

Para estos últimos se mantuvo el antiguo censo de 400.000 sextercios. Al orden ecuestre pertenecían también los hijos de

los senadores hasta tanto no hubieran logrado la primera magistratura (cuestura) que les daba la posibilidad de llegar al senado. En tiempos de Augusto empezó también la transformación del orden ecuestre como clase. Junto a los cargos que podían ser ocupados por personas de la clase senatorial apareció una categoría especial de funcionarios, que fué ampliándose con el tiempo y que el emperador elegía solamente entre los caballeros: el prefecto de Egipto, el prefecto del pretorio¹⁶, el prefecto del escuadrón antiincendios¹⁶, etc. Esto favoreció el acercamiento entre los senadores y los caballeros, al convertirse ambas en categorías de funcionarios. Pero mientras los senadores cubrían principalmente los viejos cargos republicanos, el orden ecuestre ocupaba, sobre todo, los nuevos cargos creados por el Imperio¹⁷. De modo que los caballeros pasaron, de ser una categoría de grandes mercaderes, contrahistas y usureros, como lo fueron durante la República, a convertirse en una clase de funcionarios imperiales. Este proceso se inició con Augusto y se completó en el siglo II.

Junto a las dos clases superiores, la senatorial y el orden ecuestre, existía una tercera que había conservado el antiguo nombre de "plebe" pero que muy poco tenía de común con la plebe de los siglos IV y V¹⁸. Esta tercera clase no era homogénea, sino que estaba subdividida según el censo.

Por aquel mismo tiempo se iba produciendo un curioso proceso de diferenciación entre la plebe y una nueva categoría de funcionarios (la tercera), la de los libertos. Ya en tiempos de Augusto los libertos tuvieron una cierta importancia en la administración de palacio como agentes financieros (procuradores); pero fué luego, con sus sucesores, que adquirieron, como veremos en seguida, una función de primer plano.

A fines de la República la cantidad de libertos había crecido enormemente gracias a la liberación de numerosos esclavos. Las guerras civiles habían determinado la ruina o la des-

¹⁶ *Praefectus praetorio* = jefe de los pretorianos.

¹⁶ 7 cohortes de vigilantes (*cohortes vigilum*), constituidas en el año 7 d. e.

¹⁷ Los límites entre ambas categorías no fueron bien definidos.

¹⁸ También el antiguo patriciado se había vuelto más raro, y desde el 90 Octaviano había concedido el título de patricias a algunas familias nobles.

trucción de muchas familias ricas y, como consecuencia, la liberación de sus esclavos (recordemos los Cornelios de Sila). Augusto luchó enérgicamente contra los libertos en nombre de la pureza de la ciudadanía romana: en su época los libertos no fueron admitidos en las clases altas aunque cumplieran con el censo; tampoco se les autorizó el servicio militar (con excepción del servicio en el escuadrón antiincendios); a los senadores no se les permitió casarse con las hijas de los libertos.

El emperador tomó también medidas directas contra el principio mismo de transformación de los esclavos en libertos, dictando en el año 2 a. C. una ley (*lex Fufia Caninia*) que limitaba la liberación por testamento. Según la nueva ley el número de esclavos que se podían liberar estaba fijado en un determinado porcentaje de la propiedad del amo. Así, quien tenía de 3 a 10 esclavos no podría liberar a más de la mitad; quien poseía de 10 a 30, no a más de un tercio; quien tenía de 30 a 100, no más de un cuarto, y quien tenía de 100 a 500, no más de un quinto. En general, se prohibía liberar más de 100 esclavos con un solo testamento; además, los esclavos liberados debían indicarse nominativamente.

En el año 4 d. C. se dió una segunda ley (*lex Aelia Sentia*) que limitaba el derecho de liberación por parte de los propietarios vivos. Sólo el propietario mayor de 20 años, y únicamente para esclavos con más de 30, podía decidir por sí sólo la concesión de la libertad. Si faltaba una de estas condiciones, la ley exigía la intervención de una comisión especial formada por 5 senadores y 5 caballeros¹⁹ que debía decidir si la liberación de un esclavo (o de un grupo de esclavos) respondía verdaderamente a exigencias reales.

Había una categoría de esclavos que, en caso de liberación, no era admitida por lo general en la ciudadanía. Se trataba de aquéllos que habían tenido castigos o por parte de los amos o por parte de los órganos estatales. Se los consideraba "viciados" y en caso de liberación se encontraban, ya no en situación de ciudadanos, sino de "súbditos extranjeros" (*peregrini dediticii*): varias condiciones limitaban su libertad, principalmente la de vivir a no menos de 100 millas de distancia de Roma.

¹⁹ En Roma. En las provincias la comisión debía formarse con 20 ciudadanos romanos.

Con estas medidas Augusto trataba de detener la fuerte corriente de elementos extranjeros que se iba infiltrando en la ciudadanía romana. No sabemos cuál fué el resultado, y es poco probable que haya sido digno de considerar. Siempre había posibilidades de eludir las leyes, y las circunstancias económicas favorecían el aumento ulterior del fenómeno. Es cierto que habían terminado las guerras civiles, pero también lo es que en su lugar se había colocado el régimen de terror de los emperadores de la casa Julia-Claudia, que destruyeron los restos de la antigua nobleza. La crisis general del sistema esclavista, iniciada en tiempos del Imperio, contribuyó también a la agudización del fenómeno. Esto está confirmado indirectamente por el aumento del peso específico de los libertos en el aparato burocrático imperial, cosa que ya hemos señalado y de la que hablaremos más adelante. Y es característico, como digno de la época, el hecho de que el mismo Augusto, que había luchado contra el fenómeno de la liberación, se vió obligado a aprovechar ampliamente los servicios de los libertos. Se trata de una contradicción típica en muchos aspectos de su política: la contradicción entre las palabras y los hechos, entre la teoría y la práctica.

La época de las guerras civiles había conocido muchos casos de transformación "ilegal" de hombres libres en esclavos. Con el fin de normalizar las cosas, Augusto inició más de una vez la reforma del sistema carcelario de los esclavos (*ergástulos*) y liberó a gran parte de los que provenían de ciudadanos libres. En la literatura se recuerdan casos en que el emperador intervino a favor de los esclavos. En general puede decirse que desde la época de Augusto empezó un cierto mejoramiento en la situación de los esclavos, lo que indica —junto a otros factores— la incipiente crisis general del sistema esclavista.

La política de Augusto frente a los provinciales fué, por una parte, la continuación de la de sus predecesores y en particular, de César: confirmó la abolición del sistema de contrataciones para la recaudación de los impuestos directos; los provinciales obtuvieron el derecho a dirigirse directamente al emperador para cualquier queja eventual. Por otra parte, Augusto se separó de la política de César en lo referente a la concesión de derechos de ciudadanía. Si en el periodo de la lucha de los triunvires por el poder, ambos habían recurrido ampliamente

a la concesión del derecho de ciudadanía romana, después de la muerte de Antonio y de la consolidación de su poder, la política de Octaviano a este respecto cambió. Según las palabras de Suetonio²⁰, el emperador, absorbido por la preocupación de mantener pura la sangre del pueblo romano, era muy avaro en la concesión de derechos de ciudadanía. Cosa que, naturalmente, se conformaba a la perfección con su política conservadora.

A esta política se vincula también la lucha de Augusto contra la disolución de las costumbres, en nombre de la antigua simplicidad de vida romana, de la consolidación de las bases de la familia, etc. La gran acumulación de riquezas y las conmociones sociales de la época de las grandes conquistas y de las guerras civiles habían destruido definitivamente la familia de las clases elevadas, determinando su desmembramiento que, como ya hemos visto, se había iniciado desde el siglo II. Las mujeres jóvenes preferían no tener hijos y por este motivo había disminuído catastróficamente la natalidad. Las familias numerosas se convirtieron en una rareza. Muchos hombres permanecían solteros; las mujeres *defacto* habían logrado una completa emancipación; pero casi siempre su libertad sólo se traducía en libertad de adulterio. El número de infidelidades conyugales y de divorcios había aumentado considerablemente. La frívola poesía de Ovidio y la vasta popularidad de que ésta gozaba en la sociedad son un dato muy característico sobre la época.

Augusto trató de consolidar la familia y de aumentar la natalidad con rígidas medidas, promulgando en el período del 18 a. C. al 9 d. C. (no es posible establecer con mayor precisión las fechas) una serie de leyes tendientes a ese fin. Entre ellas debemos señalar sobre todo la "ley Julia contra el adulterio" (*lex julia de adulteriis coercendis*). Modificando las antiguas costumbres, esta ley daba, en algunos casos, al padre de la mujer casada, el derecho de matar a su propia hija junto con el amante; igualmente, el marido ofendido podía, en algunas circunstancias, matar al amante de la mujer (pero no a ésta). La novedad sustancial de esta ley consistía en el hecho de que además sacaba del ámbito familiar todos los casos

²⁰ *Biografía de Augusto*, 40.

semejantes, para convertirlos en objeto de proceso público ante un tribunal.

El derecho a denunciar a una mujer por adulterio correspondía, en primer lugar, al marido y al padre de la culpable, y luego, pasado el plazo de 60 días, a cualquier ciudadano de edad superior a los 25 años; sin embargo, si el marido había perdonado a la mujer culpable y no se divorciaba de ella, la denuncia ya no podía tener lugar (salvo en aquellos casos en que se demostrara que el marido, al perdonar a la esposa, había actuado así por interés).

En el caso en que la sentencia reconociese su culpabilidad, los acusados eran condenados al exilio sobre una pequeña isla a lo largo de la costa itálica y a la confiscación de sus bienes. Además, la mujer no podía volver a casarse con un hombre libre.

Todos los fenómenos de perversión sexual de los hombres que no estaban comprendidos en la categoría del adulterio (*adulterium*) eran considerados como *stuprum* y severamente castigados.

La ley de Augusto sobre el matrimonio (*lex Julia de maritandis ordinibus*) se dirigía contra el estado núbil y contra la falta de hijos. En su primera forma presentaba un carácter muy radical. Infortunadamente, no estamos en condiciones de reconstruirla por completo y debemos limitarnos, en muchos detalles, a hacer hipótesis. Según la ley decretaba la obligatoriedad de los matrimonios entre los ciudadanos libres y también entre los libertos (se excluía a los senadores); quienes no se casaban eran castigados; los hombres de 25 a 60 años y las mujeres de 20 a 50 debían estar unidas en matrimonio. Los transgresores eran castigados con la privación del derecho a dejar sus propios bienes por testamento²¹ y, si se trataba de mujeres, también con la imposición de una tasa especial igual al 1% del valor de sus bienes.

Las sanciones eran momentáneas y cesaban en el momento en que el ciudadano se casaba. El nacimiento de cada nuevo hijo daba a los padres nuevas ventajas. Pero no está claro si estas medidas tendientes a estimular la natalidad estaban contenidas en la *lex Julia*.

La severidad de la ley Julia suscitó en los altos estratos de la sociedad romana una oposición fortísima, que obligó a Au-

²¹ Salvo a los parientes inmediatos.

gusto a ceder en algunos puntos. El resultado fué la emisión, en el 9 d. C., de la llamada "ley de Papio y Popeo" (*lex Papia Popaeva*)²².

Esta segunda redacción mitigaba por un lado las duras normas de la ley primitiva y reforzaba, por el otro, las medidas tendientes a estimular la natalidad. La ley de Papio y Popeo ampliaba los límites de las relaciones familiares dentro de los cuales se permitía la libertad de testar, prolongaba los plazos en que la mujer divorciada o viuda debía encontrar un nuevo marido. Aquéllos que no habían tenido hijos podían transmitir en herencia la mitad de la suma de que habrían dispuesto en caso contrario. La ley preveía una serie de beneficios para los padres con prole numerosa: los hombres tendrían ventajas de carrera y las mujeres gozarían de una mayor libertad en la disposición de sus propios bienes y de otras ventajas (el famoso "derecho de los tres hijos", *jus trium liberorum*).

Las medidas del gobierno para sanear la familia no se limitaron solamente a la actividad legislativa. En la literatura de la época de Augusto encontramos intensificada la propaganda en favor de la vida familiar (Horacio). En general el emperador aprovechó ampliamente la influencia de la literatura para educar a la sociedad en el sentido que él deseaba. Exaltación de las bases familiares sólidas, lucha contra el lujo, idealización de las antiguas costumbres romanas, todo esto se encuentra en aquella corriente literaria que gozaba de la simpatía y del apoyo del emperador (Virgilio, Horacio, Tito Livio).

También el ejemplo personal debía actuar en ese sentido: Augusto trataba de convertirse, con la simplicidad de su vida, en un ejemplo para las clases altas de la sociedad romana.

"Vivió primero cerca del Foro —dice Suetonio— en una casa que pertenecía antes al orador Calvo, luego sobre el Palatino; pero también entonces en la modesta casa de Hortensia. Esta casa no aparentaba grandeza ni lujo. Los pequeños pórticos eran de piedra de Albano, en las habitaciones no había adornos de mármol ni pisos elegantes. Durante más de 40 años Augusto vivió, invierno y verano, siempre en el mismo dormitorio... De su mesura en el mobiliaje y en los implementos domésticos puede tenerse noción aún hoy por los utensilios que han quedado, la mayor parte de ellos apenas adaptable a habitaciones privadas.

²² De los nombres de los cónsules del año , Marco Papio Mutilo y Quinto Pompeyo Segundo.

No dice que dormía sólo sobre camas bajas y simples. Las ropas que llevaba provenían exclusivamente de la producción doméstica, hechas por la esposa, la hermana, la hija o las sobrinas²³.

¿Qué resultado dió la audaz tentativa de Augusto de sanear las costumbres romanas? Si confrontamos los datos del censo del 28 a. C. con los del 13 d. C., vemos que en el curso de esos 40 años el número de ciudadanos romanos aumentó de 4 a 5 millones²⁴. Este aumento, pequeño en sí mismo, puede explicarse fácilmente con la cesación de las guerras civiles y el restablecimiento de las condiciones normales de vida. Es poco probable que la política demográfica de Augusto haya podido influir seriamente sobre la dinámica de la población, tanto más que esta política afectaba sólo a las clases altas, que constituirían un pequeño porcentaje de la población romana. Y hay que agregar que para estas categorías siempre era posible eludir la ley por medio de matrimonios ficticios, adoptando hijos, etc.

En lo referente a la consolidación de la moral en general, la familia del propio legislador constituía un triste ejemplo de lo poco que se puede obtener con medidas de gobierno donde la evolución histórica marcha en otra dirección. Augusto luchó contra los divorcios, pero él mismo se divorció tres veces y se casó con una divorciada.

En su juventud Octaviano había estado prometido a Servilia; pero el matrimonio no tuvo lugar porque, por consideraciones políticas, Octaviano no había casado con Clodia, hijastra de Antonio. De ésta se había divorciado en el 41 para casarse con Escribonia, pariente de Sexto Pompeyo, que antes del matrimonio con Octaviano había estado casada dos veces. Por fin, habiéndose enamorado locamente de Livia Drusilia, la hermosa e inteligente esposa de Tiberio Claudio Nerón, la había hecho divorciar de su marido en el 38 y se había casado con ella, junto a la cual terminó sus días.

Augusto luchó contra la disolución, mientras su hija y su nieta²⁵ se comportaban en un modo tan escandaloso que el emperador se vió forzado a castigarlas, en base a la ley dictada por él mismo, con el exilio de por vida.

²³ Augusto, 72-73.

²⁴ A fines del gobierno de Augusto, la población del Imperio se estimó en 70 a 100 millones de almas.

²⁵ Julia, hija de Augusto y de Escribonia y Julia, hija de Julia y de Agripina.

La política de restauración y de defensa de Augusto tocó todos los aspectos de la sociedad romana. Restableció los antiguos cultos y los colegios sacerdotales olvidados casi a fines de la República (por ejemplo, los hermanos Arvales), y él mismo fué uno de sus fervientes miembros, fomentó el estudio de las glorias pasadas del pueblo romano y es probable que durante su reino se compusieran los fastos triunfales y consulares; protegió la historiografía romana de tendencias conservadoras (Tito Livio) y propugnó la formación de una epopeya "nacional" romana (Virgilio).

La asamblea popular, que en aquella época se componía en su gran mayoría de elementos urbanos desclasados fué "domesticada" por Augusto hasta tal punto que no puso ninguna traba a su política reaccionaria. Las cohortes pretorianas y urbanas tuvieron en esto una parte no menor en el sistema de corrupción directa u oculta de las masas populares. Augusto superó en este campo a su padre adoptivo. Ya hemos visto que César había disminuido el número de raciones gratuitas de pan de 300.000 a 100.000; Augusto aumentó nuevamente este número llevándolo a 200.000 y más. Su "testamento" recuerda numerosas donaciones extraordinarias de pan y dinero a la población de la ciudad y a los colonos. Más de 300.000 soldados recibieron a título de recompensa por los servicios prestados, parcelas de tierra o sumas de dinero. Durante su reinado, en los combates de gladiadores, intervinieron en total cerca de 10.000 hombres y por lo menos 26 veces el emperador organizó combates con fieras africanas, durante los cuales fueron muertos cerca de 3.500 animales.

"He dado al pueblo —escribió en su "testamento"— el espectáculo de una batalla naval, más allá del Tíber, en la localidad donde hoy se encuentra el "bosquecito de los Césares", haciendo excavar con ese fin una cuenca de 1.800 pasos de largo y 1.200 de ancho. En esta batalla tomaron parte 30 navíos rostrados de tres o dos órdenes de remos y un mayor número de naves de menor tamaño. A más de los remeros, participaban en la batalla alrededor de 300 hombres".

Las numerosas construcciones hechas por Augusto debían dar a su reinado un esplendor imperecedero.

Las fuentes recuerdan: el Foro de Augusto, el templo de Apolo en el Palatino, el pórtico de Octavia, el santuario del "divino" Julio que surgía en el lugar donde había sido cremado el cadáver de César, el teatro de Marcelo, el templo de Marte Vengador y muchas otras cons-

rucciones. El emperador restauró el Capitolio, el teatro de Pompeyo y ocho templos de la capital, mejoró los conductos de agua, reparó la Vía Flaminia de Roma a Rímíni, etc.

El emperador fundó el culto de su padre adoptivo, el "divino" Julio, y siguiendo su ejemplo, fomentó en todos los modos posibles el de la "genitora" de la estirpe Julia, la diosa Venus (Afrodita). Sin embargo, prohibió que se hiciese también de él un dios, por lo menos en Italia y en Roma. En las provincias se permitió la adoración del genio (espíritu protector) del emperador. En las provincias también empezó por entonces a difundirse el culto de la diosa Roma, que había hecho su aparición ya en la época republicana.

Las reformas militares de Augusto.—La dictadura de los emperadores romanos, tuvo, desde Sila, un abierto carácter militar. Esto era totalmente natural porque su poder se apoyaba directamente sobre el ejército. Este último, que *de jure* seguía siendo una milicia ciudadana, *defacto* ya desde mucho antes de la caída de la República se había transformado en un ejército profesional. Con sus reformas, Augusto le dió el aspecto que iba a conservar en lo fundamental durante casi dos siglos.

Ya hemos hablado de la creación de la guardia personal del emperador, las cohortes pretorianas. Se trataba de un cuerpo privilegiado del ejército: los pretorianos presentaban servicio por 16 años (los legionarios por 20) y recibían 20.000 sextercios al año como sueldo (los legionarios 12.000); se los reclutaba exclusivamente entre los itálos.

Pero, como es natural, no eran los pretorianos quienes componían el grueso del ejército imperial. Eran las legiones y sus tropas auxiliares. Estaban destacadas en las provincias, principalmente en aquéllas donde la situación militar era delicada, es decir, sobre los confines del Rin y del Danubio, en Egipto y en la España nor-occidental. Augusto disminuyó la cantidad de tropas respecto a la época del segundo triunvirato, llevando las legiones a 27 ó 28²⁰. El número total de los soldados oscilaba de 250.000 a 300.000, de los cuales la mitad servía en las legiones y la otra mitad en las tropas auxiliares. Estas últimas comprendían infantería, organizada en cohortes, y caballería, que formaba los flancos.

²⁰ En el año 31 el número total de las legiones romanas era de 70 a 75.

El reclutamiento se realizaba sobre el principio del enrolamiento voluntario, pero era frecuente que se recurriera a la conscripción obligatoria; se enrolaban especialmente elementos de la población bárbara de las provincias para completar las tropas auxiliares. El servicio en las tropas auxiliares era probablemente gratuito, con la única ventaja de que las personas que habían cumplido su período de servicio, en el momento de ser licenciadas eran por lo general premiadas con la concesión de la ciudadanía. En las legiones sólo se enrolaban los ciudadanos.

El período de servicio del legionario había sido establecido, como ya hemos indicado, en 20 años; el período de servicio en las tropas auxiliares llegaba hasta los 25 años. Pero era frecuente que quienes ya habían terminado su período de servicio fueran retenidos por la autoridad algún tiempo más, circunstancia que motivaba descontentos y rebeliones abiertas. Estos aplazamientos de las bajas se debían sobre todo al hecho de que, como era usual premiar al soldado licenciado con parcelas de tierra o sumas de dinero²⁷, el licenciamiento de muchos soldados podía poner al crario ante serias dificultades financieras.

En tiempos de Augusto llegó a su término el proceso de formación del ejército permanente, que se transformó en ejército profesional. A esto contribuyeron principalmente el enrolamiento voluntario, los largos períodos de servicio y el sueldo relativamente alto. Hasta el momento de la licencia los soldados no podían casarse legalmente, lo que contribuyó a hacer de ellos una categoría distinta de la sociedad ciudadana. Las unidades militares (legiones, cohortes, etc.) tuvieron un nombre y un número que las distinguían; en ellas se desarrollaron sólidas tradiciones y un fuerte espíritu de cuerpo; la disciplina fué llevada a un alto nivel, y del desorden que reinaba en el ejército en tiempos de las guerras civiles ya no quedó otra huella que el recuerdo.

Paralelamente a la organización definitiva del ejército regular se produjo la creación de la flota permanente. Aunque en épocas del Imperio no se produjo siquiera una batalla na-

²⁷ Con este fin Augusto había instituido una caja militar especial (*aerarium militare*), que se alimentaba con nuevas tasas sobre las sucesiones y otros rubros.

vul (la de Accio fué la última), sin embargo, en interés de la seguridad de las vías marítimas internas se hacía necesario el mantenimiento de alguna escuadra en el mar Mediterráneo. Las escuadras estaban destacadas en Miseno, Ravena y Alejandria. Además, las largas operaciones militares sobre el Rin y el Danubio (ver más adelante) hicieron necesaria la formación de flotillas fluviales para la seguridad de esos ríos.

El personal de la flota se reclutaba generalmente entre los hombres libres de las provincias; sin embargo, en las escuadras de Miseno y de Ravena había muchos esclavos, capturados por Augusto a Sexto Pompeyo.

La política exterior de Augusto.— Augusto necesitaba un fuerte ejército para la realización de su vasta y compleja política exterior. En el espíritu de la política general del principado, que tenía un carácter defensivo, tampoco la política exterior fué agresiva. El emperador, que trataba de restablecer lo antiguo en todos los órdenes, también quiso en este campo no ir más allá de la consolidación de las poco seguras fronteras del Imperio y del realce del nombre romano, que durante las guerras civiles había decaído. Pero todo esto debe entenderse en un sentido muy lato: Augusto pensaba lograr sus fines por medio de una política exterior muy activa. Además la República había dejado en herencia algunas cuestiones espinosas con las que era necesario terminar a cualquier costo. La que más aguda se presentaba era la de los partos.

La derrota del ejército de Craso y la infortunada expedición de Antonio habían producido una gran impresión sobre la opinión pública. Muchos prisioneros y banderas romanas habían quedado en manos de los partos. Augusto logró terminar con estas vergüenzas por medios pacíficos, aprovechando de la lucha que entonces se desarrollaba en el reino de los partos por la sucesión al trono y del hecho que cada una de las dos facciones que se combatían pedía la intervención de Roma a su favor. Augusto obtuvo de ese modo la entrega de todos los prisioneros y de los trofeos romanos y estableció sólidas fronteras en el Eufrates entre los dominios romanos y los de los partos. El hecho tuvo un eco más que favorable en la literatura contemporánea a Augusto y contribuyó en mucho a la consolidación de su autoridad. También en los otros reinos vasallos de Oriente la influencia romana se vió reforzada.

Otro problema a resolver era el de España. La región noroccidental de la península aún no había sido conquistada y continuaba siendo un foco de propaganda y movimientos antirromanos. Ya en el período del triunvirato se había iniciado una guerra contra las tribus de los cántabros, astures y vascos, guerra que en el 26 había adquirido un carácter particularmente encarnizado. Recién en los años 20-19 Agripa logró aplastar la resistencia de los últimos defensores de la libertad española. Una parte de los cántabros fué trasladada a otras regiones de España; los territorios sometidos fueron unidos a la provincia de España citerior²⁸. Luego, pacificada totalmente, la península ibérica fué romanizada en todo.

Durante su lucha contra Roma, las tribus nórdicas españolas habían sido ayudadas frecuentemente por sus vecinos de Aquitania. La ayuda cesó después del sometimiento definitivo de Aquitania, que se produjo en el 28.

La frontera de Italia se había corrido hasta los Alpes, porque después de la batalla de Filipos, la provincia de Galia Cisalpina había sido abolida. De ahí que fuera muy importante para los romanos garantizar la seguridad completa de los pasos alpinos. La mayoría de las tribus romanas había aceptado desde hacía ya tiempo el dominio romano, adoptando la organización administrativa romana; sólo la tribu de los saleses, que tenía en sus propias manos el paso del Pequeño San Bernardo, había logrado mantener su propia independencia. A veces se daba el caso de que comandantes romanos se vieran obligados a pagar a esa tribu el derecho de libre paso a través de su territorio. En el 25, Augusto, aprovechando de una nueva tentativa de los saleses de rebelarse, ordenó destruir la mayor parte de las tribus y trasladar a otras regiones a los sobrevivientes.

Pero el peso de la política exterior de Augusto recayó en el Danubio y en el Rin, puntos neurálgicos en los cuales los límites del Imperio eran particularmente inseguros. En el 16, con el pretexto de defender a Istria de las incursiones de las tribus bárbaras, se emprendió una expedición al norte contra los tauriscos, a consecuencia de la cual se formó una nueva provincia, el Nórico (Estiria y parte de Carincia), rica en

²⁸ Fué llamada España Tarraconense. La España ulterior fué dividida en dos provincias Lusitania y Bética.

hierro y en oro. En el año siguiente fueron sometidas las tribus de los recios y de los vindélicos (en los Alpes centrales y a lo largo de la costa del Danubio) y poco más tarde se constituyó en su territorio la provincia de Recia. Finalmente, después de cuatro años (12-9) de dura guerra, que los romanos cumplieron bajo el mando del hijastro de Augusto, Tiberio Claudio Nerón, fueron sometidos los panonios, que vivían en la actual Austria y en Hungría occidental. Su territorio fué transformado más tarde en una provincia llamada Panonia.

Como consecuencia de todas estas conquistas el límite septentrional del Imperio pasaba por el curso superior y medio del Danubio; pero también el curso inferior del río debía ser reforzado. Con este fin se sometió a la Mesia superior (Yugoeslavia), habitada por los getas, que fué unida a Macedonia²⁰. La Mesia inferior (Bulgaria septentrional) fué otorgada por Augusto al reino vasallo de Tracia, que se encargó también de su defensa.

De este modo se aseguraron las fronteras en el Danubio. Quedaba el Rin, donde la situación era particularmente alarmante. Los germanos habían pasado el río muchas veces para saquear Galia. Estas incursiones se habían verificado, por ejemplo, en el 29, en el 17 y en el 12. Además los germanos acostumbraban sostener las rebeliones de las tribus galas. Augusto decidió vencerlos y envió a sus hijastros, Druso Claudio Nerón, que en el curso de algunas campañas (12-9) penetró en Germania occidental hasta el Elba, actuando por mar y por tierra. Druso murió por una caída de caballo y la guerra germánica fué continuada por su hermano Tiberio. Con las campañas del 8-7 a.C. y del 4-5 d.C. el dominio romano sobre el país se amplió y se consolidó. Contemporáneamente, los germanos eran atacados por el sur, sobre las fronteras del Danubio.

En el 6 d.C. Tiberio inició una gran ofensiva contra las tribus de los marcomanos. Su jefe Marbod había creado un fuerte reino bárbaro en la actual Bohemia, y, a pesar de toda su cautela ante los romanos, había promovido sus sospechas al efectuar una reforma militar calcada de la organización romana. El ejército de Marbod contaba con 75.000 hombres.

Pero precisamente en ese momento estalló, a las espaldas

²⁰ De Macedonia en el 27 se había separado Grecia, trasformada en provincia de Acaya. La Mesia superior fué provincia desde el 6 a.c.

de Tiberio, una rebelión de panonios y dálmatas, que trataban de librarse del dominio romano impulsados por el descontento que había provocado el reclutamiento de tropas para la expedición a Alemania. La rebelión adquirió amplias proporciones: el número de los rebeldes alcanzó a los 200.000 (de combatientes solamente). La situación se hizo aún más difícil por un ataque contemporáneo de los getas en Mesia. El peligro amenazaba a Macedonia e incluso a Italia. Augusto envió al sitio de la rebelión considerables fuerzas: al fin de la guerra se concentraban allí 15 legiones y muchas tropas aliadas al mando de Tiberio y del hijo de Druso, Germánico. Después de una lucha que duró tres años, la rebelión fué sofocada en el 9 d.C.

Durante la rebelión en Panonia los germanos habían permanecido tranquilos. Recién hacia el final habían comenzado algunas agitaciones en los territorios comprendidos entre el Elba y el Rin. La causa era una tentativa del lugarteniente romano Publio Varo de imponer impuestos e introducir el procedimiento judicial romano. En el 9 había estallado la rebelión abierta, dirigida por la tribu de los queruscos, al mando del joven Arminio. Varo cayó en una emboscada con tres legiones y con las tropas aliadas en el bosque de Teutoburgo, mientras regresaba de los cuarteles de verano, y después de una encarnizada batalla que duró cuatro días, todo el ejército romano fué destruido y el propio Varo se mató.

La derrota de Varo provocó en Roma una gran alarma: se temía un ataque de los germanos sobre Galia y la rebelión general de los galos. Pero nada de esto sucedió: sólo se perdieron todas las conquistas de más allá del Rin. En el 10 y en el 11 Tiberio emprendió expediciones punitivas y con ayuda de la flota penetró de nuevo en el corazón de Germania. Pero Augusto comprendió que sería difícil mantener sólidamente ese territorio y finalmente retiró las tropas romanas hasta el Rin, que desde ese momento quedó como límite definitivo. Sólo una estrecha faja sobre la margen derecha y un triángulo comprendido entre los cursos superiores del Rin y del Danubio quedaron en manos romanas. En este punto el límite fué reforzado artificialmente con un valle y un sistema de puestos de vigilancia (el llamado *limes*).

La muerte de Augusto. Su personalidad, su significado histórico. — En esta alarmante situación se produjo, en agosto del 14, a los 77 años de edad, la muerte del emperador. Augusto no fué, como su padre adoptivo, un genio; no poseía la energía sobrehumana de César, su vasto horizonte, sus sorprendentes cualidades; sin embargo fué un político inteligente y sobrio, calculador y cauto, un buen organizador que supo elegirse colaboradores capaces. Desarrollando las bases del nuevo régimen, colocadas por Sila y por César, Augusto creó un sistema estatal que se mantuvo durante casi tres siglos.

Históricamente, las circunstancias le fueron muy favorables; políticamente, aprovechó la herencia de César. La época en que actuó no requería ya figuras excepcionales o personalidades heroicas. El cauto y astuto Octaviano era el hombre indicado para la misión que la historia le había puesto por delante, y lo era mucho más que sus adversarios. Por eso salió vencedor y gobernó durante 40 años, gozando de excepcional popularidad y sin encontrar ninguna oposición organizada. Algún complot que se tramó para atentar contra su vida pasó sin tener consecuencias políticas.

CAPÍTULO III

LA CULTURA ROMANA A FINES DE LA REPUBLICA Y PRINCIPIOS DEL IMPERIO

Época de las guerras civiles.— La cultura romana alcanzó su máximo esplendor en el período de las guerras civiles y en el subsiguiente del principado de Augusto. Esto correspondía a una ley interna. Al comienzo de las guerras civiles la sociedad romana no sólo había absorbido muchas conquistas de la cultura helénica, sino que había sabido también reelaborar la mayor parte dentro del espíritu nacional romano. Roma tenía ya a sus espaldas un largo período de desarrollo cultural durante el cual los preceptores venidos del exterior habían empezado a convertirse en parte orgánica del proceso interno de evolución cultural. Fué así que hacia mediados del siglo II a.C. se colocaron en Roma las bases de la ideología social, para cuya evolución completa dieron un fuerte impulso las guerras civiles. La máxima tensión de los contrastes sociales, el amplio desarrollo de la lucha de clases, el florecimiento de la vida política, la complicación de las relaciones internacionales, fueron elementos que actuaron como poderosos estímulos para una rápida evolución de todos los aspectos de la vida espiritual romana.

El fin de las guerras civiles y el largo período de paz civil que las siguió después del 30 a.C. provocaron en amplios círculos esclavistas una psicología de feliz alivio y de elevación creadora. Si bien es cierto que se trataba de un despertar de la reacción, que generó la fútil poesía de Ovidio, la historiografía conservadora de Livio y la lírica epicúrea de Horacio y que, en muchos aspectos, el "siglo de oro" de Augusto desmerecía en la confrontación con el período anterior —naturalmente la

época del principado no podía crear ni un Salustio, ni un Cicerón, ni un Catulo, ni un Lucrecio— sin embargo algunos elementos de la ideología social alcanzaron con Augusto su apogeo efectivo. Hay que agregar también que los dos periodos —las últimas décadas de las guerras civiles y el principado— no están divididos, en el campo de la evolución cultural, por una línea precisa.

La oratoria política y forense.— En la época de las guerras civiles llegó a su pleno desarrollo un gran instrumento de la cultura europea: la lengua literaria latina. La causa determinante de este desarrollo fué el florecimiento de la oratoria, indispensable en la activa vida política que tuvo sus comienzos en la época de los Gracos. Y no es causal que ambos hermanos hayan sido los primeros que pueden ser denominados oradores políticos romanos. Naturalmente, el terreno favorable para el desarrollo de la oratoria había sido preparado ya por Catón, Terencio, Escipión el Joven y otros; pero sólo con las guerras civiles se determinó una situación en la cual el don natural de los Gracos tuvo posibilidades de manifestarse. Tiberio sorprendía ya a sus contemporáneos con la fuerza de sus discursos; pero solamente su hermano alcanzó la veta de la oratoria política, en la que algunos elementos de retórica no podían esconder el auténtico *pathos* y la profunda sinceridad.

Después de los Gracos, encontramos en la política y en la tribuna forense una serie de eminentes oradores. El más grande fué, según parece, Lucio Licinio Craso (140-91), que ya en su juventud se había distinguido en este campo. Con su intervención contra C. Papirio Carbón, que era un traidor a los Gracos, lo había liquidado casi, hasta el punto de forzarlo al suicidio. Durante su servicio en Oriente, Craso había vivido en Atenas, donde tuvo ocasión de escuchar a los más grandes oradores y maestros de oratoria; a su regreso a Roma había tomado parte en algunos procesos y desempeñó una importante función política como hombre del partido senatorial. Cicerón lo considera uno de los más grandes oradores romanos, que sabía unir la elegancia de la expresión con la fuerza del discurso.

Sobre el arte oratorio romano influyó también grandemente la retórica de la escuela asiática con su rebuscamiento, su gusto por los efectos exteriores, el énfasis, el sentido del ritmo

del discurso, etc. El mayor representante de la oratoria asiática, aunque en su aspecto moderado, fué Molón de Rodas, maestro de todos los grandes oradores romanos del siglo I a.C. Según parece, también fué uno de sus alumnos Q. Hortensio (114-50), de profesión abogado, y optimate por convicciones, que fué considerado el mejor orador de su tiempo hasta que lo superó Cicerón.

Con este último la oratoria romana alcanzó su apogeo, aunque al mismo tiempo perdió mucho de su pasada sinceridad y de su fuerza de sentimientos. Cicerón había pasado a través de una magnífica escuela de retórica, primero en Roma y luego en Atenas, donde le había sido posible asimilar los consejos de famosos maestros y escuchar a los más brillantes oradores de su tiempo. Además, la agitada época en que vivió le dió las mejores oportunidades para aplicar en la práctica sus conocimientos y su talento. A más del gran número de discursos políticos y forenses que pronunció, nos quedan algunas de sus obras sobre la teoría del arte oratorio: *De oratore*, *Brutus*, etc.

El estilo de Cicerón puede definirse como "moderadamente asiático". Sus discursos se caracterizan por una prolija elaboración y una composición sujeta a determinadas reglas; cada uno de ellos se divide siempre en las mismas partes: la premisa (*exordium*), la exposición de los hechos (*narratio*), el plan de la parte principal del discurso (*probatio*), un resumen de la parte principal (*repetitio*) y finalmente la conclusión (*peroratio*). Como orador Cicerón era extraordinariamente variado: con la misma facilidad pasaba del sentimiento a la ironía y a los ataques violentos; su vocabulario era vastísimo; se servía de sinónimos, metáforas, parangones, etc. La escuela retórica griega gustaba de recubrir a la prosa rítmica y también Cicerón se servía ampliamente de este medio. A nuestros oídos esto suena muy artificial, pero sus contemporáneos estimaban mucho el ritmo patético y rebuscado de su prosa. Como quiera que sea, hay que reconocer que fué un brillante estilista y que sus discursos, como el resto de sus obras literarias, tuvieron una gran influencia en la evolución de la prosa latina. Cicerón no sólo fué apreciado por sus contemporáneos y por aquellos que lo siguieron inmediatamente en el tiempo, como por ejemplo los padres de la Iglesia: su influencia ha ido mucho más allá. En la época del Renacimiento los creadores de los

Idiomas literarios de la nueva Europa se inspiraron en él y los personajes de la gran revolución burguesa en Francia estudiaron con dedicación sus discursos y trataron de imitarlos.

La prosa histórica.— Ya hemos hablado (II, p. 160 y sig.) de los historiadores de la época de las guerras civiles, los jóvenes analistas, Salustio y César. Aquí sólo debemos subrayar su importancia en el proceso de elaboración de la prosa literaria, importancia no inferior a la de la oratoria política y forense. La influencia de la retórica griega, que penetró en la historiografía a través de la más reciente analística, fué sobrepasada por maestros del estilo como era Salustio y César. El primero había tomado como modelos a Tucídides y Catón, a quienes estudió a fondo; el segundo, gracias a sus eminentes cualidades literarias y oratorias, gracias a la sencillez y a la claridad de su mente racional, supo crear ejemplos de prosa latina que han permanecido insuperables. El estilo de César se distingue por su excepcional claridad y simpleza: renunció a cualquier embellecimiento retórico y especialmente al discurso rítmico. Su idioma se convirtió en ejemplo del "latín áureo" que en los años sucesivos sirvió, más que lo que hubiera podido hacerlo cualquier otra lengua, para reflejar el genio del pueblo romano.

La filosofía. Cicerón.— El espíritu filosófico fué completamente extraño al carácter sobrio y práctico de los romanos, por lo que en este campo aparece como más profunda la influencia de los griegos. En los siglos II y I, las escuelas filosóficas más populares en Grecia fueron dos: el escepticismo académico moderado y el estoicismo. Cicerón, que era un ecléctico puro y que se había fijado la misión de difundir en la sociedad romana las últimas conquistas de la filosofía griega, reunió en sus puntos de vista las concepciones más recomendables de ambos sistemas: la doctrina del probabilismo como criterio de verdad y, en el mismo espíritu del estoicismo, algunos conceptos generales, comunes a todos los hombres, como la inmortalidad del alma, la existencia de Dios, etc.

Entre las obras puramente filosóficas de Cicerón, las más importantes son las siguientes: *De finibus bonorum et malorum*, *Tusculanae disputationes* (exposición crítica de las principales enseñanzas filosóficas de Grecia), *De officiis*, *De natura deorum* y *De divinatione*. Las dos obras *De Republica* y *De legibus*,

que en la antigüedad fueron muy populares, pertenecen más bien a la categoría de los tratados políticos.

Cicerón, más que propósitos científicos, se fijó fines de divulgación. Por lo demás, no fué un verdadero filósofo: de eso surgen tanto los méritos como las insuficiencias que se encuentran en sus obras filosóficas, que por otra parte son accesibles y están escritas en un idioma simple y elegante. Cicerón superó brillantemente las dificultades propias de una traducción en lengua latina de la terminología filosófica griega. Por otra parte, al no poseer conocimientos específicos del tema, se dejó escapar muchas veces errores en la exposición de los sistemas filosóficos. Muchas cosas parecen escritas apresuradamente y con frecuencia faltan consideraciones críticas sobre el texto expuesto.

A pesar de todo esto, corresponde a Cicerón el gran mérito, ante la historia de la cultura, de haber sido el primero en dar a conocer en gran escala la filosofía griega al mundo cultural romano. Los hombres de la nueva Europa, antes de poder aprovechar directamente los tesoros de esa filosofía, la conocieron sobre todo por Cicerón.

Lucrecio. — El defecto básico de la filosofía romana, la falta de originalidad, aparece también en la producción del gran filósofo romano Tito Lucrecio (alrededor del 98 - alrededor del 54). De su vida no conocemos nada que sea verosímil; de su producción sólo nos ha quedado un poema en 6 libros, *De rerum natura*, inconcluso y no suficientemente elaborado, escrito en hexámetros. La concepción filosófica de Lucrecio no es original y tiene sus bases en las ideas del gran materialista griego Epicuro; pero su poema en sí tiene la importancia de una total originalidad, sin igual en la literatura mundial. En él Lucrecio logró fundir armónicamente la ciencia, la filosofía y la poesía. Con claros ejemplos pictóricos presenta un cuadro de la naturaleza y de la sociedad humana captadas en su incesante desarrollo, como mundo de la materia eternamente en movimiento.

Lucrecio fué un producto de las guerras civiles, época que había creado en la conciencia de los hombres la desconfianza en el mañana, el temor de la muerte, el miedo a los dioses. Lucrecio quería librar al hombre de estos temores imaginarios con la filosofía de Epicuro, que negaba la inmortalidad del

alma, las recompensas del más allá y la intervención de los dioses en la vida terrena, vida que se desenvuelve según leyes propias e inmutables. Fué un humanista y un optimista. Creía en el hombre, que del estado animal había sabido elevarse a las cimas de la civilización. En la segunda mitad de su libro V presenta un cuadro notable del desarrollo de la sociedad humana, tomando para ello como base la evolución sufrida por los instrumentos de trabajo. Esto confirma su genial intuición de poeta y filósofo que supo acercarse en mucho a la concepción materialista del proceso histórico.

La ciencia. — La gigantesca figura de Lucrecio y su tentativa de establecer una verdadera teoría científica de la naturaleza y de la sociedad son únicas. Los otros estudiosos romanos de la época no fueron más allá de la simple recopilación del material y su primaria elaboración empírica, descuidando por ello casi completamente las ciencias naturales. Es significativo el hecho de que César, para la reforma del calendario, se haya visto obligado a recurrir a la ayuda de un astrónomo alejandrino (I, 469). Representante típico de la ciencia romana de fines de la guerra civil fué Varrón (I, 20 y 316). La independencia de los estudiosos romanos se manifestó en esa época sobre todo en el campo de la jurisprudencia (Q. Mucio Escévola, Servio Sulpicio Rufo) y de la lingüística (L. Elio Estilón, Marco Terencio Varrón).

Poesía. Sátira. — Ya hemos visto que en el siglo II empezaron a llamarse "sátiras" ciertas composiciones ligeras en prosa o en verso de carácter muy variado. Algunas fueron escritas, por ejemplo, por Ennio (I, 302). Con el correr del tiempo, la sátira adquirió esa forma de burla acusadora que mantuvo en el curso de los siglos. El primer representante de este género fué Cayo Lucilio (más o menos 180-100), rico caballero romano, amigo de Escipión el Joven. Habiendo vivido en tiempos de la reacción posterior a los Gracos, fué testigo de la decadencia de Roma por obra de las camarillas oligárquicas, cuando la vida de todos los días daba abundante pie para las acusaciones. Lucilio escribió 30 libros de sátiras, de los cuales han llegado hasta nosotros alrededor de 800 fragmentos, escritos parte en hexámetros, parte en jambos y troqueos. El elemento cómico propiamente dicho no es siempre muy evidente en Lucilio, pero allí donde se presenta tiene un carácter clara-

mente acusador. Lucilio aprovechó ampliamente el hablar popular, lo que fué motivo de la gran difusión pública de sus obras. En el género satírico se cimentó con éxito también Varrón, que escribió una gran recopilación de *Sátiras Menipeas*³⁰ en 150 libros, de los cuales sólo se conservan fragmentos en mal estado.

La lírica. Catulo.—Hasta la época de las guerras civiles faltaron en Roma condiciones para el desarrollo de la lírica. Este género poético íntimo presupone la existencia de una compleja e intensa vida interior, y el viejo ambiente romano no proporcionaba material suficiente para esa experiencia. Recién la agudización de las contradicciones sociales en los siglos II y I creó el terreno favorable para su desarrollo. También tuvieron gran importancia en este campo el conocimiento de la poesía lírica griega y, particularmente, de la refinada literatura alejandrina.

En el siglo I a.C. apareció en Roma un grupo de jóvenes poetas que formaron un círculo literario³¹. Ellos iniciaron la reforma de la lengua poética latina, rechazando los arcaísmos de Ennio e introduciendo las variedades métricas de la lírica griega. Entre ellos el más famoso fué Cayo Valerio Catulo (alrededor del 87 - alrededor del 54). Había nacido en Verona, Italia septentrional, y provenía de una rica familia de caballeros. En Roma había caído en un valiente grupo aristocrático de poetas y tuvo oportunidad de manifestar sus brillantes dotes artísticas.

Catulo fué un poeta extraordinariamente variado: también él pagó su tributo al alejandrinismo entonces en boga, escribiendo algunas obras plagadas de erudición, pero su fuerza no está en esos versos alambicados; por el contrario, aparece en su lírica inmediata y llena de sentimiento. Catulo escribió también versos de carácter político: una serie de encendidos epigramas contra César y su séquito, que saqueaban despiadadamente Galia (por otra parte, luego el poeta se reconcilió con el futuro dictador).

Lo que más fuertemente influyó sobre la creación de Catulo fué su ardiente y atormentado amor hacia Clodia, hermana del

³⁰ Menipo fué un griego de Gádara, que vivió en el siglo III, del que los poetas romanos tomaron la forma exterior de la sátira.

³¹ Valerio Catón, Licinio Calvo, Valerio Catulo, etc.

conocido político Publio Clodio (I, 446). Con fuerza extraordinaria el poeta pintó todas las etapas y peripecias de su continente, desde el primer encuentro hasta la trágica conclusión. El famoso dístico: *Odi et amo, quare id faciam, fortasse requiris / Nescio, sed fieri sentio et excrucior* ("Odio y amo. Tal vez me preguntes por qué. / No lo sé, pero siento que así es y lo sufro") pertenece a la mejor poesía universal. "En estos versos está toda la vida humana", ha dicho un filósofo.

El teatro.— En la época de los Gracos el drama alcanzó su punto máximo de desarrollo y luego empezó rápidamente a decaer. En las tragedias de Lucio Accio (170 - más o menos 86) el espíritu heroico de la época encontró su expresión. Accio, hijo de un liberto umbrio, escribió un gran número de tragedias (alrededor de 50, de las cuales sólo pocos versos han llegado hasta nosotros) imitando a los griegos (sobre todo a Esquilo, Sófocles y Eurípides). A Accio pertenecen también dos *praetextae* sobre temas romanos: *Bruto* (sobre el tema de la expulsión de los Tarquinos) y *Enéadas* (que trata del sacrificio de Decio Mure en la batalla del Sentino).

Accio fué el último gran escritor dramático de la época republicana. En el siglo I a.C. la tragedia y la comedia surgieron de aquel bajo género de arte escénico que conocemos con el nombre de "atelana" o "mimo" (I, pág. 222). Estos dos tipos de comedia primitiva comenzaron a tener una elaboración literaria, en parte bajo la influencia de Sila, apasionado por la rústica bufonada escénica. Conocemos los nombres de los poetas romanos de comienzos del siglo I, Pomponio y Novio, que dieron a las atelanas una forma literaria precisa. De ellos nos han llegado numerosos títulos y algunos pequeños fragmentos. Bajo su nuevo aspecto la atelana se difundió ampliamente y puede ser considerada como la antepasada de la "comedia del arte" italiana.

Los modelos para el mimo romano probablemente hayan sido composiciones griegas análogas de la época helénica; pero esto no excluye que en Italia existiera un género propio de rústica farsa popular. También este género adquirió forma literaria a comienzos del siglo I a. C. Los más famosos autores de mimos fueron el caballero romano Décimo Laberio y el liberto Publilio Siro.

Mientras la atelana se fundaba sobre cuatro personajes fi-

jos fundamentales (Papo, Doseno, Maco y Bucón) que actuaban en las más distintas situaciones y partes (incluso en las femeninas), el mimo ofrecía mayores posibilidades, tanto al autor como al actor. Los personajes no eran máscaras, y en las partes femeninas intervenían mujeres. La vida de todos los días proporcionaba los temas, pero también se encontraban en ellos fragmentos de aventuras o de carácter mitológico. La lengua usada en el mimo era la simple del pueblo. Se dejaba un gran lugar a la improvisación y en general el esquema de la comedia no era respetado. Como la atelana, el mimo respondía a los gustos del espectador romano y se mantuvo sobre los escenarios de Roma hasta fines del Imperio.

El principado de Augusto.—Ya hemos dicho antes cómo el paso del largo período de las guerras civiles a un estado de sólida paz había producido en los círculos culturales romanos un espectador de las fuerzas creadoras, aunque de carácter muy limitado y específico. A lo dicho hay que agregar la política conciente del emperador, que protegía a las corrientes literarias acordes con el espíritu de sus reformas. Por eso sostuvo constantemente a Virgilio y Horacio, verdaderos poetas de corte, y perdonó a Tito Livio su moderado republicanismo en virtud del carácter generalmente patriótico y conservador de su obra. El emperador no sólo buscó influir personalmente sobre la literatura de su tiempo, sino que con este fin se sirvió también de colaboradores.

En este aspecto es particularmente conocido Cayo Cilnio Mecenas, íntimo amigo de Augusto, cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de generoso protector de la literatura y del arte. Mecenas era él mismo un escritor diletante; en su casa se reunían grupos de escritores y de poetas, entre ellos Virgilio, Propertio, Horacio, etc. Ayudaba generosamente a los literatos, pero dirigiendo su actividad en la dirección que convenía a Augusto.

Otro círculo literario fué el de Mesala³². Aunque éste era considerado partidario de Augusto, según parece no se habían desarraigado en él las antiguas convicciones republicanas. Esto explica el hecho de que en el grupo de Mesala, en el que participaban también varios poetas importantes (por ejemplo Ti-

³² Marco Valerio Mesala Corvino, mencionado ya en pág. 15 it.

bulo), faltaba el culto del emperador, característico en el círculo de Mecenas. Pero esta circunstancia no elimina el hecho en sí mismo de la protección del arte y de la literatura por parte de los representantes de la nobleza, hecho típico de la época del principado de Augusto.

Virgilio. — Entre los poetas de la época de Augusto, el más importante fué sin duda alguna Publio Virgilio Marón (70-19 a. C.). Nació en una aldea cercana a Mantua, en la Italia septentrional. Su padre, terrateniente bastante rico, pudo darle una buena educación. Virgilio estudió en Cremona, en Milán y en Roma. De regreso a su patria al término de su estudios, fué privado de su propiedad, confiscada a favor de los veteranos de Octaviano (42). Sin embargo Virgilio logró llegar hasta Octaviano y obtuvo la restitución de la tierra.

Una primera notoriedad la obtuvo el poeta con las *Bucólicas*, colección de 10 "églogas", canciones pastorales del tipo de los idilios de Teócrito. Sin embargo no todas las églogas de Virgilio imitan a Teócrito; en algunas están representados, bajo el aspecto de pastores, personajes contemporáneos del poeta, y no faltan referencias a los acontecimientos políticos de la época. Las églogas están escritas en un hermoso idioma y en rigor deben considerarse la primera producción poética "siglo de oro" de la literatura romana. Su lectura atrajo la atención de Mecenas y, por intermedio de éste, la de Octaviano.

La siguiente obra importante de Virgilio, escrita por deseo de Mecenas, fueron las *Geórgicas*. Desde el punto de vista político se trata de una obra de propaganda a favor de la economía agraria, arruinada por las guerras civiles. El poema se compone de 4 libros: el primero está dedicado a la agricultura, el segundo a la jardinería, el tercero a la cría del ganado, el cuarto a la apicultura. Sobre las *Geórgicas* el poeta trabajó durante 7 años y se sirvió de todas las numerosas obras científicas y artísticas escritas sobre el tema. Se dice que Octaviano se entusiasmó tanto con el poema que en el 31, de regreso de Accio, escuchó durante cuatro días seguidos su lectura.

La obra mayor de Virgilio, que le valió la gloria inmortal, fué *La Eneida*, poema épico en 12 cantos. Aunque el poeta trabajó en él durante 10 años, no logró terminarlo y dejó dicho en su testamento que lo destruyeran después de su muer-

te. Pero Augusto ordenó publicar el poema tal cual se encontraba cuando una muerte imprevista arrebató a Virgilio.

La Eneida imita a los poemas homéricos en su tema, en su composición, en sus distintos episodios, en su lenguaje; hay en el poema un fuerte elemento de artificiosidad. Pero no por eso deja de ser una de las obras más grandes de la literatura mundial. Tanto sus contemporáneos como sus sucesores lo han reconocido unánimemente. Se dice que cuando Virgilio se presentaba en el teatro, los espectadores se ponían de pie para saludarlo. Dante en la *Divina Comedia* lo eligió como guía durante el viaje al infierno y al purgatorio; Voltaire lo colocó por encima de Homero...

La Eneida fué el primer gran poema romano, escrito por un gran maestro de la palabra en la época de apogeo de la literatura latina. El fin que Virgilio se propuso no era solamente artístico, sino también político: representar la suerte providencial del pueblo romano, glorificando su antiguo valor, y enaltecer a la estirpe de Augusto. Con este fin eligió como base de su poema la antigua leyenda sobre la fuga de Eneas a Italia.

El poema comienza con la descripción de la tempestad que sorprende a Eneas y sus compañeros de viaje durante la travesía desde Sicilia a Italia en el séptimo año de su peregrinación. La tempestad había sido provocada por Juno, enemiga de los troyanos. La madre de Eneas, Venus, logra aplacar las furias del mar y dirige la nave hacia África. La reina cartaginesa Dido recibe festivamente a los viajeros y luego, enamorada de Eneas, le pide que le relate sus aventuras. El relato de Eneas sobre la caída de Troya y su fuga de la ciudad constituye las mejores páginas del poema (libros II-III).

El amor de Eneas y Dido concluye con su unión. Pero a los troyanos les estaba reservado un destino distinto: ante Eneas se apareció el enviado de Júpiter, Mercurio, que le ordenó abandonar a Dido y zarpar hacia Italia, donde debía fundar un nuevo reino. Eneas se somete a la voluntad de los dioses y Dido, desesperada, se mata.

Una vez desembarcado en la costa de Italia (libro VI), cerca de Cumas, Eneas desciende a la caverna de la Sibilia y junto con ella baja hasta el reino de los infiernos. Allí encuentra al padre, Anquises, que le muestra los futuros destinos de Roma: ante Eneas desfilan sus grandes sucesores, desde Rómulo hasta César y Augusto. En el discurso de Anquises encontramos el famoso paralelo histórico entre los romanos y los otros pueblos, especialmente los griegos:

*Otros con más primor rostros vivientes
Harán de bronce duro o mármol fino;
Oradores habrá más elocuentes;*

*Sabios podrán con más seguro tino
El cielo escudriñar y las estrellas,
Y los cercos medir y el poder de ellas.
Tú, Romano, regir debes el mundo;
Esto, y paces dictar, te asigna el hado.
Humillando al soberbio, al iracundo,
Levantando al rendido, al desgraciado.*

(*La Eneida*, canto VI, traducción de Miguel Antonio Caro)

En los cañtos siguientes se relatan las aventuras de Eneas en el Lacio. Al principio el rey Latino recibe con agasajos a los troyanos y quiere dar su hija Lavinia como esposa a Eneas; pero Juno suscita la discordia entre los troyanos y los latinos. El principal enemigo de Eneas es el rey de los rútuulos, Turno, al que antes había sido prometida Lavinia. Comienza una guerra en la cual Turno muere a manos de Eneas. En este punto se interrumpe el poema.

Horacio. — La lírica de los tiempos de Augusto tiene un carácter completamente distinto de la de la época de las guerras civiles. En lugar de la poesía apasionada y llena de contradicciones de Catulo, tenemos el arte calmo y equilibrado de Horacio, que sabe apreciar la vida y gozar plenamente la felicidad que ésta ofrece.

Quinto Horacio Flaco (65-8 a. C.) era hijo de un liberto, pequeño propietario en Italia meridional. De joven había sido republicano; en Atenas, donde había terminado sus estudios, entró a formar parte del ejército de Bruto en calidad de tribuno militar. Pero en la batalla de Filipos su valor había sido sometido a una dura prueba: arrojando vergonzosamente el escudo, Horacio huyó del campo de batalla. Luego él mismo recordó el episodio en una oda:

"Contigo sufrí Filipos y la rápida fuga, cuando, y fué mala cosa, dejé el escudo, porque la virtud fué violada, y los más valientes tocaron el suelo con el mentón. Pero yo, espantado aún, Mercurio me alzó a través de los enemigos en medio de una densa nube; a ti te volvió a absorber el empuje del tumulto y te llevó de nuevo a la guerra a través de las olas tempestuosas".

Por ese motivo, los bienes de Horacio fueron confiscados y él mismo se vió obligado a permanecer lejos de Italia durante un cierto tiempo. Una vez obtenida la amnistía, el poeta regresó a Roma, donde se puso a trabajar como escribano. Sus primeras composiciones poéticas atrajeron la atención de Mecenas quien, aunque no de inmediato, empezó a proteger a Horacio, regalándole finalmente una pequeña propiedad en

los montes Sabinos. La vida tranquila en contacto con la naturaleza, en medio de amigos, constituía el *nec plus ultra* de las aspiraciones del poeta. Desde ese momento su producción alcanzó la cima.

Horacio llevó la métrica latina a la perfección total. En una de sus odas el mismo declara: *Fui el primero en transformar las canciones eólicas en ritmos de los itulos*³³. Se trata naturalmente de una exageración, porque ya antes de Horacio, Catulo y otros poetas innovadores se habían ocupado de la reforma de la métrica latina. Pero de todos modos Horacio los superó en efecto a todos, por la variedad de los metros usados, por la riqueza del idioma, por la elegancia de las imágenes.

El poder creador de Horacio alcanzó su plena madurez en las odas. Con este nombre designaban los gramáticos romanos a breves composiciones poéticas sobre distintos temas. Horacio las llama simplemente poesías, *carmina*. Se conocen 103, reunidas en cuatro libros. En ellas se destacan tanto la perfección de la expresión poética como su apacible humanismo y la concepción epicúrea de la vida.

Carpe diem: he allí la norma de vida de Horacio:

"No te importe saber lo que traerá el mañana, acepta contento la jornada de hoy que te ha sido concedida por la suerte y no descuides, amigo mío, ni la danza ni la caricia de la amada".

Una gran notoriedad ha tenido la 30ª oda del III libro, el famoso "Monumento":

Exegi monumentum aere perennius,

Regalique situ pyramidum altius...

(Erigi un monumento más perenne que el bronce,
más alto que las pirámides reales...)

Entre las otras obras de Horacio tienen particular importancia las *Espístolas* por el aspecto histórico-cultural. Con ellas Horacio creó un nuevo género poético. La tercera epístola del libro II, dirigida a los hermanos Pisones, titulada *De arte poetica*, es un tratado teórico en verso (todas las epístolas están escritas en hexámetros) sobre el arte poética y, especialmente, dramática. En ella Horacio expone con concisión las teorías estéticas griegas, fundándose principalmente en Aristóteles. La epístola dirigida a los Pisones sirvió durante mucho tiempo como guía para la creación dramática. El poeta fran-

³³ Odas, III, 30.

das del siglo XVII, Boileau, se sirvió de ellas para su *Art poétique* (1674), fundamento teórico del clasicismo de los tiempos modernos.

Ovidio. — De muy distinta tendencia fué el tercer gran poeta de la época de Augusto. Publio Ovidio Nasón (43 a. C. - 17 d. C.) provenía de una vieja y rica familia ecuestre, que vivía en Sulmona, Italia central. Siguiendo la costumbre existente en las ricas familias de la época, Ovidio recibió una cuidadosa educación retórica en Roma y luego emprendió un viaje a Grecia y Asia Menor para perfeccionarse. Al regreso, y por voluntad de su padre, decidió emprender la carrera política, pero no obtuvo ningún resultado. Desde su más joven edad, Ovidio se sentía atraído por la poesía y quiso dedicarse enteramente a su pasión, llevando una vida de rico particular. Por medio de su esposa³⁴, que pertenecía a una noble descendencia, logró introducirse en los más elevados círculos de la sociedad romana.

La actividad literaria de Ovidio se divide en tres periodos: al primero se remiten las obras eróticas: una colección de elegías amorosas en tres libros³⁵, titulada *Amores*; *Las Heroidas*, cartas de amor escritas por heroínas míticas y por sus amantes; el poema "didáctico" *El arte de amar*, en tres libros, y, como antidoto, el pequeño poema *Remedios de amor*.

Todas estas obras caracterizan tanto al poeta como a la época en que vivió. El contenido erótico, que a veces llega hasta la pornografía, expuesto en forma magistral, le garantizó un gran éxito en la sociedad romana.

Con el correr de los años el poeta se hizo más serio, entre otras razones porque el emperador no estaba nada satisfecho con sus tendencias frívolas. Durante los últimos años antes de ir a su exilio, Ovidio se puso a trabajar en *Los fastos* y *Las metamorfosis*. En la primera producción quiso describir en forma poética las principales fiestas romanas y su origen: el poema debía constar de 12 libros, uno para cada mes, pero Ovidio no llegó a escribir más que los seis primeros (hasta junio inclusive).

Las metamorfosis es su obra principal. En el poema, en

³⁴ Era la tercera esposa de Ovidio; de la primera se había divorciado en seguida, y la segunda, según parece, había muerto.

³⁵ Al comienzo eran 5 libros, pero luego el autor los redujo a 3.

15 libros, se narran las fabulosas transformaciones de los dioses, los hombres y los objetos, empezando desde el caos, del que nace el mundo, y llegando hasta Julio César, cuya apoteosis canta. La prodigiosa variedad de temas, la ferviente inventiva, la pureza de la lengua que linda a veces con la retórica, aseguraron a *Las metamorfosis* un gran éxito aún en vida del poeta. El hijo del Sol, Faetón, que pide al padre le confie el carro de fuego y que por su inexperiencia casi provoca el incendio de la tierra; la patética pareja conyugal de Filemón y Baucis; Pigmalión, que se enamora de una estatua de mujer espléndidamente modelada por él en un colmillo de elefante; Dédalo e Icaro, los primeros hombres que se alzaron al cielo con alas construidas por ellos mismos, son todos episodios de *Las metamorfosis* que, junto a muchos otros, se incorporaron a la literatura y al arte mundial. *Las metamorfosis* aún no estaba terminada por completo cuando el poeta cayó en desgracia. Ovidio, desesperado, quemó el manuscrito y el texto fué reconstruído por medio de copias que ya habían sido difundidas en Roma.

En el 8 d. C., por orden de Augusto, Ovidio fué enviado a la pequeña ciudad fortificada de Tomis (actual Constanza), en la costa del Mar Negro. Las causas de su exilio siguen siendo hoy desconocidas. Por algunas referencias del propio Ovidio puede deducirse que de algún modo se hubiera mezclado en una de las tantas historias de amor de Julia, la nieta del emperador³⁶. Augusto, que ya desde antes no podía soportar al poeta, habría aprovechado la ocasión para alejarlo definitivamente de Roma. Todos los ruegos del poeta, las imploraciones de su esposa y las intervenciones de amigos influyentes fueron sin resultado: ni Augusto ni su sucesor Tiberio perdonaron a Ovidio, que murió en Tomis en el 17 d. C.

El exilio en la lejana periferia bárbara destruyó la vida de Ovidio. Sin embargo también entonces siguió siendo un poeta. En Tomis escribió dos colecciones de versos: *Los tristes*, en 5 libros, y las *Cartas del Ponto*, en 4 libros. Si bien en estas últimas obras se siente la decadencia del poeta, algunos fragmentos presentan un gran valor. Así el relato de la última noche pasada en Roma, la descripción de la tempestad que

³⁶ Había sido exilada de Roma casi al mismo tiempo.

lo sorprendió durante el viaje, los bellísimos cuadros de la naturaleza que lo circundaba en el lugar del exilio, salvajes ante los ojos de un italo.

La historiografía.—El mayor historiador de la época fué Tito Livio, de quien ya hemos hablado (I, 16 y siguientes).

Entre los escritores menores de historia se destaca Pompeyo Trogo, gallo de nacimiento, proveniente de la Galia Narbonense. Trogo escribió una historia universal en 44 libros dedicada especialmente a la historia de Macedonia, por lo que dió a toda la obra el título de: *Historiae Philippicae*. Es interesante notar cómo en algunos fragmentos Trogo se expresa desfavorablemente sobre los romanos. Su producción no ha llegado hasta nosotros, salvo breves sumarios del contenido de todos los libros y una sucinta relación sobre toda la obra escrita por el rector del siglo II Marco Junio Justino (I, 185).

Los grandes personajes del siglo de Augusto—Agripa, Mecenas, Mecenas—escribieron memorias que desgraciadamente no han llegado hasta nosotros. También el propio emperador escribió memorias.

La ciencia.—Esta mantiene el mismo carácter empírico descriptivo y aplicado que hemos notado al hablar de la ciencia romana de la época de las guerras civiles. De nuevo hay en la época de Augusto el interés por los problemas técnicos, determinado por la intensa actividad edilicia y por el desarrollo de la técnica en general. El famoso trabajo del arquitecto Lucio Vitruvio Polión es un buen ejemplo. Se trata del *Sobre la arquitectura*, en 10 libros.

El contenido del trabajo de Vitruvio es más amplio de lo que su título deja suponer, porque el autor no se limita a hablar de la arquitectura en el sentido exacto de la palabra (desde el 1º al 7º libro), sino que habla también de la mecánica aplicada en general. Así Vitruvio describe los mecanismos de elevación (polispastos), procedimientos para la elevación de las aguas (tímpanos), para la medida de distancias recorridas por un vehículo (como el taxímetro moderno), etc.

Entre las otras ramas del saber, resulta significativo el desarrollo de la geografía. El valeroso general M. Agripa (63-12 a.C.), yerno y compañero de empresas de Augusto, compuso una gran carta geográfica de todo el mundo entonces conocido.

El griego Estrabón, nativo del Ponto (66 a.C. - 24 d.C.) escribió en lengua griega, fundándose en gran parte sobre observaciones personales, una *Geografía* en 7 libros, que ha llegado hasta nosotros casi completa y constituye la fuente principal para saber cuáles eran los conocimientos geográficos de la antigüedad (I, 315).

Un continuador de la tradición romana de los eruditos fué Marco Varrón Flaco (I, 20).

CAPÍTULO IV

EMPERADORES DE LA FAMILIA DE AUGUSTO

El problema de la sucesión. — Jurídicamente los poderes de Augusto, por su carácter personal, debían cesar con su muerte. Es natural que el emperador lo hubiese previsto y se esforzase en prepararse por anticipado una sucesión. Se trataba de una historia larga y complicada. Augusto no tenía hijos directos (ver el árbol genealógico de la casa de Augusto a fines del capítulo). Por eso, cuando en el 23 cayó gravemente enfermo y se vió cerca de la muerte, entregó su anillo con el sello al hombre que siempre había estado a su lado: Agripa. Julia era aún soltera, y los dos hijastros, Druso y Tiberio, eran demasiado jóvenes. Una vez curado, Augusto confirió a Agripa el poder proconsular sobre todas las provincias imperiales, lo que significaba prácticamente prepararlo para la sucesión. Sin embargo pronto el emperador cambió sus planes: entregó a Julia como esposa a M. Claudio Marcelo, hijo de su hermana Octavia, y lo indicó como su sucesor. Marcelo murió casi en seguida y Agripa volvió al primer plano. En el 21, Augusto lo hizo casar con la viuda de Marcelo y le concedió el alto mando de las provincias senatoriales y los poderes de tribuno. De este modo Agripa se convirtió de hecho en co-reinante de Augusto. Sus dos hijos mayores, tenidos con Julia, fueron adoptados por el emperador con los nombres de Cayo y Lucio César. Todo parecía ya solucionado.

Pero la muerte de Agripa, que se produjo el 12 a. C., destruyó lo planeado. Sus hijos eran aún muy jóvenes y entonces Augusto puso su mirada sobre los hijastros Tiberio y Druso. En el 11 obligó a Tiberio a divorciarse de su esposa y a casarse con la disoluta Julia. Paralelamente, entregó

como esposa a Druso su nieta Antonia, hija de Marco Antonio y de Octavia. Druso murió en el 9 a. C. y Tiberio quedó como único candidato a la sucesión. La concesión del poder de tribuno (6 a. C.) parecía haber consolidado definitivamente su posición.

Pero la escandalosa conducta de Julia hacía absolutamente imposible la vida familiar de Tiberio. Además Augusto, que no quería a su hijastro, empezó a demostrar claros signos de preferencia por sus nietos Cayo y Lucio. Por eso Tiberio partió para Rodas el mismo año en que había sido investido de los poderes de tribuno, y allí permaneció durante 7 años, rompiendo toda relación con la familia imperial. Recién en el siglo II d. C. Augusto le permitió regresar a Roma, donde sin embargo Tiberio continuó fuera de la vida política³⁷. Mientras tanto, Lucio César murió (año 2 a. C.) y dos años después murió también su hermano. De toda la sucesión masculina de Agripa y de Julia sólo quedaba vivo Marco Agripa Póstumo, quien tenía sin embargo un carácter tan irritable que no era posible pensar en él como sucesor, y Augusto se vió obligado a alejarlo también a él a una pequeña isla cerca del Elba, donde más tarde fué muerto.

Fué así que Tiberio quedó como único candidato a la sucesión. Después de la muerte de Cayo César, Augusto tuvo que adoptarlo³⁸ y en el siglo XIII d. C. sintiéndose cercano a la muerte, lo investió con los poderes preconsulares.

Por eso a la muerte de Augusto todos consideraban a Tiberio su sucesor legal, tanto más que en el testamento el emperador lo había nombrado su heredero principal.

Tiberio. — El período de gobierno de los cuatro sucesores de Augusto: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón (años 14-68), pertenecientes a la stirpe Julia-Claudia, se conoce como "época del terror". Este nombre se debe a que los cuatro emperadores (Claudio en grado mucho menor) recurrieron a métodos de violencia sistemática y abierta con los representantes de la oposición aristocrática (menos hacia la oposición democrática). Este sistema de terror se originaba sobre todo en la debilidad de la base social de la dinastía Julia-Claudia. Si con Augusto el Imperio había podido gozar de una com-

³⁷ En el 2 d.C. Julia fué exilada.

³⁸ Con la condición de que adoptase a su sobrino Germánico.

pleta paz civil durante 44 años, se debió a la derrota y el agotamiento de todas las fuerzas democráticas revolucionarias y por la psicología de depresión que había invadido a la sociedad romana. En sustancia, con la dictadura militar faltaba una base social amplia, salvo que se considere el ejército profesional y unos grupos de población itálica, no muy numerosos y aislados.

Después de los 44 años de gobierno de Augusto la sociedad se había repuesto de las espantosas consecuencias de las guerras civiles. Los testigos de esos tiempos terribles estaban casi todos muertos y la joven generación no sabía, en general, nada de ellos. La tradición republicana estaba aún muy arraigada en Roma por algo Augusto había dado a su dictadura formas republicanas. Pero las formas no engañaban a nadie y si bajo Augusto la oposición republicana se manifestó moderadamente, bajo sus sucesores adquirió mayor fuerza.

A esto hay que agregar otra circunstancia. Los sucesores de Augusto habían recibido en palacio una educación de espíritu monárquico. En cuanto al origen "democrático" del poder de los emperadores romanos, sólo sabían que provenía de una revolución. Augusto sabía y se comportaba con una gran cautela; pero sus sucesores se consideraban verdaderos monarcas hereditarios.

Fué así que los emperadores de la dinastía Julia-Claudia se encontraron frente a una creciente oposición republicana que provenía sobre todo de las filas de la antigua aristocracia, la cual, después de haber cedido por un tiempo el poder por espíritu de conservación, quería ahora reconquistarlo. ¿Y cómo podían los sucesores de Augusto luchar contra una oposición que anidaba precisamente en su séquito? Solamente adoptando métodos de terror individual. Dada la debilidad de la base social del primer Imperio, este sistema de lucha dió inevitablemente origen a violencias sanguinarias que determinaron un desequilibrio psíquico incluso en aquéllos que lo organizaban.

En el caso del primer sucesor de Augusto, que abrió la época del régimen terrorista, existían circunstancias particulares. Tiberio Claudio Nerón, que durante su reinado asumió el nombre de Tiberio César Augusto, era hijastro de Augusto e hijo del primer matrimonio de su esposa Livia.

Cuando Augusto murió, Tiberio había cumplido ya los 55 años. Su infeliz vida conyugal y el largo período de dudas, cuando nadie sabía (y él menos que nadie) quién sería el jefe del Estado, habíale creado un carácter cerrado, sospechoso, y una gran capacidad para la hipocrecía. Era por naturaleza un hombre indeciso. A pesar de todo esto, Tiberio era inteligente, poseía grandes dotes militares y administrativas y tenía muy desarrollado el sentido del deber. Este doble aspecto de su carácter, junto con la complicada situación que lo sorprendió en Roma cuando subió al trono, explica todas las contradicciones de su política.

Estas contradicciones vieron la luz desde los primeros momentos inmediatos a la muerte de Augusto. Por una parte, aprovechando del imperio proconsular y de la potestad tribunicia, Tiberio dió órdenes a las cohortes pretorianas, se hizo jurar fidelidad por las poblaciones del Imperio y convocó al senado; pero por otro lado representó en el senado una larga comedia renunciando al poder y volviéndolo a aceptar sólo luego de largas discusiones. El senado votó para él todas las prerrogativas de Augusto. Esta resolución surgió no sólo de la hipocrecía propia de Tiberio, sino también de un consciente cálculo político. En la familia imperial Tiberio era un extraño llegado de afuera. El sobrino Germánico, que se encontraba entonces en las fronteras germánicas, gozaba en Roma de una mayor popularidad. Obligando al senado a decidir a su favor, Tiberio había prevenido cualquier acusación de usurpador.

La debilidad del Imperio, y en particular del poder del propio Tiberio, se manifestó desde los primeros meses de su reinado con una rebelión de tres legiones en Panonia y de otras cuatro destacadas en el Rin. Los soldados estaban descontentos por el atraso en el pago de los sueldos y porque se los retenía en el servicio más tiempo del plazo previsto (pág. 27 it.). El pretexto para insurreccionarse fué la proclamación del odiado Tiberio como emperador. Los soldados del Rin llegaban hasta exigir que Germánico, su Jefe, asumiese los poderes imperiales. Germánico, lealmente y con peligro para su propia vida, rehusó hacerlo. A Panonia fué enviado el hijo de Druso. En ambos lugares fué necesario llegar a concesiones: a los soldados se les pagó el doble de lo que se les debía por

sus haberes; los que habían cumplido sus años de servicio fueron licenciados y además se les prometió que no serían empleados en trabajos pesados.

Para restablecer la disciplina se emprendieron algunas expediciones más allá del Rin (años 14-16) con las cuales se trataba, al mismo tiempo, de liquidar a aquellas tribus que habían derrotado a Varo y que mantenían aún su alianza entre ellas. Pero los triunfos que Germánico obtuvo no dieron resultados satisfactorios, y en cambio las pérdidas resultaron excesivas. Por otra parte, Tiberio envidiaba a su sobrino y temía por su creciente popularidad. Fué así que finalmente lo hizo regresar a Germania, lo premió con un triunfo (Año 17) y lo envió a Oriente con poderes extraordinarios.

Luego Germania fué separada de Galia y tuvo una administración independiente. Sólo incluía los territorios sobre la margen izquierda del Rin y fué dividida en dos provincias: la Germania superior y la inferior, gobernada cada una por un legado consular.

Germánico pasó dos años en Oriente (desde el 17 al 19), ocupándose de solucionar algunos asuntos pendientes. Los estados vasallos de Capadocia y Comágenes fueron transformados en provincias y se concertó un acuerdo con los partos. En el 19 Germánico murió imprevistamente en Siria, en las cercanías de Antioquía. En Roma se empezó a murmurar que había sido envenenado por el legado de Siria, Cneo Pisón, y su esposa Plancina; y también sobre el emperador recayeron graves sospechas. Aunque Pisón fué llevado ante un tribunal por orden de Tiberio, bajo la acusación de haber organizado intrigas contra Germánico, esto no fué suficiente para disipar las sospechas sobre la participación del emperador en la muerte de su sobrino. Especialmente Agripina, esposa de Germánico, mujer de carácter altivo y autoritario, hija de Julia y de Agripa, avivaba el fuego. Los desacuerdos entre los miembros de la familia imperial eran mantenidos vivos por el Seyano, prefecto de los pretorianos, llamado "el ángel malo del emperador". Las cosas empeoraron aún más cuando murió el hijo de Tiberio, Druso (año 23), y los hijos de Germánico y de Agripina —Nerón, Druso y Cayo— quedaron como los más próximos sucesores del emperador. La situación se hizo totalmente insostenible después de la muerte de Livia, en el 29.

pues ella había logrado, con su influencia personal, contener el desborde de las pasiones. Las cosas terminaron con el exilio de Agripina y con su muerte (año 33), con la muerte de Druso en prisión y con el suicidio de Nerón, que también había sido exilado. Sólo quedó vivo el tercer hijo, Cayo (Calígula), que fue adoptado por Tiberio ³⁹.

Estas fueron las circunstancias que llevaron al emperador al camino de las más severas medidas. También el ánimo de las masas populares en Italia y en las provincias se estaba convirtiendo en algo muy alarmante. Un tal Tacfarinas, nómada, que había servido en las tropas auxiliares romanas, de las que luego desertó, suscitó en el 17 en Numidia una rebelión que fue sofocada recién en el 24.

En el mismo año 24, se logró descubrir en Italia meridional un gran complot organizado por esclavos. Un ex soldado de la corte pretoriana, un tal Tito Curtisio, lanzando proclamas y organizando reuniones secretas en Brindisi y en las ciudades vecinas, empezó a llamar a la revuelta a los esclavos-pastores que vivían en los aislados prados montañoses. Por una casualidad se acercaron a la costa tres naves de guerra y con su ayuda el cuestor local logró sofocar la rebelión en sus comienzos. El tribuno militar enviado por Tiberio con un fuerte escuadrón de tropas detuvo a todos los jefes del complot y los llevó a Roma, donde empezaban ya a circular rumores alarmantes.

Todo esto obligó a Tiberio a reforzar las bases militares del Imperio. El mismo empezó a presentarse en todas partes seguido por una guardia personal (¡hasta en el senado!). Las cohortes pretorianas fueron trasladadas a Roma, donde se construyeron para ellas cuarteles especiales (año 23).

Su jefe, Lucio Elio Seyano, se convirtió en la persona más importante después del emperador. Como ya hemos dicho, Seyano tuvo una triste parte en la historia del reinado de Tiberio. Parece que su propósito hubiera sido llegar a ser el sucesor del emperador, o que tal vez tuviese también intenciones de derribarlo; de todos modos, el hecho innegable es que llevó a cabo una política sistemática tendiente a suscitar las sospechas de Tiberio contra la familia de Germánico y

³⁹ Aún era muy joven como para resultar peligroso.

quienes la rodeaban. Corría insistentemente el rumor de que él fué el culpable del envenenamiento de Druso y que tenía intenciones de casarse con su viuda, Livia⁴⁰. La concentración de los pretorianos en Roma tenía como finalidad permitir a Seyano hacerse dueño de Roma en el momento oportuno. El tuvo bastante que ver en la partida de Tiberio en el 26 para Campania y luego para la isla de Capri.

Sin embargo los planes del omnipotente favorito llegaron a conocimiento del emperador gracias a Antonia, madre de Germánico (año 31). Se imponía obrar con una gran cautela, dada la enorme influencia de que gozaba Seyano. Muy hábilmente, Tiberio organizó un contra-complot *sui generis*. Sin que Seyano se diera cuenta de nada, con la ayuda de un oficial pretoriano que le era fiel, Sertorio Macrón, y con generosas regalías, alejó a los pretorianos de su jefe. Cuando el terreno estuvo bien preparado, se leyó en el senado una carta del emperador (que en ese momento se encontraba en Capri) acusando a Seyano de traición. El senado lo condenó a muerte y el favorito fué ajusticiado. Muchos de sus amigos y partidarios corrieron la misma suerte. Macrón fué nombrado prefecto de los pretorianos.

El hecho había demostrado a Tiberio que no se podía considerar seguro ni siquiera entre los suyos, y esto hizo aumentar su desconfianza y su odio hacia los hombres. El régimen de terror llegó a su más alto grado.

La política interna de Tiberio se dirigió, desde un principio, a la abolición de algunos elementos "democráticos" del principado. Fué así que las elecciones de los magistrados fueron confiadas al senado⁴¹ y la actividad legislativa de los comicios fué de hecho abolida. El senado gozaba, especialmente en los primeros años de su gobierno, de una gran autoridad: el emperador sometía a su consideración los asuntos más importantes y estimaba en mucho su opinión. Pero luego, a medida que crecía la oposición y aumentaba la tenebrosa desconfianza de Tiberio, éste pasó a métodos de gobierno puramente

⁴⁰ Estos rumores encontraron un eco en Tácito. Pero es poco probable que los hechos referidos sean verídicos en lo referente al envenenamiento de Druso.

⁴¹ Los comicios sólo tuvieron el objeto formal de confirmar las listas de candidatos, aprobadas por el emperador y el senado.

autocrático y el senado se transformó en un simple instrumento de terror.

Ya en el 26, bajo la influencia de una morbosa misantropía y de los consejos de Seyano, Tiberio había dejado Roma. La muerte de Livia había ahondado el abismo entre el emperador y la familia de Germánico. El complot de Seyano fué el acontecimiento decisivo que lo empujó al método de las condenas, los exilios y las confiscaciones. Para los procesos sobre traición, o con mayor frecuencia, de "lesa majestad" (*laesae majestatis*) se atribuyó ampliamente al senado aquella competencia judicial que raras veces tuvo en el período de la República. La antigua ley del 103 (I, 387) sobre las ofensas a la grandeza del pueblo romano se aplicó a la persona del emperador y constituyó una base "jurídica" para perseguir a todos los elementos opositores del nuevo régimen. Es comprensible que esto se aprovechara para cumplir una gran cantidad de abusos: vejanzas personales, ocasiones para los delatores, que recibían en compensación el 25% de los bienes confiscados, etc. Aunque el emperador trataba de luchar contra los abusos, la situación era tal que se hacía imposible eliminarla.

A pesar de los aspectos negativos de su carácter, Tiberio fué un óptimo administrador, digno de la escuela de Augusto. Se distinguió por el sentido de economía que puso de manifiesto al disponer de los recursos del Estado (por eso la plebe no lo quiso). Durante su reinado las provincias se encontraron en una situación relativamente buena. Los numerosos procesos por concusiones demuestran el control a que eran sometidos quienes regían las provincias. Varias veces concedió subsidios extraordinarios a ciudades que fueron víctimas de terremotos. En las nuevas provincias (Galia, Danubio, España) promovió la construcción de numerosos caminos. En Italia luchó enérgicamente contra el bandillaje, obteniendo grandes éxitos. Más difícil era superar la otra consecuencia de las guerras civiles: la crisis agraria. En el 33 el senado había invitado a las personas de fortuna (sobre todo a los representantes del capital usurario) a invertir 2/3 de su capital en la tierra. Esto había provocado una aguda crisis financiera, porque los acreedores habían empezado a exigir enérgicamente el pago de la parte que se les debía. Tiberio intervino con la constitución de un fondo especial de crédito con los recursos del fisco.

Tiberio pasó los últimos años de su dominio en plena soledad en Capri, sin interesarse casi por los negocios de estado, que eran dirigidos por el prefecto de los pretorianos y el de la ciudad. La vida solitaria del emperador dió origen a una serie de leyendas sobre monstruosas perversiones y refinadas crueldades que habría practicado en Capri. Es poco probable que haya algo de verdad en esas fantasías. El 16 de marzo del 37, el emperador murió a los 78 años de edad en su villa sobre el cabo Miseno, sin dejar indicación alguna sobre su sucesor⁴². Dejó sus bienes por partes iguales a su sobrino Cayo César, único hijo que quedaba vivo de Germánico y Agripina⁴³, y al nieto, Tiberio Gemelo. La opinión pública se vió influida a favor de Cayo, hijo del popular Germánico. También Macrón, el prefecto de los pretorianos, se puso de su lado, y esta circunstancia resultó decisiva. El ejército y el pueblo juraron fidelidad a Cayo y el senado lo invistió de los mismos poderes que había tenido Tiberio. Gemelo fué dejado de lado.

Calígula. — Cayó César Augusto Germánico, o más simplemente Calígula⁴⁴, ascendió al trono con los más favorables augurios. De él se esperaba, como hijo de Germánico y de Agripina, un régimen bien distinto de la crueldad de Tiberio; y efectivamente, en los primeros meses de su reinado Calígula justificó lo que de él se esperaba. Mostró ostentosamente respeto por el senado y el pueblo y devolvió a los comicios el derecho a elegir los magistrados. Los pretorianos fueron generosamente premiados; se organizaron para el pueblo maravillosos espectáculos en el circo y combates de fieras; su primo, Tiberio Gemelo, fué adoptado por él; se permitió regresar a a la patria a todos los exilados y fueron condenados quienes se habían hecho culpables de delación bajo Tiberio.

Sin embargo pronto las cosas cambiaron bruscamente. Calígula era relativamente joven (25 años); había crecido en Capri, donde Tiberio lo había tenido siempre cerca suyo, lejos de los asuntos de Estado, en condiciones de servidumbre. De su madre Agripina había heredado el carácter indomable que en

⁴² También sobre su muerte existen relatos anecdóticos.

⁴³ Formalmente Cayo era nieto adoptivo del emperador, ya que su padre había sido adoptado como hijo.

⁴⁴ "Botita", diminutivo del calzado militar. Así era llamado por los soldados cuando de pequeño vivía con su padre en los campamentos.

él se había transformado en desequilibrio psíquico. Después de algunos meses de su reinado ordenó matar a Gemelo y a Marcón sin la menor apariencia de proceso. La frívola disipación de las riquezas que Tiberio había acumulado lo llevó a elevar los impuestos y a reanudar la práctica de las confiscaciones para revitalizar el tesoro del Estado. En el 39 emprendió una expedición a Germania y a Galia septentrional con fines puramente decorativos y aunque de la misma no resultó nada, al llegar a Roma celebró un grandioso triunfo que le costó sumas enormes (40).

El gobierno de Calígula constituyó una importante etapa en la transformación del principado en monarquía. Por primera vez introdujo en palacio un ceremonial monárquico: las genuflexiones, el beso de los pies, etc. El palacio imperial fué organizado rígidamente y los libertos empezaron a ejercer en su interior una función importante. A causa del desequilibrio psíquico del emperador, las manifestaciones de respeto hacia su persona comenzaron a adquirir pronto las formas más absurdas (por ejemplo Calígula exigía honores divinos, parangonándose a Júpiter, y quería hacer senador a su caballo predilecto, Incitato, etc.); pero históricamente se trataba de un proceso lógico. Se sentía también la influencia de las monarquías helénicas, en las que la divinización de la persona del rey empezó con Alejandro de Macedonia.

El régimen terrorista provocó en el 39 la organización de un complot para atentar contra la vida de Calígula. Fué encabezado por el jefe de las legiones de la Germania superior, Cneo Cornelio Lentulo Getúlico. En el complot estaba implicado también Marco Emilio Lépido, marido de Drusila, una de las hermanas de Calígula ⁴⁵. Es posible que él hubiera sido el destinado a subir al trono después de la muerte del emperador. El complot fué descubierto ⁴⁶ y una nueva ola de terror se desencadenó. Las hermanas de Calígula, Agripina y Julia, de quienes se sospechaba estuvieran implicadas, fueron ejecutadas.

⁴⁵ Se dice que las hermanas del emperador, Drusila y Agripina, eran amantes.

⁴⁶ Es muy probable que la absurda expedición de Calígula a Germania no lo fuera tanto como parece a primera vista, pues estaría vinculada con el descubrimiento del complot de Cneo Lentulo.

Después del regreso del emperador de Galia, se organizó en el 40 un segundo complot, en el que participaron los comandantes de los pretorianos, y el 24 de enero del 41 Calígula cayó bajo los puñales de los conspiradores.

Claudio. — No estaba establecido quién debía ser el sucesor del emperador asesinado. Pasaron dos días de interregno durante los cuales el senado estudió la posibilidad de restaurar la República. Reconociendo que esto era imposible, los senadores se pusieron a buscar un emperador que proviniese de su ambiente; pero mientras tanto la solución ya había sido encontrada fuera de su círculo.

Después del asesinato de Calígula los pretorianos habían encontrado por casualidad escondido en el palacio al tío del emperador, Claudio, hermano de Germánico. Todos se habían olvidado de él porque no parecía adaptarse, por su temperamento, a las funciones de emperador. Pero Claudio era hermano de Germánico, y esto fué suficiente para que los pretorianos lo llevaran a su cuartel y lo proclamaran allí emperador. Ante el hecho consumado, el senado no tuvo otro remedio que atribuirle todos los poderes y nombrarlo príncipe.

Tiberio Claudio Nerón Druso Germánico, que ése era su nombre completo ⁴⁷, subió al trono teniendo más de 50 años. En el palacio de Calígula había sido siempre objeto de burlas. Torpe, de ridículo comportamiento, Claudio era increíblemente amnésico y distraído; cualquier trabajo lo agotaba y a veces le sucedía que, en medio de un proceso, se dormía en el lugar o debía alejarse para un pequeño sueño. Pero no carecía de un cierto buen sentido. Muchas de sus palabras y de sus actos demuestran inteligencia, aunque al mismo tiempo él manifestaba ideas completamente absurdas. Augusto y Tiberio lo consideraban totalmente inepto para una actividad práctica y lo habían mantenido alejado de los asuntos de Estado. En sus horas libres Claudio se dedicaba a investigaciones históricas y escribió una *Autobiografía*, una *Historia de Etruria*, una *Historia de Cartago*; se ocupó de la reforma del alfabeto latino, introduciendo en él tres nuevas letras, etc.

Inmediatamente después de haber llegado al trono, Claudio

⁴⁷ En las inscripciones oficiales: Tiberio Claudio César Augusto Germánico.

se entregó con ardor al trabajo, pero sus defectos se hacían cada vez más graves con el correr de los años. Por eso el Imperio fué, de hecho, gobernado por otros. Su mérito indiscutible es haberse elegido colaboradores capaces y no haberles puesto obstáculos. Estos colaboradores eran los libertos Calixto (que ya había hecho carrera con Calígula), Narciso, Palante y Pollbio.

La característica más importante del gobierno de Claudio fué la creación de las bases del aparato burocrático del Imperio. Naturalmente este proceso no se había iniciado con Claudio, sino que venía mucho tiempo atrás: los primeros embriones pueden encontrarse en los gobiernos de César y de Augusto. Ya hemos visto que bajo Augusto se había hecho una división de los cargos en tres categorías: los ocupados por los senadores, los de los caballeros, y los de los libertos. Con Calígula, los libertos habían empezado a distinguirse muy especialmente como agentes personales del emperador en la compleja administración de la corte.

Claudio dió otro paso en esta dirección. Dió a los procuradores (agentes financieros del emperador que provenían en muchos casos de los libertos) jurisdicción judicial, es decir derecho a emitir sentencias sobre cuestiones referentes al tesoro imperial (*fisco*). Se trataba de una medida de gran importancia de principio, que transformaba a los procuradores en funcionarios estatales.

Paralelamente tenía lugar una evolución de la administración de corte que llevó a la formación del aparato central burocrático del Imperio. Ya hemos dicho que con Calígula la corte imperial había sido en cierto modo organizada. En tiempos de Claudio los bienes del Imperio habían llegado a tal punto que se imponía un sistema ordenado de administración. Esto se tradujo en la organización de 4 cancillerías de corte (*officia*). La más importante se llamaba *ab epistulis*, era dirigida por Narciso y servía de secretariado general de la corte imperial⁴⁸. Se ocupaba de la correspondencia. Luego estaba la cancillería *a rationibus*, dirigida por Palante, que se ocupaba de la administración de las finanzas imperiales. En tercer lugar, la cancillería *a libellis*, dirigida por Calixto y Po-

⁴⁸ Ya bajo Tiberio se dividía en dos secciones: *ab epistulis latinis* y

⁴⁹ *epistulis graecis*.

libio, que trataba todo lo referente a quejas, pedidos, súplicas, etc. Finalmente un equipo a *patrimonio* administraba todos los bienes inmuebles de la casa imperial.

Todas las cancellerías servían en un principio para la administración privada del emperador, pero dada su enorme amplitud (los bienes del emperador habían aumentado muy especialmente después de las confiscaciones efectuadas en la época del terror), dada la relativa distinción entre derecho público y privado que había en la antigüedad, y también como consecuencia de la creciente autoridad del poder imperial las cancellerías de corte se transformaron gradualmente en órganos centrales de la administración del Imperio, es decir en una especie de ministerios.

El secretario general (*ab epistulis*) reunía en su persona toda la administración en el más amplio sentido de la palabra: recibía los informes de los lugartenientes y jefes militares, promulgaba decretos sobre sus nombramientos, compilaba instrucciones para los funcionarios, publicaba los edictos imperiales, etc. De modo que el secretariado general se convirtió en algo así como un ministerio del interior y de guerra.

La cancellería a *rationibus* se transformó en algo similar a un ministerio de finanzas. En ella se concentraba el control de la recaudación de impuestos (incluso algunos provenientes de las provincias y senatoriales), la contabilidad del trigo para el abastecimiento de Roma, la adjudicación de los medios para las construcciones, para la fabricación de moneda, para el pago de los sueldos a los funcionarios imperiales, etc.

La oficina de las peticiones a *libellis* se convirtió en ministerio de justicia. Esta función se basaba en el hecho de que el emperador decidía, a propuesta del jefe de la cancellería, sobre las peticiones presentadas con resoluciones escritas que se convirtieron en una de las más importantes fuentes del derecho.

Junto a estos tres ministerios, la oficina a *patrimonio* (que podía considerarse una sección del ministerio a *rationibus*) tenía, como es lógico, una importancia muy inferior.

La creación del aparato central burocrático imperial tuvo una gran importancia histórica. El aparato administrativo de la República, con la sustitución anual de los magistrados provenientes del ambiente senatorial, ya no se adaptaba a la ad-

ministración del enorme y complejo mecanismo del Imperio. El sistema representativo (parlamentario) era en realidad extraño a la organización esclavista, fundada sobre la opresión de numerosas masas de la población por parte de una minoría privilegiada. Y aunque en el curso de toda la historia del Imperio las provincias se pusieron gradualmente a la par con Italia en lo que respecta a sus derechos, hasta el punto de que a principios del siglo III todos los habitantes libres del Imperio obtuvieron la ciudadanía romana, esto recién se produjo cuando el Imperio comenzaba a encaminarse hacia la decadencia. En cambio, en el período en que se organizaba el Imperio el sistema esclavista era aún bastante fuerte, y en esas condiciones la monarquía burocrática representaba la única forma estatal posible. Aunque la burocracia a fines del Imperio resultó una fuente de grandísimos abusos que causaron la ruina de su población, en un primer tiempo la introducción del sistema fué sin duda alguna un alivio para las provincias, agotadas por la conducta de saqueadores que observaban los lugartenientes republicanos. Es por esto que las provincias gozaron, durante el reinado de Claudio, de paz interior y de algunas ventajas materiales.

En general en su política provincial Claudio volvió a las tradiciones de César. Fué amplísimo en la concesión de derechos de ciudadanía ⁴⁰. En el 48 el senado daba a los galos, a propuesta del emperador, el *jus honorum*, y en consecuencia, el acceso al senado (la concesión se hizo inicialmente a la tribu de los eduos).

Al respecto surgió en el senado una larga discusión, pues una parte de los senadores se oponía a la medida. Claudio pronunció un discurso muy sensato, refiriéndose a ejemplos históricos que demostraban con cuánta frecuencia habían alcanzado altas posiciones en Roma los extranjeros ⁵⁰.

Claudio mitigó considerablemente el régimen de terror instaurado por sus predecesores, en parte porque era consciente del callejón sin salida al que llevaba la política de violencias,

⁴⁰ El censo del 47-48 estimó en 6.000.000 el número de ciudadanos, con un aumento de 1.000.000 respecto al del 13 d.C.

⁵⁰ Tácito, *Anales*, XI, 23-25. El discurso original de Claudio se ha conservado fragmentariamente en las llamadas *Tablas lionesas*. Ya nos hemos referido a él hablando de la cuestión de Mastarna,

en parte por su carácter no depravado. El senado se recobró, los procesos por lesa majestad fueron suspendidos: el emperador se hacía presente en el senado y tomaba parte en las discusiones. Sin embargo la oposición de la nobleza distaba mucho de haber sido derrotada por Tiberio y Calígula. Precisamente a comienzos del reinado de Claudio, Camilo Escriboniano, legado en Dalmacia, había sido proclamado emperador por sus tropas. Si bien es cierto que pronto fué abandonado por sus propios soldados, lo significativo es el hecho de que en Roma muchos se pusieron inmediatamente de su parte, dirigidos por Annio Viniciano. La rebelión fué sofocada en sangre. Poco después, el amante de la emperatriz Mesalina, Cayo Silio, había organizado un complot para apoderarse del trono. Al descubrirse, fué muerto junto con Mesalina y los otros complotados. Estas y algunas otras tentativas de menor gravedad mantenían al temeroso emperador en un estado de miedo y de tensión que lo hacía fácilmente accesible a las delaciones, cosa que fué muy aprovechada por su esposa y por sus favoritos.

En política exterior e interior Claudio tomó algunas importantes medidas. El mejoramiento de sus finanzas hizo posible la realización de obras tan monumentales como la construcción de un nuevo puerto en Ostia (año 42) y la desecación en el 52 de parte del lago Fucino, lo que había sido el sueño de César. Esta última empresa absorbió el trabajo de 10.000 hombres durante 11 años.

La política exterior se vió coronada de éxitos. También ésta se hizo posible por el excelente estado de las finanzas. A fines del reinado de Calígula, en el reino vasallo de Mauritania había estallado una revuelta, originada porque el emperador había hecho ajusticiar al rey Tolomeo. El general Cayo Suetonio Paulino sofocó el movimiento; las tropas romanas superaron la cima del Atlante, llegando hasta el Sahara. La Mauritania fué dividida en dos provincias: *Mauretania Tingitana* (Marruecos) y *Mauretania Caesarensis* (Argelia).

En Asia Menor, y con el fin de resguardar la costa meridional de las incursiones de las tribus montaÑesas, la Licia y la Panfilia fueron unidas en una sola provincia: *Lycia Pamphilia* (43).

La mayor empresa de Claudio fué la conquista de Britania.

Ya Calígula había tenido la intención, durante su expedición a Galia, pero en ese entonces la operación se aplazó. En el 43 un ejército romano de 50.000 hombres, al mando de A. Plaucio Silvano, desembarcó en la región sur-oriental de Inglaterra (Kent) y pasó el Támesis. El emperador mismo se hizo presente en el lugar; ante él los romanos derrotaron a las tropas del rey Carataco, que reunía bajo su mando a las tribus de la región sur-oriental de la isla, y ocuparon su capital, Camalodunum (Colchester). Después de esta victoria, Claudio regresó a Roma y allí celebró el triunfo⁵¹, mientras sus comandantes⁵² continuaban la conquista de las regiones meridionales y orientales de Inglaterra. A fines del reinado de Claudio fueron conquistadas también las regiones centrales de la isla.

Debemos recordar además los asuntos balcánicos. En el reino vasallo de Tracia, fundado por Augusto, se manifestaban discordias dinásticas y eran frecuentes las revueltas provocadas por el reclutamiento forzado para el ejército romano. Claudio aprovechó la ocasión para liquidar los últimos restos de independencia de ese país. En el 46 la dinastía local fué depuesta y la Tracia meridional transformada en provincia bajo la dirección de un procurador. La región septentrional del país fué unida a la Mesia, que se había extendido hasta el Ponto.

Ya hemos hablado de la pasión de Claudio por la historia antigua. Esta circunstancia tuvo una cierta influencia también sobre la política interna. A ella se debe en parte la revitalización del senado, el restablecimiento de la censura (en los años 47-48) que Claudio asumió personalmente⁵³, la reanudación de algunas antiguas ceremonias, la introducción de tres nuevas letras en el alfabeto latino, la prolongación del cerco sagrado de la ciudad (pomerio), etc., cosas todas que otorgan un carácter original y un poco de ridículo arcaísmo al reinado de este científico diletante.

La vida familiar de Claudio fué muy infortunada. Se casó 4 veces. De las dos primeras esposas se divorció. La tercera, Valeria Mesalina, escandalizaba por su libertinaje a la propia alta sociedad romana, acostumbrada a todo. Llegó al punto de celebrar bodas oficiales con su amante Cayo Silio, y Claudio

⁵¹ El hijo de Claudio y Mesalina fué llamado entonces Británico.

⁵² Entre ellos, el futuro emperador Vespasiano.

⁵³ Su colega fué Lucio Vitelio.

estaba vivo! Parece ser que este matrimonio, como lo hemos señalado, tenía sobre todo una finalidad política: los nuevos esposos fueron asesinados por orden de Narciso, mientras el emperador demostraba, como siempre, su extrema indecisión sobre lo que se debía hacer. Inmediatamente después de la muerte de Mesalina, Claudio se casó por cuarta vez con su propia sobrina Agripina (la menor), hija de Germánico y de Agripina. Como su madre, la nueva esposa se distinguía por su fuerza de carácter y por su indomable ambición. Casándose con el viejo emperador logró alejar a Británico y hacer adoptar a su propio hijo con el nombre de Nerón Claudio César (año 53). Octavia, hija de Claudio y de Mesalina, fué dada luego como esposa a Nerón.

Un año después (54) Claudio murió de improviso. Se dice que Agripina lo envenenó para asegurar el trono a su propio hijo, y la cosa aparece muy probable por cuanto Claudio había empezado, en los últimos tiempos anteriores a su muerte, a alejarse de la compañía de su esposa y de sus cortesanos, y parecía que pensaba restituir a Británico sus derechos. Pero no tenemos pruebas suficientes para afirmar que ésta sea la verdad. Es probable que el emperador haya muerto envenenado por hongos que había comido la noche anterior sin ninguna moderación.

La muerte del emperador se mantuvo oculta durante algún tiempo, hasta que Agripina, ayudada por Afranio Burro, prefecto de los pretorianos, se aseguró el apoyo de éstos para su hijo. Luego el senado confirió a Nerón los poderes de regla.

Nerón. — Nerón Claudio César ⁵⁴ subió al trono cuando aún no había cumplido 17 años. No era por temperamento tan malvado como falta de voluntad, no carecía de cierto talento y en algunos sentidos prometía bien. Pero las circunstancias del primer año de su reinado sofocaron en él cualquier buen sentimiento para dar paso a los más maléficos instintos.

En los primeros tiempos los asuntos de Estado fueron dirigidos por Afranio Burro y por el educador del joven emperador, el famoso filósofo y escritor L. Anneo Séneca. Estos buscaban restablecer el régimen senatorial en el espíritu del prin-

⁵⁴ En los documentos oficiales: Nerón Claudio César Augusto Germánico.

el paso de Augusto. Pero se trataba más bien de un programa teórico, porque en la práctica la administración del Estado se encaminaba cada vez más hacia el burocratismo, instaurado por Claudio. De cualquier modo, en el campo de las relaciones políticas internas no se manifestaron, en los primeros años del gobierno de Nerón, síntomas alarmantes.

Pero al mismo tiempo se producían, en el estrecho círculo de la familia imperial, hechos que debían llamar la atención de cualquier observador inteligente. En el 55 moría de imprevisto Británico, el hermanastro de Nerón. La muerte de imprevisto y la desacostumbrada prisa con que se le dió sepultura hacen pensar en un asesinato. ¿Por orden de quién? Nuestras fuentes están acordes en hacer recaer sobre Nerón la culpa.

Este hecho tiene entretelones más vastos. Tras el joven emperador se producía una sorda lucha entre dos grupos de cortesanos, encabezados uno por Séneca y Burro y el otro por Agripina. Cada uno trataba de ejercer su influencia sobre Nerón de todos los modos posibles, con la adulación, estimulando sus gustos artísticos, protegiendo a sus favoritos (método éste especialmente indicado), etc. La influencia de Agripina se hacía sentir a través de Octavia, la joven esposa del emperador, mientras que Séneca y Burro se servían de la liberta Ates, de quien Nerón se había enamorado. Viendo Agripina que el poder se le escapaba de las manos, había tratado de jugar la carta de Británico y había sido tan imprudente que llegó a amenazar al hijo diciéndole que podía buscar la ayuda de los pretorianos. Tal vez no fueran sino palabras, pero estas palabras habían determinado una reacción, y es muy probable que Británico haya sido envenenado por orden del mismo Nerón o por disposición de Burro y Séneca.

Todo esto empeoró gravemente las relaciones entre Agripina y Nerón, quien ya, desde antes, trataba de escapar a la influencia de su ambiciosa madre. Finalmente se produjo la catástrofe. En el 58 Nerón conoció a la hermosísima Poppa Sabina, esposa de uno de sus compañeros de orgías, un tal Servio Otón. Poppa adquirió enseguida una gran influencia sobre el débil Nerón y puso en juego todas sus artes para que Nerón se divorciase de su esposa Octavia y se casara con ella. Esto originó un nuevo conflicto entre Nerón y Agripina, que trató de obstaculizar como fuera el divorcio de Octavia. En

tonces Nerón decidió deshacerse de su madre; organizó un complot haciendo preparar la nave en que Agripina debía realizar una travesía, de modo tal que se hundiera en medio del mar, pero ella logró salvarse y el emperador temió que lo descubriese todo y que empezara a actuar abiertamente contra él. Entonces Nerón la hizo matar por un grupo de soldados al mando del liberto Aniceto (59).

Luego Nerón se divorció de Octavia. Popea se separó de Otón y se casó con el emperador. Octavia fué enviada a una isla, donde se le dió luego una muerte cruel (62)⁵⁵. Aproximadamente por ese tiempo murió Burro; en su reemplazo Nerón nombró dos prefectos de los pretorianos, uno de los cuales era Sofonio Tigelio⁵⁶. Éste empezó a ejercer muy pronto una perniciosa influencia sobre el emperador. Viendo Séneca que Nerón se escapaba definitivamente de sus manos, se retiró de la vida pública. Así desapareció también el último freno y el emperador pudo entregarse sin obstáculos a sus pasiones teatrales, a la prodigalidad y al libertinaje, perdiendo en poco tiempo toda contención.

Por otra parte, también en el campo de la política interna empezaron a formarse densas nubes. Había en Roma una antigua ley que establecía que si un propietario era muerto por sus propios esclavos, todos los esclavos que vivían en la casa eran pasibles de castigo. En el 57 el senado emitió un decreto complementario extendiendo el castigo, en caso de muerte del propietario, también a los esclavos que debían recibir la libertad por testamento. La única consecuencia fué que se multiplicaron los complots y los asesinatos organizados por esclavos.

En el 61 fué muerto por uno de sus esclavos Pedanio Segundo, prefecto de la Urbe: 400 esclavos fueron condenados a muerte. Ante semejante masacre, algunos esclavos se rebelaron expresando su desaprobación; pero la mayoría se pronunció por una rígida aplicación de la ley. El día en que los condenados debían ser llevados al lugar de la ejecución, se reunió una multitud que trató de liberarlos y sólo fué posible cum-

⁵⁵ Luego murió también Popea. En un acceso de rabia, Nerón le había dado un puntapié en el vientre que, dado su embarazo, le resultó fatal.

⁵⁶ Tal vez sea más justo el nombre Otonio,

plir la sentencia con la ayuda de las tropas, que formaron un cordón a lo largo del camino a recorrer.

Tres años después Roma fué castigada por una gran calamidad. En el verano del 64, en un día ventoso, estalló en la ciudad un incendio que alcanzó rápidamente grandes proporciones y duró 6 días. De 14 barrios sólo se salvaron 4; 3 quedaron al ras del suelo y de los demás sólo sobrevivieron ruinas. Aunque el gobierno tomó todas las medidas posibles para aliviar la suerte de las víctimas, se decía en la ciudad que el culpable del incendio era Nerón. Se decía que había querido destruir Roma para reconstruirla más hermosa que antes y también que había provocado el incendio para gozar el espectáculo de la ciudad en llamas y obtener así la inspiración para un gran poema.

Pero parece que estos rumores no se corresponden con la realidad, y que el incendio fué puramente casual. Hay que señalar que el hecho ocurrió una noche de luna llena (en el mes de julio), precisamente cuando el efecto "escénico" del incendio no era tan grande. Pero no por eso dejaba de correr insistentemente el rumor y el descontento popular amenazaba con tomar formas abiertas⁵⁷. Por eso se decidió encontrar a los "culpables". Fueron arrestadas varias personas pertenecientes a distintas organizaciones ilegales, y acusados de haber provocado el incendio fueron condenadas a la muerte por torturas. Nuestra tradición (Tácito y en parte también Suetonio) opina que los condenados eran cristianos, pero es poco probable que en aquella época existiese ya una precisa diferencia entre cristianos y adherentes a otras religiones orientales, lo que induce a creer que los correspondientes fragmentos de Tácito⁵⁸ y de Suetonio⁵⁹ hayan sido agregados luego.

A pesar de la condena de los "incendiarios", los rumores sobre la culpabilidad del emperador no cesaron, sobre todo porque el propio Nerón les dió asidero, comprando a bajo precio una vasta zona entre el Palatino y el Esquilino y haciendo iniciar en ella la construcción de un lujoso palacio, el *Domus Aurea*.

⁵⁷ Por la misma época los gladiadores intentaron rebelarse en Pre-neste.

⁵⁸ *Anales*, XV, 44.

⁵⁹ *Nerón*, XVI.

El incendio de Roma tuvo una cierta influencia en lo que respecta al refuerzo de los sentimientos de oposición dentro de la sociedad romana. Otras causas que también influían eran el libertinaje, la sed de sangre, la increíble prodigalidad y la maniaca pasión del emperador por el teatro. Gustaba presentarse en público como cantante, poeta, actor o citarista, hasta había introducido la costumbre de dos nuevas fiestas: las Juvenales y las Neronianas, sobre el modelo de las competencias griegas. Una "claque" bien organizada que costaba sumas enormes de dinero debía demostrar el entusiasmo del público.

En el 62 terminó la era liberal del "régimen senatorial". Su fin coincidió con aquellos hechos de la vida de corte, la muerte de Burro, la promoción de Tigelino, el retiro de Séneca y la muerte de Octavia, de los que ya hemos hablado. En el senado se reanudaron los procesos de lesa majestad; volvieron a empezar las condenas y las confiscaciones causadas tanto por la necesidad de luchar contra la oposición de la nobleza como por la de procurrarse recursos para hacer frente a los colosales gastos.

La respuesta al regreso al régimen de terror se produjo con la organización de un gran complot (65) en el que tomaron parte diversas personas del ambiente senatorial y ecuestre. Al frente de los conspiradores estaba C. Calpurnio Pisón, joven proveniente de familia noble, que debía ser proclamado emperador después del asesinato de Nerón. Entre los principales personajes que participaban en el complot se encontraba también el segundo prefecto de los pretorianos, Fenio Rufo, descontento por la preferencia que el emperador demostraba por Tigelino. La lentitud de los conspiradores y su mala organización hicieron que el complot fuera descubierto. Se produjeron innumerables condenas. Nerón aprovechó la oportunidad para deshacerse de aquellas personas que no le eran simpáticas. Fué así que Anneo Lucano, el popular poeta, sobrino de Séneca, a quien Nerón envidiaba hasta el punto de haberle prohibido publicar sus versos, fué forzado a matarse⁶⁰; una suerte análoga corrió Séneca y también T. Petronio, probable autor del *Satiricón*, y muchos otros exponentes de la cultura. Petronio había sido uno de los amigos más íntimos de Nerón,

⁶⁰ Tácito afirma que Lucano tuvo participación en el complot (*Anales*, XV, 49).

que tenía la mayor confianza en sus consejos estéticos⁶¹; esto había suscitado la envidia de Tigelino, que causó la ruina de Petronio acusándolo de estar implicado en el complot. En lo que respecta a Séneca, Nerón lo aborrecía como representante de las ideas y tendencias de la primera mitad de su reinado.

En los años 66-67 el emperador emprendió una *tournée* artística a Grecia, por considerar que en Roma no se lo apreciaba lo suficiente... Tomó parte en los juegos olímpicos y en los de Delfos, trayendo consigo a su regreso 1.800 coronas. Para recompensar la buena acogida que recibió en Roma, declaró libres a los helenos. El viaje costó sumas enormes de dinero y causó la ruina definitiva de las finanzas estatales. En el mismo año del viaje de Nerón a Grecia estalló una gran revuelta en Judea. Desde Grecia el emperador envió a Vespasiano, uno de sus generales, para sofocarla.

La política provincial de Nerón se distinguía por su inconsecuencia. Por un lado se manifestaban en ella elementos progresistas que permitían ver en Nerón el continuador de las tradiciones de César, Augusto, Tiberio y Claudio, por el otro el desorden de la administración provincial y la prodigalidad del emperador, que obligaban a recurrir a una mayor presión fiscal, ocasionaban incontables abusos y profundos descontentos.

Ya a principios de su reinado se había producido en Britania una rebelión provocada por los impuestos excesivos y las malversaciones de la administración romana. Las tribus rebeldes se habían reunido bajo el mando de la reina Boudica. C. Suetonio Paulino, conquistador de Mauritania, no había estado en condiciones, en el primer momento, de vencer a los rebeldes, que habían ocupado Camalodunum y Londinium, masacrando en esas ciudades a numerosos romanos que allí vivían. Recién después de haber reunido todas sus fuerzas, Paulino había logrado derrotar a los rebeldes en una gran batalla al sur del Támesis (año 60). Boudica se había quitado la vida y la rebelión había terminado. El gobierno de Nerón había tomado algunas medidas para eliminar las injusticias más evidentes.

La situación en Oriente era muy compleja. Desde los tiempos de Tiberio el problema armenio permanecía sin solución.

⁶¹ Se lo llamaba *arbiter elegantiarum*.

Su mayor dificultad consistía en el hecho de que en él se interesaban también los partos, que mantenían en Armenia a sus propios protegidos. Cneo Domicio Corbulón, en parte por medios diplomáticos, en parte por la fuerza de las armas, había actuado en Oriente con un gran éxito: como resultado de algunas campañas⁶² y de largas tratativas de paz, Tiridates, hermano del rey armenio y protegido de los partos, había renunciado a sus pretensiones formales sobre Armenia, aceptando ponerse bajo la protección de los romanos y recibir la corona armenia de manos de Nerón. Con este fin se había presentado personalmente en Roma, donde fué solemnemente coronado.

De este modo, el problema de los armenios y los partos había sido resuelto satisfactoriamente para Roma. El mérito le correspondía sobre todo a Corbulón. Pero Nerón, temiendo la popularidad de este eminente general, lo llamó en el 67 a Grecia, donde se encontraba él, y lo había condenado a muerte.

El punto más débil de la política provincial de Nerón demostró ser Palestina. En esa región la situación era particularmente compleja: la política romana tendiente a agudizar las contradicciones nacionales, la crasa ignorancia de las particularidades de la religión y de la vida de los hebreos y los abusos de los procuradores imperiales eran causa de una cadena casi ininterrumpida de rebeliones. Mientras el alto clero del Templo de Jerusalén y los grandes propietarios se habían, en general, reconciliado con los romanos, la masa popular, oprimida por un doble juego, era un vivero de descontento. El pueblo creía firmemente en la llegada de un Mesías, el prometido Salvador, que debía salvar a los hebreos de la opresión de los extranjeros e instaurar en la tierra el reino de la Verdad.

En el 66, en Cesarea⁶³, con el permiso del procurador Yesio Floro, tuvo lugar la persecución de los hebreos. En respuesta, estalló en Jerusalén una rebelión dirigida por el partido de los celotes, corriente nacionalista que trataba de echar abajo no sólo el yugo de los romanos, sino también el de los grandes terratenientes, de los usureros y del rico clero del Templo de

⁶² En el 58 y en el 59 las tropas romanas habían conquistado ambas capitales de Armenia: Artaxata y Tigranocerta.

⁶³ Ciudad costera de Palestina, en el confín entre Galilea y Samaria. Era la capital de la provincia, residencia de los gobernadores romanos.

Jerusalén. Los pertenecientes al ala extrema del partido nacionalista eran llamados en Roma "sicarios", porque acostumbraban recurrir a métodos terroristas de lucha. Los sicarios eran reclutados entre los esclavos, los campesinos más pobres y los estratos inferiores de la población urbana. Los jefes del movimiento eran Juan de Gischala y Simón, hijo de Yora. Los rebeldes pusieron sitio a numerosas guarniciones romanas en Jerusalén, matando a sus componentes ni bien capitulaban.

Las autoridades romanas se mostraron completamente desorientadas. Yesio Floro no tomó ninguna medida y el lugarteniente de Siria, Cestio Galo⁶⁴, levantó el sitio de Jerusalén y fué derrotado mientras se retiraba. Luego la rebelión se extendió a toda Judea, a Samaria, a Galilea y a parte de la Transjordania. En las ciudades se producían encarnizados encuentros entre los hebreos y los "paganos", y en Jerusalén, en los primeros tiempos de la revuelta, nacionalistas moderados y extremistas constituyeron un gobierno de coalición que tomó la dirección del movimiento.

Nerón envió al sitio de la revuelta a su último gran general, Tito Flavio Vespasiano, que había sobrevivido a todos los otros porque, siendo de origen modesto, Nerón no lo consideraba peligroso. Vespasiano provenía de la ciudad sabina de Reate, de la familia de un recaudador de impuestos. Cuando empezó la revuelta en Judea, tenía ya 57 años. En la corte no resultaba muy simpático, dado su temperamento más bien rústico; pero era, sin embargo, el único general a quien podía confiarse la represión de la peligrosa revuelta.

En el 67, Vespasiano⁶⁵ con un ejército de 50.000 hombres, inició las operaciones en Palestina. Al año siguiente, la rebelión estaba dominada en todas partes, salvo en Judea. Sabedor de la deposición de Nerón, Vespasiano interrumpió las operaciones.

En el año 68 el emperador había apenas regresado de su viaje a Grecia cuando se supo de un nuevo movimiento, mucho más peligroso. La condena de Corbulón, que no se justi-

⁶⁴ Tenía también el alto control sobre Judea.

⁶⁵ Suetonio dice que Vespasiano formó parte del séquito de Nerón durante el viaje a Grecia y que cayó en desgracia porque mientras Nerón cantaba se dormía o se alejaba. Por esto se le prohibió presentarse en la corte (*Vespasiano*, 4).

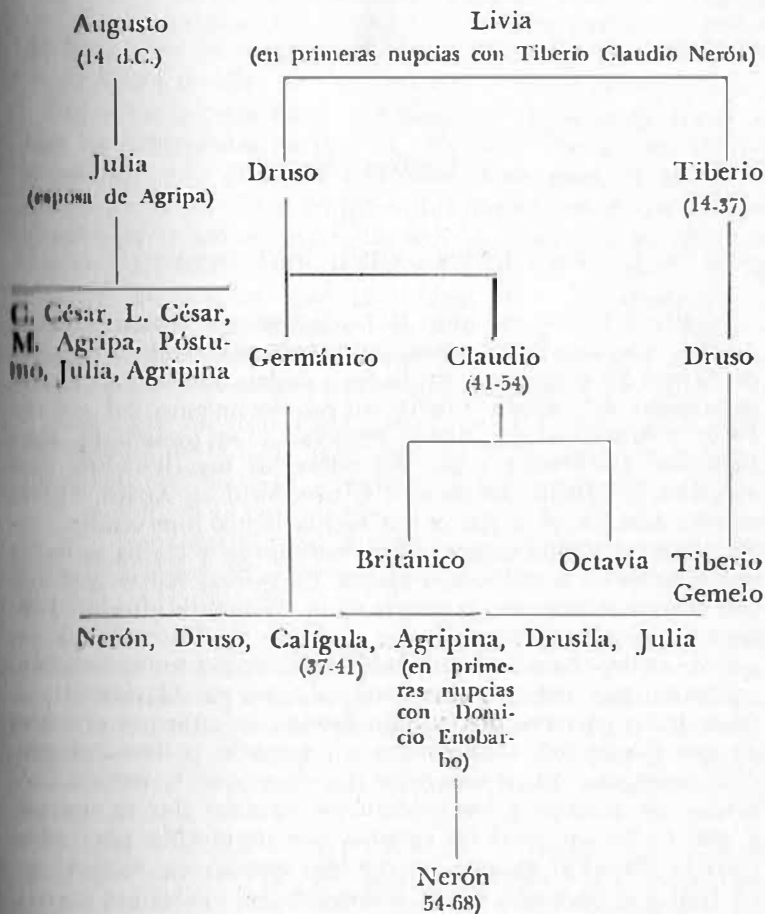
ficaba con nada, había impulsado a apurarse a los representantes de la nobleza que aún se encontraban vivos: el gobernador de la Galia Lionesa⁶⁶, C. Julio Vinox, de acuerdo con el de la España Tarraconense, Servio Sulpicio Galba, se había rebelado bajo la bandera de restauración de la República. A las legiones de los rebeldes se habían unido las tribus galas, llevadas por el descontento que surgía del aumento de los impuestos. Las legiones de la Germania superior, al mando de Virginio Rufo, intervinieron contra el movimiento en Galia y Vindex fué derrotado, pero los soldados de Germania pretendieron en cambio que Virginio se proclamase emperador... Es cierto que Virginio se negó, pero no por esto mejoró la situación de Nerón.

La noticia de la rebelión de Vindex fué la señal para una oleada de descontento también en Roma. Nerón, desorientado, no supo tomar ninguna medida: pasaba de una fe infantil en sí mismo a actos de completa desesperación. Los pretorianos empezaron a vacilar y de esto se aprovechó el nuevo prefecto Ninfidio Sabino, que empezó a trabajar en favor de Galba. Tigelino no hizo nada para salvar a su ex protector. El senado depuso a Nerón y lo declaró fuera de la ley. Abandonado por todos, salvo algunos esclavos y libertos, el emperador depuesto huyó de Roma y después de muchas vacilaciones se mató en una de sus villas. Pero no dejó de exclamar, ante la muerte: "¡Qué artista que desaparece...!" (Verana del 68).

Suetonio cuenta que durante mucho tiempo hubo desconocidos que adornaron la tumba de Nerón con flores, le erigieron bustos y cátedras oratorias en el Foro, publicaron proclamas en las que se afirmaba que Nerón estaba vivo y que pronto regresaría para castigar a sus enemigos. Un buen recuerdo de Nerón conservaron los griegos y los partos. Es significativo que durante los 20 años siguientes a su muerte, en Oriente aparecieron tres veces sedicentes Neronos que runieron en torno suyo a muchos partidarios.

⁶⁶ Región central de la Galia Cisalpina con centro en Lyon.

Arbol genealógico de la casa de Augusto



CAPÍTULO V

LA GUERRA CIVIL DEL 68-69

Galba. — Galba era uno de los pocos representantes de la antigua aristocracia gentilicia que había sobrevivido a los años del terror. Su origen fué, sin lugar a dudas, uno de los motivos principales del rápido y benévolo reconocimiento del senado. Pero la situación del nuevo emperador se presentaba muy inestable. En primer lugar, no todos los lugartenientes provinciales lo habían reconocido: el procónsul en África, Publio Clodio Macrón, que junto con Galba había intervenido contra Nerón, le había negado obediencia luego y Galba se había deshecho de él mandándolo matar. Lo mismo había sucedido con el comandante de las tropas de la Germania inferior, Fonteyo Capitón, desplazado luego por uno de los comandantes que de él dependían. En segundo lugar, Galba fué traicionado enseguida por uno de sus más importantes partidarios, el prefecto de los pretorianos Ninfidio Sabino, irritado por el hecho de que Galba había nombrado un segundo prefecto eligiéndolo entre sus amigos españoles. Es cierto que la tentativa de Sabino de atraerse a los pretorianos terminó con su muerte, y que Galba, al final de cuentas, fué reconocido por todos; pero la situación general no por eso mejoró en mucho.

Galba se encontró frente a dos difíciles problemas heredados de Nerón: el saneamiento de las finanzas y la restauración de la disciplina en el ejército. Pero el emperador no era persona indicada para esa misión: anciano⁶⁷ y además, no muy inteligente, rodeado de consejeros ineptos (la mayor parte era lisa y llanamente un montón de inútiles), desde los

⁶⁷ Galba tenía más de 70 años.

comienzos de su reinado dió una serie de pasos en falso. La mayoría de los que habían estado cerca de Nerón fué muerta en ningún proceso, las riquezas confiscadas pasaron a manos de los nuevos favoritos. Todo recordaba los peores momentos de la época pasada.

El error principal fué que Galba no supo congraciarse ni con los pretorianos ni con las tropas de las provincias. Demostrando una gran avaricia, adoptó métodos de mezquina economía. A su vez, Ninfidio había prometido en su nombre grandes recompensas a los pretorianos, pero una vez emperador Galba había evitado mantenerlas. Lo mismo pasó con las legiones germánicas, que esperaban ser recompensadas por haber luchado y vencido la insurrección de Vindex. Hay que agregar a esto que Galba había cambiado los cuadros de las tropas destacadas en Germania, con desastrosos resultados.

Las cosas llegaron a tal punto que el 19 de enero del 69 las legiones de la Germania Superior se negaron a renovar el juramento de fidelidad a Galba y pretendieron que el senado y el pueblo eligieran un nuevo emperador. El ejemplo fué seguido rápidamente por las tropas que se encontraban sobre el curso inferior del Rin, que proclamaron emperador al propio jefe, Aulo Vitelio.

La situación de Galba se complicó aún más por el problema de su compañero de gobierno y sucesor. Informado de la secesión de las legiones germánicas y comprendiendo que por sí solo no lograría vencer al movimiento, había adoptado y nombrado a su compañero de gobierno, Pison Liciniano, hombre de noble origen, relativamente joven y absolutamente inexperto.

Esta desacertada elección no encontró ningún apoyo entre las tropas, pero fué sin embargo sancionada por el senado en virtud del origen altamente aristocrático del candidato y del hecho de que su familia había sido perseguida por Claudio y por Nerón.

También aspiraba a la adopción el ex marido de Popea, M. Salvio Otón. En los últimos años del reinado de Nerón, éste gobernaba la Lusitania y había ayudado a Galba. Burlado en sus esperanzas, Otón empezó a agitar a los pretorianos, encontrando un terreno muy favorable gracias a la avaricia y las

exigencias de Galba. El 15 de enero del 69 Otón fué proclamado emperador y Galba y Pisón fueron muertos.

Otón.— El senado y la mayoría de las provincias (salvo España, Galia y Britania, donde era fuerte la influencia de los secuaces de Vitelio) reconocieron a Otón. Durante su breve reinado (unos 3 meses) demostró una energía y una inteligencia que difícilmente podían esperarse de un hombre mundano y licencioso como él. Pero no por eso pudo superar todas las dificultades que se le presentaron. Instruido por la amarga experiencia de Galba, ni siquiera trató de reducir los gastos de los pretorianos y de luchar contra el libertinaje. En esos tiempos, señala Tácito, “todo se hacía según la voluntad de los soldados”⁰⁸.

La amenaza principal venía del norte. Vitelio era, en sí mismo, una completa nulidad y su carrera se debía más que nada a las influencias de que gozaba su padre durante el reinado de Claudio. Pero detrás del “emperador germánico”, como se lo llama en algunas monedas, había dos hábiles generales: Fabio Valente y Aulo Cecina.

Ya antes de la muerte de Galba, tropas seleccionadas del ejército de Germania, en dos grupos, al mando de Valente uno y de Cecina el otro, habían comenzado a marchar hacia el sur. Vitelio debía seguirlos con las reservas. La muerte de Galba, naturalmente, no había detenido el movimiento, y había fracasado una tentativa de Otón de establecer tratativas de paz.

Los grupos de Vitelio forzaron, a comienzos de la primavera, el paso de los Alpes, y se reunieron en la ciudad de Cremona sobre el curso medio del Po (habían entrado a Italia por dos rutas distintas). Las fuerzas de los adversarios eran aproximadamente iguales, pero las de Vitelio estaban mejor adiestradas y tenían jefes más experimentados y resueltos. Las fuerzas de Otón, entre otros inconvenientes, tenían el de estar muy desconcentradas y no fué posible reunir las a tiempo.

A mediados de abril del 69, se produjo en Cremona la batalla decisiva. Otón fué derrotado y se mató, demostrando en el acto supremo gran decisión y dominio de sí mismo. Vitelio

⁰⁸ *Historias*, I, 46.

fué reconocido por el senado y por los gobernadores provinciales.

Vitelio.—De los tres efímeros emperadores del 68-69, Vitelio fué el más insignificante. Insaciable, ávido y disipador, con su prodigalidad llevó al Estado a una completa bancarrota. En el ejército decayó la disciplina; los soldados, al no recibir las prometidas recompensas en dinero (a Vitelio ya no le bastaban los recursos a su disposición), empezaron a recompensarse solos a costa de la población de Italia.

Las provincias y las tropas orientales (entre ellas también las legiones destacadas en Judea) en un primer momento reconocieron a Vitelio; pero las medidas represivas adoptadas con aquellas tropas que habían apoyado a Otón suscitaron un gran descontento, en especial entre las legiones ilíricas. Y lo principal fué que también las tropas orientales decidieron dedicarse a la ventajosa ocupación que consistía en “hacer” emperadores. “Ahora se conocía el secreto de la autoridad imperial: uno podía hacerse jefe del Estado no sólo en Roma, sino también en otros lugares”⁶⁹.

A las tropas orientales esto les resultaba mucho más fácil por cuanto estaban concentradas en grandes cantidades para la guerra judaica.

El prefecto de Egipto, Tiberio Alejandro, y el lugarteniente de Siria, C. Licinio Muciano, se convirtieron en iniciadores de un gran complot militar que tenía como finalidad llevar al trono a Vespasiano. El 1º de julio del 69, las tropas de Alejandría juraron fidelidad a Vespasiano. Algunos días después, el ejemplo fué seguido por las legiones establecidas en Judea y luego por todas las provincias orientales y estados vasallos.

Vespasiano se dirigió a Alejandría para hacer cesar el envío de cereales a Italia y vencer así a Vitelio por agotamiento. Contemporáneamente, Muciano pasó con sus tropas del Asia Menor a Europa.

Pero las legiones del Danubio lo precedieron. Las tropas de Panonia, de Mesia y de Iliria, ni bien tuvieron conocimiento de la proclamación de Vespasiano, se pasaron de su parte. Con Antonio Primo, comandante de una de las legiones, que se

⁶⁹ Tácito, *Historias*, I, 4,

puso al frente de todas las tropas, marcharon rápidamente sobre Italia (fines del otoño del 69). La rapidez de su movimiento tomó a Vitelio por sorpresa; le fué imposible dirigir las operaciones; Valente yacía enfermo y Cecina con sus oficiales, estaba dispuesto a pasarse del lado de Flavio. Pero los soldados, después de haber arrestado a su comandante, eligieron uno nuevo y marcharon contra las fuerzas de Vespasiano. Cerca de Cremona, no lejos del lugar donde las tropas de Vitelio habían derrotado a Otón, tuvo lugar una nueva batalla. Aunque los partidarios de Vitelio eran numéricamente superiores y combatían encarnizadamente, la brillante conducta de Antonio Primo y la mejor preparación militar de sus legiones decidieron la suerte de la batalla. Los vencedores cometieron con los vencidos una espantosa masacre. Cremona fué destruída por completo (diciembre del 69).

Vitelio hizo una tentativa de frenar los nuevos avances de sus enemigos, ocupando con las cohortes pretorianas y la caballería los pasos de los Apeninos; pero sus fuerzas se dispersaron al acercarse Antonio Primo. Entonces Vitelio entabló tratativas con Antonio y Muciano, que mientras tanto había entrado a Italia, con la mediación de Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, que comandaba las cohortes urbanas de Roma (Vitelio le había perdonado la vida y hasta lo había mantenido en sus funciones, a pesar de la lucha contra Vespasiano). Las tratativas terminaron en un acuerdo según el cual Vitelio salvaría su vida si renunciaba al poder.

Pero entonces intervinieron los pretorianos, que no deseaban que Vespasiano subiera al trono, porque esto habría significado para ellos, en el mejor de los casos, la dimisión. Agredieron a Sabino y a los suyos y los fueron empujando hasta el Capitolio. Después de un breve asedio, la fortaleza fué tomada y durante la batalla fué destruído, con otros edificios, el antiguo templo de Júpiter. Flavio Sabino fué muerto, aunque Vitelio trató de salvarle la vida.

Enterado del combate en el Capitolio, Antonio Primo se apresuró a marchar sobre Roma, pero no logró salvar a Sabino. En los alrededores de la ciudad y bajo los muros del cuartel de los pretorianos, tuvo lugar el último y encarnizado combate. Los estratos más bajos de la plebe y los esclavos sostenían a Vitelio, pero a pesar de ello éste fué derrotado y

muerto; sus secuaces fueron casi todos masacrados (diciembre del 69).

Enseguida Roma fué dominada por la soldadesca desenfrenada, que se entregó a toda clase de crímenes y saqueos. El Senado invistió a Vespasiano de todos los derechos y privilegios que comportaba la dignidad de príncipe. Su joven hijo Domiciano, que por casualidad se había salvado durante el sitio del Capitolio, fué proclamado César; pero esto no podía restablecer el orden público en la ciudad. Antonio mismo no podía o no quería hacerlo. Sólo Muciano, que llegó con tropas frescas, impuso finalmente la disciplina entre aquellas fuerzas que habían degenerado.

Muciano ejerció también las funciones de lugarteniente del emperador hasta la llegada a Roma de Vespasiano (verano del 70).

Significado de las guerras civiles del 68-69. — En la motivación de los acontecimientos del 68-69 hay un hecho cardinal, al que ya nos hemos referido: la inestabilidad de la base social de la "dinastía" Julia-Claudia. Aunque algunos emperadores de esta dinastía (especialmente Claudio) hicieron tentativas para extender los límites de la ciudadanía romana y consolidar de ese modo su propia base social, se trataba de tentativas de carácter esporádico que no podían cambiar radicalmente el estado de cosas existente. El principado de los Julios-Claudios había seguido siendo una monarquía militar, que se apoyaba sobre todo en el ejército. La antigua aristocracia senatorial se mantenía en la oposición; el orden ecuestre, perjudicado en el sistema de recaudaciones, había perdido importancia y la nueva clase —la burocracia imperial— distaba mucho de haberse consolidado.

La restricción de la base social del primer Imperio, como hemos señalado, fué la premisa para el régimen de terror y motivó los hechos que siguieron a la muerte del último representante de ese régimen. Con la muerte de Nerón se interrumpía el hilo proveniente de César y Augusto: de la dinastía reinante no quedaba vivo un solo representante. En esos comienzos del Imperio no existía ningún orden de sucesión profundamente arraigado; hasta un cierto punto ésta se fundaba sobre el prestigio de la dinastía fundadora y en especial de Augusto. El aspecto formal del problema consistía en el he-

cho de que el príncipe adoptaba a un miembro cualquiera de la familia reinante y lo investía de poder proconsular o tribunicio; el acto final y decisivo era la proclamación del nuevo emperador por parte de la guardia y del senado. Luego se producía su reconocimiento por parte de las tropas y de los gobernadores de provincia.

A veces (caso de Claudio) el procedimiento era aún mucho más simple y se limitaba a la aclamación de los pretorianos, a la forzada confirmación del senado y al reconocimiento de las provincias. Pero hay que anotar también que en algunos documentos se hace referencia al juramento de fidelidad de todos los pueblos y a la votación en los comicios que definían la *potestas tribunicia*.

Nerón cayó víctima del régimen de terror, que él llevó hasta su fin lógico. Las formas en las que se manifestó este régimen y la conducta personal de Nerón fueron tales que hasta la paciencia de la sociedad romana no las soportó. Si al emperador podían perdonarse el execrable envenenamiento de Británico, el abyecto y cobarde asesinato de la madre, la destrucción de los mejores representantes de la intelectualidad romana, un actor en el trono era —esto sí— algo absolutamente inaceptable para la conciencia romana. Nerón mismo había puesto un abismo entre él y su clase.

Pero peor aún fué para él haber roto con el mayor apoyo de la dinastía, es decir con el ejército. Nerón era profundamente "civil" y esto podía no haber sido un gran mal (tampoco Claudio amaba las cuestiones militares, pero había estado personalmente en Britania). Nerón la única vez que fué a las provincias lo hizo como actor para recoger discutibles laureles. El ejército romano sólo conocía a su emperador a través de los monstruosos relatos que llegaban de la capital.

Sin embargo, Nerón habría podido conservar el poder aún un cierto número de años si en las provincias no se hubiera iniciado el movimiento separatista. Aunque el régimen de terror se limitaba sobre todo a la nobleza romana, tocaba también indirectamente a las provincias. Los gobernadores y los jefes militares que en ellas se encontraban, como representantes de esa misma nobleza, podían de un momento a otro caer víctimas del sistema terrorista; y no sólo ellos. Plinio el Viejo

dice ⁷⁰, que la mitad de la provincia de Africa pertenecía a seis grandes terratenientes que Nerón había condenado a muerte y a la confiscación de los bienes. El terror muchas veces golpeaba no sólo a los adversarios políticos del principado, sino también a la gente rica cuyos bienes se hacían necesarios para cubrir los colosales gastos del fisco. Con la misma finalidad se aumentaban los impuestos en las provincias. De ese modo, todo lo positivo que había dado a las provincias la política de César, de Augusto y de sus sucesores, fué, hasta cierto punto, anulado por los excesos del sistema terrorista.

Por eso no hay nada sorprendente en el hecho de que en las provincias donde la autoridad de Roma se había consolidado con fuerza durante el siglo transcurrido desde la batalla de Accio, se manifestara bajo Nerón un movimiento separatista. Dejando de lado Judea, donde existían condiciones particulares, no podemos ignorar los movimientos de las provincias occidentales, que constituyen el principio del fin de Nerón y con él de todo el sistema de principios del Imperio. Estos movimientos fueron determinados por tres circunstancias: la tendencia de los estratos ricos locales a separarse de Roma, el descontento de las legiones provinciales y el temor de los gobernadores frente a la suerte que los esperaba. Cuando la noticia de la secesión de Occidente llegó a Roma encontró un terreno favorable: Nerón quedó totalmente aislado y debió perecer.

Los acontecimientos posteriores surgieron naturalmente de la situación que se había venido creando. La dinastía había terminado. Sobre la arena política quedaban el senado, los pretorianos y grandes formaciones militares en las provincias. De todas estas fuerzas el senado era la menos importante, decaída y en decadencia durante el tiempo del régimen terrorista. En realidad el poder se encontraba en manos de la guardia y de las tropas provinciales. Ya sabemos cómo, a consecuencia de la lucha, se sucedieron en Roma cuatro emperadores en seis meses.

La guerra civil del 68-69 fué para el Imperio una dura prueba y una amenazadora advertencia. Demostró, en primer lugar, lo inestable de la autoridad imperial y hasta qué gra-

⁷⁰ *Historia natural*, XVIII, 35.

do dependía del ejército; en segundo lugar, puso en evidencia el hecho de que las provincias habían crecido y ya no querían ser sólo un objeto de la política del gobierno central. Las lecciones de la guerra civil fueron aprendidas por la nueva dinastía.

CAPÍTULO VI

LOS FLAVIOS

Vespasiano. — En el período en que Tito Flavio Vespasiano⁷¹ se convertía en emperador romano, el Estado se encontraba en una situación excepcionalmente difícil. En Oriente continuaba la guerra judaica: a la caída de Nerón, la rebelión había sido sofocada en todas partes menos en Judea; Vespasiano había interrumpido momentáneamente las operaciones militares. En los dos años de respiro que los rebeldes habían obtenido así en forma inesperada, el frente único que en los primeros años de la guerra se había formado entre moderados y nacionalistas extremos se había deshecho. En Jerusalén tomaron la delantera los elementos extremistas, con Juan de Gischala a la cabeza, y aprovecharon su dominio para consolidar las instalaciones defensivas de la ciudad y prepararse, en general, para resistir el sitio. En la ciudad se desencadenaron persecuciones contra los ricos, sospechosos de abrigar sentimientos filo-romanos.

Una vez proclamado príncipe, Vespasiano dejó el mando supremo en manos de su hijo mayor Tito. Recién en la primavera del 70, después de haber recibido refuerzos de Egipto, Tito pudo empezar las operaciones importantes. Los romanos ciñeron la ciudad con un estrecho anillo. El sitio de Jerusalén, dada su posición inaccesible y las tres líneas fortificadas que la defendían, se prolongó durante 6 meses (abril-septiembre del 70). Aunque la población fué reducida al hambre y al máximo grado de agotamiento, opuso una encarnizada resistencia. En los primeros meses del sitio cayeron las

⁷¹ Nombre oficial: César Vespasiano Augusto,

dos primeras líneas de fortificaciones, pero la ciudadela (ciudad vieja) y el templo continuaban resistiendo. Por fin, en agosto fué conquistado por asalto el templo, que fué destruído, y un mes después cayó también la ciudadela.

Jerusalén fué destruída: los restos de la población fueron reducidos a esclavitud. A todos los hebreos que vivían en el Imperio se les impuso una tasa personal en favor de Júpiter Capitolino: se prohibió la reconstrucción del templo de Jerusalén; en territorio de la ciudad estableció sus cuarteles permanentes una legión romana. Tito regresó a Roma en el 71 y celebró el triunfo con su padre y su hermano. En ese mismo año fué ajusticiado, al pie del Capitolio, uno de los jefes de la rebelión, Simón, hijo de Yora. Juan de Gischala terminó sus días encarcelado a perpetuidad.

La rebelión judaica, a pesar de su carácter violento y de la importancia que tuvo para la suerte del pueblo hebreo, desde el punto de vista de Roma tuvo un carácter local. Mucho más peligroso fué un movimiento que tuvo que enfrentar la nueva dinastía. Las tribus de los bátavos, pueblos del curso inferior del Rin, habían apoyado primero a Vitelio en su lucha contra Otón, pero cuando, en el verano del año siguiente, Vitelio había empezado a exigir refuerzos, los bátavos se habían rebelado bajo la dirección de uno de sus jefes, Julio Civilis, que gozaba de los derechos de ciudadano romano. Civilis se había declarado partidario de Vespasiano y en ése carácter había derrotado en el bajo Rin a algunas guarniciones romanas que sostenían a Vitelio.

Después de la victoria de Vespasiano, el movimiento no había cesado, más aun había adquirido una mayor amplitud y cambiado su propio carácter. A Civilis se agregaron las tropas del Rin, malquistadas con Vespasiano. Empezaron las revueltas de algunas tribus galas los treverios, los lingones, etc. También los germanos de la orilla derecha del Rin se pusieron en movimiento; se consideró una finalidad del movimiento la constitución de una Galia independiente (*imperium Galliarum*). Casi todos los puntos fortificados romanos sobre el Rin cayeron en manos de Civilis.

Sin embargo la mayoría de las tribus galas se rehusó a apoyar la revuelta. Esta circunstancias fué decisiva. En el verano del 70, el ejército romano formado por Muciano, al

mando de un pariente de Vespasiano, Petilio Cerialis, intervino contra los rebeldes. Al acercarse esta tropa, los romanos desertaron de la milicia gala y se pasaron a Cerialis. En Augusta Treverorum (Trèves) los galos fueron vencidos en una feroz batalla. Inmediatamente Cerialis invadió el territorio de los bátavos. Pero la prosecución de la guerra en esa comarca resultó tan difícil que Cerialis en el otoño del 70 se vió obligado a entablar tratativas con Civilis y a concluir la paz. El gobierno romano debió hacer algunas concesiones a los bátavos.

También en otras regiones del Imperio la situación daba motivos de alarma. En el Ponto, en el año 69, el libertino Aniceto, actuando como partidario de Vitelio, había conquistado Trebisonda y con su flota corsaria sembraba el terror sobre el Mar Negro. En el Danubio los sármatas y los getas hacían correrías sobre los territorios romanos. También en Britania reinaba una gran agitación.

Una de las consecuencias de las guerras civiles había sido el debilitamiento del poderío militar del Imperio: en el ejército la disciplina se había venido abajo; los soldados se sentían dueños de la situación viendo que los emperadores les debían el poder exclusivamente a ellos. Algunas unidades militares se habían desbandado por completo.

La situación de las finanzas estatales era pavorosa. Según Suetonio⁷², Vespasiano había declarado a principios de su reinado que el déficit del Estado llegaba a los 4 mil millones de sextercios.

Se imponía, pues, tomar medidas extremas para afrontar la situación en todos los problemas, y hay que dejar constancia de que Vespasiano estuvo a la altura de esa misión. Proveniente de una desconocida familia de caballeros, era lo que se suele llamar un hombre hecho por sí mismo. Cuando se encontró al frente del Imperio, tenía ya 60 años y una larga y sustancialmente activa carrera de administrador a sus espaldas. Una vez sobre el trono, Vespasiano siguió siendo, sobre todo, un óptimo administrador: la inteligencia, la experiencia, el espíritu de observación que lo distinguían, lo ayudaron a considerar justamente la situación y a trazar los pla-

⁷² *Vespasiano*, XVI.

nes para la mejor solución del problema no sólo de la restauración, sino también de la consolidación del Imperio. Vespasiano fué excepcionalmente modesto y simple y demostró poseer una gran capacidad de trabajo. Hacia sus inferiores era muy exigente, pero no insoportable: poseía en alto grado un especial sentido del humorismo.

Una de las tareas más urgentes era la restauración de la disciplina en el ejército. En este campo, Vespasiano demostró una firmeza y una consecuencia incommovibles. Las legiones germanas que habían tomado parte de la rebelión fueron disueltas en su mayor parte; distintas unidades se formaron de nuevo; el número de las cohortes pretorianas fué disminuido de 16 (ese número tenían con Vitelio) a 9.

En el campo de las finanzas se hizo promotor de economías excepcionales. Los gastos de corte fueron reducidos al mínimo; en esto el sentido de economía personal de Vespasiano tuvo una gran importancia. Se introdujeron nuevos impuestos tanto en Italia como en las provincias, y el emperador no tuvo ambages en recurrir a los más inusuales expedientes para recaudar dinero.

Suetonio⁷³ narra un hecho curioso que parece que no ha sido inventado. Una vez Tito expresó su descontento al padre, diciéndole que si continuaba por ese camino, pondría también una tasa sobre las letrinas públicas. Después de un cierto tiempo, Vespasiano puso bajo la nariz de Tito un puñado de monedas y le preguntó si por casualidad olfau mal. Ante la respuesta negativa del hijo, observó: "Y sin embargo provienen de las letrinas".

Los resultados de la política financiera de Vespasiano fueron óptimos. No solamente cubrió el déficit colosal y dejó a sus sucesores el tesoro en buen estado, sino que pudo también destinar grandes sumas a trabajos públicos. Durante su reinado fué contruido el Capitolio, erigido el templo de la Paz e iniciada la construcción de un enorme anfiteatro, destinado a contener algunos millares de espectadores. Se trata del Coliseo, terminado recién después de la muerte de Vespasiano, cuya grandiosa mole se yergue aún en Roma como testimonio del progreso de la técnica constructiva de aquellos tiempos.

El principado, como ya lo hemos señalado, no tenía ninguna constitución escrita; cada nuevo emperador era aclamado

⁷³ *Vespasiano*, XXIII.

por el ejército y luego sus poderes eran confirmados por el senado y, probablemente, por una votación de los comicios. Todo esto existía más como derecho consuetudinario que como orden establecido fijado por una ley. Vespasiano tal vez fué el primero en tratar de dar un fundamento jurídico a su poder; de esto habla la famosa inscripción conocida con el nombre de *lex de imperio Vespasiani*, que se ha conservado en parte. Tiene la forma de un *senatus consultum* al que parece se le haya dado fuerza de ley con una votación de la asamblea popular. Según este documento, a Vespasiano se le concedía el derecho a realizar todos aquellos actos que considerara necesarios para el bien del Estado, como se había hecho para Augusto, Tiberio y Claudio.

Pero naturalmente no fué esta "constitución" la causa del hecho de que el gobierno de los Flavios marcara el comienzo de la consolidación de la autoridad imperial, del mismo modo que las medidas adoptadas en el campo financiero y en el militar, tomadas aisladamente, no pueden considerarse como clave de la estabilización. El elemento más importante fué otro. Vespasiano, con su clara visión de los problemas, la inteligencia y la experiencia administrativa que tenía, no podía dejar de comprender dónde residía la mayor debilidad del Imperio. Por eso decidió seguir el camino trazado por César y Claudio en su política provincial y concedió con generosidad derechos de ciudadanía a los habitantes de las provincias y especialmente a las regiones más romanizadas de Occidente. Fué así que muchas comunidades galas y españolas tuvieron esos derechos. Pero el emperador fué más lejos. En los años 73 y 74 asumió, junto con su hijo Tito, el cargo de censor, redactando nuevas listas de senadores y caballeros.

En ambas categorías se incluyó a muchos ciudadanos de las provincias, especialmente de las occidentales. Muchos tuvieron también títulos de patricios. Esta medida tuvo una gran importancia de principio en cuanto significaba la ampliación de la clase dominante con elementos extraitálicos y, al mismo tiempo, una ampliación de la base social del Imperio. Desde entonces la autoridad imperial dejó de ser sólo una expresión de los intereses del ejército y un pequeño grupo de esclavistas itálicos, para convertirse en el órgano de dominio de clase de todos los esclavistas del Mediterráneo.

Naturalmente, no hay que exagerar la obra de Vespasiano en este campo. Ya algunos de sus predecesores la habían iniciado (especialmente Claudio), pero su mérito consiste en haber sido el primero en adoptar esta política de un modo decidido y consecuente, indicando el camino justo a sus sucesores.

Tampoco hay que exagerar el grado de previsión consciente que pudo estar implícito en su política. En definitiva, estaba impulsado por la necesidad y no tenía otro camino para elegir. A principios de su reinado, sólo quedaban en el senado unos pocos representantes de la antigua nobleza. Había encontrado las dos categorías dirigentes totalmente debilitadas y desorganizadas desde la época del terror y de las guerras civiles. Era pues natural que las reforzaran elementos nuevos y sanos. ¿Y dónde podía encontrarlos? Evidentemente, sólo en las provincias. Cualquier buen administrador no habría actuado, en su lugar, de distinto modo. Y Vespasiano sólo fué un buen administrador y no un genio.

De todo lo expuesto surge que Vespasiano debía estar en buenas relaciones con el renovado senado, y así fué también en la segunda mitad de su reinado y durante el de Tito. Sólo algunos elementos de la oposición republicana, que se mantenían aún en el senado, con Elvidio Prisco a la cabeza, indignaron en tal forma a Vespasiano con su conducta que éste ordenó por primera vez exilar y luego condenar a su jefe. También por este motivo fueron exilados los filósofos de la escuela estoica y cínica, ideólogos de los sentimientos republicanos.

Parece que para influir sobre la opinión pública en el sentido por él deseado, Vespasiano fundó una escuela de retórica griega y latina con maestros pagados por el Estado, poniendo de ese modo las bases de la instrucción superior estatal.

La política exterior de Vespasiano estuvo estrechamente ligada a la consolidación interior del Imperio. La rebelión de Civilis había puesto en evidencia toda la importancia del confín renano, por lo que se amplió la faja dominada por los romanos en la margen derecha del río. La región comprendida entre los cursos superiores del Rin y del Danubio (los

llamados *agri decumates*)⁷⁴ fué unida al Imperio y poblada por galos. Una carretera militar unía el campamento que se alzaba en la actual Estrasburgo con el Rin. La frontera danubiana en Mesia y en Panonia fué también asegurada por un sistema de campamentos militares.

La rebelión de Aniceto en Trebisonda marcó un despertar de la política romana en el Mar Negro: guarniciones romanas y puestos de vigilancia aparecieron también sobre las costas orientales y en Iberia.

Por consideraciones de carácter financiero, Vespasiano quitó a Acaya la libertad que Nerón le había concedido y la redujo de nuevo al estado de provincia. Varios estados vasallos y autónomos del Asia Menor fueron unidos al Imperio.

Con Vespasiano se inició una nueva ofensiva romana en Britania, que continuaron sus sucesores.

El anciano emperador murió en el verano del 79. Su habitual sentido del humorismo no lo abandonó siquiera en el último minuto; al caer enfermo, exclamó: "¡Ay de mí, parece que estoy por convertirme en un dios!" Al sentirse cerca del fin, se levantó con grandes dificultades y después de haber declarado: "Un emperador debe morir de pie", cayó en los brazos de quienes lo rodeaban.

Tito. — El hijo mayor del emperador de la dinastía había reinado ya de hecho junto a su padre. Ya en el 70 los soldados le habían atribuido el título de emperador y a su regreso de Judea había sido nombrado jefe único de los pretorianos. En esa misma época Tito fué investido también con la autoridad tribunicia. En el 73-74 había cubierto junto con Vespasiano el cargo de censor, y algunas veces fué cónsul. No cabe ninguna duda de que era —de hecho y de derecho— el sucesor al trono, entre otras razones porque de ese modo se mantenía a la autoridad imperial la solidez que Vespasiano le había conferido.

Tito⁷⁵ reinó sólo dos años y murió en abril del 81 por una enfermedad contraída casualmente. Puede decirse que en lo fundamental siguió la política de su padre, aunque se haga

⁷⁴ Eran llamados así porque quienes explotaban sus tierras estaban obligados a entregar al Estado la décima parte de los productos que obtenían.

⁷⁵ El nombre oficial, grabado sobre las monedas, era: Emperador Tito César Vespasiano Augusto.

difícil un juicio por la brevedad de su reinado. Tito gozaba de una gran popularidad en la sociedad romana; era llamado *deliciae generis humani* y de su bondad habla el mismo Suetonio.

Con motivo de dos grandes catástrofes que se produjeron bajo su reinado, demostró ser un buen administrador.

El 24 de agosto del 79 se produjo una terrible erupción del Vesuvio, volcán que estaba inactivo desde hacía siglos. Tres ciudades, Herculano, Pompeya y Estabia, fueron destruídas por el terremoto y sepultadas por una lluvia de cenizas volcánicas. La flota, anclada frente a Miseno, al mando del famoso sabio Plinio el Viejo, tomó parte en las operaciones de salvataje. Durante las excavaciones, efectuadas en época más o menos reciente, se rescataron en Pompeya no menos de 2.000 cadáveres (de los 30.000 habitantes de la ciudad). También Plinio murió, sofocado por las emanaciones de los gases ⁷⁶. El otro gran desastre fué un incendio de Roma, que duró tres días y, como en tiempos de Nerón destruyó gran parte de la ciudad.

Domiciano ⁷⁷. — Vespasiano no quería a su hijo menor y lo había mantenido lejos de los asuntos de Estado. Esto se debía probablemente a la gran ambición de Domiciano y al carácter autoritario que había demostrado desde los tiempos de la caída de Vitelio. También durante el reinado de su hermano permaneció en las sombras, cosa que contribuyó a la formación de su carácter cerrado, desconfiado y proclive a toda clase de sospechas. Envidiaba y odiaba a su hermano. A la muerte de Tito, aunque no estaba investido de ningún poder especial, quedó como único candidato al trono. Los pretorianos lo proclamaron emperador y el senado, como de costumbre, le confirió las prerrogativas de príncipe.

Entre todos los Flavios, Domiciano fué indiscutiblemente

⁷⁶ La erupción del Vesuvio está descripta en una carta a Tácito de Plinio el Joven (libro VI, carta 16) que fué testigo ocular del terrible fenómeno natural.

⁷⁷ En los documentos oficiales Domiciano es llamado comúnmente Emperador César Domiciano Augusto Germánico. El último título lo asumió con motivo de la victoria sobre las tribus germanas de los catos. Domiciano asumía cada año el cargo de cónsul y desde el 81 asumió el de censor con carácter vitalicio.

el más grande, pero, al igual que Tiberio ⁷⁸, no tuvo "suerte" con la tradición historiográfica. Sus tendencias monárquicas demasiado manifiestas, su carácter rudo y autoritario, su enérgica lucha contra la oposición y contra los abusos de los funcionarios lo hicieron muy impopular entre la alta sociedad romana y le valieron el apelativo de "Nerón calvo" (Juvenal) que le dieron sus contemporáneos. En cambio, el pueblo, el ejército y los provinciales lo amaban.

Con el último de los Flavios la esencia monárquica del principado apareció más clara que nunca. La causa debe buscarse no tanto en el carácter personal de Domiciano, como en la evolución natural de la monarquía militar, apoyada ya sobre bases más sólidas. El emperador tenía un concepto muy elevado de su propia persona y exigía que se lo llamara *dominus* e incluso *deus noster*. Aprovechándose del poder censoral, continuó la obra iniciada por Vespasiano para la renovación de las categorías senatorial y ecuestre, pero considerándolas sólo como un simple instrumento en sus manos y tratando a los senadores y a los funcionarios desde lo alto.

Como su padre, Domiciano demostró ser un excelente administrador. El mismo Suetonio, que por lo general se expresa sobre él negativamente, debe reconocer que:

"Se ocupó asiduamente y con gran atención del procedimiento judicial... castigando a los jueces venales... los magistrados de la capital y los de las provincias eran tan controlados que nunca hubo tantos funcionarios honrados y justos como en su tiempo" ⁷⁹.

Igual que sus predecesores, Domiciano trató de luchar contra la crisis agraria en Italia, uno de los aspectos de esta crisis era el aumento de los cultivos de viñedos en detrimento de las áreas que en otro tiempo se destinaban a los cereales. En el 91, cuando la cosecha de trigo fué excepcionalmente mala, mientras que el vino, debido a la gran producción, había llegado a precios bajísimos, Domiciano dictó un decreto por el que prohibía la plantación de nuevas viñas en Italia y disponía se arrancara la mitad de las vides en las provincias. Según Suetonio, sin embargo, esta drástica medida no dió

⁷⁸ Es curioso que entre él y el hijastro de Augusto haya mucho en común, tanto en el carácter como en la biografía y en el juicio de los historiadores.

⁷⁹ *Domiciano*, VIII.

ningún resultado, probablemente porque en la mayor parte de los casos no se cumplieron las órdenes.

Bajo Domiciano reinó en las provincias un relativo orden. A las comunidades españolas, que desde Vespasiano habían recibido derechos de ciudadanía, se les permitió la organización municipal⁸⁰. Los numerosos trabajos emprendidos por Domiciano en las provincias (especialmente en Grecia) demuestran su preocupación por el embellecimiento de las ciudades provinciales.

Por otra parte, la gran actividad edilicia de Domiciano (en Roma prosiguió los trabajos iniciados por sus predecesores) se explica también por las tendencias autocráticas de su gobierno y la política demagógica que con ella se vincula. En este aspecto Domiciano volvió en parte a las tradiciones de los emperadores de la casa de Augusto. Sintiendo a su alrededor el descontento de la nobleza, temiendo complotos, trató de atraerse las simpatías de amplios estratos de la población urbana y provincial y del ejército. Con este fin organizó magníficos espectáculos⁸¹, hizo generosos regalos al pueblo y aumentó considerablemente el sueldo de las tropas. Todo esto era sin embargo en parte contraproducente, porque significaba un aumento de los impuestos y reactualizaba el antiguo y "probado" sistema de las confiscaciones.

En política exterior, Domiciano siguió las líneas generales dictadas por Vespasiano, cuyo fin último no era tanto la conquista como la consolidación de las fronteras. En Britania continuaron cumpliéndose las operaciones militares iniciadas ya en los tiempos del fundador de la dinastía. Cneo Julio Agrícola (suegro del historiador Tácito) penetró en Escocia y parece que en ese período la flota romana había cumplido la circunnavegación de la isla (83). Agrícola había establecido también un plan de navegación de Irlanda, pero Domiciano no dió su consentimiento. En el 84, Agrícola fué vuelto a llamar y las operaciones en Britania fueron interrumpidas.

⁸⁰ Dos ordenanzas municipales de la ciudad de Málaga y Salpensa llegaron hasta nosotros en inscripciones (*lex Municipalis Malacitana* y *lex municipalis Salpensana*).

⁸¹ Debemos recordar también los juegos capitolinos, instituidos por él, que tenían lugar cada 4 años. Durante esos festejos se organizaban competencias literarias en griego y en latín.

Sin embargo, gracias a la penetración en el norte, las posiciones romanas en la isla estuvieron bastante seguras.

Sobre el curso medio del Rin estalló un conflicto con los catos, quienes con sus correrías amenazaban permanentemente la frontera renana. Después de dos campañas dirigidas por el propio emperador (83 y 89) las posesiones romanas sobre el curso medio y alto del Rin fueron ampliadas extraordinariamente, y sobre la margen derecha del río se pusieron las bases de aquella franja fortificada que fué llamada *limes* y que durante algunos siglos contuvo la presión de los bárbaros germanos. Consistía en un complicado sistema de campamentos militares, fortines (*castella*) y caminos que los comunicaban.

Más compleja y peligrosa aún se presentaba la situación en la frontera danubiana. Las tribus de los dacios, que vivían en la actual Rumania y Transilvania, se habían unido bajo la conducción del valeroso Decéballo, uno de sus jefes. Éste había organizado su propio ejército sobre el modelo romano y en el 86 había pasado el Danubio, invadiendo la Mesia. El lugarteniente de la provincia había sido derrotado y muerto en la batalla. Domiciano se hizo presente en el teatro de operaciones. Para atraer al enemigo, el prefecto de los pretorianos Cornelio Fusco atacó con grandes fuerzas la Dacia, pero fué derrotado y murió en el combate. Recién después de dos o tres años su sucesor Tetio Juliano, renovando la tentativa, obtuvo la victoria sobre Decéballo.

Pero precisamente en ese momento Domiciano se vió obligado a interrumpir la guerra en Dacia. A lo largo del curso medio del Danubio una coalición de tribus germanas y sármatas —suevos, cuados y marcomanos—, impulsada por Decéballo, había atacado la frontera romana. El emperador se dirigió a la región amenazada, pero fué derrotado.

Domiciano comprendió muy bien que continuar la guerra sobre las inmensas llanuras transdanubianas habría costado enormes pérdidas materiales y que habría sido poco probable obtener resultados satisfactorios. Por eso se detuvo en el curso medio del Danubio y concluyó la paz con los dacios. Decéballo mantendría su territorio y los romanos le pagarían un tributo (subsidio). En cambio él se reconocía vasallo de Domiciano (año 89). Las guerras danubianas sirvieron como

ocasión para consolidar las fronteras del Imperio también en esa zona.

Las operaciones militares sobre el Danubio se hicieron más difíciles por un brusco empeoramiento de la situación interna. Durante las guerras en Dacia, el lugarteniente de la Germania Superior, Lucio Antonio Saturnino, se había rebelado con dos legiones, asegurándose el apoyo de las tribus germánicas. Pero los aliados no estuvieron en condiciones de ayudarlo en el momento decisivo y Saturnino fué vencido y muerto (88).

La rebelión de Saturnino arruinó definitivamente las relaciones entre Domiciano y la alta sociedad romana. La segunda mitad de su reinado, y en particular los últimos años, se caracterizó por una serie de procesos de "lesa majestad". De nuevo fueron exilados de Italia filósofos⁸²; varias personalidades fueron condenadas a muerte y sus bienes confiscados. Víctimas de Domiciano cayeron también algunos miembros de la familia imperial. Un complot en el que también tomaba parte la emperatriz Domicia, que temía por su propia vida, puso fin en septiembre del 96 al nuevo terror: Domiciano fué apuñalado en su lecho por el siervo Esteban y otros conspiradores.

⁸² Entre ellos, los dos más famosos filósofos griegos de la época: Epicteto y Dión Crisóstomo.

CAPÍTULO VII

LOS ANTONINOS

Nerva. — Los conspiradores indicaron como sucesor de Domiciano al viejo senador Marco Cocceyo Nerva, que en calidad de príncipe asumió el nombre de Emperador César Nerva Augusto. Con él empieza una serie de emperadores (Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pio, Marco Aurelio y Cómodo) que llevan el nombre convencional de Antoninos⁸³. Con una única excepción⁸⁴, su derecho de sucesión se fundó no sobre el nacimiento sino sobre la adopción.

Los Antoninos pertenecen a dos épocas distintas. El gobierno de los primeros cuatro príncipes de esta "dinastía" (desde el año 96 al 161) representa el período de máxima estabilidad del poder central. La política de los Flavios había dado sus frutos y el breve período de reanudación del régimen terrorista con Domiciano no había podido romper la alianza que se había concertado entre el poder imperial y los esclavistas. La estabilización del poder central no podía dejar de reflejarse positivamente sobre el Imperio en su conjunto. Aunque ya en esa época habían aparecido algunos síntomas del proceso general de crisis del sistema esclavista, una serie de factores positivos en el campo económico, social y político quitaban todo motivo de alarma. No por nada los contemporáneos definieron a su tiempo como "el siglo de oro".

⁸³ En rigor de verdad, Antoninos fueron sólo los últimos tres.

⁸⁴ Cómodo, hijo de Marco Aurelio.

A pesar de esto, desde el momento en que Marco Aurelio subió al trono se manifestó con toda intensidad la larga crisis del Imperio. La época de aparente florecimiento terminó, y esos procesos de descomposición que poco se notaban en la primera mitad del siglo saltaron bruscamente a un primer plano. De ahí que cuando queremos definir los períodos del Imperio ponemos a los Antoninos en dos épocas distintas.

El asesinato de Domiciano se había cumplido sin participación de la guardia pretoriana, en la cual el emperador gozaba de una gran popularidad. Pero como uno de sus comandantes, Petronio Segundo, formaba parte del complot, fué posible contener a los pretorianos durante un cierto tiempo. El senado había podido así llevar a cabo sin obstáculos la elección del nuevo emperador, elegido entre los senadores. Pero cuando comenzaron los actos de venganza contra la memoria de Domiciano (destrucción de sus representaciones, cancelación de su nombre en los monumentos oficiales, etc.) y contra sus ex partidarios, los pretorianos se rebelaron. La guardia pretendió le fueran entregados Petronio Segundo y demás causantes de la muerte de Domiciano, y Nerva se vió obligado a ceder, aunque no sin luchar.

De modo que desde el comienzo de su reinado Nerva se encontró frente al problema de arreglar las relaciones con el ejército. Era anciano, no tenía ninguna experiencia militar y no gozaba de ningún prestigio en los círculos del ejército. Esta circunstancia lo indujo a tomar una decisión muy sabia: adoptar a uno de sus jefes militares, el lugarteniente de la Germania Superior, Marco Ulpio Trajano, nativo de España ⁸⁵. Nerva dió a Trajano el nombre de César y le confirió la potestad tribunicia, haciendo de él no sólo su sucesor sino su — compañero de gobierno. Trajano era un gran general, un experto administrador y estaba respaldado por las legiones de la alta Germania. Así se resolvió el difícil problema de reforzar el nuevo reino con un elemento militar y al mismo tiempo se creó un precedente para un nuevo sistema de sucesión.

Como favorito del senado, Nerva gobernó en pleno acuerdo con el más alto órgano del Estado, renovado por los Flavios. Al subir al trono, había jurado no condenar a ningún senador

⁸⁵ Trajano nació en el 53.

sin permiso del propio senado, permiso que debía otorgarse después de un proceso judicial público y regular. Esta promesa fué respetada también por sus sucesores. Además, el senado empezó de nuevo a tomar parte en las discusiones sobre los problemas de administración ordinaria, a confirmar las leyes, a ratificar los tratados de paz, etc. Sin embargo todos estos factores constitucionales no perjudicaron en nada las bases de la monarquía militar que se iba transformando, cada vez en mayor medida, en una monarquía burocrática. Si durante el reinado de Nerva pudieron alimentarse aún algunas ilusiones constitucionales, que surgían del modo mismo en que se había originado la nueva dinastía, ya sus sucesores no tuvieron en cuenta para nada la "constitución". De cualquier modo, las buenas relaciones entre el emperador y el senado continuaron ininterrumpidas hasta el último representante de la dinastía, Cómodo.

Hacia fines del siglo I la economía agrícola italiana estaba en plena decadencia. Ya hemos señalado cómo estaba minada desde el siglo I a.C. por culpa de las guerras civiles. Las tentativas de Augusto y de sus sucesores de mejorar la situación parecen no haber dado los resultados que se esperaban, porque si debemos creer a los contemporáneos la Italia de mediados del siglo I d.C. estaba precisamente frente a una grave crisis agraria (ya hablaremos de esto con mayor detalle en el capítulo VIII). Vinculadas estrechamente con la crisis se presentaban la pobreza de las masas y la brusca disminución de la natalidad incluso en las clases más bajas. Parece ser que la miseria era tan grande que obligaba al gobierno a adoptar medidas que escapaban de los límites de las acostumbradas regalías y distribuciones de viveres a la población urbana.

A la luz de estos hechos se hace comprensible el famoso sistema alimenticio de asistencia estatal del que Nerva⁸⁶ echó las bases y que fué desarrollado por sus sucesores. Su finalidad directa era ayudar a los estratos más pobres de la población libre y nutrir a sus niños. Paralelamente, el gobierno tendía a sostener la agricultura en Italia. Con los recursos del fisco, Nerva había creado un fondo al que podían recurrir quienes

⁸⁶ Ya antes que él algunos personajes ricos habían aplicado aisladamente el sistema. El mérito de Nerva está en haberle dado carácter estatal.

tenían necesidad de préstamos a bajo interés (5%). Los intereses eran pagados en las cajas municipales donde se acumulaban de ese modo fondos locales que debían servir para distribuir subsidios a las familias pobres, para el mantenimiento de sus hijos y también de los huérfanos.

Las fuentes hablan también de otras resoluciones y proyectos de Nerva, tendientes a superar la crisis. Así por ejemplo tenemos noticias sobre una ley agraria⁸⁷, promovida por él por medio de los comicios tribales, que disponía la compra de tierras para la redistribución a los estratos más pobres. También la grave situación financiera de las comunas itálicas, determinada por la crisis, provocó algunas medidas de gobierno. De todos modos, no tenemos noticias muy precisas sobre la política de Nerva, dado el mal estado de las fuentes tradicionales, y a veces no nos es posible establecer si determinadas medidas deben atribuirse a él o a sus sucesores⁸⁸.

A pesar de la importancia mínima de las operaciones militares conducidas por Nerva en el Rin inferior y en el Danubio, éstas le sirvieron de pretexto para asumir el título de *Germanicus*.

✕ *Trajano*. — Nerva murió a principios del 98, Trajano, que en ese momento se encontraba en la frontera renana, en la actual Colonia (la romana Colonia Agripina), se convirtió en emperador sin encontrar la más mínima oposición⁸⁹. Es significativo el hecho de que Trajano no se haya hecho presente en Roma inmediatamente después de la muerte de Nerva, y se haya quedado en cambio aún un año y medio sobre el Rin, tratando de consolidar la frontera. Esto demuestra hasta qué punto era segura su posición como jefe del Estado. El emperador llegó a Roma recién en el verano del 99, y uno de sus primeros actos de gobierno fué el castigo de los pretorianos que se habían rebelado bajo Nerva.

Los historiadores burgueses modernizantes acostumbra llamar al reino de Trajano "absolutismo iluminado". Semejante

⁸⁷ Este parece haber sido el último acto legislativo de la asamblea popular bajo el Imperio.

⁸⁸ Parece que los curadores de las comunas, es decir los controles de sus asuntos económicos, fueron nombrados por primera vez por Trajano.

⁸⁹ Su nombre oficial era Emperador César Nerva Trajano Augusto. Luego se le agregaron los dos títulos honoríficos: Germánico y Dácico.

definición, aunque no es esencialmente verídica, subraya sin embargo dos factores de su política: la firmeza y la benevolencia. Trajano, con quien la autoridad imperial había llegado al máximo de su estabilidad, pudo en efecto permitirse el lujo de ser "benévolo". Supo fundir el carácter sustancialmente autocrático de su gobierno con la tolerancia y una aparente blandura. Por este motivo el título de príncipe óptimo (*Optimus Princeps*) que el senado le atribuyó no fué solamente una expresión de servilismo.

Aunque Trajano ni siquiera asumió el título oficial de censor, siguiendo el ejemplo de sus antecesores continuó con la obra de renovación del senado. Empezó a nombrar nuevos senadores entre los originarios de las provincias orientales helenizadas. En este campo sus sucesores siguieron el mismo camino, hasta el punto que en el siglo II el senado empezó a representar realmente los intereses de los esclavistas no solamente occidentales sino también orientales. Por otra parte, iba perdiendo paralelamente cada vez menos importancia en el sistema de gobierno, que iba cediendo terreno a la burocracia.

Un documento de la actividad administrativa de Trajano es su correspondencia con Plinio el Joven, en la época en que este último se encontraba en Bitinia en calidad de gobernador. Es de hacer notar el cuidado del emperador por las necesidades de las provincias, que llegaba a manifestarse a veces en un pormenorizado y riguroso control sobre la vida local. El gobernador (no hablamos de los gobiernos autónomos) carecía de toda iniciativa. Sin el consentimiento de Trajano, por ejemplo, Plinio no podía permitir a los habitantes de Prusa construirse un baño, a los de Nicomedia crear un cuerpo de bomberos, y así en todo. Sobre las formaciones militares o similares, el emperador expresaba el temor de que pudiesen servir como pretexto para la creación de cualquier organización peligrosa para el orden público y negaba por lo tanto el consentimiento para su constitución.

La correspondencia de Plinio con Trajano contiene indicaciones interesantes sobre la difusión del cristianismo a comienzo del siglo II, especialmente valiosas porque aquí no existe duda alguna sobre la autenticidad de los escritos. Plinio pide al emperador cómo debe comportarse en los casos en que le sean denunciados cristianos. Trajano responde que no hay

que creer en las denuncias anónimas y que en todo caso, si se demostrara la pertenencia al cristianismo, sería suficiente con una simple abjuración. Sólo en caso de que el acusado se negara a renunciar a la nueva religión habría que recurrir al castigo.

De esto pueden hacerse las siguientes deducciones. Primero: a principios del siglo II en las provincias orientales del Imperio el cristianismo estaba bastante difundido y parece que se había diferenciado ya del judaísmo. Segundo: se reconocía al cristianismo como enemigo de la religión oficial romana. Tercero: frente a él Trajano se portó con relativa moderación y no se puede hablar de persecuciones sistemáticas y masivas de cristianos. En este aspecto vemos aflorar nuevamente las tendencias liberales de los emperadores de la época de la estabilización del Imperio.

El sistema de asistencia estatal alcanzó con Trajano su pleno desarrollo. Recuerdos epigráficos hablan de fondos locales creados con recursos del fisco, o gracias a contribuciones de particulares. Los niños de las familias pobres o los huérfanos recibían subsidios mensuales: los varones, 16 sextercios y las mujeres, 12. La administración directa de los fondos era de competencia de las autoridades municipales locales, pero el gobierno central⁹⁰ ejercía un severo control. En Roma 5.000 niños necesitados fueron puestos en las listas de las personas a quienes se distribuía gratuitamente el pan. A la distribución gratuita del pan en la capital Trajano agregó también la distribución de vino y grasas. Este sistema se practicó también en la demás localidades con recursos puestos a disposición por los municipios y por benefactores privados.

Para el mejoramiento de la economía agrícola italiana, el gobierno de Trajano no se limitó a la organización del crédito a bajo interés del fondo alimenticio. Por una disposición del emperador se resolvió que cada senador emplease por lo menos un tercio de su fortuna para adquirir tierras en Italia. Esta medida perseguía un triple fin: 1) vincular con Italia a los nuevos senadores provenientes de las provincias; 2) invertir nuevos capitales en la economía agraria y favorecer así la introducción de mejores instrumentos de trabajo; 3) dar la

⁹⁰ Adriano creó con ese fin el cargo de *praefectus alimentorum*.

posibilidad a los propietarios itálos necesitados de vender sus inmuebles a un precio más alto y adquirir tierras a bajo precio en las provincias.

En política exterior Trajano abandonó las tradiciones del primer Imperio y trató en cambio de renovar las tendencias de conquista de la República. Si algunas de las guerras que él llevó a cabo tuvieron un carácter "preventivo" y la finalidad de asegurar las fronteras, en conjunto (y en lo esencial) su política exterior tendía a la conquista.

En el 101 empezó la guerra con los dacios. Formalmente se trató de la más "preventiva" de todas las guerras de Trajano. La alianza de las tribus dacias representaba sin duda una amenaza para la frontera danubiana. Decéballo era un enemigo serio: la guerra que había hecho con Domiciano no había significado mucha gloria para las armas romanas.

Las operaciones militares en Dacia presentaban grandes dificultades por culpa del carácter del terreno y del valor de sus defensores. Antes de empezar la guerra, Trajano tuvo la previsión de realizar grandes trabajos preparatorios en la frontera danubiana. Dacia fué invadida por grandes columnas que marcharon según algunas líneas operativas; pero el primer año de guerra no dió a Trajano ningún resultado decisivo.

En el 102, las tropas romanas, superando la encarnizada resistencia enemiga, llegaron por diferentes lados sobre Sarmizegetusa, la capital de Decéballo (sus ruinas aún se encuentran en la actual región de Várhely), derrotaron a los dacios y los obligaron a concluir la paz. Decéballo mantuvo formalmente la independencia, pero fué obligado a destruir una parte de sus fuertes y a ceder los otros a guarniciones romanas. Para el control sobre Dacia los romanos construyeron un gran puente de piedra sobre el Danubio. Trajano celebró el triunfo y asumió el título de "Dácico".

La paz no duró mucho tiempo. Decéballo, que secretamente se había preparado para una nueva guerra, atacó por sorpresa en el 105 las guarniciones romanas, destruyó una parte e invadió la Mesia. El hecho constituyó un buen motivo para Trajano para terminar con los dacios. Con 12 legiones (cerca de 120.000 hombres) marchó contra Decéballo y después de dos campañas la guerra concluyó con una nueva batalla frente a

Sarmizegetusa y con el sitio de la ciudad. Decéballo, desesperado, se mató y, después de su muerte, la resistencia de los dacios cesó (106). Muchos de ellos fueron muertos o reducidos a esclavitud, otros deportados. Dacia fué trasformada en provincia romana y poblada por veteranos y por colonos del Asia Menor y de los territorios danubianos⁹¹.

Las escenas de la guerra dacia están representadas en la Columna Trajana,alzada en su recuerdo en el nuevo Foro, entre el Capitolio y el Quirinal. La columna, conservada con sus bajorrelieves hasta nuestros días, constituye una de las más valiosas fuentes históricas.

La conquista de Dacia reforzó la expansión romana en el Mar Negro; la costa septentrional del Ponto se encontró en la esfera de influencia romana. Continuando la política de sus predecesores, Trajano consolidó de nuevo el alto poder de Roma sobre el reino del Bósforo. También aumentó la influencia política sobre los iberos.

Trajano transportó definitivamente el centro de gravedad de la política exterior romana de Occidente a Oriente⁹², cosa perfectamente lógica si se considera que en Occidente el Imperio había llegado a sus límites naturales —el océano Atlántico], mientras que en Oriente quedaban vastas regiones de antigua civilización aun no sometidas. Habiendo decidido lanzarse por el camino de las conquistas, Trajano no podía actuar de otro modo.

Paralelamente a la segunda guerra dacia, las tropas romanas conquistaron el reino nabateo en la Arabia nor-occidental. Se trataba de una región de gran importancia para el comercio oriental, porque por ella pasaban todas las rutas de caravanas que llevaban de Arabia y del Mar Rojo a la costa palestinense. El territorio conquistado formó la nueva provincia árabe.

A fines de su reinado, Trajano condujo a término sus más importantes conquistas orientales. El pretexto le fué dado por los asuntos armenios (como sabemos, desde hacía ya tiempo Armenia constituía la manzana de la discordia entre Roma y los partos). El rey de los partos, Osroes, había puesto en el

⁹¹ A Sarmizegetusa se le dió el nombre de Colonia Ulpia Trajana Augusta, y se convirtió en la principal ciudad de la provincia.

⁹² Su predecesor en este campo había sido Nerón.

trono armenio a un sobrino suyo, contra el deseo de Trajano, que tenía preparado otro candidato. Esto había originado una lucha intestina tanto en Armenia como entre los partos. Trajano aprovechó enseguida para intervenir. En el 114, un ejército romano, apoyado por tropas auxiliares provistas por los pueblos del Cáucaso, ocupó Armenia. Trajano depuso al favorito de los partos y declaró a Armenia provincia romana.

En el 115 inició luego la invasión de la Mesopotamia noroccidental, donde los reyezuelos locales, vasallos del rey de los partos, no opusieron casi ninguna resistencia, mientras Osroes estaba ocupado en la región oriental del reino y no podía ayudarlos de ningún modo.

Trajano pasó el invierno 115-116 en Antioquía, destruida en diciembre del 115 por un espantoso terremoto. En el Eufrates se construyó una gran flota y a comienzos de la primavera las tropas romanas marcharon en dos columnas a lo largo de los cursos de ambos ríos. Probablemente la vinculación se mantenía por medio del antiguo canal entre el Eufrates y el Tigris, reacondicionado por Trajano. Las dos columnas se reunieron para el asalto a la capital de los partos, Ctesifonte, situada sobre el Tigris. Osroes huyó y la flota romana bajó hasta los alrededores del Golfo Pérsico (116). Trajano comenzó a estudiar planes para una expedición a la India.

Mientras tanto Osroes, después de haber arreglado las cosas en Oriente, había pasado a la contraofensiva. Paralelamente en la retaguardia romana estalló una revuelta, preparada por agentes del rey parto. La revuelta no se limitó a la Mesopotamia, sino que se extendió entre los hebreos de Palestina, de Chipre, de Cirenaica y de Egipto. Estaba acompañada por masacres en masa de la población griega y romana.

Trajano fué obligado a interrumpir la ofensiva y a emplear grandes fuerzas para afrontar a los rebeldes. El movimiento fué sofocado en todas partes menos en Palestina, donde sólo cesó con Adriano. La represión de la revuelta se complementó con crueles persecuciones de hebreos por parte de la población no hebrea.

Estos hechos obligaron a Trajano a renunciar a la conquista definitiva del reino de los partos. Se limitó a coronar rey en Ctesifonte a un favorito suyo, mientras la Mesopotamia noroccidental y la Asiria eran declaradas provincias romanas (117).

Inmediatamente después el emperador se vió atacado de parálisis. Mientras era trasportado a Roma murió en Cilicia en el verano del 117.

El breve resumen que hemos hecho sobre la política exterior de Trajano confirma cuanto ya hemos afirmado sobre su carácter de conquista. ¿Cuáles fueron las causas que obligaron a Trajano a cambiar la tradición política del primer Imperio? Dejando de lado las inclinaciones personales y el talento militar de Trajano, debemos buscar las raíces más profundas de su política exterior en las condiciones objetivas del Imperio. En esto sólo nos es posible presentar hipótesis, porque las fuentes nada dicen al respecto. La hipótesis más probable es que la causa de la activación de la política exterior romana de principios del siglo II fuera la crisis económica a la que ya nos hemos referido. La organización de la asistencia estatal iniciada por Nerva y continuada por sus sucesores requería enormes recursos. Los impuestos personales habían llegado ya al máximo con los Flavios y, como luego lo demostró la política exterior de Adriano, no podía ser aumentada más. Sólo quedaba un camino: las conquistas, que debían aportar ricos botines y aumentar las entradas del tesoro. La afluencia de nuevos esclavos resolvería el problema de la mano de obra, que se hacía cada vez más difícil, y finalmente sería posible hacer emigrar colonos a los territorios conquistados, aliviando así la pesada situación itálica.

Pero los acontecimientos posteriores demostraron que el camino elegido por Trajano para luchar contra la crisis no podía resolver el problema.

Adriano. — Trajano designó para su sucesión a un lejano pariente suyo, su coterráneo Publio Elio Adriano⁹³. Pero el acto formal de la adopción fué cumplido por el emperador muy tarde, probablemente poco antes de su muerte, y esto había originado rumores según los cuales la adopción habría sido obra de la emperatriz Plotina, de quien era el favorito; ésta habría falsificado el testamento de Trajano. Es poco probable que estos rumores tuvieran algún fundamento, dado que en vida el emperador estaba en óptimas relaciones con Adria-

⁹³ Adriano nació en el 76. Trajano había sido su tutor en la juventud. Se casó con Sabina, nieta de la hermana de Trajano, Marciana.

no, a quien había confiado, al partir de Roma, el mando de las legiones Sirias. Adriano fué también proclamado emperador por sus tropas, después de haber sido confirmado por el senado ⁹⁴.

Sin embargo, entre las personas que más de cerca rodeaban a Trajano, la elección de Adriano provocó descontento. Parece que algunos de ellos se consideraban más aptos para la dignidad imperial. Además Adriano unía a su excepcional talento y amplitud de miras ⁹⁵ algunos rasgos negativos de carácter: desconfianza, mezquindad, pedantería. También es posible que en el círculo de los amigos se hubiera expresado desfavorablemente sobre la política agresiva de Trajano y que esto llegara a conocimiento del alto mando que, naturalmente, debía haber quedado contrariado. En el 118, antes de la llegada de Adriano a Roma, cuatro ex colaboradores de Trajano fueron arrestados por el prefecto de los pretorianos y entregados al juicio del senado bajo la acusación de complot contra el emperador. Parece que no había un verdadero complot, y esto lo reconoció el propio emperador, expresando su descontento por la excesiva prisa del senado, que había condenado a muerte a los acusados, y sacando de su puesto al prefecto de los pretorianos.

Adriano empezó su reinado concertando en Antioquia, antes aún de dirigirse a Roma, la paz con Osroes. Fué un acto de excepcional importancia, impuesto por el convencimiento de que las conquistas orientales de Trajano, aunque hubieran podido mantenerse, habrían costado sacrificios excesivos. Para llevar adelante la guerra con los partos, Trajano había desgarnecido las otras fronteras hasta tal punto que en Dacia, sobre el Danubio, en Britania y en Mauritania, podían deshacerse al primer golpe. La guerra con Osroes había empezado a desarrollarse recién en el 116. La población de la Mesopotamia demostraba claramente su propia enemistad hacia los romanos. La nueva frontera, extendida más allá del Eufrates, era mucho más vulnerable que la antigua, que seguía el curso del río. Probablemente todas estas consideraciones ya las había hecho Trajano cuando en el 117 había renunciado

⁹⁴ Asumió el nombre de Emperador César Adriano Augusto.

⁹⁵ Escribió versos y ensayos eruditos y se ocupó de música, pintura, matemáticas, escultura y medicina.

a nuevas conquistas. Adriano sólo sacó de ellas las lógicas consecuencias.

También en las otras fronteras Adriano renunció a grandes operaciones ofensivas, limitándose sólo a la defensa. Se hizo presente personalmente en todos los puntos amenazados, en Mesia, en Dacia, en Germania, en Britania y en África. En todas partes adoptó medidas tendientes a consolidar la disciplina en las tropas y a reforzar las fronteras (el llamado "cerco de Adriano" en Britania). Con él la defensa del Imperio fué llevada al máximo límite de perfección posible en la época.

Así como las conquistas de Trajano no pueden explicarse por su "espíritu guerrero", la política pacífica de Adriano no estuvo determinada por su amor personal a la paz. Con Trajano el imperio había hecho el último esfuerzo gigantesco para detener la crisis creciente por medio de las conquistas exteriores, pero independientemente de los provisorios resultados positivos obtenidos, éstas habían costado tales sacrificios humanos y financieros que una continuación de la política exterior activa se había hecho imposible. El mérito de Adriano consiste en haber comprendido la situación y haber actuado en consecuencia.

Es importante señalar como una de las primeras medidas de política interna de Adriano fué el perdón de la enorme suma de impuestos atrasados que se habían acumulado sobre la población de Italia y de las provincias en el curso de los últimos 15 años; a esto siguió una ampliación del sistema alimenticio y otras medidas de asistencia. La importancia de estas medidas no disminuye por el hecho de que fueron presentadas como "actos de clemencia" del nuevo emperador a principios de su reinado. Entre estos "actos de clemencia" se contaban también el juramento de no condenar a muerte a los senadores sin un proceso cumplido por el mismo senado, la organización de magníficos juegos de gladiadores, de combates de fieras, etc.

En la evolución del principado hacia el gobierno monárquico burocrático, el reinado de Adriano constituyó una etapa muy importante. Ya con los primeros emperadores, se habían echado, como hemos visto, las bases del sistema burocrático imperial. Al principio eran los libertos quienes for-

maban su estructura, porque el aparato estatal no era distinto de la administración privada del príncipe, y esta última estaba dirigida fundamentalmente por libertos. Con la posterior diferenciación de ambas administraciones, la función de los libertos disminuyó, tanto más que el orden ecuestre volvía a adquirir importancia.

Ya con los Flavios la cantidad de libertos empleados en la administración imperial había empezado a disminuir. Adriano dió un nuevo paso adelante. Con él casi todos los altos puestos administrativos, no ocupados por personas con título de senador (jefes de las cancellerías, procuradores más importantes), fueron quitados a los libertos y pasados a los caballeros. Paralelamente se reorganizó el orden ecuestre. En lo fundamental, el censo dejó de ser la condición necesaria para ocupar cargos destinados a los caballeros. Para estos cargos Adriano empezó a nombrar personas que habían servido en el ejército o en un cargo civil, aunque no poseyeran el censo necesario. La preferencia se dió a quienes tenían una cultura jurídica. Cualquiera que hubiese alcanzado un cargo ecuestre obtenía también el título correspondiente. El nuevo principio no excluía el antiguo del censo, ni el derecho del emperador a nombrar *motu proprio* los caballeros.

La reorganización del orden ecuestre apresuró decididamente su transformación en una categoría de funcionarios. En esto influyó grandemente el hecho de que con Trajano y Adriano la recaudación de los impuestos indirectos por medio de los publicanos⁹⁶ desapareció en forma definitiva para pasar a manos de los funcionarios locales. Es cierto que se trataba siempre de particulares, pero en primer lugar no se solicitaba de ellos el pago anticipado de toda la suma del impuesto y por lo tanto se podían contentar con un porcentaje menor, y en segundo lugar la recolección se hacía bajo control de los procuradores imperiales. De este modo, terminaba una de las mayores fuentes de enriquecimiento de los caballeros, cosa que no podía dejar de influir sobre el debilitamiento de las posiciones económicas del orden ecuestre como clase adinerada.

Adriano instituyó algunos nuevos cargos burocráticos, co-

⁹⁶ La de los impuestos directos les fué quitada, como sabemos, ya a principios del Imperio.

mo ser los abogados del fisco (*advocati fisci*), los prefectos para la vialidad (*praefecti vehicolarum*), etc.

La importancia creciente de la burocracia se tradujo en la adopción de una jerarquía más rígida en los cargos y en los títulos honoríficos correspondientes a cada grado. Así los senadores fueron llamados *virī clarissimi* (abreviado en V. C.), y el título correspondía también a los miembros de sus familias; los representantes de los más altos cargos ecuestres (el prefecto de los pretorianos, el prefecto de Egipto), *virī eminentissimi*; los funcionarios de rango medio (*praefecti annonae*, *praefecti vigilum*, ver nota 16), *virī perfectissimi*; finalmente los funcionarios de grado inferior al orden ecuestre fueron llamados *virī egregi*. Los títulos concedidos a los caballeros no se extendían a los miembros de sus familias.

Con Adriano el consejo imperial (*consilium principis*) tuvo una organización definitiva. De hecho, existía ya desde los tiempos de Augusto; al principio sus funciones eran desempeñadas por un comité de 15 senadores, 2 cónsules y representantes de otras magistraturas (III, p. 23); luego Augusto lo había ampliado incluyendo en él a los miembros de la familia imperial y a un cierto número de caballeros. De tiempo en tiempo Augusto convocaba también reuniones especiales de personas competentes en distintos problemas, sobre todo jurídicos. De estas dos fuentes se originó el consejo permanente del príncipe que con los sucesores de Augusto adquirió una forma cada vez más definida, ampliando el campo de su competencia. Con Claudio, por ejemplo, el *consilium principis* había sustituido al senado en calidad de órgano superior para los asuntos políticos.

Adriano transformó definitivamente el consejo en una institución burocrática: estableció un sueldo para sus miembros permanentes, convirtiéndolos en meros funcionarios. En consecuencia el consejo perdió los últimos restos de su independencia, volviéndose un dócil instrumento de la voluntad del emperador. Se incluyó en él a muchos juristas, lo que reforzó y amplió su competencia judicial y lo hizo convertirse en una de las fuentes de interpretación del derecho. El sustituto del emperador en el consejo, sobre todo para los asuntos jurídicos, fué el prefecto de los pretorianos.

La formación definitiva del *consilium principis* no pudo

dejar de influir sobre la posición del senado. El consejo, por su competencia, era en verdad un doble del senado y sólo el emperador decidía qué asuntos debían ser tratados por el consejo y cuáles por el senado.

La burocratización del Imperio bajo Adriano se manifestó con claridad en el procedimiento judicial. La competencia judicial de los magistrados fué fuertemente reducida. A los pretores y a los ediles se les prohibió introducir en los habituales edictos anuales nuevas normas de derecho; todas las contenidas en los edictos anteriores fueron recopiladas, por encargo del emperador, por el famoso jurista Salvio Juliano en un compendio que fué llamado "edicto perpetuo" (*Edictum perpetuum*). Además, Adriano instituyó cuatro jueces para Italia, contribuyendo también con esto a reducir la competencia judicial de los magistrados. Aumentaron en cambio las funciones judiciales de los funcionarios imperiales, como, por ejemplo, las del *praefectus urbi*, que se convirtió en el más alto funcionario judicial de la capital.

Adriano se preocupó muy atentamente por las provincias. Esto se manifestó, entre otras cosas, con sus viajes sistemáticos de inspección, durante los cuales visitó las más lejanas regiones del Imperio. De sus 21 años de reinado, Adriano pasó más de la mitad fuera de Italia. Muchas ciudades provinciales recibieron los derechos de colonias o de municipios; se fomentaron las construcciones, generosamente subsidiadas por el emperador, sobre todo en Grecia (Adriano era un apasionado entusiasta de la civilización griega)⁹⁷.

Esta política, acompañada por la paz general que reinaba en el Imperio, determinó un renacer de la vida provincial, el surgimiento de nuevas ciudades y la renovación de las antiguas. La vida cultural tuvo un último resplandor; su centro se trasladó a Oriente, a la región de la lengua y de la civilización griega, donde se manifestó el llamado "resurgimiento griego" (ver capítulo IX).

La época de Adriano se caracteriza en su conjunto por una relativa paz civil. Sin embargo en los últimos años de su reinado en Palestina estalló de nuevo una gran rebelión provocada

⁹⁷ En Atenas fundó el culto de Júpiter Olímpico, y también se divinizó a la emperatriz Sabina bajo la figura de Hera. También Antinoo, su favorito, fué divinizado después de su muerte.

por los romanos. Durante su segundo viaje a las provincias orientales, a principios de la tercera década del siglo II, Adriano había decidido "resolver" el problema hebreo con la asimilación forzada. En el 131 había dado un edicto por el que prohibía la circuncisión y había fundado en Jerusalén la colonia romana de Aelia Capitolina. En lugar del templo de Jerusalén, destruido en el 70, pensaba fundar un santuario a Júpiter Capitolino.

Estos hechos habían decidido la rebelión, que bajo la guía del "mesías" Simón Bar-Koheba (hijo de la estrella) había asumido un carácter de encarnizada guerra de guerrillas (131-134). Para hacerle frente fueron enviadas a Palestina grandes fuerzas tomadas de las otras fronteras. En el 134 se nombró su comandante en jefe a Sexto Julio Severo, que fué hecho venir de Britania. El propio emperador se hizo presente en el teatro de operaciones. Las tropas romanas empezaron sistemáticamente a ocupar una región tras otra, sometiéndolas a despiadadas devastaciones. Alrededor del 135 la rebelión fué sofocada. Resultado: 50 fortalezas y 985 aldeas destruidas, 580.000 hombres muertos, sin contar los fallecidos por enfermedades o por hambre. A los hebreos sobrevivientes se les prohibió visitar Jerusalén más de una vez por año.

Aunque el sucesor de Adriano abolió en seguida las medidas tomadas contra los hebreos, la segunda guerra judaica cumplió ese proceso de dispersión del pueblo hebraico en todas las regiones del Imperio (la llamada "diáspora") que se había iniciado ya en la primera guerra judaica, con Vespasiano.

Adriano pasó sus últimos dos años y medio de vida en Italia. Los trascurió en su lujosa villa sobre el Tíber, donde había reunido los objetos de arte más raros y los más curiosos productos de la naturaleza provenientes de todas partes del mundo. Durante la vejez su desequilibrio psíquico aumentó. Se vió cada vez más sujeto a ataques de morbosa melancolía, agudizados por las circunstancias de su vida privada. Durante el viaje por el Nilo, a principios de la tercera década del siglo, se había ahogado su favorito Antinoo, joven de extraordinaria belleza. Su muerte conmovió tremendamente al emperador. En el 136, no teniendo hijos⁹⁸, había adoptado al joven

⁹⁸ Su pariente Serviano y el sobrino Fusco fueron ajusticiados en 136 por sentencia del senado, acusados de haber participado en un complot.

Lucio Ceionio Cómodo Vero⁹⁹, persona sin mérito alguno aparte de su belleza, y además enfermo. En el 138, seis meses antes de la muerte del emperador, el hijo adoptivo murió. Enfermo y desesperado, Adriano decidió entonces nombrar como sucesor a Tito Aurelio Antonino, miembro del consejo imperial¹⁰⁰, a condición de que éste a su vez adoptara al joven de 17 años Marco Annio Vero, uno de sus favoritos¹⁰¹ y a Lucio Elio Vero, hijo de 8 años del heredero muerto¹⁰². Antonino, cuyos hijos legítimos habían muerto de pequeños, aceptó las condiciones y fué adoptado por el emperador. El senado sancionó el acto, Antonino fué investido del imperio proconsular y de la potestad tribunicia.

En el verano del 138 Adriano murió en Baya y Antonino subió al trono.

Antonino Pio.—El largo reinado de Antonino (murió en el 161, a los 75 años de edad) fué el período más calmo y más "impersonal" de todo el Imperio. Los motivos de esto deben buscarse no tanto en los rasgos individuales del emperador como en la situación general internacional e interna. La política de sus predecesores había traído una cierta estabilización del Imperio y había señalado el camino a recorrer.

Antonino¹⁰³ abolió algunas medidas administrativas tomadas en su pensamiento, y en general siguió, en política exterior, las huellas de Adriano. El perdón de los impuestos atrasados que no se habían podido recoger y el sistema de las distribuciones se habían convertido ya en una tradición para los emperadores del siglo II. Sin embargo en el campo de las finanzas Antonino demostró una economía mayor que su predecesor. En especial redujo considerablemente la gran actividad cons-

⁹⁹ Con el nombre de Lucio Elio César.

¹⁰⁰ Su nombre completo era Tito Aurelio Fulvio Boionio Arrio Antonino (a partir del siglo II el sistema de nombres se había vuelto muy complejo). Nació en el 86. Era un viejo amigo de la familia imperial y tal vez pariente de Plotina.

¹⁰¹ Sobrino de Antonino por parte de la esposa.

¹⁰² De este modo trataba de garantizar la sucesión contra cualquier eventualidad.

¹⁰³ Asumiendo el nombre de Emperador Tito Elio César Adriano Antonino Augusto Pio. El sobrenombre de *Pius* se le dió porque, contra la voluntad del senado, insistió para la deificación de su padre adoptivo.

tructiva de Adriano, hasta tal punto que a su muerte en las cajas del Estado se habían acumulado 675 millones de denarios.

Antonino abolió algunas medidas administrativas tomadas por sus predecesores; permitió de nuevo la circulación de los judíos, hizo cesar las persecuciones de cristianos. La situación de los esclavos mejoró considerablemente; entre otras cosas, se prohibió a los propietarios matar a sus propios esclavos¹⁰⁴. Hubo también una mitigación de las severas normas de derecho penal aplicadas hasta ese momento.

Sin embargo la política "liberal" de Antonino no evitó al Imperio las conmociones internas. De sus tiempos se recuerdan una nueva revuelta de los hebreos y movimientos en Acaya. Las fechas correspondientes no se pueden establecer con precisión dado el mal estado de las fuentes. A principios de la quinta década del siglo estalló en Egipto una rebelión que por algún tiempo privó a Roma del trigo egipcio. Esto provocó movimientos también en la capital, durante los cuales la multitud casi lapida al propio emperador. Antonino se vió forzado a organizar distribuciones de pan, vino y harina costeándolas él mismo.

En los asuntos exteriores Antonino mantuvo la línea pacífica de su predecesor, lo que no excluyó sin embargo activas operaciones militares para la defensa de las fronteras. En Britania sus generales combatieron con las tribus escocesas y establecieron una nueva franja fortificada al norte del "cerco de Adriano" (el cerco de Antonino). En África se hicieron más frecuentes los ataques de los mauritanos, y por este motivo las tropas romanas se vieron obligadas a avanzar al interior del Atlante. En la costa septentrional del Mar Negro hubo que rechazar ataques de tribus bárbaras.

Internacionalmente el emperador gozaba de gran autoridad. Esto ha quedado demostrado por las embajadas que llegaron hasta él desde la India, desde Hircania, desde Batriana y por su autorizada intervención en los asuntos del Bósforo, de Iberia, de Cólquida y de Armenia.

La amplitud de las relaciones comerciales internacionales de la época se evidencia en la aparición en el 166 de una delegación de mercaderes griegos en la corte del emperador chino Huan-Ti. Se decían embajadores del emperador An-Tun

¹⁰⁴ Para la situación de los esclavos ver cap. VIII.

(Marco Aurelio Antonino, sucesor de Antonino Pío) y realizaron tratativas para establecer un comercio directo entre los países del Mediterráneo y la China.

En marzo del 161 Antonino murió dejando el poder a su hijo adoptivo Marco Aurelio Antonino¹⁰⁵, que inmediatamente asoció al gobierno a su hermano de adopción, L. Aurelio Vero¹⁰⁶. De hecho reinó Marco Aurelio, pues el hermano era una nulidad y, además, murió en el 169. Con el gobierno de Marco Aurelio se abre el comienzo de la crisis general del imperio. Esta crisis aparece a primera vista como algo tan imprevisible, el contraste entre la época de Antonino Pío y la de Marco Aurelio es tan grande, que se hace necesario, en este punto, detenerse a considerar el aspecto de las relaciones económicas del Imperio para desentrañar las causas que llevaron al primer estallido de la crisis en la segunda mitad del siglo II. Al mismo tiempo haremos una breve referencia a la cultura de los siglos I y II.

¹⁰⁵ Marco Anno Vero, que después de la adopción por parte de Antonino había asumido el nombre de Marco Elio Aurelio Vero César. Su nombre oficial como emperador fué: Emperador César Marco Aurelio Antonino Augusto. Antonino había predestinado para la sucesión a Marco Aurelio confiriéndole todos los derechos de heredero, el imperio proconsular, la potestad tribunicia, y dándole además como esposa a su propia hija Faustina.

¹⁰⁶ Lucio Elio Vero, que después de la adopción por parte de Antonino había asumido el nombre de Lucio Ceyonio Elio Aurelio Cómodo Vero. Su nombre como co-reinante de Marco Aurelio era: Emperador César Lucio Aurelio Vero.

CAPÍTULO VIII

ECONOMÍA Y RELACIONES SOCIALES EN LOS SIGLOS I Y II

Característica general.— Los procesos que se produjeron en el campo de la economía y de las relaciones sociales en los primeros dos siglos del Imperio son muy complejos y no es fácil su interpretación. La dificultad de su comprensión se debe sobre todo a lo contradictorio de los mismos.

El Imperio había traído consigo una relativa paz civil, acompañada por un considerable relajamiento de la política de conquistas. El cambio de la política con respecto a las provincias había hecho que la explotación de las mismas adquiriera un carácter organizado y menos bandidesco. Muchos emperadores, especialmente los Antoninos, habían fomentado la actividad edilicia y se habían preocupado por el desarrollo de la vida cultural de las provincias. La piratería fué liquidada, o por lo menos reducida sensiblemente. Se había desarrollado una magnífica red vial y se había introducido una moneda imperial única.

Todos estos factores habían influido en modo favorable sobre los distintos aspectos de la sociedad romana. En el Imperio de los dos primeros siglos se puede además notar el desarrollo de la técnica (naturalmente dentro de los estrechos límites de la producción esclavista), la evolución del artesanado, el impulso que la vida económica recibió en muchas provincias, el desarrollo en ellas de la producción y el comercio locales, el aumento de los intercambios regionales, el incremento del comercio con Oriente, etc. La fortuna de las clases altas en las provincias había aumentado, las ciudades provin-

ciales habían logrado su autonomía y vivían una intensa vida económica y cultural. Algunas ciudades antiguas, que a fines de la República habían comenzado a decaer, renacían. En los confines del Rin y del Danubio, en África septentrional y en Dacia surgía una gran cantidad de nuevos centros urbanos.

Pero junto a estos fenómenos positivos un observador atento podía notar síntomas amenazadores de decadencia escondidos bajo el aparente bienestar: la ya crónica crisis agraria de Italia, importantísimo centro vital del Imperio; la disminución del número de esclavos, la disminución de la productividad de su trabajo y las distintas tentativas de los esclavistas de encontrar formas nuevas y más eficaces de explotación; la pauperización de amplios estratos de población en Italia y en las provincias y el esfuerzo de las tendencias de parasitismo y de una psicología de ocio; el agotamiento de los recursos militares del Imperio y la imposibilidad de volver a una política de conquistas. Y debe hacerse notar que los síntomas de decadencia eran más serios que los de bienestar, pues se referían a los aspectos fundamentales de la vida del Imperio, caracterizando a los elementos más importantes de la sociedad romana.

Ya hemos visto qué era lo que determinaba los fenómenos positivos. ¿Cuáles eran, en cambio, las causas de la decadencia? Lógicamente el Imperio había traído un cierto mejoramiento del sistema romano, en el sentido que le había dado un carácter de mayor organización; pero el sistema, también con el Imperio, había seguido siendo esclavista, a pesar de algunos signos de la incipiente degradación de la esclavitud: el número de esclavos había empezado a disminuir, su situación estaba muy mejorada; junto con el trabajo de los esclavos se iban desarrollando otras formas de explotación; la economía latifundista centralizada había empezado a dejar sitio a una economía fraccionada de esclavos unidos a la tierra y de colonos semilibres arrendatarios. Todos estos cambios sin embargo sólo eran cuantitativos, incapaces de determinar una nueva calidad. El sistema seguía siendo en lo sustancial el antiguo, y en él continuaban gravitando todos aquellos factores que inevitablemente conducen al fin de un sistema esclavista desarrollado.

En el curso de los siglos la región del Mar Mediterráneo había sido el escenario de la economía esclavista en su forma

romana, la más bandidesca y cruel, que había agotado las fuerzas productivas. No se puede negar que el imperio había mitigado bastante la antigua práctica republicana: las provincias respiraban más libremente y habían tenido una cierta independencia económica. El sistema imperial de recaudación de impuestos era menos despiadado que el de los empresarios republicanos; los funcionarios imperiales se comportaban, en los primeros tiempos, con menor crueldad que los magistrados republicanos; pero también éstos eran, en fin de cuentas, sólo cambios cuantitativos, que no podían dar un mejoramiento radical. Además la burocracia imperial bien pronto alcanzó y luego superó a los magistrados republicanos en avidez y corrupción; las fuerzas productivas de las regiones más importantes del Imperio —Italia y la península balcánica— estaban tan minadas por el secular dominio de la esclavitud que su renacimiento se hizo imposible durante muchos siglos.

De este modo el carácter doble y contradictorio de los fenómenos económico-sociales de los primeros dos siglos del Imperio resultó totalmente natural. El Imperio fué la forma estatal que sustituyó al sistema de la *polis* de la época de la esclavitud "clásica". El Imperio, como la monarquía helénica que lo precedió, fué un "estado territorial", pero un estado que distaba mucho de ser completo. No habiendo una conciencia nacional, era en sustancia poco más que un conglomerado de ciudades, territorios y tribus de nivel cultural y económico distinto, unidos por la dictadura militar de los emperadores. El Imperio había hecho mucho por fundir este conglomerado en un todo orgánico, pero los resultados no fueron grandes. Mientras la base económica continuaba siendo el sistema esclavista era irrealizable una unión sólida, dado que era imposible la existencia de un único y vasto mercado interno. Además el Imperio era una superestructura política del sistema esclavista mediterráneo, encaminado ya hacia su decadencia. Esta circunstancia agudizaba todas las contradicciones propias de la sociedad esclavista.

Resultó natural que entre las dos tendencias señaladas —el desarrollo y la decadencia— tomara por fin la delantera la segunda. La recuperación fué un fenómeno transitorio y relativo: o tocaba aspectos exteriores (renovación de las ciudades) o, si se refería a procesos internos (desarrollo de la vida eco-

nómica de las distintas provincias), sólo representó un fenómeno local que, además de no poder salvar al Imperio en su conjunto, no podía, como veremos adelante (cap. XII) sino profundizar la crisis, facilitando el proceso de desintegración.

La decadencia como expresión de las leyes internas de la sociedad esclavista fué un proceso fundamental y natural.

La técnica. — Con el sistema de la esclavitud la técnica de la producción podía desarrollarse dentro de ciertos límites restringidos. A causa del relativamente bajo nivel de los intercambios y de la parte considerable que en él tenía la economía natural cerrada, el mercado de la sociedad esclavista no tenía gran extensión. La demanda de mercancías era limitada, y en consecuencia el productor no tenía los suficientes estímulos para ampliar e intensificar la propia producción. Si bien ese estímulo subsistía en ciertos casos, la presencia (en el período de florecimiento de la esclavitud) de un mercado de esclavos a bajo precio y casi ilimitado permitía extender la producción mediante el aumento cuantitativo de la fuerza-trabajo, pero hacía igualmente desventajoso el tratar de obtener el aumento de la producción mediante la aplicación de instrumentos y medios de trabajo perfeccionados, a causa también del bajo grado de productividad de los esclavos. Sobre esto leemos en *La Odisea*:

“El esclavo es negligente: si el patrón no lo obliga con severidad, no emprende el trabajo por su voluntad; el penoso destino del hombre caído en la esclavitud destruye sus mejores cualidades” 107.

He aquí por qué con el sistema esclavista los instrumentos de trabajo fueron por lo general muy primitivos. “Esto (es decir, el uso no correspondiente de las materias primas y de los medios de trabajo) es una de las circunstancias —dice Marx— que encarecen la producción fundada sobre la esclavitud. En este tipo de producción el trabajador se distingue, según la exacta expresión de los antiguos, sólo como *instrumentum vocale* del animal, *instrumentum semivocale*, y del inerte instrumento de trabajo, *instrumentum mutum*. Pero él se encarga de hacer sentir al animal y al instrumento que no es su igual, sino un hombre, y se procura, maltratándolos y gastándolos con amor, la seguridad de esa diferencia. Por eso

107 *La Odisea*, XVII, 320-323.

en este modo de producción vale como principio económico la adopción de los instrumentos de trabajo más rústicos, más pesados, pero difícilmente arruinables precisamente por su pesadez" ¹⁰⁸.

La antigüedad no conoció la aplicación de máquinas a la producción, salvo algunas formas embrionarias (molino).

Sin embargo hay que poner algunos límites a lo que hemos dicho. En primer lugar, también los esclavistas lograron obtener una productividad bastante elevada de ciertos grupos de esclavos, principalmente los artesanos calificados, con el sistema de la recompensa. En segundo lugar la técnica quedó estancada sobre todo en el periodo de mayor desarrollo del sistema esclavista. En otras épocas, cuando el trabajo de los artesanos libres o de los propios esclavos sujetos a formas más blandas de explotación (por ejemplo los esclavos entregados "en alquiler") competía con la forma esclavista propiamente dicha, la técnica de la producción había cumplido notables pasos hacia adelante, pero dentro de los estrechos límites históricos de la época.

Los primeros dos siglos del Imperio representan precisamente un periodo de desarrollo de la técnica dentro de los límites de sus formas antiguas. El Imperio, culminación de la larga historia del Mediterráneo antiguo, fué el heredero de toda la evolución cultural precedente. Se apropió también de muchas conquistas técnicas de la época helénica (mecanismos para elevación, molino de agua, etc.) ¹⁰⁹. El aumento del volumen de los intercambios comerciales internos y externos había estimulado el desarrollo de la técnica artesanal; la intensa actividad edilicia en las ciudades había dado impulso a la arquitectura y a la mecánica aplicada; finalmente, la reducción del número de esclavos disponibles y la decadencia iniciada ya del sistema económico esclavista habían aumentado el peso específico de las formas libres o semilibres de trabajo.

Varios autores antiguos confirman el nivel relativamente alto de la técnica en los siglos I y II: Vitruvio (III, p. 55) habla de aparatos para elevaciones en los que se aplicaba el bloque

¹⁰⁸ *El Capital*, libro I.

¹⁰⁹ Varias conquistas técnicas del helenismo habían sido introducidas en Roma desde la época de la República (técnica militar, marítima, mecanismos hidráulicos).

compuesto (polispasto)¹¹⁰, de mecanismos hidráulicos (tímpanos), de instrumentos de medición del tipo taxímetro¹¹¹. Dióñ Casio (68, 13) describe así el puente tendido sobre el Danubio por Trajano:

“Trajano construyó un puente de piedra sobre el Istro, a propósito del cual no sé como expresar un modo digno de admiración por este emperador. También llevó a término otras obras notables, pero ésta supera a todas. El puente comprende veinte pilones de piedras escuadradas, de 150 pies de alto¹¹², sin contar la base, y del espesor de 60 pies. Los pilones están dispuestos a 70 pies de distancia el uno del otro y unidos por arcos. ¿Cómo no maravillarse de los gastos demandados por esta construcción? ¿Cómo no maravillarse del modo en que cada pilón fué construido en medio de un río de gran caudal, peligroso por los remolinos de agua, por el fondo desperejo? Hay que tener en cuenta que no era posible desviar la corriente”.

Por las descripciones de Diodoro (V, 35, 38) y de Plinio el Viejo (XXXIII, 67-68; XXXIV, 143-145) tomamos conocimiento de la compleja técnica de extracción de la plata y del oro, de la aplicación de instalaciones para la desecación de las minas, del uso de hornos de fusión y de los distintos medios para fundir el hierro. Vitruvio (X, 5) y Plinio (XVIII, 97) nos dejaron una descripción del molino de agua que probablemente había aparecido por primera vez en Asia Menor, bajo Mitridates¹¹³. En el siglo I d.C. el molino de agua comenzó a difundirse lentamente también en Occidente (Italia).

También la técnica agrícola, por lo general estacionaria, hizo un cierto progreso desde fines de la República. Plinio (XVIII, 172) habla del arado con ruedas inventado “desde hace poco” en Recia. Más interesante aun es la descripción que hace el propio Plinio de una máquina que recuerda la segadora:

“En las vastas fincas de Galia, para la cosecha, se arrastran por los campos, tiradas por animales, grandes cajas sobre dos ruedas, que llevan

¹¹⁰ *Sobre la arquitectura*, X, 2, 1-3. El famoso relieve sepulcral de Centoceles, probablemente de la época de los Flavios, representa la construcción de un sepulcro con el empleo de ese mecanismo.

¹¹¹ *Sobre la arquitectura*, X, 4, 1-2; 1-4.

¹¹² El pie griego y romano correspondía a más o menos 30 cm.

¹¹³ Estrabón, *Geografía*, XIII, 556.

en su extremidad dientes dispuestos de tal modo que las espigas que cortan caen en la caja" 114.

Es de señalar que la "segadora" no fué usada en Italia, donde los cultivos de cereales no estaban lo suficientemente desarrollados y donde además, en la época del Imperio, reinaba la crisis; pero fueron sí utilizadas en Galia.

El testimonio de las fuentes literarias se ve confirmado por una infinidad de restos arqueológicos de esos dos siglos. Las construcciones romanas sorprenden por sus dimensiones y su perfección técnica. Baste recordar el anfiteatro de los Flavios (el Coliseo) que contenía no menos de 50.000 espectadores, los grandiosos acueductos romanos (puentes en arco sobre los que pasaban los tubos para la conducción del agua 115, los arcos de triunfo de los emperadores (el de Tiberio en Orange y el de Tito en Roma), la famosa Columna Trajana, de 27 m. de alto, con una franja de bajorrelieve de 200 m. de largo, el Mausoleo de Adriano (el llamado Castel Sant'Ángelo) y otras construcciones. Los puentes y las calles romanas fueron construídas con tal cuidado que algunos están aún en uso en Italia, en Francia meridional y en España. Debemos agregar también los numerosos restos de hornos para fusión y calcinación (para cerámicas) encontrados por los arqueólogos en varias regiones del Imperio, los numerosos talleres de artesanos descubiertos en Pompeya, la representación de procesos productivos en murales y relieves, etc. Finalmente, el infinito refinamiento de los objetos domésticos, de los adornos, de los muebles y de los instrumentos 116 confirma el alto nivel de la técnica artesanal.

En la época del Imperio se descubrieron —y se aplicaron ampliamente— distintos procedimientos técnicos nuevos. En la segunda mitad del siglo I a.C., los artesanos de Sidón descubrieron el procedimiento para trabajar el vidrio mediante el soplado, en lugar del antiguo sistema de la horma. Esto dió la

114 *Historia natural*, XVIII, 296. Hay una descripción más detallada en *Sobre la agricultura* (VII, 2, 2-4) del escritor romano Paladio (mediados del siglo IV d.C.).

115 La altura de algunos acueductos llegó a los 55 m. En Roma el agua era distribuida por nueve acueductos provenientes de distintas zonas.

116 Véase por ejemplo la conocida colección de instrumentos quirúrgicos de Pompeya.

posibilidad de producir vidrio de mejor calidad y en mayor cantidad. En Galia, según parece en el siglo I, fueron inventados el latón (aleación de cobre y cinc) y el procedimiento de estañado de los recipientes.

En los talleres más grandes, donde se ocupaba a algunas decenas de artesanos, se aplicó hasta cierto punto la división técnica del trabajo. En la producción de la cerámica, los distintos procesos —modelado, cocción, decoración— se cumplían por grupos especiales de artesanos. Para el laboreo de los metales existían los modeladores, los herreros, los pulidores, etc. Una especialización análoga encontramos en los talleres de los panaderos, de los tejedores y de los pintores. En algunos casos la división del trabajo asumía la forma de preparación de las distintas partes del objeto en diversos talleres y también en distintas ciudades. Así por ejemplo, las incrustaciones metálicas sobre muebles preparados en Pompeya, se hacían en Capua; los elegantes pies de los triclinos, sobre los cuales se yacía durante las comidas, en Delos. Los candelabros se componían de dos partes: la inferior se preparaba en Tarento y la superior en Egina ¹¹⁷.

Agustín ¹¹⁸ nos ha proporcionado una teoría completa de la división del trabajo artesanal:

“Es ridículo ver que [los dioses romanos] en mérito a las distintas invenciones humanas, están representados dividiéndose sus ocupaciones, como si fueran simples recaudadores de impuestos o artesanos de los talleres en los que se trabaja la plata, donde para que un objeto esté terminado debe pasar por las manos de muchos artesanos, aunque podría ser ejecutado por uno solo con tal que éste fuera excelente. Parece por otra parte que con el conjunto de los artesanos no podía hacerse otra cosa que adiestrar a las distintas personas rápidamente y con facilidad en los distintos procesos de producción, excluyendo de ese modo la necesidad de hacerles alcanzar la perfección en la producción de la obra en su conjunto” ¹¹⁹.

Aunque su testimonio se refiere a una época muy posterior, puede sin embargo adaptarse también al período inicial del Imperio. La tendencia general de la evolución del artesanado fué disminuyendo desde el siglo II, pero en las distintas regiones del Imperio los hábitos de la producción artesanal se mantuvieron durante mucho tiempo.

¹¹⁷ Plinio, *Historia natural*, XXXIV, 11.

¹¹⁸ San Agustín, famoso escritor cristiano de fines del Imperio (354-430).

¹¹⁹ *La ciudad de Dios*, VII, 4.

La producción artesanal. — La tendencia general de la evolución de la producción en los primeros dos siglos del Imperio se caracteriza por un aumento en las provincias (especialmente en las occidentales) y por una lenta decadencia en Italia. Se trata sin embargo de un proceso complejo que resulta imposible simplificar.

A fines de la República, la producción artesanal en Italia se encontraba en un nivel no muy alto (1, 333). Las guerras civiles, que habían interrumpido el curso normal de la vida económica, el carácter especulativo del capital romano, la importación de los productos del artesanado desde las provincias, frenaban el desarrollo de la industria local. En algunos aspectos, la producción itala había hecho también retrocesos con respecto a periodos anteriores. Así por ejemplo, habían desaparecido casi por completo los minerales de cobre etruscos que ya eran famosos en la antigüedad.

Por otra parte, el siglo 1, a. C. fué un período de intensa actividad edilicia. Los tesoros traídos de las provincias se empleaban en la construcción de edificios públicos y de lujosos palacios para los romanos ricos. Desde la época de los Gracos la construcción de calles había tomado un gran impulso. La llegada de hábiles artesanos griegos había favorecido la recuperación de algunos ramos de la producción artesanal, en particular de la cerámica y de la fusión del bronce. Capua se había convertido, en el siglo 1 a. C., en el centro de este último arte y abastecía de los productos de su artesanado (vajilla, lámparas) no sólo a Italia, sino también a la Europa septentrional. La ciudad etrusca de Arretinum (Arezo), que conocemos ya por la guerra de Aníbal, había desarrollado ampliamente la producción de cerámicas. La vajilla aretina, adornada de relieves, constituía una óptima imitación de aquel tipo especial de vajilla griega conocido como originario de Samos.

El primer Imperio (siglo 1) había traído consigo una momentánea recuperación del artesanado italo, determinada por aquellas causas generales que ya conocemos: el fin de las guerras civiles, la relativa seguridad de las vías de comunicación, el incremento del comercio interior y exterior, etc. Fué entonces cuando la producción de cerámicas aretinas y la industria capuana del bronce alcanzaron el punto más alto de

desarrollo. Este tipo de cerámica se encuentra en España y en Marruecos, en el Rin y en Britania, e incluso en los confines orientales del Imperio.

Junto a estos antiguos centros de producción surgieron nuevos. Un tipo más rústico de trabajos de arcilla (lámparas y ladrillos) se producía en la Italia septentrional, en Aquilea y en Módena. Parma, Mediolanum (Milán), Patavium (Padua) y Pompeya fueron famosas por sus manufacturas de lana. Las ciudades de Campania abastecían a Italia de objetos de vidrio soplado. Roma misma, que nunca había sido un gran centro de producción, había empezado a desarrollar algunos ramos especializados de la producción (joyería).

Conocemos muy bien la producción artesanal de Pompeya en la época que antecede inmediatamente a su fin (año 79). Entre los objetos que allí se han encontrado, la mayor parte de los cuales se producía en el mismo lugar, hay lámparas de arcilla y de bronce, vajillas de arcilla y de bronce, objetos de vidrio y de hierro, pesos, instrumentos quirúrgicos, etc. Sorprende el gran número de talleres artesanales, pues se los encuentra casi en cada casa. Encontramos talleres de tejidos, joyerías, perfumerías, negocios de panaderos (unidos generalmente a los molinos), instalaciones para la elaboración del vidrio, herrerías, etc.

Pero en el siglo II cambia el cuadro de este florecimiento del artesanado itálico. La recuperación era un fenómeno momentáneo. Las fuerzas productivas de la península estaban minadas y no podían sostener la competencia de aquellas regiones del Imperio que en la situación de "paz romana" que se había establecido se encaminaban hacia un intenso desarrollo económico. Desde mediados del siglo I la cerámica aretina empezó a perder el primer lugar en los mercados para dar paso a los productos galos. Lo mismo sucedió en el siglo II con los productos de bronce y de vidrio de los artesanos de Capua, sobrepasados por la producción gala.

En el último siglo de la República el desarrollo económico de las provincias orientales había sido frenado por la política de rapiña de los romanos y las guerras internas y externas. El Imperio, como hemos visto, había mejorado las cosas. Ya con los primeros emperadores los antiguos centros industriales del Mediterráneo oriental se recobraron y con su competencia apre-

suraron la decadencia económica de Italia. En Fenicia y en Egipto floreció una nueva industria del vidrio. Los finísimos tejidos de seda y de lino que se hacían en Asia Menor se difundieron rápidamente y no sólo en las regiones orientales.

En las provincias occidentales la metalurgia tuvo un intenso incremento. Aunque las antiguas minas de plata de España meridional se habían vuelto menos rediticias por culpa del agotamiento de las vetas, se empezaron a explotar yacimientos locales de plomo, metal cuya demanda había aumentado desde que en las ciudades de Occidente, a imitación de Roma, se había empezado a emplear el plomo para los tubos de los acueductos. En la costa occidental de España se descubrieron yacimientos de estaño que hicieron de la península ibérica la fuente principal de este precioso metal, quedando en segundo plano Britania con sus antiquísimos yacimientos. En Galia se descubrieron nuevos yacimientos de hierro (Lieja). En el Nórico y en Iliria se explotaron intensivamente los grandes recursos en metales.

En el mismo periodo inicial del Imperio, Galia empezó a desarrollar una producción propia de cerámicas y de tejidos, convirtiéndose en una peligrosa competencia para Italia. Hacia mediados del siglo I apareció en los mercados una cerámica barnizada en rojo proveniente de Galia, adornada con relieves, que por ser de precio más bajo que la aretina, empezó a hacerle competencia con éxito.

Pero recién en el siglo II el desarrollo económico de las provincias alcanzó su grado máximo. Galia obtuvo éxitos particularmente importantes. Este enorme país, rico en fuerzas productivas naturales, había sido conquistado tarde por Roma y por eso fué relativamente poco explotado durante la República. Galia y el territorio del Rin se convirtieron en el mayor "taller" de Europa. La producción del vidrio, que apareció en el siglo I en Lyon, se difundió pronto en Normandía e incluso en la Inglaterra meridional. Su centro se trasladó más tarde a Colonia (Colonia Agripina). Los productos galos de latón, con adornos de estilo local y céltico, sustituyeron a los bronce de Capua en los mercados de Europa septentrional. La cerámica gala alcanzó su pleno desarrollo. Esta producción hizo competencia a una vajilla negro brillante preparada en Bélgica. En Britania aparecieron imitaciones locales de la cerá-

mica gala con adornos en estilo celta (en Colchester). En la región de los helvecios (Suiza) la ciudad de Vindonisa se convirtió en el centro de producción de las lámparas de terracota.

En Occidente continuó desarrollándose la metalurgia. En Dacia se descubrieron nuevos y ricos yacimientos de oro. En Britania se explotaban yacimientos de hierro y de plomo. Este último era transportado a Roma en lingotes para preparar los tubos de los acueductos.

En lo referente a las formas organizativas de la producción ésta siguió siendo en su conjunto del tipo del pequeño artesano. Normalmente trabajaba el propietario mismo del taller, en la mayoría de los casos un liberto, con uno o dos esclavos. En las empresas de tipo medio se ocupaban de 5 a 10 hombres. El taller artesanal (*officina*) servía casi siempre al mismo tiempo de tienda (*taberna*). Un cuadro similar se nos presenta por ejemplo en Pompeya. En algunos rubros de la producción, especialmente en la cerámica, que, dadas las proporciones de entonces, pueden considerarse importantes, los talleres contaban hasta 100 artesanos y obreros. En las construcciones se aplicaba en gran medida el sistema de contrato. El empresario-contratista reclutaba un equipo de obreros (entre los cuales podía haber libres artesanos, peones e incluso esclavos entregados en alquiler o de propiedad del empresario mismo) y concertaba con el comitente un acuerdo. En tiempos del Imperio el porcentaje de trabajadores libres en la producción aumentó cada vez más, especialmente en las provincias. Sin embargo en las minas del Estado se continuó explotando el trabajo de los prisioneros condenados por un tribunal a trabajos forzados (*damnatio a metalla*). Los libertos eran o propietarios de talleres o empresarios o dirigentes de las empresas industriales de sus amos.

La situación de los artesanos libres y en particular de los obreros contratados era dura tanto desde el punto de vista del pago de su trabajo como de su posición de derecho. El trabajo de los esclavos a bajo precio pesaba sobre ellos, manteniendo bajos sus salarios. La privación de los derechos para los esclavos era una condición que se reflejaba también en los obreros libres. Si un pequeño artesano independiente gozaba aún de una

cierta posición en la sociedad romana, la posición jurídica del obrero libre asalariado no era muy distinta de la de un esclavo.

El comercio. — El aumento de la producción local en el cuadro del mejoramiento general del estado de las provincias, el desarrollo de los trasportes, la mayor seguridad de las vías de comunicación, etc., determinaron en la época del Imperio una notable recuperación del comercio entre Italia y las provincias y entre éstas a su vez. Ya hemos señalado algunos hechos que se relacionan con esto; agreguemos ahora que en el siglo I los productos de vidrio de Fenicia y de la Campania eran exportados a Lyon, de donde pasaban a la región del Rin y a Britania. En el Mar Negro, en el oeste de Inglaterra (Gales) y en Escocia se han encontrado utensilios de bronce de Capua, con el sello de un tal Cipio Polibio, evidentemente propietario de un gran taller. La cerámica aretina llegó hasta el Rin, Britania, España, Marruecos y se la ha encontrado incluso en el Cáucaso. La de Galia meridional hizo competencia a la aretina en las provincias occidentales y en la propia Italia; las lámparas de terracota, construídas en gran cantidad en Módena, eran exportadas al Africa septentrional; el vino y el aceite de las zonas mediterráneas se difundieron por todo el continente europeo; el Rin se convirtió en una de las más importantes arterias comerciales.

Es significativo el hecho de que no sólo los productos de lujo eran objeto de este comercio interregional. La simple vajilla de cocina, las lámparas y las calidades baratas de aceite y vino figuraban junto a la rica cerámica aretina y a las elegantes manufacturas de vidrio.

El comercio exterior no le iba en zaga al interior. Según los datos que da Plinio el Viejo ¹²⁰, en su época los romanos compraban anualmente a la India mercaderías por un valor no menor de 55 millones de sextercios. Los precios a que luego eran vendidas estas mercaderías eran cien veces más altos que los usuales en la India. El valor total de las importaciones anuales romanas de la India, China y Arabia alcanzaba a los 100 millones de sextercios. Plinio expresa su pesar por el hecho de que estas sumas salían del Imperio: "Tanto nos cuestan el lujo y las mujeres!"

¹²⁰ *Historia natural*, VI, 101; XII, 81.

Para el desarrollo del comercio con la India tuvo una importancia decisiva en la época de Augusto o de Tiberio el descubrimiento de los monzones, vientos estacionales constantes, hecho por un tal Hípalos, griego, según parece de Alejandría. Con su ayuda se podía alcanzar fácilmente la India desde el Mar Rojo y volver atrás. Hípalos mismo había llegado hasta las bocas del Indo. En tiempos de Claudio y de Nerón, navegadores aislados empezaron a aparecer en la isla de Ceylán y en el Golfo de Bengala. Todo esto favoreció, a fines del siglo I, el establecimiento de relaciones comerciales más o menos regulares entre las regiones mediterráneas y la India.

Un objeto de la importación de Oriente eran las especias (particularmente la pimienta), sustancias aromáticas, piedras preciosas y tejidos finos (muselinas indias).

En la época inicial del Imperio no se puede aún hablar de relaciones comerciales directas por vía terrestre con el Oriente. El hallazgo de tejidos griegos de la época de Augusto en Mongolia se debe probablemente a algún intercambio casual. Las principales vías trascontinentales desde el Eufrates hacia Oriente, hasta la Antioquía Margiana; (Mery, en el Turkmenistán) y hacia el sur, al Golfo Pérsico, se encontraban a merced de los partos y en cualquier momento podían interrumpirse. Por otra parte, parece que en aquel tiempo la ruta del Turkmenistán a la China era desconocida.

El mismo carácter casual tuvieron las relaciones comerciales a lo largo de la costa oriental de África, al sur del Mar Rojo. Sólo algunos navegantes aislados llegaron a Zanzíbar. Pero la importación de incienso de Somalía parece haber tenido un carácter más regular. El interior del continente africano era casi desconocido en la época del Imperio que tratamos. El comercio por caravanas de Tripolitania seguía en manos de los nómades; ni siquiera la ocupación de Mauritania por parte de los romanos había restablecido el antiguo comercio cartaginés, que se efectuaba a lo largo de la costa occidental de África.

En los confines septentrionales del Imperio (excluyendo Britania, donde los mercaderes itálos y galos empezaron la obra de penetración mucho tiempo después de la conquista), en el siglo I se fijaron las primeras rutas comerciales, que más tarde se hicieron muy frecuentes. Druso y Tiberio habían

abierto entre Alemania y Escandinavia la ruta marítima del curso inferior del Rin a través del Mar del Norte. En los tiempos de Nerón un viajero romano en busca de ámbar había penetrado hasta la costa meridional del Báltico, partiendo del curso medio del Danubio y bajando a lo largo del Vístula. El hallazgo de objetos de bronce de Capua en las regiones septentrionales de Europa demuestra además que ya en tiempos de los comienzos del Imperio existían ciertos vínculos (podríamos decir indirectos) entre el norte y el sur del continente europeo.

Desde fines del siglo I el comercio exterior romano alcanzó el punto más alto de su desarrollo. Debemos señalar, sobre todo, el establecimiento de relaciones comerciales con China, hecho que se vincula con la actividad de la dinastía de los Khan. Los emperadores de esta dinastía habían unido a sus dominios en el último tercio del siglo I las regiones del río Tarim y habían organizado dos rutas comerciales hacia Occidente: una dirigida a Mery y la otra a Bactra (Balch, en el Afganistán septentrional). Aquí los mercaderes griegos y sirios se encontraban con las caravanas chinas. Por fuentes chinas se sabe que en el 97 un embajador chino se presentó en una ciudad siria (probablemente Antioquía) para tratar de establecer relaciones comerciales. Bajo Adriano y Antonino, algunos mercaderes griegos llegaron a los confines occidentales de la región del Tarim. En ese lugar, en la arena del desierto, se han encontrado restos de tejidos de seda chinos y de telas de lana cosidas de origen sirio. En los monasterios budistas del Tíbet han aparecido pinturas murales de estilo greco-sirio, lo que demuestra la presencia en esos lugares de artesanos griegos.

El comercio marítimo con la India, cuyas bases ya habían sido puestas en el período anterior, continuó desarrollándose. A fines del siglo I d. C. los griegos penetraron, desde la costa occidental de la India, en Punjab y en el Dekán y en el siglo II, en el Golfo de Bengala. Un mercader griego llegó incluso a atravesar la península malaca. Según fuentes chinas, en el 166 una delegación de mercaderes griegos, que se presentaban como embajadores del emperador An-Tun (Marco Aurelio Antonino), fué recibida por el emperador de la dinastía de los Khan, Huan-Ti, en su capital. Los griegos entablaron trata-

tivas para establecer un comercio marítimo regular entre China y la cuenca del Mediterráneo.

Si las tentativas para establecer un comercio regular con la China no dieron buenos resultados, las relaciones con la costa occidental de la India, en cambio, adquirieron en el siglo II un carácter más regional que antes. Esto está demostrado simplemente por el hecho de que bajo Domiciano se construyeron en Ostia depósitos especiales para la pimienta proveniente de la costa de Malabar. Los precios de las mercaderías de la India cayeron notablemente con respecto a los de los tiempos de Plinio el Viejo; la balanza comercial de Roma se hizo menos pasiva de lo que había sido en el período anterior, puesto que contra la importación de objetos de lujo se empezaron a exportar productos locales como cobre, estaño, vino, productos de vidrio y tejidos de lana. No obstante esto, la salida de metales nobles del Imperio no cesó completamente.

Aunque los viajes de exploración en las regiones interiores de África obtuvieron ciertos éxitos a fines del siglo I y en el II (penetración en la región de los grandes lagos ecuatoriales, en el Sahara y en el Sudán), es poco probable que estos viajes esporádicos hayan podido influir sustancialmente sobre el comercio africano, exceptuando un cierto aumento de la importación del marfil.

Por el contrario aumentó considerablemente el comercio con las regiones septentrionales. En la costa oriental de Irlanda se han descubierto monedas de Adriano y de Trajano. Las vías de comunicación descubiertas en el siglo I en el mar Báltico y en el interior de Germania adquirieron una gran importancia.

Una de esas vías iba desde la desembocadura del Rin a lo largo de las costas de Holanda y de Frisia y permitía penetrar en el interior de Germania siguiendo el curso de uno de los siguientes ríos: el Ems, el Weser o el Elba; si no, se podía navegar por las costas de la península de Jutlandia y llegar a Dinamarca y Escandinavia.

Otra ruta era la que se abría desde el curso medio del Danubio. Siguiendo la Vístula llegaba a la costa báltica, desde la cual se podía alcanzar Suecia. Las numerosas monedas romanas, especialmente del siglo II, encontradas en Eslesia, eu

Posmania y en las islas suecas¹²¹ demuestran la importancia relativamente considerable que tenía esta ruta comercial oriental que unía al Mediterráneo con el norte de Europa.

El punto de concentración del comercio exterior e interior fué la capital del Imperio, Roma. No siendo un centro de producción, fué sin embargo durante el Imperio la ciudad que más productos absorbía, dada su numerosa población y la presencia en ella de la corte imperial. Del volumen de las importaciones romanas hablan no sólo las fuentes literarias (Estabón, Plinio, Marcial, etc.) sino también otros datos, como por ejemplo las dimensiones del puerto de Ostia, en la desembocadura del Tiber. La reconstrucción de Ostia, promovida en tiempos de Claudio y de Trajano, había transformado este centro en un puerto marítimo accesible a las más grandes naves. Los restos de los grandes depósitos de mercaderías muestran que, después de Alejandría, Ostia ocupaba en el Imperio el primer lugar por el volumen de los intercambios comerciales. Se supone que la población de la ciudad no era inferior a las 100.000 personas.

Ya hemos visto (I, 332) que en la época de la República el número de mercaderes de ascendencia romana pura era relativamente pequeño. La crecida importancia económica de las provincias y la decadencia de la producción itálica hicieron aún más evidente este fenómeno. Por eso no hay nada sorprendente en el hecho de que el comercio con Oriente estuviera en manos de los griegos y de los sirios, y en Occidente mismo éstos distaban mucho de ocupar un sitio de último plano. Encontrar un mercader sirio en Galia, en Britania o en Dacia no era una cosa rara. Sin embargo en las provincias occidentales y en Italia eran los galos quienes tenían la parte más importante, lo que correspondía a la creciente importancia de Galia en la economía del Imperio.

El capital financiero usurario. — Con la caída de la República terminó también el dominio del capital usurario. Como ya hemos visto, César y Augusto habían puesto las bases para la liquidación del sistema de los contratistas en la recaudación de los impuestos directos en las provincias. En tiempos de Adriano también la de los indirectos habíaseles quitado a las

¹²¹ En la isla de Gotland se descubrieron más de 4.000 monedas romanas.

compañías romanas de contratistas, confiándola a los recaudadores locales bajo el control de los procuradores imperiales (III, p. 115). Con esto se había asestado un duro golpe al gran capital financiero usurero, porque de ese modo se había eliminado el campo principal de su actividad y la mayor fuente de sus entrañas. Naturalmente esto no significó para nada la desaparición del capital financiero usurario en general. Los grandes comerciantes y los empresarios-artesanos de la época del Imperio eran fuentes de demanda de capital y mantenían activos a los usureros. En las provincias aparecieron "banqueros" locales, mientras que antes éstos eran por lo general ítalos. El porcentaje de interés rebajó notablemente. La vida económica del Imperio fué tomando un carácter más sano: las especulaciones disminuyeron, las enormes entradas de los romanos ricos de fines de la República cesaron¹²². El porcentaje medio de interés se redujo hasta 4 - 6%.

Los contratistas no desaparecieron del todo. El sistema se mantuvo para los almacenes y edificios comerciales del Estado, para la recaudación de los impuestos aduaneros, para las construcciones y obras públicas, para la explotación de las minas estatales (imperiales)¹²³, para la administración de las propiedades imperiales (ver más adelante) etc. Pero por lo general estos contratos se concedían sobre el lugar y las operaciones que comprendían no tenían gran importancia.

Lógicamente, tampoco desapareció la más menuda usura "consuetudinaria". Los campesinos y los simples artesanos tenían a veces necesidad de préstamos en dinero o en especie. Es natural que recurrieran a los servicios del vecino rico o del pequeño usurero. Veremos luego la parte que este endeudarse

¹²² Lo que no excluyó la acumulación de enormes riquezas en dinero también durante el Imperio. Pero es significativo el hecho de que esas fortunas ya no se encontraban en Roma, sino en las provincias. El riquísimo licio Hoprarnos había financiado las expediciones orientales de Trajano; el mecenas ateniense Herodes Ático era famoso en los tiempos de Antonino y de Marco Aurelio por las enormes sumas que ofreció a las ciudades griegas; el alejandrino Firmo, empresario y comerciante en papiro del siglo III, era tan rico que podía mantener con sus propios recursos toda una flota, con la que luchó contra el emperador Aureliano.

¹²³ Las aldeas de mineros tenían sus propios negocios, talleres, peluquerías, baños, etc., que se entregaban por contrato a pequeños empresarios.

de los campesinos tuvo en el proceso que los redujo a siervos primero en lo económico y luego en lo político.

La ciudad y la vida urbana. — La época del Imperio (particularmente el siglo II) sorprende por el extraordinario desarrollo de la vida urbana. Hasta entonces nunca la zona del Mediterráneo había conocido una tal cantidad de ciudades florecientes y bien construidas. Tampoco más tarde la vida urbana de los países del Mediterráneo pudo alcanzar durante mucho tiempo el nivel romano.

El grado mayor de desarrolló fué alcanzado por los antiguos centros ciudadanos. En Italia la población de Roma alcanzó probablemente el millón de habitantes. Dos grandes ciudades marítimas —Puteoli (en Campania) y Ostia— lucharon largamente por la supremacía hasta que por fin venció Ostia. Capua fué en el siglo I un gran centro de producción artesanal; en Italia septentrional, entre un gran número de ciudades florecientes, se distinguieron Patavium (Padua) y Aquilea, nacidas del comercio con las regiones del Danubio¹²⁴; 500 ciudadanos de Aquilea pertenecían al orden ecuestre.

En el Mediterráneo oriental, Corinto, resurgida de las antiguas ruinas, y en el Asia Menor la vieja ciudad de Éfeso, tenían en sus manos el comercio de tránsito con Fenicia y con Siria. En Antioquía terminaban las rutas de caravanas terrestres provenientes del interior del Asia. El centro más importante del comercio de tránsito de caravanas era la ciudad siria de Palmira. Alejandría, cuya población libre alcanzaba a los 300.000 hombres, recogía enormes riquezas del comercio con Arabia, con la India y con el Africa ecuatorial y aprovisionaba de cereales y de tejidos egipcios a los países de la cuenca del Mediterráneo.

En Africa septentrional, Cartago, resurgida de sus cenizas, y Útica, eran los principales centros de las exportaciones africanas.

Gades (Cádiz) sobre la costa sur-occidental de España, abastecía a Roma de productos agrícolas provenientes de la España meridional. El número de sus ciudadanos de censo ecuestre no era menor al de Aquilea.

¹²⁴ Eran objeto de exportación por parte de Aquilea los vinos, aceites, productos textiles, cerámicas, vidrio y varias mercaderías orientales. Las importaciones consistían en bovinos, ovinos, pieles, ámbar y esclavos.

Los centros importantes del artesanado y del comercio de Europa occidental en Galia eran Arrelates (Arles), sobre el curso inferior del Ródano y en particular Lugdunum (Lyon). Colonia compartía con estos últimos el puesto de intermediario principal entre los países del Mar Mediterráneo y las regiones de los mares septentrionales.

Incluso en la lejana Britania, Londinium (Londres) se había convertido en un gran centro artesano-comercial.

En el siglo II aparecen muchos nuevos centros urbanos formados en torno a los campamentos militares romanos sobre las fronteras (sobre todo en la región renano-danubiana). Los campamentos habían atraído a los comerciantes y artesanos locales, que construyeron en sus alrededores pequeñas aldeas. Era frecuente que los soldados licenciados se establecieran con sus familias en la nueva aldea. Si ésta llegaba a adquirir una cierta consistencia, continuaba existiendo incluso después que el campamento que le había dado vida era trasladado a otras localidades y recibía los derechos de colonia o de municipio.

Muchas ciudades de ese tipo surgieron sobre el Rin y el Danubio en los tiempos de los emperadores Flavios y Antoninos. Entre ellas podemos señalar: Bonn, Maguncia, Argentorates (Estrasburgo) sobre el Rin, Vindobona (Viena), Aquincum (Budapest) y Singidunum (Belgrado) sobre el Danubio.

Las ciudades del Imperio romano fueron distintas, desde el punto de vista de su organización política, de las antiguas *poleis* grecoromanas. Estas últimas eran ciudades-estado, dotadas de una total independencia política. El Imperio había suplantado definitivamente el sistema de las *poleis*, pasando al "Estado territorial". Aunque, como ya hemos indicado antes, ese Estado muy lejos de ser algo definitivo y mantenía varias supervivencias de la organización de la *poleis*. Una de estas supervivencias era la organización municipal de las ciudades itálicas y de muchas ciudades provinciales.

Los municipios estaban formados por las ciudades principales y las aldeas y suburbios que de ellas dependían. De los derechos municipales gozaban los nativos libres de un determinado municipio (no los extranjeros). Sus habitantes se dividían en tres categorías: decuriones, augustales y plebe. A la primera categoría, que correspondía a la de senador en Roma, pertenecía la nobleza local: terratenientes, grandes comer-

ciantes, militares licenciados, etc. Los augustales correspondían al orden ecuestre y por lo general provenían de los libertos¹²⁵. A la plebe pertenecía la restante masa de la población libre.

La organización política de los municipios imitaba a la republicana romana. Sus órganos de gobierno eran la asamblea popular (comicios), el senado (curia) y los magistrados. Las funciones de la asamblea popular, formada por todos los ciudadanos del municipio, consistían en las elecciones de los magistrados, la votación de peticiones al senado y la aprobación de sus decretos. Desde fines del siglo II las asambleas populares desaparecieron y sus poderes pasaron al senado.

El senado municipal se componía normalmente de 100 miembros elegidos entre los decuriones de edad superior a los 25 años poseedores por censo de una fortuna no menor de 100.000 sextercios. Los magistrados eran elegidos cada año y comprendían: dos altos cargos, correspondientes a los cónsules romanos (*duoviri odiumviri*), dos ediles y dos cuestores. Una vez cada cinco años los *duoviri* realizaban el censo y redactaban la lista de senadores. Con ese motivo asumían el título de quinquenales (*duoviri quinquennales*) o censores.

Desde fines del siglo II el gobierno central empezó a nombrar en algunos municipios funcionarios especiales, los curadores urbanos para la vigilancia de las finanzas. Luego los curadores aparecieron en muchas ciudades. El cargo se convirtió en permanente y el campo de su competencia fué ampliado. De este modo el gobierno empezó a intervenir en los asuntos locales.

Un elemento importante de la vida ciudadana fueron las corporaciones (*collegium, sodalicium*). Nacidas en épocas muy antiguas, alcanzaron un desarrollo particular durante el Imperio. *Collegia* eran llamadas las uniones locales de personas de una u otra profesión, a las alianzas que se proponían el logro de una determinada finalidad común. Un *collegium* debía componerse de por lo menos tres personas (*tres facium colle-*

¹²⁵ La categoría de los augustales debe su origen a un colegio sacerdotal de 6 hombres (*seviri augustales*) vinculado al culto de Apolo y encargado de organizar fiestas y juegos públicos. Este colegio era nombrado cada año por el senado municipal. Los augustales mantenían sus derechos honoríficos después de dejar el cargo. Estos podían concederse también a personas que no hubieran servido en el colegio.

gium). Se los conoce de los más distintos: de mercaderes, de artesanos, de armadores, de veteranos, de pescadores, de heraldos, etc. Existían uniones puramente religiosas y corporaciones del tipo de los *clubes*. Había asociaciones para los funerales o de "pequeña gente" (*collegia tenniorum*) que se proponían organizar para sus adherentes exequias decorosas.

Desde luego el punto de vista de su situación jurídica, las corporaciones se dividían en lícitas (*collegia licita*) e ilícitas (*collegia illicita*). Las primeras estaban permitidas oficialmente por las autoridades y desde los tiempos del Imperio tenían personalidad jurídica; las segundas sólo eran toleradas mientras su actividad no asumiera formas peligrosas para el Estado. En algunas corporaciones se admitía incluso a los esclavos, a condición de que sus amos accedieran a ello.

Los miembros debían pagar cuotas (únicas o periódicas) y las corporaciones poseían edificios en los que se organizaban las reuniones; tenían bienes propios, funcionarios electos, una bandera propia, fiestas y estatutos. Cada corporación tenía su dios protector y un patrono entre las personas influyentes.

A pesar de que muchas corporaciones tenían un carácter religioso o recreativo, a pesar de que en su vida se daba gran importancia a las fiestas, a los festines, a los funerales, a los ritos, etc., no debemos dejar de considerar su base político-social. Frecuentemente bajo la apariencia de una asociación se escondía un contenido político. No por casualidad el período de desarrollo de los *collegia* se produce en la época del Imperio, cuando había sido destruída la posibilidad de una vida política abierta. No sabemos qué parte tuvieron las corporaciones en las luchas electorales de los municipios ítalos y provinciales: con sus proclamas electorales escritas sobre los muros recomendaban cálidamente a tal o cual candidato para uno u otro cargo municipal, haciendo loas de su generosidad, honestidad y otras cualidades, o requerían de ellos ciertos gastos en favor de la ciudad. También resulta indudable la participación de los *collegia* en muchos movimientos populares de la época del Imperio.

No debemos tampoco olvidar que los *collegia* ofrecían una forma de unión semi-profesional, semi-social y semi-religiosa a aquellas personas que no disponían de otros vínculos sociales. La *polis* se había disgregado, la vida política estaba muerta,

la sociedad quebrada, el yugo nivelador del Imperio pesaba cada vez más sobre todos. ¿Dónde podía refugiarse el "hombre común"? El *collegium* sustituía a la familia, al Estado, al partido político. En el *collegium* podía sustraerse al aburrimiento y a la opacidad de la vida, levantar su ánimo en una conversación placentera y, de cuando en cuando, comer y beber a su agrado. En las asociaciones de tipo religioso se desahogaba ese sentimiento siempre creciente de insatisfacción por el presente, de ansiedad por las cosas desconocidas, esa sed de religión que se había manifestado con gran impulso en la época del Imperio y había provocado una vasta difusión de los cultos orientales, entre ellos también el cristianismo, que pronto se transformó en religión mundial.

El cuadro de la vida urbana del Imperio no quedaría completo si no nos detuviéramos a considerar las costumbres de vida de los estratos altos y bajos de la sociedad romana. Empecemos por la capital.

Aunque con la instauración del Imperio la antigua aristocracia republicana había perdido notablemente su propia influencia política, el cuadro de la vida de la alta sociedad romana en lo referente a usos y costumbres no cambió mucho con respecto a los tiempos de fines de la República; y si cambió, fué más bien para peor. Con Augusto la decadencia de la vida política y el advenimiento de un largo período de paz civil habían difundido la aspiración a una vida de placeres y despreocupación. Ya hemos visto cómo Augusto trató de luchar contra el relajamiento de las costumbres, la disolución de los vínculos familiares y la difusión del lujo, sin obtener grandes éxitos.

Al llegar con Tiberio el régimen de terror la situación cambió. Muchos representantes de la antigua aristocracia perecieron; la crisis agraria alcanzó incluso a las grandes propiedades y no fueron pocas las familias ricas que, endeudadas desde la época de Augusto, se encontraron al borde de la ruina. La alta sociedad no tenía realmente ganas de divertirse y por otra parte el sombrío carácter de Tiberio y la simplicidad de su vida de corte no podían crear motivos de alegría en el vivir entre las clases altas.

Los tiempos de Nerón aportaron nuevos cambios. Aunque el terror alcanzó con él su punto culminante, el lujo refinado,

el libertinaje, de su corte y el culto de los espectáculos sirvieron de ejemplo a la decadente antigua nobleza, que trató de entrar en la vorágine de los placeres. Se trataba en verdad de "un festín en medio de la peste".

Con la muerte del último representante de la casa Julia-Claudia, cesó para siempre este trágico carnaval. La antigua aristocracia había desaparecido casi por completo; su lugar lo ocupaba la nueva nobleza de los municipios ítalos y provinciales, más laboriosa, económica y sencilla. El avaro Vespasiano modificó bruscamente todo el tenor de vida del palacio imperial dándole un carácter más simple, que mantuvo también con los emperadores sucesivos.

En el siglo II, en tiempos de Adriano, hubo nuevamente una fuerte influencia de la cultura y de la moda griega sobre la alta sociedad romana. Fué así que según la usanza griega los romanos empezaron a apasionarse por los viajes. El propio emperador fué un ejemplo con sus viajes interminables por las provincias, durante los cuales las preocupaciones administrativas se unían a las atracciones turísticas¹²⁶. Imitando al emperador, los provinciales ricos se volcaron a Roma para conocer sus bellezas, mientras que los romanos, utilizando guías, visitaban Grecia, Egipto y el Asia Menor.

La moda griega y el ejemplo del emperador impusieron también un retorno a la antigua costumbre romana de dejarse crecer la barba. Adriano tenía en el rostro una profunda cicatriz producida por una herida que se había hecho cazando; para esconderla se dejó crecer la barba y fué inmediatamente imitado por la alta sociedad.

Más constante fué la vida de las grandes masas de la población urbana. Poco habían cambiado sus condiciones de vida con el paso al sistema imperial. Igual que antes, Roma seguía atrayendo a un gran número de subproletarios, que arrastraban una existencia miserable y de hambre. La capital siguió siendo la ciudad de los contrastes sociales. El Imperio, con la destrucción de la asamblea popular, había privado al pueblo romano de una de sus principales fuentes de subsistencia, la venta de votos en las elecciones. Pero los magistrados urbanos, esta supervivencia de la organización republicana,

¹²⁶ Por ejemplo, su famosa ascensión a la cima del Etna para contemplar desde allí el nacimiento del sol.

continuaban opinando que debían sostener las tradiciones republicanas, organizando para el pueblo espectáculos y regalías. La atracción y la distracción del subproletariado seguía siendo una necesidad política. Los mismos emperadores comprendieron esta necesidad e instituyeron cargos para la organización de los espectáculos (procuradores de los juegos, *procuratores ludorum, munerum*). Del sistema de alimentación y del aumento de la distribución de trigo, vino y aceite ya hemos hablado.

Las distracciones más gratas a las muchedumbres romanas siguieron siendo las representaciones de mimos, los combates de fieras, los juegos de gladiadores y sobre todo las carreras de carros. Estas últimas se convirtieron en una manía después que se empezó a vestir a los conductores de distintos colores: entre los espectadores surgieron fracciones "rojas", "verdes" y "azules"; se hacían apuestas jugando sumas enormes y a veces se producían entre los distintos grupos violentas refriegas. En la última época del Imperio los "partidos" deportivos llegaron a ser los sucedáneos de los partidos políticos. Los conductores y los gladiadores favoritos gozaban de una enorme popularidad, sus retratos eran pintados sobre los muros y sobre las cerámicas y las mujeres enloquecían por ellos.

Otro tipo de diversiones eran las termas, que empezaron a aparecer en Roma en gran cantidad desde la época de Augusto. Los romanos ociosos pasaban en estos originales círculos jornadas enteras. Adriano se vió incluso obligado, en bien de la vida activa, a limitar el tiempo de apertura de las termas a sólo determinadas horas de la jornada.

Los municipios trataron por todos los medios de imitar a la capital. Los magistrados y los augustales trataron de superarse el uno al otro en los gastos para las construcciones y las diversiones del pueblo. No había siquiera una ciudad provincial donde no existiera el baño público, el teatro o el anfiteatro. Los sanguinarios combates de los gladiadores y de las fieras no eran del gusto de los pueblos orientales, mientras que en Occidente y en África septentrional los propios pueblos indígenas, por no hablar de las colonias romanas, seguían también en esto el mal ejemplo de la capital.

La agricultura. Desarrollo de la colonia.— La agricultura continuó siendo la base principal de la economía tanto en

Italia como en las provincias. Si a pesar de eso recién hablamos de ella al final de este análisis de los fenómenos económico-sociales de la época del Imperio, lo hacemos porque fué sobre todo en el campo de las relaciones agrarias donde se manifestaron los síntomas de la crisis del sistema de la economía esclavista.

En Italia las confiscaciones masivas de tierras hechas a fines de la República a favor de los soldados¹²⁷ habían podido conducir a un cierto debilitamiento de la gran propiedad agraria, pero se trató de un fenómeno que no conviene sobrealorar. No todos los veteranos en realidad habían vuelto a la tierra: muchos de ellos, desacostumbrados de los trabajos del campo y de la vida de aldea, habían preferido dejar sus parcelas en manos de los antiguos propietarios, contentándose con recibir de ellos una cuota de arriendo. Además, frecuentemente los nuevos propietarios vendían el terreno o a los ex propietarios o a los ciudadanos ricos que deseaban invertir sus propios ahorros en la tierra. De ese modo, a comienzos del Imperio la situación había cambiado en poco.

Pero si las perturbaciones del siglo I a. C. habían llevado a un debilitamiento provisorio de la economía latifundista y a la consolidación de la pequeña y mediana propiedad, pronto el proceso inverso de concentración de la tierra volvió a poner en un primer plano la gran propiedad y las grandes concentraciones agrarias¹²⁸. En todo caso, ya a mediados del siglo I d. C. las fuentes literarias hablan nuevamente de latifundios y de la amenaza que éstos constituían para Italia. Por ejemplo, el conocido testimonio de Plinio el Viejo¹²⁹: "A decir verdad, los latifundios romanos arruinaron tanto a Italia como a las provincias". En el *Satiricon*, Petronio (ver cap. IX) pinta la figura del liberto Trimalción, que era tan rico que "los pájaros no habrían podido sobrevolar ni las fieras recorrer" sus posesiones. Tenía tantos esclavos que ni siquiera la décima parte de ellos conocía personalmente a su propietario. Como es lógico, Trimalción es una caricatura y sus riquezas están

¹²⁷ Se considera que 120.000 parcelas fueron distribuidas por Sila, 80.000 por César y 170.000 por Octaviano.

¹²⁸ Una parte considerable de estas últimas se dejaba para pastoreo o estaba formada por cotos de caza o parques.

¹²⁹ *Historia natural*, XVIII, 35.

exageradas deliberadamente; pero si en la literatura artística pudo aparecer un ejemplo como éste es sin duda porque se trataba en el fondo de hechos reales¹³⁰.

Un gran valor para juzgar el nivel de la agricultura ítala de mediados del siglo I presenta la obra de Columela *Sobre la agricultura* (época de Nerón). En el prefacio leemos:

"Oigo cómo frecuentemente entre nosotros las más altas personalidades del Estado acusan ya a la tierra de ser árida, ya al clima de ser inconstante y fatal para las cosechas. Ciertas personas tratan incluso de mitigar estos lamentos refiriéndose a una ley determinada: la tierra, según su opinión, fatigada y agotada por culpa de las ricas cosechas de otros tiempos, no estaría ya más en condiciones de proporcionar a los hombres el sustento con su antigua generosidad. Yo estoy convencido... de que todo esto está muy lejos de la verdad... Pienso que no se trata de iras celestes, sino que más bien la culpa es nuestra. Hemos abandonado la agricultura, como a un verdugo para castigarla, al más inepto de los esclavos, mientras que nuestros antepasados empleaban en ella la mejor gente en el mejor de los modos".

Este fragmento es interesante por dos motivos: porque en él hay una referencia directa a la crisis a que estaba sujeta en el siglo I la agricultura en Italia, y porque Columela señala también su causa en la esclavitud. En otro fragmento de su obra (I, 7) aclara también por qué el trabajo de los esclavos no era útil en la agricultura:

"Los esclavos ceden a terceros, por una compensación determinada, el ganado del patrón para hacerlo trabajar; no se preocupan del ganado de trabajo ni del otro, trabajan malamente la tierra; durante la siembra demuestran haber gastado una cantidad de semillas mayor que la real; no se preocupan de que las semillas arrojadas en la tierra den una rica cosecha y cuando llevan esta última a su lugar de reunión disminuyen la cantidad, ya sea sustrayendo una parte o por negligencia en el trabajo. Aunque ellos mismos no roben el grano, no se preocupan de protegerlo de los otros ladrones. Finalmente, cuando lo llevan a depósito, no indican con precisión la cantidad en la tablilla correspondiente. En esencia, como el administrador, también los esclavos defraudan y el campo cae en un desastroso estado. Por eso, como ya lo he dicho, cuando el propietario no está presente en su fundo, es necesario entregar éste en arriendo".

¹³⁰ Quejas sobre el aumento de las grandes propiedades y sobre la absorción que hacían de las pequeñas se encuentran en la literatura del siglo I. Las hay en Séneca, Juvenal, etc. Aunque hay que reconocer que no están privadas de cierto ropaje retórico.

En esto Columela presta mucha atención a los colonos, pequeños arrendatarios libres. Este fragmento (I, 7) es muy importante porque nos da noticias sobre la situación de los colonos a medianos del siglo I:

"El propietario de un terreno debe preocuparse atentamente de todas las otras cosas conexas con la propiedad y en particular de las personas que en ella se encuentran. Estas últimas se dividen en dos categorías: en colonos y esclavos, encadenados o no. Hacia los colonos debe ser condescendiente, debe tratar de ir al encuentro de sus necesidades, debe ser más exigente en lo que respecta a trabajo que en lo referente a pagos... El patrón no debe insistir demasiado sobre sus derechos y las obligaciones que de ellos derivan para el colono, como por ejemplo el cumplimiento exacto de los plazos de pago, de la provisión de leña y otras pequeñas cosas... Lucio Volusio, ex cónsul, hombre extraordinariamente rico, recuerdo ahora que afirmaba que la propiedad que en mejores condiciones se encontraba era aquella que tuviera colonos establecidos en el sitio desde mucho tiempo y que hubieran pasado al propietario por herencia o vinculados a él por lazos estrechos, mejor aun por lazos de parentesco".

Si en esto comparamos a Columela con los más antiguos escritores de asuntos agrarios, como Catón y Varrón, veremos que en estos últimos no se habla nunca de dar la tierra en arriendo por pequeñas parcelas como medio para acrecentar su productividad. Evidentemente en la época de Columela la situación de la fuerza-trabajo en Italia había cambiado. La cesación de las guerras exteriores debió reflejarse también en el número de esclavos. El trabajo de los esclavos se había hecho más caro, y esto obligaba a preocuparse por su bajo rendimiento y a tratar de encontrar algo para sustituirlo¹³¹.

Pero tampoco el sistema de arriendo podía mejorar radicalmente la situación de las cosas. El propio Columela reconoce que el trabajo de los colonos en esencia difería muy poco del de los esclavos:

"Sin embargo, si el clima y el terreno son satisfactorios, la conducción directa por parte del propietario dará siempre frutos mejores que la concesión en arriendo a los colonos; también la conducción por medio de un administrador será más ventajosa, siempre que éste no sea un

¹³¹ Es significativo que Columela se refiera al estado físico y a la situación material de los esclavos con mucha mayor preocupación que sus predecesores. En particular se interesa mucho por las medidas a tomar para estimularlos en el trabajo y aumentar su natalidad (ver más adelante).

esclavo negligente y ávido... Pero en las fincas aisladas que el propietario no esté en condiciones de visitar con frecuencia, será preferible encargar de cualquier trabajo a los colonos libres antes que a un administrador esclavo; esta regla se refiere particularmente a los campos cultivados con cereales, a los que el colono puede causar daños mucho menores que a los viñedos o a los huertos, mientras que los esclavos sí causan muchos daños a esos cultivos”.

Se trata de una afirmación de excepcional importancia. Confirma que el sistema esclavista había minado hasta tal punto las fuerzas productivas en Italia, había llevado la fuerza-trabajo a tal degradación que el trabajo libre ya no podía salvar la situación. La falta de acostumbramiento a un trabajo productivo, la tendencia al parasitismo ocioso, la debilidad económica de los pequeños propietarios, su fluidez, hacían del trabajo de los colonos un sustituto insuficiente del de los esclavos. Es perfectamente comprensible que el paso al sistema de los arriendos en gran escala resultara imposible en el cuadro de la esclavitud en general y en la situación del Imperio en el siglo I en particular. La esporádica utilización del trabajo asalariado en los últimos siglos de la República se hizo cada vez más rara, puesto que los últimos peones libres degradaban inevitablemente en subproletarios¹³².

De modo que, según las fuentes literarias, en el siglo I Italia estaba sumida en una crisis agraria. Esto está confirmado también por la política agraria de los emperadores, desde Tiberio hasta Nerva. Naturalmente los fenómenos de la crisis no aparecieron con toda evidencia y regularidad en todo el curso del siglo I y no abrazaron toda la economía. Junto a ellos podían constatarse hechos contrarios, como ser un mejor estado del cultivo de las vides y de los olivos. Columela opinaba que la mejor inversión de capital era la vid. La creciente demanda de vino y aceite en la capital no podía satisfacerse con las importaciones de las provincias. Las calidades más finas de vinos y de aceite de oliva, en competencia con los mejores productos griegos de su tipo, salían de Italia, especialmente de Campania y del Lacio. El comercio con las zonas del Danubio estimulaba la viticultura en el valle del Po.

¹³² Para aumentar la productividad del trabajo de los esclavos los propietarios empezaron también a practicar el sistema de entregar a los esclavos más fieles parcelas de tierra, dándoles los derechos de colonos (pseudocolonos).

Una de las causas más importantes de la decadencia de la agricultura en Italia, especialmente en el campo de los cultivos de cereales, fué, además de las ya indicadas, la competencia de algunas provincias en las que la mano de obra costaba menos y el terreno aún mantenía su fertilidad. Sicilia, que en el periodo republicano había sido el "granero de Italia", había perdido importancia. Tampoco su extraordinaria fertilidad había podido resistir a la aplicación intensa del trabajo de los esclavos durante siglos y el terreno se presentaba extraordinariamente agotado. Además, las dos grandes rebeldías de los esclavos habían minado enormemente la economía esclavista. El lugar de Sicilia fué ocupado por Egipto y por África septentrional.

Augusto, después de haber conquistado Egipto y haberlo transformado en un dominio personal suyo, había hecho mucho por elevar la agricultura del país, descuidada durante los últimos Tolomeos. Se mejoró el sistema de irrigación, se aumentó la superficie de tierra cultivada. Bajo la administración romana, Egipto se había convertido en el principal abastecedor de cereales para Italia. El sistema de explotación había seguido siendo el antiguo: la masa principal de los productores directos continuaba siendo, como con los Tolomeos, de campesinos locales, que estaban obligados a tomar en arriendo la tierra imperial contra entrega de una parte considerable de la cosecha.

En el África septentrional (Túnez) la intensa colonización romana bajo César y Augusto había creado una gran cantidad de propietarios pequeños y medianos. Pero también allí existían, a mediados del siglo I, grandes posesiones de ricos romanos, de las que habla Plinio el Viejo: "La mitad de África pertenecía a seis propietarios cuando Nerón condenó a muerte a estos últimos"¹³³. Este hecho cambió el título de propiedad, pero no el carácter de la propiedad agraria: las grandes posesiones privadas se convirtieron en grandes latifundios imperiales (ver más adelante). Sin embargo, parece ser que en el África septentrional prevaleció el tipo de propiedad media perteneciente a un propietario romano y trabajada en parte por esclavos, pero sobre todo por colonos locales. Los fértiles

¹³³ *Historia natural*, XVIII, 35.

valles fluviales de Túnez y de Argelia, junto con Egipto, se convirtieron en las fuentes principales de abastecimiento de trigo para Italia. En las zonas más secas de estos territorios se cultivaba el aceite. La agricultura de África septentrional debió su éxito al óptimo sistema de irrigación artificial.

La Galia meridional era el principal centro provincial de la viticultura. También las costas orientales y meridionales de España producían vino para la exportación, aunque en ese lugar el cultivo más difundido era el del olivo.

En la agricultura de las provincias del Imperio en el siglo II resulta característica la importancia relativamente menor del trabajo de los esclavos con respecto a Italia y el prevalecer de distintas formas de arriendo libre y semilibre (especialmente en Oriente). El fenómeno de la crisis agraria se hizo sentir allí más tarde que en Italia.

En el siglo II, la política de los Antoninos revela las tentativas de luchar contra la crisis creciente en Italia. Es posible que el sistema de alimentación y la organización de créditos a bajo interés hubieran llevado un cierto alivio a los pequeños propietarios, pero se trataba de un paliativo incapaz de detener el proceso de la inevitable degradación económica y social de los campesinos itálicos.

Para caracterizar el estado de la agricultura y la situación de los colonos a fines del siglo I y comienzos del II, disponemos de un valioso material en las cartas de Plinio el Joven. El mismo era un gran propietario rural que poseía algunas fincas en distintos lugares de Italia. Plinio se muestra alarmado por varios síntomas negativos: los precios de la tierra habían caído muchísimo, evidentemente como consecuencia de la larga crisis, y por eso mismo no era difícil comprar terrenos; pero encontrar mano de obra se había convertido en un problema muy complejo. Los esclavos eran insuficientes y había que recurrir a los colonos, dándoles la tierra en arriendo. Pero igual era difícil encontrar gente apta; la mayoría de los colonos se hallaba en desastrosas condiciones. Estaban obligados a pedir préstamos a los propietarios entregando como garantía sus propias herramientas. La venta de éstos por parte del acreedor extinguía provisoriamente la deuda, pero al mismo tiempo arruinaba por completo al colono. Cada año crecían las deudas del colono, y este hecho le quitaba decisión y fe en el porvenir.

Presa de la desesperación, luego ya no se preocupaba de pagar las deudas; la productividad del trabajo disminuía; no economizaba las provisiones; robaba la cosecha pensando que de cualquier modo a él no le quedaría nada.

¿Cuál era la salida? Según Plinio, la única forma de salvación era renunciar al arriendo de la tierra por dinero, limitándose a exigir en pago una parte de la cosecha ¹³⁴.

Éste es el cuadro de la evolución de las relaciones agrarias en Italia, trazado por un observador atento, administrador no teórico sino práctico, excelente conocedor de las condiciones de la agricultura. Con respecto a los tiempos de Columela, encontramos un sensible empeoramiento. Los fenómenos que apenas si se podían notar a mediados del siglo I, se habían desarrollado; el rendimiento de la agricultura disminuía, la cantidad de mano de obra disminuía, la población se hacía más pobre. Los colonos se redujeron aún más a la sujeción frente a los propietarios de las tierras; no se trataba de una servidumbre en masa, pero poco faltaba.

La evolución de los colonos en el siglo II se puede seguir claramente en las posesiones imperiales, que existían sobre todo en las provincias. Su formación se debía en parte a causas económicas (concentración de las tierras), en parte sobre todo a factores políticos. Las confiscaciones de la época del terror habían echado las bases; luego, compras, donaciones, herencias, apropiación de nuevas tierras habían contribuido a su ampliación sucesiva. Los emperadores adoptaron en este campo una política oportuna tendiente a reforzar y defender sus propiedades. En la época de los Antoninos los dominios imperiales fueron rígidamente organizados por medio de leyes especiales que definían los métodos de administración y las relaciones internas de las personas que se encontraban en esos territorios.

Las posesiones imperiales fueron agrupadas en distritos especiales. En lo administrativo, fueron totalmente independientes de los municipios. Al frente de cada distrito había un procurador, y cada propiedad se entregaba por contrato a un empresario principal (*conductor*). Este último trabajaba la tierra por sí solo, por medio de sus propios esclavos, o la daba, a su

¹³⁴ Plinio el Joven. *Cartas*, III, 19; VII, 30; IX, 37.

vez, en arriendo a los colonos (subarriendo). Lo más común era una combinación de ambas formas. Las relaciones entre el conductor y el colono estaban reglamentadas por un estatuto. Por lo general el colono pagaba de $\frac{1}{4}$ a $\frac{1}{3}$ de la cosecha y, además, estaba obligado a trabajar durante 6 días en beneficio del empresario o del propietario.

Documentos del siglo II hablan del empeoramiento de la situación de los colonos en las posesiones imperiales. Así por ejemplo, la queja de los colonos de la propiedad de Buri-nitano presentada al emperador Cómodo (180-192), en la que los colonos protestaban contra las pretensiones del conductor, que habría violado el estatuto al aumentar ilegalmente los pagos, pretendiendo un trabajo mayor y haciendo uso de la violencia.

Los colonos que vivían en las posesiones imperiales y privadas en el siglo II estaban aún libres. Al vencer el contrato de arriendo (generalmente estipulado por cinco años), estaban facultados para abandonar la finca. Pero en la mayoría de los casos se trataba de una facultad puramente teórica. De hecho los colonos, empeñados por deudas y pagos atrasados, no podían desligarse del contrato. Su dependencia del propietario de la tierra o del conductor se hacía aún mayor por el hecho de que en la mayoría de los casos no poseían herramientas ni ganado de trabajo propios y también para esto estaban obligados a recurrir a sus patrones. De este modo, los colonos estaban de hecho ligados a la finca de la que eran parte inseparable. Si ésta pasaba a un alto propietario, también se le transferían las herramientas, los esclavos y los colonos.

Evolución de la esclavitud. — La colonia fué una forma especial de explotación en la agricultura, forma que iba sustituyendo a la esclavitud "pura", la cual, si bien en los dos primeros siglos del Imperio continuaba desempeñando aún una parte importante, revelaba ya un indicio de su progresiva decadencia: el cambio de la situación de los esclavos, que se puede seguir a través de todas las fuentes.

En los tiempos de Catón, época del desarrollo máximo de la esclavitud, cuando los esclavos costaban poco, no se ponía ninguna atención en su salud. Catón da muchos consejos sobre el cuidado de los animales de trabajo, transmite recetas para curar a los bueyes, pero no dice nada sobre la curación de

los esclavos enfermos. Recomienda, en cambio, vender a los esclavos enfermos o viejos (II, pág. 158).

Un siglo después, con Varrón, los esclavos continuaban aún siendo considerados como "instrumentos parlantes" (II, 178). Pero ya Varrón empieza a demostrar un cierto interés en su multiplicación y en los medios para estimular su trabajo¹³⁵.

Columela va más allá en la misma dirección. Aconseja construir las habitaciones para los esclavos con las mayores previsiones higiénicas posibles (II, pág. 177). Más de una vez subraya que el patrón debe demostrar el mayor cuidado hacia las personas que se encuentren en su posesión, incluidos los esclavos. El aumento de la productividad del trabajo se convierte, en el siglo I d.C. en el problema central. Columela se ocupa atentamente del modo en que se puede interesar a los esclavos en su trabajo forzado:

"En lo que respecta a los esclavos, hay que atenerse a las siguientes reglas a las cuales yo nunca he faltado: con los esclavos que se dedican a los trabajos agrícolas, que se distinguen por su buena conducta, converso con mayor frecuencia y más confidencialmente que con aquéllos que se destinan al servicio de personal: viendo que el trato familiar por parte del amo les hace soportar mejor el constante trabajo, a veces bromeo con ellos, y permito incluso bromas de su parte. A veces llego incluso a pedirles consejos, como si fueran más expertos en los nuevos trabajos, y de ese modo logro conocer el carácter de cada uno y su grado de inteligencia"¹³⁶.

Con el propósito de aumentar la natalidad de los esclavos, Columela admite la concesión de una serie de privilegios para las esclavas con muchos hijos:

"A aquellas esclavas que se distinguen por su prole numerosa y a las cuales conviene por lo tanto concederles una cierta distinción en mérito a este motivo, les concedemos la dispensa del trabajo y a veces también la libertad. Para ser exactos, se dispensa del trabajo a aquéllas que tienen tres hijos y se deja libre a aquélla que tiene más de tres" (I, 19).

Un cierto mejoramiento de la situación de los esclavos en la época del Imperio se manifestó también en el aumento del peculio y de las liberaciones. Peculio (*peculium*, de *pecus*) se llamaba en Roma a la fortuna que el jefe de familia (*pater familias*) transmitía condicionalmente en propiedad a las perso-

¹³⁵ Sobre la agricultura, II, 1, 26; I, 17.

¹³⁶ Sobre la agricultura, I, 14 15.

nas que se encontraban bajo su potestad: hijos, libertos o esclavos. En los tiempos de la República, los propietarios de esclavos, especialmente los de la clase senatorial, habían utilizado ampliamente ese derecho para organizar distintos tipos de empresas: comerciales, artesanales, etc. Las personas que de ellos dependían dirigían estas empresas independientemente, pagando al patrón una "cuota" determinada.

El peculio era ventajoso en primer lugar para los patrones, en cuanto les daba la posibilidad de ampliar el círculo de los negocios y aumentar las entradas sin ocuparse directamente del trabajo, que recaía todo sobre las espaldas de los libertos y de los esclavos. Pero era sobre todo ventajoso para los esclavos que así venían a gozar de una cierta libertad y tenían la posibilidad de hacer algunos ahorros con los cuales rescatarse y pasar a la categoría de libertos.

Con el Imperio, la práctica del peculio recibió un nuevo impulso a causa de la crisis de la esclavitud. Junto al crecimiento de los colonos, la difusión del peculio representa una tentativa de levantar la economía esclavista a un grado más alto. En base a esta costumbre se empezaron a transmitir sobre todo a los esclavos parcelas de tierra. De ese modo los esclavos establecidos sobre la tierra y obligados a una cuota de arriendo se transformaron en una categoría similar a la de los colonos (pseudocolonos).

Ya hemos hablado más de una vez del enorme aumento del número de libertos que se iba verificando a fines de la República. La causa directa de este fenómeno había sido el fin de la antigua aristocracia. Pero al mismo tiempo se manifestaban en esto procesos mucho más profundos de disgregación de todo el sistema esclavista. Los esclavos se iban convirtiendo en el lastre improductivo de la economía; transformándolos en libertos, los propietarios podían aprovechar su trabajo y su iniciativa. La institución de la colonia, la del peculio y la de la liberación en la época del Imperio fueron distintos aspectos de un único fenómeno: tenían como finalidad crear, en los límites de las relaciones esclavistas existentes, una forma de explotación más blanda y, en consecuencia, más racional. Sin embargo, mientras el sistema esclavista se mantuvo en sus rasgos fundamentales, todas estas tentativas sólo fueron paliativos incapaces de aportar un mejoramiento radical.

La evolución de la esclavitud en un sentido más blando está también demostrada por un mejoramiento en la situación legal de los esclavos. Con el Imperio, en efecto, comienzan las tentativas para limitar el arbitrio de los propietarios y de abolir por caminos legales las formas más monstruosas de la esclavitud. El primero que hizo algo en este sentido fué el emperador Claudio. En su biografía leemos:

"Los esclavos enfermos o débiles que los propietarios, para no curarlos, enviaban a la isla de Esculapio ¹³⁷, debían considerarse libres; si curaban, podían no volver junto a sus amos. Quien matara un esclavo enfermo en lugar de mandarlo a la isla, debía responder por esto ante la ley como de un asesinato" ¹³⁸.

Con Tiberio, según la ley de Petronio, se prohibió enviar a los esclavos al combate con las bestias feroces sin que mediara sentencia del magistrado ¹³⁹.

Adriano

"prohibió a los propietarios matar a los esclavos y ordenó que éstos fueran juzgados por un tribunal si lo merecían; prohibió también vender los esclavos como gladiadores sin motivos plausibles y vender las esclavas a las casas públicas" ¹⁴⁰.

Con Antonino Pío, la muerte injustificada de un esclavo fué considerada lisa y llanamente un asesinato. En una orden a nombre de un pretor provincial el emperador aclaraba que en los casos en que la exagerada crueldad de un propietario obligase al esclavo a buscar refugio junto a la estatua del emperador, no había que restituir el esclavo al propietario durante la investigación.

En el derecho romano se difundió la idea de que si bien la esclavitud era un instituto social legal, se trataba, sin embargo, de algo "contra natural":

"Desde el punto de vista del derecho civil —dice Ulpiano ¹⁴²— los esclavos no cuentan para nada. Sin embargo no es lo mismo para el derecho natural, según el cual todos los hombres son iguales" ¹⁴³.

¹³⁷ Isla sobre el Tiber.

¹³⁸ Suetonio, *Claudio*, XXV.

¹³⁹ *Digesto*, XLVIII, 8, 11. El *Digesto* es la parte más importante del *Corpus juris civilis* de Justiniano.

¹⁴⁰ *Scriptores Historiae Augustae, Hadrianus*, 18.

¹⁴¹ *Digesto*, I, 6, 1-2.

¹⁴² Famoso jurista romano de principios del siglo III d.C.

¹⁴³ *Digesto*, L, 17, 32.

Agudización de los contrastes sociales y preparación de la crisis general y revolucionaria del Imperio. — Pero el mitigar la forma de explotación no significó para nada una disminución de la cantidad de trabajo, es decir del grado de explotación. Al contrario, cuanto más se profundizaba la crisis de la economía esclavista, más manifiesta se hacía la tendencia de los propietarios a aumentar la explotación. En la época del apogeo de la esclavitud, la condición tanto consuetudinaria como legal de los esclavos era, como sabemos, extraordinariamente dura; al esclavo se lo consideraba un objeto; su salud y sus fuerzas no eran cuidadas; se lo trataba peor que a los animales de trabajo. Pero como había esclavos en abundancia, la cantidad de trabajo que a cada uno le correspondía era relativamente pequeña. La "familia urbana" del patrón no hacía en verdad nada, y llevaba una existencia parasitaria. Incluso los esclavos ocupados en trabajos productivos trabajaban con descuido, eran perezosos, y trataban por todos los medios de escapar de cualquier esfuerzo; su rendimiento era bajísimo.

La situación empezó a cambiar en la época del Imperio. Disminuyó el número de esclavos disponibles, mientras crecían los elementos ociosos entre la población libre. La crisis de mano de obra se hizo seria y tuvo como escenario la decadencia general de las fuerzas productivas de las regiones centrales del Imperio, agotadas más que todas las otras desde el período anterior. Esto había impulsado a los propietarios a tratar de elevar el rendimiento de los esclavos y de los colonos.

Por este motivo, la situación de las masas trabajadoras fué empeorando decididamente en el curso de los dos primeros siglos del Imperio. Si por una parte los esclavos, entregados "en alquiler", se transformaban en pseudocolonos, si su posición jurídica mejoraba, por otra parte el nivel general de sus condiciones materiales de vida continuó empeorando (excepto los pocos que lograron con sus ahorros personales comprarse la libertad). Los pequeños arrendatarios se arruinaron y fueron acercándose a la servidumbre completa.

A esto se agregaba el yugo del aparato imperial, la ampliación del ejército, el aumento de las tasas, los abusos de los funcionarios, etc. Como expresión de la crisis general del sistema esclavista, estos fenómenos políticos influían por su parte sobre la economía, profundizando la propia crisis.

La crisis agudizó los contrastes sociales. Mientras por un lado se iban concentrando las riquezas de la tierra en manos del emperador, de la nobleza senatorial, de los libertos ricos y de los altos funcionarios, mientras crecía la fortuna del estrato más alto de la población urbana de las provincias, por otro lado se iba concentrando la miseria. Los esclavos, los colonos, los pequeños comerciantes y los artesanos iban cayendo lenta pero inevitablemente en el abismo de la ruina y del hambre; crecía en ellos la desesperación y el odio contra los ricos, los funcionarios y el Estado romano en general.

Fué un largo proceso que se desarrolló en dos siglos. La crisis se fué preparando lentamente, invisible en las propias vísceras de la sociedad romana. Y cuando se manifestó fué por eso más inesperada y espantosa.

Cuando hablamos de fenómenos internos que se producen en la sociedad esclavista, y en particular de fenómenos de crisis, no debemos olvidar una particularidad importante de toda sociedad fundada sobre la esclavitud, y ésta es la periferia "bárbara" que la circunda. En el período del desarrollo del sistema esclavista esta periferia es una de las premisas más importantes para su existencia, puesto que en ella se recluta precisamente el mayor contingente de esclavos; pero cuando se produce un período de crisis su función cambia. Ni bien las fuerzas militares de la sociedad esclavista empiezan a debilitarse, los bárbaros pasan al ataque. Quienes antes habían sido principalmente objeto de explotación se transforman en una espantosa amenaza para los propios explotadores. Los ataques de los bárbaros profundizan la crisis interna de la sociedad y determinan su disolución. Más adelante veremos que la primera manifestación abierta de la crisis del Imperio, producida bajo Marco Aurelio, fué determinada, precisamente, por un ataque de bárbaros.

Sin embargo, antes de pasar al estudio de ese período, nos detendremos a considerar la cultura romana en los dos primeros siglos del Imperio.

CAPÍTULO IX

LA CULTURA EN LOS SIGLOS I Y II DEL IMPERIO

Esa duplicidad y ese contraste que hemos observado en la economía y en las relaciones sociales de los dos primeros siglos del Imperio se manifiestan también en el campo de la cultura.

Por un lado, en algunos campos de la ideología se puede constatar un desarrollo más intenso de las antiguas formas y la aparición de nuevas. Las obras de Tácito representan el vértice de la historiografía romana; el *Satiricon* de Petronio es el modelo de un nuevo género de novela satírica sobre las aventuras de la vida; la retratística en escultura y en pintura llega a una perfección nunca conocida en las épocas anteriores; el trabajo creativo de los grandes juristas de los siglos I y II reanima el largo proceso evolutivo del derecho romano, dándole esas formas que sirvieron de base a la evolución jurídica de la Europa moderna; el desarrollo económico de las provincias genera un grupo de grandes escritores provinciales e impulsa nuevas formas estilísticas en las artes decorativas.

Por otra parte, algunos antiguos géneros literarios se detienen en su desarrollo y se fosilizan, como es el caso de la tragedia y de la epopeya. La retórica invade la literatura, introduciendo un estilo declamatorio y un *pathos* artificioso. Aparece un género de literatura adulatoria y cortesana (panegírico). Los gustos de corte hacen presión sobre los vastos círculos sociales, apoyando el desarrollo del formalismo y el progreso a las viejas formas (arcaísmo). La filosofía renace y se funde con el espíritu místico-religioso. Creencias supersticiosas (magia, astrología) penetran en las ciencias y en el arte.

Los síntomas de decadencia se hacen más fuertes en el si-

glo II. También aquí, como en los demás campos de la vida social romana, se iba preparando la crisis del siglo III.

La ciencia. — El carácter de recopilación que tenía la ciencia romana siguió caracterizando a la época del Imperio. Para la segunda mitad del siglo I es típico Cayo Plinio Segundo (el Viejo) (años 23-79) famoso autor de la *Historia Natural* en 37 libros. Esta obra representa un enorme sumario de los conocimientos de ciencias naturales de la época, algo así como una enciclopedia, un testimonio de la extraordinaria laboriosidad de su autor. El propio Plinio afirma haber consultado más de 2.000 obras para su trabajo. Hay en ella nociones de astronomía, física, geografía, antropología, zoología, botánica, agronomía, medicina, metalurgia, pintura, escultura. En medio de todo esto están diseminados muchos hechos puramente históricos. El material está muy poco ordenado y por lo general faltan las generalizaciones teóricas. Plinio, más bien un dilettante que un verdadero científico, se refiere a sus fuentes sin crítica, y por eso cae frecuentemente en errores, incluso desde el punto de vista de la ciencia de su tiempo. A más de la *Historia Natural*, Plinio escribió varias obras de historia, arte militar y retórica, que no han llegado hasta nosotros.

Otro famoso escritor de la misma época fué Lucio Anneo Séneca (nacido a comienzos de la nueva era y muerto en el 65). De origen español, creció y fué educado en Roma. Ya hemos hablado de él como preceptor y educador del joven Nerón. Séneca fué un escritor multiforme y fecundo: entre sus numerosas obras hay también 7 libros de *Cuestiones naturales*. Igual que Plinio, también Séneca fué considerado, a fines de la antigüedad y durante el Medioevo, como una de las mayores autoridades en el campo de las ciencias de la naturaleza. Lo que es característico en Séneca y en cambio falta en Plinio, es que las ciencias naturales son consideradas como medio para el conocimiento de la divinidad y fundamento de la moral, cosa que corresponde a su concepción estoica de la vida (ver más adelante).

Como síntoma de decadencia de la astronomía antigua pueden considerarse las ideas del famoso matemático, geógrafo y astrónomo Claudio Tolomeo, que vivió en Alejandría en tiempos de Antonino Pío. Las grandes tradiciones de la escuela de Alejandría encontraron en él al último representante. Pero

en el campo de la astronomía Tolomeo dió un paso atrás con respecto a sus antecedentes helénicos, al volver al sistema geocéntrico de Aristóteles. Las supersticiones de la época se reflejan en su concepción, según la cual los cuerpos celestes tienen influencia sobre el destino del hombre (astrología). La obra principal de Tolomeo, el *Almagesto*, en 13 libros, gozó de una autoridad indiscutida hasta Copérnico (siglo XIV). De Tolomeo han llegado hasta nosotros también algunas otras obras de física, astronomía, geografía y astrología: entre ellas presenta gran interés para el historiador el *Canon de los reyes* (el llamado "Canon tolemeico"), una lista de reyes según la cual se fechaban las observaciones de los científicos babilonios y alejandrinos. Se trata de una lista de excepcional importancia para la cronología de la historia antigua.

El último gran representante de la medicina antigua fué el médico de corte del emperador Cómodo, Claudio Galeno (nació en el 129 y murió a principios del siglo III). Nativo de Pérgamo, estudió filosofía en Asia Menor y Alejandría, donde desde mucho antes existían sólidas tradiciones de ciencia médica. En sus tiempos Galeno fué muy famoso. De él se conservan muchas obras: alrededor de 100 se cree son originales, mientras que algunas decenas se supone que son imitaciones. Muchos otros trabajos suyos se han perdido. Gran parte de su producción existe en traducciones árabes, hebreas y latinas hechas en el Medioevo, lo que demuestra la gran autoridad de que gozaba hasta fines del Medioevo. Su *Arte Médica* fué por mucho tiempo el principal manual de medicina. En lo fundamental Galeno continuó las gloriosas tradiciones materialistas de la medicina griega, siguiendo los principios de Hipócrates. Pero también en él la época puso su sello, a través de la concepción teológica de la naturaleza, las tendencias místico-religiosas, la creencia en los sueños, que se infiltraron en sus obras.

De la historiografía de los tiempos imperiales ya hemos hablado (ver cap. I). Aquí sólo subrayaremos que también en este campo se puede observar esa decadencia gradual que se nota en los demás aspectos de la ideología: nivel más bajo en la investigación histórica, factores no científicos más numerosos, decadencia del estilo, etc. A partir de Tácito, la his-

toriografía romana degenera en los *Scriptores Historiae Augustae* y en los recopiladores de los siglos IV y V.

La filosofía. — Ya hemos visto que la filosofía romana del período republicano no era original, sino más bien proclive al eclecticismo¹⁴⁴; en la época del Imperio, esta característica se hace aun más clara. Un ecléctico típico fué Séneca. En su producción hay una obra sobre cuestiones filosóficas: *Cartas a Lucilio*, y varios pequeños tratados sobre temas morales: *De clementia*, *De ira*, *De tranquillitate animi*, *De otio*, *De vita beata*, etc. Séneca no se ocupa de problemas ontológicos o gnoseológicos; la naturaleza, como acabamos de decir, le interesa exclusivamente desde el punto de vista ético-religioso. El centro de gravedad de su filosofía se apoya sobre los problemas morales. Aunque diciéndose partidario de la escuela estoica, Séneca toma sin embargo mucho de Epicuro. La época en que vivió y la posición que le tocó ocupar, definieron el carácter de sus concepciones morales: la misión principal de la filosofía es dar al hombre independencia interior y tranquilidad de conciencia; sólo de ese modo se lo puede salvar del mal y de las tristezas de la vida. El último ideal del sabio es por eso la muerte y toda la vida no debe ser sino una preparación para la muerte. En esta enseñanza aparecen nítidamente la resignación y el pesimismo de la aristocracia romana agonizante en la época del régimen terrorista. En el espíritu de las enseñanzas estoicas, Séneca reconoce la igualdad de todos los hombres, incluso los esclavos; ataca a la riqueza; exalta la sencillez de vida del pobre y la felicidad que de ella se deriva. Sin embargo no reniega de la riqueza en un sentido absoluto: enseña solamente que no hay que convertirse en su esclavo, que hay que saber renunciar a ella y no sufrir por su pérdida. Esta doble actitud puede explicarse con el hecho de que Séneca era rico y no tenía el suficiente coraje como para ser coherente con su propio pensamiento. En la práctica violó frecuentemente sus propios principios morales. Engels dice de él: "Este estoico, predicador de virtudes y de abstinencias, era el primer intrigante de la corte de Nerón, lo que significa que no podía dejar de ser servil: se ha-

¹⁴⁴ Con una única excepción: Lucrecio. Aunque si bien no fué un escéptico, sus concepciones filosóficas no fueron originales, como ya lo hemos hecho notar.

cía regalar dinero, tierras, huertos, palacios y mientras predicaba como el pobre Lázaro del Evangelio era en realidad el hombre rico de la misma parábola. Recién cuando Nerón quiso su cabeza, suplicó al emperador que se llevara todos sus regalos, que a él con su filosofía le bastaba" ¹⁴⁵.

Pero cualquiera que haya sido su vida, Séneca expió muchos de sus pecados con una muerte viril. Ya hemos visto que Nerón, con la excusa del complot de Pisón quiso desembarazarse de él y le ordenó morir, cosa que Séneca, de acuerdo con sus convicciones filosóficas, supo hacer con estoica serenidad ordenando que le abrieran las venas.

El estoicismo se convirtió pronto en la filosofía más difundida y casi en la oficial del Imperio. No llamaba a la lucha activa contra el mal, se limitaba a enseñar una resistencia pasiva con el recogimiento de la vida interior: la salvación no está fuera del hombre, sino en lo íntimo. Esto respondía al espíritu de la época. La confusa percepción de la catástrofe social inminente generaba en los hombres un sentimiento de impotencia y pesimismo. Los vínculos sociales estaban minados, la sociedad se descomponía en sus elementos constitutivos. La única salvación consistía en refugiarse en el propio "yo", encerrarse en el mundo de la perfección moral personal. Con la enseñanza de un espíritu universal divino, del cual el espíritu individual era una pequeña parte, el estoicismo favoreció el desarrollo de las tendencias religiosas idealistas. Además, los rasgos de cosmopolitismo que lo caracterizaron desde su nacimiento correspondían al carácter universal y cosmopolita del Imperio romano, que no llegó a realizarse en Estado nacional pero confundió todas las particularidades locales, todas las diferencias de tribu y todos los pueblos en el crisol gigantesco del mecanismo estatal romano y de la única cultura de ese tiempo, la cultura greco-romana.

Discípulo y continuador de Séneca fue el liberto frigio Epiceteto (segunda mitad del siglo I - comienzos del siglo II), cuyas lecciones eran escuchadas por el propio emperador Trajano. El pesimismo y la ética individualista son características también de Epiceteto.

¹⁴⁵ Bruno Bauer ed *il cristianesimo primitivo*, en F. Engels, *Sulle origini del cristianesimo*, Ed. Rinascita, Roma, 1953.

Una forma distinta y más activa tuvo el estoicismo con Marco Aurelio, "filósofo en el trono". Su posición de jefe de estado obligado a luchar contra una crisis amenazadora no le permitía ocuparse solamente del perfeccionamiento interior. Las tareas prácticas del poder requerían de él una gran actividad, que no podía dejar de reflejarse en sus ideas filosófico-morales, las cuales encontraron su expresión en los *Recuerdos*, en 12 libros. Aquí el factor social aparece más determinante que en toda la otra literatura de los estoicos. El hombre es puesto en su lugar por la voluntad divina, que lo obliga a cumplir su deber hasta el fin, por más difícil e ingrato que sea:

"Deja que la divinidad sea en ti la guía del romano viril maduro, fiel a los intereses del Estado, investido de poder, consciente de su responsabilidad; hombre que no necesita ni de juramentos ni de encargos y espera con el corazón sereno el momento de la muerte. Así tu espíritu será iluminado y no tendrás necesidad de que otros te ayuden o te aseguren la serenidad" 146.

El hombre es sobre todo un miembro de la sociedad; por eso todas sus acciones deben estar en armonía con la vida social:

"Como tú mismo formas parte de la sociedad civil, así cada una de tus acciones debe estar en armonía con la vida civil. Si hay algo que no tiene relaciones directas ni indirectas con el fin general, ese algo fracciona la vida, destroza su unidad, produce un choque a semejanza de un hombre que siendo miembro de la asamblea popular no quiera someterse a las decisiones comunes" 147.

En el estoicismo de los últimos tiempos hubo muchos motivos puramente religiosos, que luego fueron acentuándose cada vez más. En el siglo II, la sed de religión provocada por la situación general empezó a dominar con gran fuerza a la población del Imperio. La vasta difusión de los cultos orientales y la aparición de sistemas filosófico-religiosos proteiformes (gnosticismo) concurrieron a la creación de la nueva religión, el cristianismo, que tomó mucho también del estoicismo. De esto hablaremos más adelante, cuando nos ocupemos del cristianismo.

El derecho. — Ya hemos visto (volumen II) que el derecho

146 *Recuerdos*, III, 5.

147 *Recuerdos*, IX, 23.

romano había alcanzado un alto grado de desarrollo durante la época de la República. La evolución del derecho alcanza, durante el Imperio, proporciones mucho más vastas. La vida misma así lo exigía; el Imperio comprendía un mundo grandísimo y heterogéneo unido por vínculos económicos, políticos y culturales que iban mucho más allá de los límites del Mediterráneo. Las disímiles normas de derecho y consuetudinarias de los distintos países que componían el Imperio hacían necesaria una unificación jurídica. Los contrastes sociales crecientes obligaban a la clase dominante a dedicar su máximo esfuerzo a reforzar jurídicamente la propia situación privilegiada y aplazar la ruina inminente. Esto explica por qué en el siglo II y a comienzos del III la jurisprudencia romana alcanzó su máximo desarrollo.

Habiendo cesado la actividad de la asamblea popular, en la época del Imperio fueron fuentes del derecho los decretos del senado (*senatus consulta*) y las leyes dictadas por los emperadores. Estas últimas adquirieron una importancia exclusiva desde que el senado perdió sus funciones legislativas (a fines del siglo III).

Las disposiciones de los emperadores se dividían en las categorías siguientes: edictos, disposiciones generales para toda la población del Imperio; mandatos, instrucciones para los funcionarios; rescriptos, disposiciones sobre problemas aislados; decretos, decisiones sobre problemas en discusión, especialmente judiciales. Además algunas resoluciones imperiales recibieron la denominación de "leyes" (*leges*).

A fines del Imperio también adquirieron carácter legislativo las disposiciones de los altos funcionarios: prefecto de los pretorianos y prefecto de la ciudad.

Paralelamente a esto cesó la actividad judicial del pretor. Ya hemos visto (III, p. 117) que bajo Adriano el jurista Salvio Juliano había compuesto un texto definitivo de todos los edictos de los pretores, el *Edicto perpetuo*.

El proceso judicial comienza a cambiar ya a fines de la República: junto al proceso por fórmulas surge el proceso extraordinario. En este último el pretor, valiéndose de sus poderes, decidía directamente la causa fuera del orden normal (*extra ordinem*). Con el Imperio, como es lógico, el proceso extraordinario se hizo más frecuente, aunque continua-

ba existiendo la vieja forma de procedimiento. Pero incluso en el proceso por fórmulas el derecho del pretor a compilar la fórmula fué limitado gradualmente por las disposiciones imperiales.

Con la extinción que se fué produciendo en la actividad de los pretorianos, se abrió paso la actividad judicial de los altos funcionarios imperiales. El príncipe tenía la facultad de dirimir personalmente cualquier causa *extra ordinem* y podía además trasmitirla a un funcionario para su examen. En la práctica era justamente esto último lo que sucedía con mayor frecuencia. De este modo el prefecto de la ciudad se convirtió en Roma en el principal juez para las causas civiles, y su misma función correspondió en las provincias a los promagistrados. Era posible presentar ante el emperador recursos contra sus decisiones. En los procesos extraordinarios, toda la causa, desde el principio hasta el fin, era conducida por un único funcionario.

Modificaciones análogas sufrió también el proceso penal. La actividad de las comisiones permanentes penales (*quaestiones perpetuae*) fué primero limitada y luego desapareció por completo. El emperador y sus funcionarios se convirtieron en los órganos principales de la autoridad judicial.

Todo el procedimiento, tanto civil como penal, adquirió un carácter burocrático y fijo, lo que no dejó de favorecer la venalidad y la corrupción de los jueces.

En todo el curso de la historia del derecho romano tuvo una gran importancia la actividad de los intérpretes del derecho, los juristas. Al principio eran sacerdotes y, desde Apio Claudio en adelante, laicos. Ya hemos recordado a los juristas del siglo I d.C., Quinto Mucio Escévola y su discípulo Servio Sulpicio Rufo (tomo III, pág. 45).

En tiempos de Augusto hubo, contrapuestos el uno al otro, dos grandes juristas, Antistio Labcón y Ateyo Capitón. Discípulo del primero fué Proculo, que dió nombre a la escuela de los proculianos; del segundo lo fué Sabino, cuyos partidarios fueron llamados sabinianos. La diferencia entre ambas escuelas parece ser consistía en el hecho de que los proculianos eran partidarios de un poder centralizado (monarquía) y por lo mismo admitían una interpretación más libre de las antiguas normas republicanas. Los sabinianos, en cambio, se mantenían en las posiciones de la democracia esclavista y por lo tanto eran conservadores en cuestiones de derecho.

El florecimiento de la actividad de los juristas romanos se produce como hemos dicho, en el siglo II y a comienzos del III. En el siglo II vivieron el ya mencionado Salvio Juliano y Gayo. De este último muy poco sabemos (ni siquiera su nombre completo) y sólo nos ha quedado de él un breve manual de derecho privado (*Las instituciones*), escrito con gran claridad y método. *Las Instituciones* de Gayo constituye una de las fuentes principales de nuestros conocimientos sobre el derecho romano.

A fines del siglo II y a comienzos del III se desarrolla la actividad de famosos juristas: Papiniano (condenado en el 212; ver luego), Julio Paulo (muerto más o menos a mediados del siglo III) y Domicio Ulpiano (muerto por los pretorianos en el 228; ver luego).

La literatura. — Uno de los más famosos autores de los tiempos de Nerón fué el sobrino de Séneca, Marco Anneo Lucano (39-65). Dotado de una magnífica educación retórica y filosófica (en el espíritu del estoicismo), pronto se distinguió como poeta de talento. Se dice sin embargo que sus éxitos literarios despertaron la envidia de Nerón, quien le habría prohibido practicar la lectura de obras poéticas. Esto habría empujado a Lucano junto a la oposición aristocrática. El hecho es que tomó parte en el complot de Pisón y, condenado a muerte, se cortó las venas.

De las numerosas obras de Lucano sólo ha llegado hasta nosotros una epopeya histórica inconclusa: *La guerra civil*, en 10 libros. En ella se describe la lucha entre César y Pompeyo, que llevó al fin de la República. El poema se interrumpe en la guerra alejandrina. Está escrito en el tradicional hexámetro épico, pero no hay en él la igualmente tradicional intervención de los dioses en los asuntos de los hombres. Por sus convicciones filosóficas Lucano fué un estoico: para él la fuerza superior que dirige el mundo es el Hado, el Destino, ya no los dioses tradicionales de la mitología greco-romana. Sin embargo esto no excluye la gran parte que tienen en el poema todas las supersticiones posibles: los oráculos, la magia, la astrología, los presentimientos, etc. La obra de Lucano constituye un ejemplo de la moda de la poesía retórica de entonces. El estilo rebuscado y declamatorio, el *pathos* del hiperbolismo, el sentido trágico de las cosas, los fuertes contrastes,

tienen como finalidad impresionar al lector. El estilo es refinado y brillante, pero frío.

Lucano es un representante de la oposición aristocrática. Idealiza a la antigua Roma republicana desaparecida en las guerras civiles, aunque considera, como Tácito, que el Imperio es un mal inevitable. Es significativo notar que en los primeros libros del poema, escritos cuando Lucano todavía formaba parte del número de cortesanos, su oposición es algo casi inexistente. En ellos encontramos loas a Nerón, y César y Pompeyo son considerados como culpables por igual del fin de la República. En los otros libros las opiniones de Lucano cambian; se lanza contra el despotismo y se manifiesta contrario a la deificación de los emperadores. La batalla de Farsalia es presentada como una enorme desgracia, como el comienzo de la ruina de Roma. En correspondencia con este viraje, cambia también la opinión de Lucano sobre los principales personajes del poema. Todas sus simpatías se vuelcan por Pompeyo, defensor de la República, mientras que a César se lo representa como un tirano y un malvado.

La epopeya era, incluso en el aspecto de poema histórico que le dió Lucano, un género en decadencia¹⁴⁸. Más vital se presentaba la sátira, surgida, como ya hemos visto, durante la República (III, p. 45). El Imperio le daba nuevos motivos. El modelo más hermoso de ese género y al mismo tiempo una de las obras más grandes de la literatura mundial es la novela satírica y de aventuras *Satiricon*¹⁴⁹. Lo más probable es que su autor haya sido aquel Petronio, amigo de Nerón, "árbitro de la elegancia", que terminó su vida matándose sin esperar la orden de Nerón. Poco se ha conservado de la obra: fragmentos que empiezan en el libro 14^o y no llegan hasta el final, pero ese poco nos da la posibilidad de hacernos una idea sobre el conjunto.

El contenido de la parte de la novela que se ha conservado trata de un viaje cumplido en Italia meridional¹⁵⁰ por

¹⁴⁸ Esto es evidente en los poetas de la segunda mitad del siglo I: Estacio, Valerio Flaco y otros.

¹⁴⁹ Por su forma se trata de una "sátira menipea" (ver nota 30), en que la prosa se une a los versos, pero en realidad el *Satiricon* sale de estos límites.

¹⁵⁰ En las partes que se han perdido, la acción no se limitaba a Italia.

dos vagabundos desclasados, un tal Encolpio y su amigo Gítón, que se complican en una serie de aventuras. De tanto en tanto se une a ellos un tercer personaje cualquiera, como por ejemplo el poeta vagabundo Eumolpo. La trama de la novela da al autor posibilidad de describir usos y costumbres de los distintos estratos de la sociedad romana, empezando por el liberto enriquecido Trimalción y terminando en los bajos fondos de la sociedad (que el *Satiricon* describe profusamente). Al nudo principal de la novela se han agregado algunos relatos aislados no directamente vinculados con la trama.

El carácter y el tono de la novela son muy variados y van desde un completo naturalismo hasta la parodia de otros géneros (por ejemplo, de la obra de Lucano), la caricatura y el grotesco fantástico. El idioma del *Satiricon* es extremadamente flexible y expresivo; el autor obliga a sus personajes a hablar en la forma en que hablaban las distintas clases de la sociedad romana a la cual pertenecían. Dado que la mayoría de los personajes pertenecen a las clases sociales más bajas, el *Satiricon* nos ha conservado ejemplos de la lengua popular latina.

El episodio más hermoso de la parte de la novela llegada hasta nosotros es la cena de Trimalción, en la cual participan nuestros héroes. Trimalción es un ex esclavo sirio que ha merecido la clemencia de su amo y de ese modo se ha ganado la libertad y luego la herencia. Con hábiles especulaciones comerciales y usurarias ha logrado acumular una fortuna fabulosa. Trimalción es rústico, vanidoso, muy ignorante supersticioso. El lujo que lo circunda es simplemente glotón; en cada detalle se revela al ex esclavo. Sin embargo Trimalción no está exento de algunos rasgos positivos; tiene espíritu práctico, es generoso y, a pesar de su terquedad, no trata mal a los esclavos.

Pintando a Trimalción, Petronio nos da un boceto que, aun en su tono caricatural, refleja los procesos económico-sociales reales del siglo I, de los que ya hemos hablado muchas veces: el aumento de la significación social de los libertos, la concentración de la propiedad agraria, la aparición de los nuevos ricos creados por el Imperio. Petronio, representante de la antigua aristocracia, no puede dejar de despreciarlos y ridiculizarlos con toda la fuerza de su talento. Sin embargo su

sentido artístico lo ayuda a mantener la justa medida también en el cuadro de esta maligna caricatura y a darnos, en lo esencial, tipos realistas. Lo mismo hay que decir también de los otros retratos contenidos en la obra. El *Satiricon* es una de las fuentes históricas más importantes para la segunda mitad del siglo I d.C.

De espíritu satírico están también imbuídos muchos epigramas¹⁵¹ de Marco Valerio Marcial (más o menos 41 - más o menos 102). Inteligente proletario de origen español, había ido a Roma "en busca de fortuna". Durante mucho tiempo arrastró una mísera existencia de hambre hasta que alcanzó la notoriedad. Pero tampoco la gloria le dió una existencia segura; muchas veces se vió obligado, como antes, a hacer de parásito, como cliente en las casas de ricos protectores. Hacia el final de su vida, Marcial regresó a España.

La reunión de sus versos está comprendida en 15 libros (1.200 epigramas). No todos tienen carácter satírico; muchos son epigramas de tipo ordinario, es decir breves composiciones en verso, descriptivos, de dedicatoria, de alabanza, funerarios, etc. Pero prevalecen los epigramas lúbricos. La sátira de Marcial no se dirige tanto contra personas determinadas¹⁵² como contra tipos característicos de la vida romana: esposas infieles, médicos, taberneros ladrones, jovencuelos mundanos, ancianos ricos y sin familia, rodeados por una multitud de pretendientes a la herencia, poetastros diletantes y plagiarios. Es característica en Marcial su comprensión de la "pobre gente", de la miseria escondida en las grandes casas romanas e incluso de los esclavos. Junto a esto se manifiesta también la adulación y condescendencia ante el emperador y los poderosos pretores.

La sátira de Marcial, a pesar del realismo de sus retratos y el poder de su humorismo, se queda en la superficie y no logra atrapar la raíz de los fenómenos. Falta en ella un verdadero sentimiento. En este sentido Juvenal es superior.

Décimo Julio Juvenal escribió bajo Trajano y Adriano. Faltan casi por completo datos biográficos precisos sobre él, pero evidentemente su condición material debía ser más indepen-

151 Breve composición en verso referida a los hechos del momento.

152 Los nombres que hay en sus versos son por lo general inventados.

diente que la de Marcial y esto influyó también sobre el carácter de su poesía. De él nos han quedado 16 sátiras en 5 libros. Juvenal es cáustico: se acerca a Marcial por las tendencias humanitarias en lo que respecta a los que sufren y a los opresores, pero lo supera por la pasión y la violencia de sus acusaciones y por su capacidad de hacer generalizaciones más vastas. Juvenal denuncia el despotismo de Domiciano (¡cosa nada peligrosa en tiempos de Trajano!), ridiculiza a la nobleza romana y a los ricos libertos, habla de la decadencia de las ciudades itálicas, denuncia el libertinaje de las mujeres de mundo, la posición humillante de los clientes, etc. Sin embargo la pasión de moralista lleva a Juvenal un poco demasiado lejos, y si nos acercamos a sus obras como a una fuente histórica, hay que suprimir y corregir mucho. Es significativo el hecho de que aun ridiculizando los vicios de su tiempo, Juvenal no presenta ningún programa positivo. Evidentemente refleja la posición de clase de los pequeños propietarios itálicos, cuya salvación era imposible, fueran cuales fueran las reformas de Nerva o de Trajano. Por esto todos sus ideales se encuentran en el pasado lejano.

En la Europa moderna Juvenal es considerado el más grande satírico de la antigüedad. La burguesía revolucionaria vió en él un ferviente acusador de tiranos y de la aristocracia resurgente.

También se encuentran elementos satíricos en la famosa novela de Apuleyo *Las metamorfosis* (o *El asno de oro*). Apuleyo nació alrededor del 125 en África septentrional¹⁵³. De familia rica, Apuleyo recibió una educación retórica en Cartago, estudió filosofía en Atenas y viajó mucho por el Oriente griego. Pasó también un período en Roma, donde se dedicó a la actividad forense. Luego vivió en Cartago rodeado de gran respeto y popularidad.

Apuleyo es un típico hijo de su siglo: rector y filósofo. Su filosofía consiste en una mezcla ecléctica de pitagorismo y platonismo. Dado el espíritu de la época, Apuleyo se ve atraído por cultos místicos y por la magia. Escritor fecundo y versá-

¹⁵³ Es de hacer notar que muchos escritores romanos del siglo I y II eran originarios de las provincias. Es una circunstancia más que confirma el aumento de la importancia de las provincias en la vida del Imperio.

til, poseía por igual la lengua púnica, la griega y la latina. Sus obras griegas se han perdido por completo, de las latinas se han conservado varias.

La importancia de Apuleyo en la literatura mundial¹⁵⁴ está dada no por los discursos o los tratados filosóficos, sino por su novela. El contenido de *Las metamorfosis* es, resumiendo, el siguiente. El joven Lucio, atraído por la magia y deseoso de penetrar todos sus secretos, llega durante un viaje a Tesalia, tierra de magos. Se aloja en la casa de un conocido suyo cuya esposa es una hechicera poderosa. Con la ayuda de una sierva, Lucio trata de penetrar en el mundo oculto, pero por error bebe una bebida mágica que lo transforma en asno. El asno-Lucio conserva su psicología de hombre. La misma noche algunos ladrones lo roban y empieza para él una larga serie de aventuras y sufrimientos. Por fin, Lucio dirige sus ruegos a la diosa Isis, quien le promete la salvación siempre que Lucio le dedique su vida. Al día siguiente el asno encuentra una procesión de Isis, huele las rosas sagradas de la corona de su sacerdote y se convierte de nuevo en un hombre. El renacido Lucio, arrepentido, se dedica a la adoración en secreto de la diosa egipcia, convirtiéndose en sacerdote de su culto.

En la trama de la novela se insertan muchos relatos aislados, entre los cuales se distingue la conocida leyenda de Amor y Psiquis, retomada luego más de una vez por la literatura y el arte posteriores.

Las Metamorfosis representa, por su forma, una amena novela de aventuras, trazada sobre el modelo de una fábula griega análoga. Apuleyo no sólo amplió considerablemente el original griego, sino que le dió también un sentido religioso, filosófico y moral. El héroe de la novela es transformado en asno por castigo de su curiosidad y su tendencia a penetrar en los secretos ultraterrenos; con sus sufrimientos bajo el aspecto de asno, Lucio paga el pecado y logra la santidad.

El tema de la novela permite a Apuleyo mostrar los aspectos negativos de la vida. Al asno le es permitido ver y observar

¹⁵⁴ Aquellos días cuando en los jardines del Licco

yo florecía quietamente,

leía con gusto a Apuleyo

y descuidaba a Cicerón... (Pushkin, Eugenio Oneguín, cap. VII).

mucho de los entretelones de los fenómenos sociales, porque ante él los hombres actúan más abiertamente y hacen y dicen lo que esconden con cuidado ante sus semejantes. Por eso hay en *Las Metamorfosis* mucho material satírico e histórico-cultural. Apuleyo da un cuadro vivo de la vida de las provincias romanas del siglo II; pone en evidencia los abusos de la administración, el duro estado de los esclavos, la ruina de los pequeños propietarios rurales.

El renacimiento griego. — La literatura romana del siglo II estuvo sometida a la fuerte influencia del llamado “renacimiento griego”. Como las otras provincias romanas, también Grecia iba resurgiendo, favorecida en esto por el traslado del centro de gravedad de la política exterior romana al Oriente, impulsado por Nerón, y por la política helenófila de los emperadores. Esto se reflejaba favorablemente también en la península balcánica, en el Asia Menor y en Siria, bases avanzadas de la expansión oriental de Roma.

Como consecuencia de esto, en el siglo II se produjo un considerable despertar de la vida cultural en el Oriente griego. Hay que admitir que carecía de originalidad; se volvía a lo antiguo, prevalentemente a los elementos arcaicos y formalistas. El idioma literario pasaba de las formas helénicas a las clásicas (aticismo), diferenciándose definitivamente de la lengua popular. La oratoria, carente ya de cualquier contenido político, se transformaba en retórica vacía de imitación (segunda sofística). Todos los posibles discursos solemnes —laudatorios, conmemorativos, nupciales, etc.— fueron el atributo necesario de cualquier creación pública.

Con todo esto el “renacimiento griego” dió dos escritores eminentes que ganaron fama mundial. Uno de ellos es Plutarco. De él como historiador ya hemos hablado (I, pág. 29); ahora agregaremos algo sobre su actividad literaria y sobre sus concepciones ético-filosóficas. Aunque la moda del retorno a lo antiguo fuera seguida también por él, Plutarco supo escapar al aticismo extremo y a la retórica. A más de las famosas biografías, conservamos de Plutarco numerosas “obras morales”¹⁵⁵. Su punto de vista filosófico consistía en una mez-

¹⁵⁵ El término “obras morales” en lo referente a la producción de Plutarco no es muy preciso, puesto que en ellas él toca no sólo proble-

cla ecléctica, típica de la época, en la que predominaban factores religioso-idealistas. Creía en un dios único, pero junto a él reconocía la existencia de los dioses griegos y orientales, de los demonios buenos y malos; creía en los oráculos, en los sueños, etc. Su ética es humana, como podía serla la de un rico, pero carece de la fuerza y la agudeza de una verdadera humanidad. Es una disertación hecha en su juventud, Marx cae sobre esta bondadosa moral pronta a reconciliarse con cualquier mal y a encontrar en cada fenómeno un aspecto bueno: "En su biografía de Mario, Plutarco da la prueba histórica de cómo este sentimiento moral destruye cualquier imparcialidad, tanto teórica como práctica. Describiendo la espantosa masacre de los cimbrios, cuenta que la cantidad de cadáveres era tal que los marseleses pudieron abonar con ellas sus vides. Luego vinieron las lluvias y ese año fué el de mayor abundancia en la cosecha de uva y de fruta. ¿Qué dice el noble historiador sobre el trágico fin de todo un pueblo? Plutarco encuentra perfectamente moral que el dios haya permitido matar a todo un noble pueblo, para que los filisteos marseleses pudieran tener una buena cosecha. De modo que la transformación de un pueblo en un montón de abono proporciona la ocasión para deleitarse en fantasías sobre temas morales"¹⁶⁶.

Luciano de Samosata (nacido alrededor del 120, muerto a fines del siglo II), hijo de un pobre artesano, logró con intenso estudio alcanzar las cimas de la retórica. Recorrió Italia, fué a Roma y enseñó oratoria en una ciudad gala. Luego Luciano volvió a Oriente, donde continuó su actividad de orador y escritor y terminó su existencia en Egipto ocupando un alto grado en la burocracia imperial.

Iniciada su actividad en calidad de rector, Luciano superó finalmente la "sofística" y se convirtió en el último gran autor satírico de la antigüedad. Su sátira se dirige contra todas las formas de la ideología que disgregaba a la antigua sociedad, contra las supersticiones religiosas, la decadencia del pensamiento filosófico, las novelas de aventuras, la historiografía re-

mas éticos en el cabal sentido de la palabra, sino también otros temas varios. En efecto, escribe de literatura, música, religión, pedagogía, política, etc.

¹⁶⁶ *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza y la de Epicuro* (tesis de graduación).

tórica, etc. Luciano es particularmente duro en los ataques contra la religión. Engels lo ha llamado el "Voltaire de la antigüedad clásica, que mantiene una actitud igualmente escéptica ante cualquier clase de superstición religiosa"¹⁵⁷. Y Marx ha dicho de él: "Los dioses de Grecia, ya trágicamente heridos de muerte en el *Prometeo encadenado* de Esquilo, tuvieron que sufrir una segunda muerte en los *Diálogos de Luciano*".¹⁵⁸

Luciano se burló despiadadamente de los dioses del Olimpo (*Diálogos de los dioses*; *Timón*) pero fué menos despiadado con las corrientes religiosas de su época (*Alejandro el falso profeta*, *La muerte de Peregrino*). Los profetas milagrosos de las sectas religiosas del siglo II, de quienes escribió, y los propios cristianos, están representados bajo el aspecto de bribones y charlatanes. En *La verdadera historia* Luciano hace una parodia del género de los relatos fantásticos; en *Cómo se debe escribir la historia* pone en evidencia la ampulosidad y la falsa retórica de la historiografía.

Este escepticismo, esta ironía para con todo son por sí solo un signo profundo de la decadencia ideológica de la antigua sociedad del siglo II. Luciano ya no cree en nada y no sabe en qué confiar. No tiene ningún ideal positivo por el cual luchar. De esto dependen la superficialidad y la futilidad de la sátira de Luciano que, en realidad, no entra en los verdaderos contrastes sociales de la época.

En la exposición anterior hemos hablado más de una vez de la literatura novelesca. El viejo género de los viajes fantásticos, nacido ya en el antiguo Egipto en el período helénico, asumió la forma o de utopía social o de novela pseudohistórica (*Historia de la caída de Troya*, *Gesta de Alejandro*). Junto a esto siguió existiendo y, según parece, desarrollándose, el género de aventuras fantásticas del cual Luciano hizo la parodia en *La verdadera historia*.

Un aspecto distinto de esta novelística fué la novela griega de aventuras, representada por algunas producciones que en parte se han conservado enteramente y en parte en fragmentos¹⁵⁹. La mayoría de ellas sigue un modelo único. Los héroes enamorados, el joven y la muchacha

¹⁵⁷ *Per la storia del cristianesimo primitivo*, en F. Engels, *Sulle origini del cristianesimo*. Ed. Rinascita, Roma, 1953, pág. 18.

¹⁵⁸ *La comedia, última fase de una forma histórica*, en Marx-Engels, *Sobre la literatura y el arte*, Ed. Calomino, La Plata, 1946, pág. 105.

¹⁵⁹ *Dafnis y Cloe* (siglo II y III), *Historia etiope* de Heliodoro (siglo III), etc.

de extraordinaria belleza y excepcional bondad, son separados por gente maligna. Después de una serie de increíbles aventuras, tempestades, prisiones, esclavitud, muerte imaginaria, etc., al final logran siempre reunirse, casarse y vivir felices.

Otro aspecto de la novela de aventuras de amor fué su variedad tendiente a la sátira. Entre los ejemplos llegados hasta nosotros, este tipo no está representado directamente. Pero los hemos encontrado en el *Satiricon* de Petronio y en *Las Metamorfosis* de Apuleyo.

El teatro. — Ya a fines de la República se podía constatar, junto con la degeneración de los gustos teatrales en Roma, la decadencia del drama serio (III, pág. 47). Naturalmente, el Imperio no estuvo en condiciones de aportar ningún mejoramiento. Al contrario, el estilo ampuloso del siglo I, los espectáculos sanguinarios, el aumento de la ciudadanía desclasada terminaron por matar el teatro serio. El mimo, la atelana y la pantomima (ballet) se convirtieron en las únicas formas de espectáculo teatral reconocidas por el público romano. Los rústicos gustos de la turba, por lo demás no diferentes de los de las clases sociales más elevadas, exigían sobre la escena verdaderas muertes y ejecuciones (los actores destinados a hacer la parte de "muertos" eran esclavos).

En esas condiciones, el drama serio se convirtió en género literario, destinado a la lectura y no a la representación escénica. El mayor representante de ese género fué Séneca. De él nos han llegado ocho tragedias: *Medea*, *Oedipus*, *Phaedra*, *Agamemnon*, *Hercules Furens*, *Hercules Oetaeus*, *Troades* y *Thyestes*. *Octavia*, obra dedicada a la trágica suerte de la hija de Claudio y esposa de Nerón, aunque está escrita en el estilo de Séneca, es probable que no le pertenecía.

Los dramas de Séneca imitan la forma de la tragedia griega y su contenido se remite al mismo bagaje de mitología griega que había sido ya característica de los grandes trágicos atenienses del siglo V. Sin embargo hay en el autor romano mucho de nuevo. En relación con la época difícil para la aristocracia en la que Séneca vivió, y gracias a su pesimismo personal, sus tragedias están llenas de terror y desesperación; sus héroes son fuertes personalidades condenadas a sufrimientos terribles y a la muerte. Ni un rayo de luz ilumina este abismo de grandes tormentos, de espantosos delitos y de desesperación sin salida. Además los personajes de Séneca son

esquemáticos, monótonos; sus caracteres casi no cambian en el curso de la acción; son la encarnación de un sentimiento único, de una sola pasión, son intelectualísticos y más que vivir declaman sus desventuras. Séneca es retórico, su verso es sencillo, pero monótono y chato.

Señalaremos otra característica de los dramas de Séneca: la frecuencia de los ataques contra el despotismo, contra los reyes y los tiranos. Aunque era un lugar común de la retórica griega, parece sin embargo muy probable que en Séneca sea más bien un reflejo de las condiciones políticas de Roma en la época del régimen de terror. Las tragedias de Séneca tuvieron una gran influencia sobre el desarrollo de la dramaturgia en los tiempos modernos, a partir del Renacimiento.

La arquitectura y las artes figurativas.— El arte romano de los tiempos del Imperio continúa las tradiciones helenistas de la República, pero reelaborándolas en un espíritu nuevo. Se viene a crear así un estilo oficial de la primera época de Augusto (I, pág. 222) está mal representada por los restos arqueológicos; ni siquiera uno de los templos construidos entonces en la propia Roma se ha conservado. Una cierta idea del carácter de las obras públicas puede tenerse por los restos de la inmensa "basílica Julia" en el Foro, basílica construida por César, incendiada luego y más tarde reconstruida por Augusto. Es característico en ella el empleo de los arcos, en cuya construcción los romanos fueron, como se sabe, maestros (I, 176).

Igualmente independientes fueron los romanos en el campo de la escultura retratista. Ya en los últimos siglos de la República este arte había alcanzado un alto grado de perfección; ésta resultaba de la fusión de la antigua costumbre itálica de preparar realistas máscaras de cera de los antepasados, con los elementos del arte helénico. Algunas esculturas de los siglos I y II a.C. sorprenden por la gran semejanza con el modelo.

El siglo de Augusto aportó a la escultura una característica nueva. Las estatuas de Augusto y de los miembros de la familia imperial, sin perder su parecido con el modelo, adquieren un carácter más idealizado. Este tipo de estatua "idealizada" se mantuvo durante todo el siglo I en el arte oficial.

La época del apogeo del Imperio romano (Flavios y An-

toninos) se distingue en el campo de la arquitectura por la monumentalidad y el desarrollo de rasgos originales romanos. El anfiteatro de los Flavios sin duda maravilla por su grandiosidad, por el amplio uso de los arcos y la utilización racional de la superficie. El Panteón (templo de todos los dioses) representa también una de las más perfectas creaciones de la arquitectura de su época. Los arcos de triunfo (I, p. 223) demuestran el desarrollo completo del principio del arco. Este elemento arquitectónico adquiere un carácter independiente; se separa del complejo constructivo y se convierte en un monumento aparte destinado a glorificar el poder del Imperio.

El realismo de la escultura romana aparece claro en los llamados "bajorrelieves históricos". De la época de Augusto han llegado hasta nosotros fragmentos de la llamada "*Ara pacis*", cuyos bajorrelieves representan una solemne procesión en la cual participa el propio emperador junto a los miembros de su familia. Aquí la semejanza retratística de las figuras se une a un cierto estatismo y a la solemnidad oficial de toda la composición.

Luego el bajorrelieve histórico adquiere un carácter más realista. Así por ejemplo los bajorrelieves del arco de Tito, donde se representa la marcha triunfal de las legiones con su jefe a la cabeza. Los soldados llevan los trofeos tomados en el templo de Jerusalén. Los bajorrelieves sorprenden por la audacia de su composición, la capacidad de representar el espacio en tres dimensiones y la vitalidad de las escenas de masa.

Mucho más perfectos desde este punto de vista son los bajorrelieves de la famosa Columna Trajana (I, p. 226) que representan escenas de las guerras dacias. Junto con la precisión documental (armamento de los soldados romanos, tipos dacios, etc.) encontramos en ellos una vitalidad y un dinamismo excepcionales. Igualmente realistas y expresivos son los bajorrelieves de la columna de Marco Aurelio, aunque en estos últimos ya empiezan a manifestarse signos de decadencia (ver más adelante).

La época de Adriano trajo consigo el renacimiento de la escultura y del arte clásico griego. Ejemplo: las estatuas de Antinoo, el favorito de Adriano. En ellas se manifiestan cla-

ramente las tendencias idealizantes: los rasgos del rostro pierden casi por completo semejanza con el modelo.

Después del "renacimiento" griego la evolución del estilo artístico (especialmente en la arquitectura) pasa de los modelos clásicos al rebuscamiento, a la grandiosidad y al lujo. Así por ejemplo el arco de Septimio Severo, las ruinas de su palacio, el llamado "septizonio", construcción decorativa sobre el Palatino (203), las termas de Caracalla, etc.

Los relieves de la columna de Marco Aurelio, aunque imitan exteriormente a los de la Columna Trajana, muestran ya elementos de decadencia: ausencia de prolijidad en los detalles, influencias de estilo "bárbaro".

Esta transformación de las formas artísticas greco-romanas de los siglos II y III se produjo bajo la influencia directa del arte provincial. En las provincias el estilo artístico había asumido fuertes elementos de los estilos locales: oriental en Siria, fenicio-cartaginés en África, celta en Galia, etc. La arquitectura del Oriente romano había evolucionado hacia formas rebuscadas y pomposas con predominio de efectos pictóricos de vivos colores. En Galia y en Germania surgió, sobre la base del arte popular, el llamado estilo galo-romano, cuyos ejemplos más interesantes son los relieves sepulcrales con escenas realistas de la vida cotidiana.

Las tradiciones de la escultura retratista se mantuvieron firmes y dieron aún en el siglo III modelos insuperados como los bustos de mármol de Herennia Etrusila, esposa del emperador Decio, y del emperador Filipo¹⁰⁰.

Desgraciadamente, no tenemos ejemplos de pintura romana en cuadros; en cambio nos han llegado muchas pinturas decorativas sobre paredes, conservadas sobre todo en Pompeya. Se trata de escenas aisladas, paisajes, detalles arquitectónicos y conjuntos enteros, ornamentaciones, naturalezas muertas, etc. La perspectiva lineal es sólo aproximativa; la disposición de la luz y de la sombra es por lo general vivaz; la elección de colores, bastante limitada. Las influencias helenistas son evidentes; los verdaderos retratos son raros, pero a veces se encuentran magníficos modelos, como por ejemplo el retrato de Proculo y de su esposa, conservado en el museo de Nápoles.

100 Ambos bustos se conservan en el Ermitage de Leningrado.

Las arenas y el clima seco de Egipto nos han conservado algunos maravillosos retratos realistas de la época del Imperio, pintados sobre planchas de madera. Se hacían como homenaje a las momias y tenían un carácter ritual.

CAPÍTULO X

EL FIN DE LOS ANTONINOS

Marco Aurelio.—En los principios mismos del reinado de Marco Aurelio empezaron a moverse las tribus bárbaras del norte, en Britania y en Germania. La tribu germánica de los catos llevó su audacia a pasar el límite para saquear las regiones fronterizas romanas. Los movimientos que se venían notando en las provincias orientales eran aún más peligrosos. En los últimos años del reinado de Antonino se había iniciado una guerra contra los partos a causa de Armenia. Las tropas romanas habían sido derrotadas en Armenia y los partos habían penetrado en Siria. En el 162 Marco envió contra estos últimos tropas frescas al mando de Lucio Vero; éste personalmente no tomó parte en las operaciones, pero sus generales Avidio Casio y Estacio Prisco lograron desalojar a los partos de Siria, reocupar Armenia y, en 165, también la Mesopotamia. Justamente entonces empezó en Oriente la carestía y estallaron epidemias de peste, lo que hizo imposible la continuación de las operaciones militares. Con los partos se concluyó una paz, en base a la cual los romanos sólo conservaban una parte de los territorios conquistados.

El ejército regresó a su patria; los dos emperadores celebraron el triunfo, asumieron los títulos de "Pártico", "Armenio" y "Máximo", pero la situación del Imperio empeoró sensiblemente. Las tropas que regresaron de la guerra habían traído consigo la peste, que se difundió en todo el Imperio y que durante algunos años continuó haciendo estragos en Italia y en las provincias occidentales. En el 174-175 se inició una gran

rebelión de campesinos en Egipto¹⁶¹. Los rebeldes derrotaron a las guarniciones romanas y casi llegan a ocupar Alejandría; sólo Avidio Casio, que acudió desde Siria, logró salvar la situación. También en Galia había una cierta agitación y España era continuamente objeto de incursiones por parte de los mauritanos, provenientes de África.

El peligro mayor era sin embargo el que se presentaba en los límites del Danubio, donde ya desde la guerra contra los partos se había iniciado una encarnizada lucha con las tribus germanas y sarmáticas de *los marcomanos, cuados*, etc., pueblos que vivían al norte del Danubio. En el 167 habían pasado el límite, penetrando en el territorio del Imperio y saqueando las zonas fronterizas. El Imperio, abocado en ese momento a dificultades financieras y castigado por la peste, no tenía fuerzas para detenerlos, y fué así que algunos escuadrones de vanguardia de los bárbaros llegaron hasta el norte de Italia.

Se hizo imprescindible movilizar a todas las fuerzas del Estado; se reclutaron para el ejército incluso esclavos y gladiadores. Marco Aurelio sacrificó a las necesidades de la guerra sus propias alhajas. Después de muchas dificultades, los bárbaros fueron finalmente arrojados a la frontera, después de lo cual las tropas romanas, bajo la guía personal de ambos emperadores (Lucio Vero murió al comienzo de la guerra), pasaron a la ofensiva. La guerra fué de lo más encarnizada; más de una vez los bárbaros derrotaron a los romanos, renovando sus incursiones a Italia. Sin embargo el Estado romano demostró tener todavía fuerzas suficientes para ahuyentar el peligro.

Alrededor del 175, los marcomanos y los cuados se vieron obligados a someterse. Los romanos les concedieron una estrecha faja de tierra a lo largo de la frontera y ellos se comprometieron en cambio a proporcionar a Roma tropas auxiliares. Una parte de los prisioneros fué trasladada al territorio romano en calidad de colonos militares: estaban obligados a trabajar la tierra y al mismo tiempo a servir en las tropas romanas. Esta medida era, en virtud de la disminución y el empobrecimiento de la población, uno de los recursos para aumentar la eficiencia de la defensa del Imperio, y a ella recurrieron más

¹⁶¹ Se trata de la llamada rebelión de los búcolos, dirigida por el sacerdote y profeta Isidoro.

de una vez también los sucesores de Marco Aurelio; pero resultó en el futuro una de las causas de la "barbarización" del Imperio y de la decadencia de su fuerza militar.

La guerra en el Danubio no terminó por completo, como quería el emperador, porque las noticias sobre hechos alarmantes en Oriente lo obligaron a apresurarse a hacer la paz. El gobernador de Siria, Avidio Casio, al haberse difundido la noticia de que Marco Aurelio había muerto, se proclamó emperador. Varias provincias orientales lo habían reconocido. Pero aun antes de que Marco Aurelio llegara a Oriente, el usurpador fué muerto, después de tres meses de gobierno, por sus propios partidarios (175).

Al año siguiente el emperador regresó a Roma, pero en el 178 fué obligado de nuevo a dirigirse al Danubio, donde los marcomanos y los cuados se habían vuelto a rebelar. Esta vez la guerra tuvo para Roma un mayor éxito; pero antes de que terminara, el emperador murió en Vindobona (Viena) en marzo de 180.

Cómodo. — Lo sucedió en el trono su hijo, Cómodo (180-192), nombrado correinante ya desde el 176. El hijo era todo lo contrario del padre: disoluto, indolente y frívolo; sólo tenía una preocupación: terminar la guerra lo más pronto posible para regresar a Roma. Cuando Marco murió, Cómodo tenía apenas 19 años. La guerra continuó aún algunos meses, luego el emperador concertó con los marcomanos y los cuados una paz ventajosa para ellos (hasta les prometió un "regalo" mensual en dinero).

De regreso en Roma en el mismo año 180, Cómodo se entregó con pasión desenfrenada a las diversiones, dejando que se ocuparan del gobierno sus favoritos: el prefecto de los pretorianos y otros. Sus contemporáneos tenían la impresión de que en la persona de Cómodo se habían reencarnado los peores representantes de la dinastía de los Julio-Claudios: Calígula y Nerón. Cómodo adoraba los espectáculos y los combates de gladiadores y no se limitaba a ser sólo un simple espectador. Cubierto con una piel de león y armado con un garrote, gustaba hacerse el Hércules bajando a la arena, en donde golpeaba a personas y animales indefensos. El Imperio se cubrió de estatuas de Cómodo-Hércules, y en Roma se fundó un nuevo colegio de sacerdotes para el culto del nuevo dios...

En el 183 se descubrió un complot contra su vida, del que formaban parte su esposa Crispina y su hermana Lucila. La represión fué sanguinaria y hubo numerosas condenas de aristócratas. Perdido el apoyo de la nobleza, Cómodo empezó a hacer una política demagógica tendiente a ganarse a los soldados y a la plebe. Aumento de los sueldos, toda clase de concesiones a los pretorianos, espectáculos en el circo, distribución de víveres y regalos eran los viejos y probados medios para realizar esa política. La consecuencia fué un relajamiento catastrófico de la disciplina. En el 185 el prefecto de los pretorianos, Perénne, fué entregado a sus soldados, que se habían amotinado. Su sucesor fué el liberto Cleandro, que con su corrupción y sus violencias se había atraído el odio general. Cuando en el 189 estalló en Roma una sublevación provocada por el hambre, el canallesco Cómodo también sacrificó a la turba este favorito.

La situación interna del Estado era extremadamente grave. En Italia, grupos de bandoleros aterrorizaban a la población; en Galia, en el 187, el ex soldado Materno había organizado todo un ejército de esclavos fugitivos y desertores y saqueaba no sólo Galia, sino también España, llevando su audacia a atacar incluso las grandes ciudades. El movimiento de Materno alzaba la bandera de la defensa de todos los oprimidos. Las prisiones eran destruidas y los prisioneros liberados. Por fin Materno, derrotado en Galia, decidió poner en práctica un plan de enorme audacia: disfrazado, pensaba presentarse en Roma con su gente de confianza, matar al emperador y apoderarse del poder. Pero el complot fué descubierto gracias a la traición y se produjo una nueva oleada de condenas.

Cómodo continuó con sus extravagancias. Llegó hasta el punto de presentarse en público como gladiador y mudarse a un cuartel. La corte ya no pudo soportarlo más y en el 192 fué organizado un nuevo complot por el prefecto de los pretorianos, Q. Emilio Leto, y por la propia favorita del emperador, Marcia. El 19 de enero del 193 Cómodo debía asumir el cargo de cónsul vestido de gladiador, pero la noche anterior fué muerto en el cuartel de los gladiadores.

CAPÍTULO XI

LOS SEVEROS

Septimio Severo.— Los conspiradores eligieron al senador Publio Helvio Pertinax, de bajo origen, como sucesor de Cómodo. Hombre capaz y rígido, empezó con la tentativa de poner freno a los pretorianos y a la demente prodigalidad de Cómodo. Pero muy pronto los pretorianos, el pueblo, los cortesanos y el propio Emilio Leto se rebelaron y después de 87 días de reinado, Pertinax fué muerto (28 de marzo del 193).

Luego tuvo lugar en Roma un espectáculo inaudito: los pretorianos abrieron concurso para el título de emperador. Dos personas se presentaron: Marco Didio Juliano, rico senador, y Tito Flavio Sulpiciano, prefecto de la ciudad y cuñado de Pertinax. La licitación fué ganada por Juliano, que había ofrecido la suma mayor, y fué proclamado emperador.

El nuevo emperador había hecho demasiadas promesas a los pretorianos y no le era posible mantenerlas, por eso en el momento decisivo fué abandonado por ellos. Como en el 68, la crisis del poder central había repercutido en las provincias: después de la muerte de Pertinax, las tropas provinciales habían proclamado, casi contemporáneamente, tres emperadores: Décimo Clodio Albino en Britania, Cayo Pescenio Nigro en Siria y Lucio Septimio Severo en Iliria y Panonia. Este último tenía sobre sus adversarios una gran ventaja: la de encontrarse más cerca de Roma. Para neutralizar momentáneamente a Albino, concertó con él un acuerdo, lo adoptó, le dió el título de César y el alto mando en Britania, Galia y España. Luego, con el pretexto de vengar a Pertinax, ocupó rápidamente Roma. Los pretorianos no opusieron casi ninguna resistencia, entregaron

al asesino de Pertinax y fueron desarmados. El senado, aterroizado, condenó a muerte a Didio Juliano, que fué ajusticiado después de haber reinado 60 días.

Después de haber sido confirmado por el senado, Septimio Severo se dirigió al encuentro de Pescenio Nigro, que mientras tanto había sido reconocido por las provincias asiáticas y por Egipto. Las tropas de Nigro ya habían penetrado en Europa y habían ocupado Bizancio. La guerra en Oriente se prolongó durante tres años. Nigro fué derrotado y huyó de los partos, que al principio lo habían ayudado pero que lo mataron por sorpresa en su huida. Severo castigó despiadadamente a los partidarios de Nigro, recurriendo a ejecuciones en masa y a la confiscación de los bienes; luego marchó contra los partos y ocupó la Mesopotamia septentrional hasta el Tigris.

Pero en el 196 se vió obligado a interrumpir la guerra contra los partos. Albino se había proclamado Augusto con el consentimiento de gran parte del senado y había ocupado Galia. Severo marchó contra él directamente desde Oriente, a través de la región danubiana; destruyó su ejército en una sangnaria batalla en Galia y recurrió también en Occidente a las mismas severas represiones que ya había aplicado en Oriente. Sólo recién después de la muerte de Albino, Severo volvió a Oriente para terminar la guerra contra los partos. Durante la guerra civil en Galia, los partos habían pasado mientras tanto a la ofensiva, recuperando los territorios que los romanos les quitaran. Severo los arrojó nuevamente al otro lado del Tigris y ocupó Seleucia y Ctesifónte (198). Luego se estableció una paz por la cual los partos cedían la Mesopotamia.

Parecía como si el Imperio hubiese encontrado su salvador en Septimio Severo, rígido soldado cuyo puño de hierro lograba sostener a Roma sobre el borde del abismo; y en realidad su reinado (193-211) señaló un mejoramiento en la crisis y una cierta consolidación de la autoridad imperial.

Después de restaurar la unidad del Imperio y reforzar sus fronteras, Septimio Severo se entregó a la reorganización del aparato estatal. En esta reorganización no había nada de absolutamente nuevo; era más bien una ampliación de los principios implícitos en la esencia misma del Imperio, desarrollados ya por los predecesores de Septimio. El poder imperial era, por

su naturaleza, una dictadura militar surgida de la lucha contra el movimiento revolucionario de los siglos II y I a.C. Esta dictadura reflejaba, desde su comienzo, intereses mucho más amplios de los que podía mostrar la República romana, ligada únicamente al esclavismo itálico. Es por esto que desde los tiempos de Sila, primer emperador de hecho, podemos observar la militarización del poder central unida a una sensible mitigación del yugo bajo el cual yacían las provincias. Los sucesores de Sila habían seguido su camino hacia la creación de una monarquía militar mediterránea: unos con más decisión (César), otros con más lentitud (Augusto y sus sucesores directos). En la época de los Antoninos el Imperio se había transformado en una monarquía burocrática apoyada sobre los sectores pudientes de las provincias y de Italia, pero al mismo tiempo la crisis había empezado a minar sus bases. Bajo los últimos Antoninos, la crisis se había manifestado abiertamente, determinando la necesidad de adoptar medidas extremas en salvaguardia del Estado.

Septimio Severo dió definitivamente al Imperio un carácter militar. Se cuenta que antes de morir, en el 211, dijo a sus hijos: "¡Enriqueced a los soldados y no os preocupéis de los demás!" Es probable que Septimio no haya pronunciado en realidad estas palabras, pero ellas caracterizaban con gran precisión su política. Habiendo obtenido el poder con la ayuda del Ejército, y consciente de la importancia que éste tenía en la lucha contra la crisis, dedicó toda su atención a la consolidación y la organización del aparato militar. Desde su primera intervención en Roma, deshizo la guardia pretoriana. Este cuerpo había degenerado hasta tal punto bajo Cómodo y sus sucesores que no sólo había dejado de ser el apoyo directo del Emperador, sino que se había convertido en un fuerte foco de desmoralización. Además, la situación de los pretorianos, reclutados entre los itálicos, había suscitado, desde hacía ya tiempo, la envidia de las tropas provinciales. Severo estableció que el reclutamiento de la guardia pretoriana reorganizada debía hacerse entre los soldados de las legiones provinciales que más se distinguían.

En general la situación del ejército mejoró considerablemente. El sueldo fué aumentado, se mejoraron las recompensas y se difundieron los signos de distinción. Pero Severo adoptó

también otras medidas de importancia más sustancial. Al crear el ejército permanente, Augusto había prohibido a los soldados tener una familia legal. El matrimonio de un soldado se consideraba una simple convivencia: no daba ningún derecho ni a la mujer ni a los hijos. Recién al ser licenciado el soldado la esposa se convertía en su consorte legal, pero los hijos no podían ser legitimados hasta que a su vez no cumplieran el servicio militar. Severo permitió, en algunas legiones, el matrimonio legal. Se permitió a las familias de los soldados vivir en las cercanías del campamento militar y a los soldados que vivían en los campamentos permanentes sobre el Rin les fué permitido, en consecuencia, tomar en arriendo y trabajar la tierra perteneciente a sus legiones. De ese modo se establecía un vínculo más sólido entre el ejército y la localidad de la guarnición, y se facilitaba el abastecimiento de las tropas.

Pero hay más aún. Antes un simple soldado no tenía ninguna posibilidad de alcanzar los grados de mando: prefecto de cohorte o de escuadrón o tribuno de legión. Estos cuadros se reclutaban exclusivamente entre los caballeros. En el mejor de los casos la carrera de un soldado terminaba en el grado de primipilo, el más alto en la centuria. Severo estableció que este grado debía significar la admisión en el orden ecuestre, lo que significaba abrir a cada soldado capaz el camino no sólo para la carrera militar, sino también para la civil. Septimio ocupó a muchos militares en el aparato burocrático, obteniendo ventajas de su disciplina y experiencia.

Con Septimio y sus hijos se completó también otro importante proceso que se había iniciado en los comienzos del Imperio: la equiparación de los derechos de los itálos y de los provinciales. En este campo tuvo gran influencia el propio origen y la educación del fundador de la dinastía. Septimio provenía de África y su educación no se basó en los antiguos principios romanos. Es significativa, por ejemplo, su admiración por Aníbal, a cuya memoria hizo alzar estatuas en todas partes, en solemne homenaje a quien había sido el enemigo mortal de Roma. Septimio estaba casado con la siria Julia Domna y también este hecho lo alejaba de las tradiciones romanas.

Con él las provincias fueron equiparadas casi por completo a Italia. Ya hemos hablado de la abolición del privilegio en

lo referente al reclutamiento de los pretorianos. A más de los pretorianos fué acuartelada en Italia, no lejos de Roma, una legión provincial completa (la 2ª pártica), caso inaudito en toda la historia del Imperio. Igualmente inaudito fué el hecho de que Severo asumió para Italia el título de procónsul, que los emperadores precedentes se habían reservado sólo para las provincias. La potestad proconsular, que sólo podía ejercerse en las provincias, caía así también sobre Italia.

Paralelamente al debilitamiento de la función política de los ítalos se iban consolidando también los derechos de los provinciales. Las ciudades provinciales fueron liberadas de algunas servidumbres: a muchas de ellas se les concedieron derechos de colonia romana y el llamado "derecho itálico", que significaba liberación de impuesto territoriales y *pro capite*. Alejandría de Egipto fué la primera en ser organizada como municipio.

Con Severo se produjo una nueva disminución de la importancia del senado. El emperador no quiso perdonar a los senadores el apoyo que le habían dado a sus adversarios; muchos de ellos lo pagaron con la vida y la confiscación de sus bienes. El senado siguió existiendo formalmente, pero sus funciones fueron reducidas a cero. Toda su actividad legislativa se limitó a escuchar y aprobar los edictos del emperador. El nombramiento de los magistrados (cónsules, etc.) se volvió asunto de competencia del emperador, y el senado sólo era puesto en conocimiento de ello. Por otra parte, también la función de estos magistrados se había vuelto insignificante.

En compensación, creció la importancia de los funcionarios imperiales. Esto fué particularmente evidente en lo que respecta al prefecto de los pretorianos, que se convirtió en el sustituto del emperador en el campo del procedimiento judicial. Fué por esto que para el cargo de prefecto pretorio se empezaron a nombrar insignes juristas; con Severo ocupó el cargo el famoso Papiniano.

De este modo, con Septimio Severo se hizo cada vez más evidente el carácter autocrático de la autoridad imperial.

El régimen militar, unido a las reformas, mejoró en muchos sentidos la situación del Imperio. Pero la atmósfera general seguía siendo alarmante, como lo demuestra el hecho siguiente. En la segunda mitad del período del reinado de Severo, un

tal Bulas, un italo, reunió una banda de cerca de 600 hombres de la cual formaban parte esclavos, desertores e incluso funcionarios de gobierno, y con ella saqueó Italia durante dos años. Aprovechando el apoyo de las poblaciones más pobres, utilizando tanto la astucia como la corrupción, Bulas se había hecho inatrapable. A un centurión que fué tomado prisionero y luego dejado en libertad, le dió la siguiente orden: "Aconseja a los amos que alimenten bien a sus esclavos para que éstos no se vean obligados a pasarse a los bandidos". Por fin el emperador, irritado, envió contra Bulas una poderosa unidad de pretorianos y caballería. Sólo así se logró detenerlo y liquidar su banda; pero con todo, siempre gracias a la traición. El movimiento de Bulas, análogo al de Materno, demuestra a qué grado había llegado la disgregación del aparato estatal, a pesar de todas las reformas.

Caracalla. — Ya en el 196 Severo había proclamado César a su hijo Basiano, con el nombre de Marco Aurelio Antonino¹⁶². Basanio tenía en ese momento 8 años; a los 10, fué nombrado co-reinante con el título de Augusto. A fines de su reinado, Severo hizo lo mismo con su segundo hijo, Geta. En el 211, cuando murió en Britania durante la guerra con las tribus indígenas¹⁶³, quedaron en Roma dos emperadores legales. Los dos hermanos se odiaban a muerte y cada uno de ellos tenía el apoyo de una parte de los cortesanos y de la población. En el 212, durante una discusión, Basiano mató a su hermano entre los brazos de su madre Julia Domna.

El emperador Marco Aurelio Severo Antonino (212-217), conocido por el sobrenombre de Caracalla¹⁶⁴, heredó el severo carácter de su padre; pero en él ese rasgo se trasformó en crueldad. Después de la muerte de su hermano, Caracalla se vengó de sus partidarios activos o simpatizantes, y el propio Papiniano fué condenado. Caracalla se ocupó poco de los asuntos de estado, dejándole la dirección a Julia Domna. Las

¹⁶² Septimio Severo se consideraba oficialmente hijo de Marco Aurelio y hermano de Cómodo. Esta adopción ficticia *post mortem* le era necesaria para consolidar su propia dinastía.

¹⁶³ Desde entonces y durante 60 años todos los emperadores murieron de muerte violenta.

¹⁶⁴ El sobrenombre parece deberse a la capa con capuchón que usaban los galos, que Basiano puso de moda en Roma.

líneas fundamentales de política interna, establecidas por Septimio continuaron siendo desarrolladas; los soldados fueron colmados de recompensas, y de toda clase de prodigalidades; el sueldo fué aumentado de nuevo, con gran perjuicio de las finanzas. Es posible que a esto se haya debido el famoso edicto del 212, que concedía el derecho de ciudadanía a cualquier habitante libre del Imperio, con tal que estuviese inscripto en alguna comunidad (*constitutio Antoniana*). Se supone que de este modo el gobierno romano esperaba unificar el sistema de impuestos y aumentar las entradas. De todos modos, cualesquiera que fuesen las causas directas que determinaron el edicto del 212, hay que considerar el hecho de que, históricamente, representa la culminación de la política tradicional del Imperio romano, de la política iniciada por César y desarrollada por Claudio, Vespasiano, Adriano y Septimio Severo, dirigida a ampliar la base social del Imperio.

La política exterior de Caracalla en parte se fijó el objetivo de consolidar las fronteras (y en este sentido no defraudó las antiguas tradiciones), en parte trató de dar de vivir a los soldados. Dos veces combatió Caracalla sobre el Danubio, pero sin obtener resultados notables; luego marchó contra los partos, soñando con las empresas de Alejandro de Macedonia. Durante su permanencia en Oriente, aprovechó la ocasión para vengarse de los alejandrinos, que en su momento se habían mostrado partidarios de Geta. En el 215 Alejandría fué entregada al saqueo de los soldados.

La guerra contra los partos se prolongó por mucho tiempo y no fué precisamente gloriosa para las armas romanas; el ejército no estaba preparado para ella. Por eso se produjo el descontento, agudizándose aun más por la crueldad de Caracalla. Se organizó un complot dirigido por el prefecto pretoriano Marco Opelio Macrino, mauritano de origen. En abril del 217 Caracalla fué muerto y después de tres días Macrino fué proclamado emperador. El ejército y Roma lo reconocieron. Julia Domna se suicidó.

Macrino. — Como prefecto de los pretorianos, Macrino gozaba de gran popularidad; pero al convertirse en emperador no supo superar las dificultades vinculadas a su alto cargo. El ejército, viciado por los Severos, esperaba nuevas regalías, pero Macrino no sabía a dónde recurrir y se vió incluso obliga-

do a reducir los sueldos. La guerra contra los partos anduvo mal y terminó vergonzosamente con la compra de la paz a precio de oro. En el ejército sirio se produjeron motines y se empezó a buscar un nuevo emperador.

La difunta esposa de Septimio Severo, Julia Domna, provenía de la ciudad siria de Emesa y era hija del gran sacerdote del dios Sol, Heliogábalo. Tenía una hermana, Julia Mesa, y ésta dos hijas: Solmia y Mamea. La mayor, Solmia, había tenido, del matrimonio con un tal Vario Marcelo, un hijo: Vario Avito Basiano. Después de haber subido Macrino al trono y haberse suicidado Julia Domna, toda la familia fué exilada a Emesa, donde a Basiano se lo eligió sacerdote del Sol. Julia Mesa, mujer enérgica y autoritaria, decidió aprovechar el descontento del ejército sirio contra Macrino para obtener el trono para su sobrino. Empezó así una agitación entre las tropas, basada en la popularidad que habían tenido Septimio Severo y Caracalla. Se prometieron a los soldados generosas "recompensas" en lugar de la mezquina política de Macrino. Preparado el terreno, los conspiradores proclamaron en el 218 emperador a Basiano, con el nombre tradicional de Marco Aurelio Antonino. Las tropas que habían permanecido fieles a Macrino fueron derrotadas frente a Antioquía y el propio emperador fué capturado y muerto mientras huía hacia Occidente. Había reinado poco más de dos años y durante todo ese tiempo no estuvo ni siquiera una vez en Roma.

Heliogábalo. — El nuevo emperador asumió el nombre de Heliogábalo como nombre propio complementario, y con él pasó a la historia. Dejó Émeso, pero no abandonó sin embargo sus deberes sacerdotales. El senado se vió forzado a escoger en la religión romana al "invicto dios sol Heliogábalo", de quien el emperador fué sacerdote supremo. Para el nuevo dios se construyó un templo cercano al palacio imperial, en el Palatino, adonde fué trasladado el altar de la diosa Vesta junto con las otras reliquias sagradas del Estado romano. Este hecho demuestra no sólo la extravagancia del emperador, sino también el servilismo del senado; revela también que en Italia y en las regiones orientales del Imperio se habían difundido en aquellas época distintas creencias y cultos orientales que habían creado una variada mezcla religiosa. Este sincretismo religioso

creó la base sobre la cual por el mismo tiempo comenzó a difundirse rápidamente el cristianismo (ver luego).

Sin embargo, el viraje decisivo hacia el Oriente no podía menos que provocar la protesta de vastos círculos sociales. La oposición a la política orientalista de Heliogábalo se vió reforzada por el descontento que provocaba la conducta del joven emperador y el círculo de sus cortesanos. Si bien es cierto que en este punto en Roma no quedaba mucho de qué maravillarse, lo que sucedía en la corte de Heliogábalo superaba cualquier medida. A pesar de su juventud, el emperador era corrompido al extremo. Era un pervertido sexual; las escenas de libertinaje que se producían en el Palatino superaban en mucho a las orgías de Calígula, Nerón y Cómodo. Las personas más cercanas al emperador, su madre Soemia, el favorito Hierocles, el prefecto de Roma Fulvio, el ministro de finanzas Eubulo y otros, disipaban abiertamente el dinero del Estado y se permitían abusos inauditos.

La abuela de Heliogábalo, Julia Mesa, que al principio dirigía todos los negocios de estado, comprendió pronto que su "criatura" era absolutamente incorregible y que no sólo sería incapaz de consolidar la dinastía sino que, por el contrario, la arruinaría inevitablemente. Por eso convenció a Heliogábalo de que adoptase a su primo Alejandro, hijo de Mamea, y lo proclamara César. Inmediatamente después, Heliogábalo, entonces de 18 años de edad, fué muerto por los pretorianos junto con toda su camarilla (a principios del 222).

Alejandro Severo.— Alejandro fué proclamado emperador con el nombre de Marco Aurelio Severo Alejandro. Tenía apenas 13 años y medio. De los asuntos de estado se ocupó al principio Julia Mesa y luego, cuando ésta murió, Mamea. Alejandro era todo lo opuesto a su primo; había recibido una óptima educación en el espíritu del sincretismo cultural de entonces, con prevalencia de ideas estoicas y religioso-filosóficas. La abuela y la madre lo habían preparado con dedicación para su futuro desempeño como gobernante y había crecido conciente de su responsabilidad. Sin embargo Alejandro fué extremadamente débil y dócil de carácter. Hasta el fin de sus días siguió sometido a la influencia de Mamea, mujer autoritaria y severa, de carácter similar al de la madre, Julia Mesa.

Mamea vigilaba al hijo en las cosas más mínimas, tratando de salvaguardarlo contra cualquier mala influencia.

La caída de Heliogábalo dió la pauta para una reacción en el sentimiento de regreso a los "verdaderos" principios romanos. El dios sirio fué expulsado del Panteón romano, su templo destruído y todas las reliquias sagradas volvieron a su sitio anterior. Pero la reacción no se limitó solamente al culto. Durante el reinado de Alejandro Severo, los altos círculos de la sociedad romana representados por el senado hicieron una tentativa para destruir el régimen militar y restaurar su antigua situación privilegiada y su influencia directa sobre los asuntos de estado. El senado volvió a ocupar una posición influyente: como en los tiempos de Augusto, entre sus miembros se eligió un comité especial, con el cual el joven emperador se aconsejaba sobre todas las cuestiones más importantes y que de hecho ponía en práctica la política de la "augusta madre" Mamea. Otras de sus "criaturas" eran el prefecto pretorio Domicio Ulpiano, el mayor jurisconsulto de la época, y su ayudante Julio Paulo. Las tendencias civiles triunfaron en todos los sectores de la vida en agudo contraste con el carácter militar de la política de los primeros Severos.

Sin embargo todo esto no trajo ninguna mejora. La grave situación de las finanzas estatales obligó al gobierno a disminuir el sueldo de las tropas y el número de cargos de centurión, altamente recompensados¹⁰⁵; medida que naturalmente provocó un agudo descontento en el ejército, sobre todo por su contraste con el generoso comportamiento de Caracalla y Heliogábalo. Mamea y su gobierno fueron acusados de avaricia. Empezaron las rebeliones de soldados. Los desórdenes estallaron en la propia Roma; durante tres días se produjo en las calles de la ciudad la lucha entre la población y los pretorianos, odiados por su disolución y también porque en su mayoría eran bárbaros reclutados en las legiones provinciales. La rabia de los pretorianos encontró un desahogo en la persona de su jefe, Ulpiano, que arrancado literalmente de las manos del empera-

¹⁰⁵ Para salir de la grave situación financiera, Mamea había disminuído la cantidad de metales nobles en las monedas. Este procedimiento había sido adoptado ya por Septimio Severo. El mejoramiento provisorio de las finanzas que esto trajo aparejado, terminó luego en un empeoramiento más grave.

dor y de Mamea, que intentaban defenderlo, fué muerto ante sus ojos (228).

A pesar de las buenas intenciones del gobierno de aliviar el gravamen fiscal, las dificultades financieras lo obligaron a aumentar los impuestos. Aumentaron especialmente los directos, que gravaban con todo su peso al campo. La población sufrió por esto y presa de la desesperación se dispersó por todas partes. Las calles se volvieron inseguras por la cantidad de bandidos y la piratería en el mar asumió proporciones tales que detuvo casi por completo el comercio.

Mientras tanto en Oriente, en el Irán, se producían hechos grávidos de consecuencias para los romanos. En el Estado de los Partos había estallado una revuelta; la dinastía reinante de los Arsácidos, debilitada por continuas discordias, había sido despuesta por Artajerjes (Ardashir), gobernador de Persia, y el Irán había sido unido bajo el poder de los Sasánidos, nueva dinastía puramente persa. Los elementos persas obtuvieron así la delantera en Oriente. El movimiento había tenido como pretexto la restauración de la antigua religión del Irán, la de Zaratustra, y de la antigua monarquía persa de los Aqueménides, destruida en el pasado por Alejandro de Macedonia. Los nuevos gobernantes de Irán tenían la intención de expulsar a los romanos de Oriente. Hacia el 230 las tropas persas invadieron Siria y Capadocia, destruyendo las guarniciones romanas.

El peligro era tan grande que Mamea decidió ir con su hijo a Oriente. En las provincias danubianas se reunió un gran ejército romano que fué trasladado a Antioquía. En Siria la situación era alarmante no sólo por la amenaza persa, sino también porque en Emesa había aparecido un tal Uranio Antonino que se hizo proclamar emperador. Eliminado Uranio, las tropas de Egipto proclamaron emperador a un nuevo usurpador, de nombre Taurino. También éste fué vencido, pero todos estos hechos fueron como una amenazadora profecía para la dinastía de los Severos.

El mando romano elaboró un complicado plan ofensivo contra los persas. Las tropas fueron divididas en tres ejércitos: septentrional, meridional y central. La primera debía moverse desde Capadocia, a través de Armenia, a la Media; la segunda, yendo en dirección sur-este, tendría la misión de

apoderarse de Babilonia; la tercera, al mando personal del emperador, debía cortar la Mesopotamia. Los tres ejércitos se reunirían finalmente del otro lado del Tigris.

Las operaciones tuvieron mayor éxito en la dirección norte, donde los persas evacuaron Armenia. En cambio el ejército central se movía muy lentamente a causa de la presencia del emperador y de Mamea, que impedían sus desplazamientos. La madre, muy afectuosa, temía por su hijo, y prefería que la guerra la terminasen otros. Por fin, con el pretexto de una enfermedad del emperador, a quien se dijo no le sentaba el aire de la Mesopotamia, la corte se quedó en la retaguardia y el ejército tuvo la posibilidad de moverse con mayor rapidez. Pero aun antes de que pudiese alcanzar el Tigris, fué atacada por numerosas fuerzas persas. Los romanos, tomados por sorpresa como fácil blanco para los magníficos arqueros iraníes, se vieron forzados a retirarse.

Al haber cedido el ejército principal, los otros dos tuvieron que retirarse. La marcha de regreso, en pleno invierno, a través de Armenia, fué fatal para el ejército septentrional; también la meridional sufrió duramente por la aspereza del clima. Finalmente, los restos del ejército romano se reunieron en Antioquía. El descontento hacia el inepto emperador y su madre invadió a todo el ejército; sólo con generosos regalos se logró calmarlo provisoriamente.

Por suerte para los romanos, los persas no aprovecharon sus éxitos e interrumpieron las operaciones militares. La corte se había entregado a las diversiones en Antioquía, cuando llegaron del norte nuevas noticias alarmantes. En el Danubio los bárbaros habían roto la línea fortificada y sus correrías llegaban hasta las fronteras de Italia. De regreso de Oriente, las tropas romanas restablecieron la situación y consolidaron la línea defensiva danubiana. En el 233 el emperador regresó a Roma, donde celebró el triunfo... ¡por sus "victorias" sobre los persas!

Al año siguiente la madre y el hijo tuvieron que acudir a la frontera del Rin, donde se había venido creando una situación catastrófica. La política de los últimos emperadores, que había permitido el establecimiento en vasta escala de tribus bárbaras a lo largo de la faja fronteriza, había tenido resultados fatales: la defensa de las fronteras resultó grandemente

perjudicada. Los escuadrones romanos habíanse visto obligados a retirarse sobre la margen izquierda del río. El emperador llegó a Maguncia; el ejército romano fué completado con nuevos reclutamientos en Tracia y en Panonia y se incluyeron también tropas mauritanas y sirias. Sobre el Rin se construyó un puente de barcas; el ejército ardía del deseo de recuperarse de los fracasos en la guerra contra los partos.

Pero el emperador no estaba en absoluto dispuesto a combatir y habría preferido comprar la paz. Con este fin envió a Germania una embajada, ofreciendo una fuerte suma de dinero, mientras él y su corte se distraían con carreras y otras diversiones. La noticia de la vergonzosa paz hizo perder la paciencia a los soldados. En ese tiempo, uno de los personajes más populares en el ejército era Cayo Julio Vero Maximino. Originario de Tracia, se decía que en su juventud había sido pastor. Con Septimio Severo, entró en la caballería aliada, donde había hecho una rápida carrera gracias a su extraordinaria fuerza, a su estatura colosal y a su valor personal. Con Alejandro, Maximino había ocupado ya cargos importantes y una vez llegó a gobernador de provincia. Durante la expedición a Germania, el emperador le había confiado la instrucción de los reclutas. Pronto Maximino se conquistó entre éstos su amor y respeto, por la diligencia con que cumplía su deber y por el óptimo trato que daba a los soldados. Además los reclutas provenían casi todos de los "bárbaros" y para ellos tenía no poca importancia el hecho de que también su jefe era del mismo origen.

Una mañana de marzo del 235, habiéndose reunido los reclutas como de costumbre para la instrucción, a la llegada de Maximino lo saludaron con fuertes gritos, le hicieron colocar un vestido de púrpura que habían traído especialmente y lo proclamaron emperador. Dado el procedimiento, Maximino se mostró un poco indeciso, no sabiendo si aceptar o no tal honor, pero pronto cedió a los ruegos y a las amenazas de los soldados.

El campamento de los reclutas se encontraba a una jornada de marcha del grueso de las tropas, y Alejandro se enteró de la revuelta el mismo día. Aterrorizado y llorando se precipitó fuera de su tienda y contó lo sucedido a los soldados, que se habían reunido en torno suyo, lamentándose amargamente de la negra ingratitud de Maximino. En un primer momento los

soldados demostraron fidelidad al emperador y prometieron defenderlo con todas sus fuerzas.

Pasó una noche de alarma. A la mañana temprano apareció a lo lejos una nube de polvo y resonaron fuertes gritos. Alejandro reunió de nuevo a los soldados para convencerlos de marchar contra los rebeldes; pero durante la noche los ánimos habían cambiado, los soldados se mostraron indecisos y no tomaban las armas. Empezaron a oírse voces que reclamaban la entrega de todos los consejeros del emperador como principales responsables del pasado; otras reprochaban a la madre del emperador su avaricia, exigiendo su alejamiento. Mientras tanto, los rebeldes habían llegado hasta las puertas y habían empezado a llamar a sus compañeros, exhortándolos a unirse a ellos. Hubo aún algunos minutos de indecisión; luego las puertas fueron abiertas, la masa de los soldados fué a ponerse del lado de los rebeldes y Maximino fué reconocido por todo el ejército.

Abandonado por todos, Alejandro, totalmente desalentado, llegó a duras penas a su tienda. Caído en los brazos de su madre, hablaba, lloraba y la acusaba de haberlo llevado a la ruina con su política irracional. En ese estado lo sorprendieron los centuriones enviados por Maximino, que lo mataron sobre el pecho de la madre. Mamea y los cortesanos que no habían logrado huir corrieron la misma suerte que el emperador.

Antecedentes y carácter de la crisis del siglo III. — El vergonzoso fin del último representante de la dinastía de los Severos marcó el comienzo de una aguda crisis política que envolvió a todo el Imperio y se arrastró durante casi 50 años. En las páginas anteriores ya hemos indicado, más de una vez, los factores que prepararon esta crisis. Volveremos ahora al tema para abrazar el fenómeno en su conjunto. El Imperio Romano representaba el punto culminante del largo desarrollo histórico del Mediterráneo. Mucho antes del nacimiento de Roma, en los milenios II y III a. C., en la mitad oriental de esta cuenca existían ya las antiguas monarquías orientales egipcia y babilónica, el Estado del Asia Menor de los Hititas, las ciudades comerciales de Fenicia. A mediados del primer milenio, en el ángulo nor-occidental del Mediterráneo, al sur de la península balcánica, en las islas del mar Egeo y sobre la costa del Asia Menor, florecieron las pequeñas ciudades-estado griegas. En el

curso de tres siglos los griegos desarrollaron una excepcional actividad comercial e industrial y cubrieron con sus colonias las orillas del Mediterráneo y del Mar Negro creando una alta civilización. A fines del siglo IV a.C., los griegos unidos a los macedonios, bajo la guía del gran Alejandro, conquistaron y colonizaron los estados del antiguo Oriente, hasta ese momento unidos a Persia. En los siglos IV-III surgieron, de las ruinas de la monarquía de Alejandro, los estados greco-orientales de los Tolomeos en Egipto, de los Seléucidas en el Asia anterior, el reino de los partos en el Asia menor, etc. En ese mismo tiempo creció y se consolidó en Italia la República Romana. Ya hemos visto cómo en el curso de tres siglos ésta creó una potencia mundial que reunía casi todos los centros de la antigua civilización mediterránea.

En esta larga evolución histórica, estos antiguos Estados se fundaban sobre la esclavitud. Siglo a siglo, la esclavitud iba desarrollándose: crecía el número de esclavos, se agudizaba su explotación, se ampliaban las zonas de la economía esclavista. Si en los antiguos estados orientales vemos aún formas de explotación esclavista poco desarrolladas y primitivas, en Grecia, y especialmente en Roma, la esclavitud abrazó toda la vida económica y penetró profundamente en las costumbres de toda la población. La esclavitud fué la causa del florecimiento de la antigua civilización. "Sólo la esclavitud —dice Engels en el "Anti-Dühring"— hizo posible que la división del trabajo entre la agricultura y la industria alcanzase un nivel considerable y con esto hizo también posible la flor del mundo antiguo: la civilización helénica. Sin la esclavitud no habrían existido ni el Estado ni el arte ni la ciencia de Grecia; sin la esclavitud no habría existido el Imperio Romano."¹⁰⁰ Pero la esclavitud provocó también la ruina de esta civilización.

De las tres formas de explotación (esclavitud, feudalismo, capitalismo), la esclavitud es la más dura, cruel y rapaz. El esclavo no era considerado un hombre: era propiedad personal del amo, una cosa, una mercadería. El esclavo no tenía medios propios de su producción ni se le pagaba por su trabajo. Trabajaba bajo el bastón, bajo la amenaza de castigos inhumanos, en condiciones de vida de prisionero. Es natural por esas mis-

¹⁰⁰ F. Engels, *Anti-Dühring*.

mas razones que su trabajo fuese extremadamente improductivo. El esclavo descuidaba los instrumentos, los rompía, maltrataba al ganado, aprovechaba cualquier ocasión para engañar al amo y sustraerse al trabajo. De ahí que con la esclavitud el nivel de la técnica era muy bajo: faltaban máquinas e instrumentos complejos, no había división técnica del trabajo. La esclavitud constituía un freno para el progreso de la técnica.

Pero no es esto todo. El trabajo más económico de los esclavos suplantó al trabajo libre de los pequeños productores, campesinos y artesanos. Al no encontrarse en condiciones de soportar la competencia de la gran economía esclavista, se arruinaron y se transformaron en desocupados crónicos, en una masa desclasada de subproletarios que vivía de regalías de los ricos o servía en las tropas mercenarias. La esclavitud determinó en los libres una psicología parasitaria y de ocio: "Allí donde la esclavitud es la forma dominante de producción —dice Engels— convierte al trabajo en una actividad esclavista, es decir en algo deshonoroso para las personas libres. Por esta razón no es posible librarse de tal sistema de producción, mientras por otra parte sería necesario, porque para el desarrollo de la producción la esclavitud es un impedimento. Toda producción fundada sobre la esclavitud y toda sociedad que sobre ella se funda están destinadas a perecer por esta contradicción"¹⁶⁷.

La esclavitud agotó las fuerzas productivas también por otro camino. Cualquier ampliación de la economía esclavista exigía nuevos esclavos; éstos eran proporcionados sobre todo por la guerra y la piratería, ya que la reproducción natural se verificaba con mucha lentitud. Ya hemos visto que el florecimiento de la economía esclavista en los siglos II y I a.C. fué el resultado de las conquistas y del saqueo de las provincias. Pero este sistema de saqueo estaba destinado, finalmente, a minar las fuerzas productivas de la zona del Mediterráneo. Es cierto que el Imperio había mitigado el yugo que pesaba sobre las provincias y que en los siglos I y II d.C. esto había determinado un cierto mejoramiento de su situación, pero se trataba de un fenómeno provisorio y superficial. No era sino la transformación del sistema de explotación capaz en un nuevo sistema más ordenado. Los impuestos ya no eran recaudados por

¹⁶⁷ *Vorarbeiten zum Anti-Dühring.*

los contratistas, sino por funcionarios imperiales; se los establecía según un método más organizado, pero los resultados eran los mismos, por lo menos en lo que respecta a las grandes masas de la población provincial.

Cualquiera hubiese sido el mejoramiento introducido en la administración provincial, ya no era posible encaminar las cosas en un sentido mejor. Durante muchos siglos, la esclavitud había agotado al mundo antiguo y hacia comienzos del Imperio se notaban sus consecuencias fatales. Ya hemos señalado cómo Italia, centro principal de la esclavitud y teatro de las desastrosas guerras civiles de los siglos II y I a.C., fué la primera en ser golpeada por la crisis; hemos visto también que las tentativas de luchar contra ella no dieron ningún resultado concreto. La crisis se extendió cada vez más y comenzó a abrazar las provincias, dejando de ser un fenómeno local. Durante la República la economía agrícola fundamental era el latifundio, es decir la gran propiedad donde el trabajo se desenvolvía esencialmente con las fuerzas de los esclavos pertenecientes a un determinado latifundio. Solamente en el período de la cosecha —recolección de las olivas, vendimia, etc.— el propietario reclutaba una determinada cantidad de trabajadores libres. A veces una pequeña parte de tierra era entregada en arriendo a los campesinos vecinos, los llamados "colonos". Tal era la situación en el período de florecimiento de la economía esclavista.

El cuadro cambia a partir del siglo I del Imperio. Ya hemos presentado las observaciones de Columela sobre la improductividad del trabajo de los esclavos (pág. 148). Los esclavistas más progresistas de su tiempo se daban cuenta perfectamente de las causas de la crisis agraria. El sistema más práctico para superarla podía consistir solamente en la sustitución de las antiguas formas de explotación por otras más avanzadas y más productivas. Con este fin, los propietarios empezaron a establecer a parte de los esclavos en pequeñas parcelas, dándoles los medios de producción. Estos esclavos "adscriptos a la tierra" (*adscripticii* o bien *glebae adscripti*), como empezaron a ser llamados, tuvieron el derecho de gozar de una parte de la cosecha, entregando la otra al amo. Por otro lado, los propietarios empezaron a ceder la tierra cada vez en mayor medida a libres arrendatarios, es decir a colonos. Sin embargo esta

libertad estaba muy condicionada: en primer lugar, los colonos se transformaban en deudores del propietario (los llamados *obaerati*), que estaban obligados a ganarse una suma igual al monto de la deuda y de los intereses, trabajando sobre la tierra del acreedor. En consecuencia, ya desde el principio estos colonos eran personas semidependientes. En segundo lugar, también los colonos que no estaban atados por las deudas se transformaban pronto en deudores insolventes del propietario. Los arrendatarios eran, por lo general, pobres; no tenían ni medios de cambio ni suficientes herramientas, por lo mismo estaban forzados a recurrir a préstamos del patrón, que luego les era difícil reembolsar, lo que los convertía en deudores insolventes. El colono perdía de ese modo el derecho a cambiar de patrón y de hecho quedaba atado a su parcela.

Con el correr del tiempo, la diferencia entre los esclavos vinculados a la tierra y los colonos "libres" desapareció: unos y otros estaban vinculados a la tierra; unos y otros pagaban el "arriendo" y tenían la obligación de cumplir *corvées*; tanto para los unos como para los otros, las obligaciones contraídas con el patrón pasaban a los hijos. Fue así que en el Imperio romano se formó, durante los siglos I y II, una clase única de agricultores dependientes. La explotación de las personas en la economía agrícola tomó la nueva forma colonística, en la cual había ya elementos de la futura servidumbre de la gleba medioeval.

Fenómenos similares se produjeron en el campo de la producción artesanal. También en esto el trabajo de los esclavos de la época del Imperio empezó a sofocar al trabajo semidependiente de los libertos. La liberación voluntaria de los esclavos había aumentado, como ya hemos visto, a partir del siglo I d.C. Este fenómeno era también característico de la crisis del sistema esclavista. Al recibir la libertad, el ex esclavo no se sustraía en nada a todas las obligaciones que tenía hacia el amo: el liberto estaba obligado a hacer regalos a su ex amo (ahora patrón), a mantenerlo en caso de ruina, a prestarle varios servicios; en caso de muerte del liberto el amo recibía la mitad de sus bienes, etc. Al liberar al esclavo, se consideraba el hecho de que con eso disminuían los gastos para la manutención, y por otra parte los productos que luego se recibían del liberto no eran inferiores, sino por el contrario muchas

veces superiores, gracias al aumento en la productividad del trabajo provocado por la libertad. He aquí por qué las leyes de Augusto que limitaban la liberación de los esclavos no dieron ningún resultado y el número de libertos continuó creciendo durante los siglos I y II d.C.

De modo que el desarrollo del sistema de los colonos en la agricultura y del número de los libertos en el artesanado y en la economía doméstica determinaron la crisis de la esclavitud. De este modo los esclavistas pensaban aumentar la productividad del trabajo y mantener su propio dominio económico y político. Sin embargo, el paso a una forma más blanda de explotación (el sistema de los colonos y de los libertos era precisamente una forma de esclavitud atenuada) no significaba en absoluto un mejoramiento de la condición de los trabajadores. Al contrario, si para los esclavos la subordinación a la tierra aportó una cierta consolidación de su independencia económica, y un mejoramiento del nivel de vida, para los libres el paso al estado de colonos significaba la servidumbre. Pero lo principal tampoco es esto. El paso al sistema de los colonos y de los libertos, siendo, como ya lo hemos dicho antes, un tránsito a una forma más atenuada de explotación, aumentaba al mismo tiempo la intensidad de la explotación, es decir que empeoraba el estado general de la población trabajadora del Imperio: de los esclavos, colonos y libertos y de los campesinos y artesanos que seguían siendo libres.

En efecto, en un estado de crisis, en un estado de disolución de la sociedad esclavista, el yugo que pesaba sobre los productores directos se hacía cada vez mayor. Esto está demostrado también sólo por el aumento de los impuestos estatales. En las páginas anteriores hemos visto cómo, durante los dos primeros siglos del Imperio, los aumentos en los impuestos se producían continuamente. Éste no era un fenómeno casual. Estaba determinado por el empeoramiento general de la situación económica del Imperio, por el refuerzo de la presión en sus fronteras, por el crecido aparato burocrático-militar. El Imperio romano luchó encarnizadamente por su propia existencia; en esta lucha los impuestos fueron el último y único recurso, ya que desde la primera mitad del siglo II se habían vuelto imposibles las nuevas conquistas.

Pero si el Estado, como órgano de toda la clase de los es-

clavistas, presionaba cada vez con mayor fuerza sobre el contribuyente, cada propietario lo hacía sobre las personas que de él dependían. Justamente con este yugo colectivo e insoporrible se explican esos fenómenos de empobrecimiento creciente de las masas, contra los cuales trataron de luchar en vano los emperadores del siglo II. A su vez el empobrecimiento de los estratos medios y bajos de la población profundizaba la crisis: disminuyó el número de los pequeños propietarios, y aumentó en consecuencia la concentración de la propiedad agraria; disminuyó el poder adquisitivo de la población, y por lo mismo se redujeron el comercio y el artesanado. El Imperio se encontró en un círculo cerrado cuya única vía de salida era la revolución.

Hacia comienzos del siglo III existían todas las premisas para un nuevo cambio social. Los antagonismos de clase, tal cual había sucedido 350 años antes, estaban agudizados al máximo. Sin embargo el carácter de estos antagonismos era totalmente distinto. Entonces, a mediados del siglo II a. C., los dos principales adversarios que se encontraban frente a frente eran los esclavos y los propietarios. Los campesinos romanos y los itálicos, los democráticos romanos y provinciales participaron, es cierto, en la lucha; pero cada grupo presentaba exigencias propias independientemente de los otros y muchas veces contrarias. Entonces el ejército se componía en su mayor parte de subproletarios, y se lo utilizó para reprimir el movimiento revolucionario. Por fin, a mediados del siglo II a. C., la sociedad esclavista romana se encontraba en la cima de su desarrollo.

En el siglo III d. C. los esclavos no ocupaban ya el antiguo puesto en la producción. La economía agrícola se apoyaba sobre todo en las espaldas de los colonos. El número de esclavos ciudadanos había disminuído fuertemente. En la producción artesanal el trabajo semilibre reemplazaba cada vez más al de los esclavos. Con respecto a la época de las guerras civiles, habían cambiado también las relaciones entre todos estos grupos. Antes los libres se oponían a los esclavos, los ciudadanos romanos a los no ciudadanos; ahora un puñado de grandes propietarios rurales y un restringido grupo de la nobleza del dinero y del comercio, apoyados por el aparato burocrático-militar del Imperio, se encontraba frente a una masa de trabajadores más o menos homogénea. Los antiguos contrastes

entre esclavo y pobre pero libre, entre romano e ítalo, entre ítalo y provincial, habían desaparecido casi por completo. Todos llevaban sobre sí el intolerable peso de la sociedad agonizante y odiaban por igual a la clase dirigente.

También el ejército tenía ahora una función distinta. En él el porcentaje de bárbaros era muy grande: tracios, ilirios, panonios, mauritanos, etc. La guardia pretoriana a partir del siglo II no fué más una excepción en este aspecto. Por otro lado, el ejército había perdido en gran medida su antiguo carácter profesional. Las unidades de guarnición en las provincias se completaban frecuentemente con hombres reclutados en el lugar. La legalización de las familias de los soldados y el permiso para trabajar la tierra a los soldados que se encontraban en los campamentos permanentes habían favorecido también el acercamiento del ejército a la población local. Esto, como es lógico, no significó la transformación de todo el ejército romano del siglo III en unidades territoriales, y de los soldados romanos en colonos militares; la soldadesca profesional con sus intereses específicos continuó prevaleciendo en el ejército aún durante mucho tiempo. De ahí que en la gran crisis del siglo III las revueltas de soldados desvinculadas del movimiento revolucionario de los esclavos, los colonos y los artesanos (a veces dirigidas contra ellos) tuvieron una enorme importancia. Pero contemporáneamente también se fueron manifestando cada vez más en estos movimientos ciertas tendencias sociales. A veces se dirigieron contra la misma categoría de ricos y nobles de la sociedad romana contra los cuales se dirigían también los estratos sociales bajos. No siempre los soldados se vieron impulsados por la sed de botín. El yugo que pesaba sobre todo el Imperio no podía dejar de hacerse sentir en el ejército, cualquiera fuese la situación privilegiada en la cual éste se encontraba con respecto a los colonos y a los esclavos. Por eso sucedía que un movimiento iniciado con carácter de puro motín militar se convertía en una rebelión revolucionaria del pueblo y por ende en una conmoción social.

Finalmente, para comprender las particularidades de la crisis del siglo III hay que hacer notar aún un factor importante: la situación externa del Imperio. Durante las guerras civiles de los siglos II y I, Roma no se había encontrado una sola vez frente a una amenaza militar seria (salvo la agresión

de los cimbrios y los teutones a fines del siglo II). En el siglo III d. C. el cuadro que se presenta es totalmente distinto: la actividad de las tribus bárbaras que vivían del otro lado de las fronteras había aumentado muchísimo. Esto se debía en primer lugar al hecho de que la crisis había debilitado notablemente la fuerza de resistencia de Roma. Y lo sabían muy bien todos sus vecinos, que odiaban demasiado al opresor secular y demasiado atraídos se sentían por sus riquezas como para poder quedarse tranquilos. En segundo lugar, en el siglo II muchas tribus bárbaras (especialmente las que estaban en contacto directo con las fronteras romanas) habían pasado por un rápido proceso de disgregación de los vínculos familiares. En este aspecto, había comenzado la diferenciación de un rico estrato de nobles interesados en la conquista de nuevas tierras y riquezas. Los jefes de las tribus más grandes habían empezado a reunir alrededor suyo alianzas que caían, con todo su peso, sobre las fronteras romanas. Hemos visto que ya en la segunda mitad del siglo II estas fronteras no estuvieron en condiciones de soportar la presión y fueron traspasadas en muchos puntos.

En el siglo III la situación se volvió mucho más seria. A mediados de este siglo la presión se había hecho tan fuerte que las fronteras ya no estaban en condiciones de resistir. Avalanchas de bárbaros penetraron en el interior del territorio del Imperio. Siria, el Asia Menor, la península balcánica, Africa, España, Galia, fueron invadidas más de una vez. Las invasiones de los bárbaros agudizaron y favorecieron las luchas internas en el Imperio. Por una parte la población de las provincias trataba de luchar contra las incursiones que devastaban sus territorios y, sin esperar la ayuda del poder central, en aquel tiempo totalmente ausente, organizaba la defensa, a veces con ciertos éxitos. Por otra parte, la población de las provincias distaba mucho de mostrarse unánime en este aspecto. En la lucha contra los bárbaros estaban interesados sobre todo los estratos poderosos, mientras que a las masas trabajadoras no les importaba mucho, pues no tenían nada que perder. Además, muchos esclavos y colonos provenían precisamente de esos bárbaros que amenazaban el Imperio desde el exterior y no se sentían para nada propensos a combatir contra sus compatriotas. Esto explica que los bárbaros pudieron penetrar profundamente en el Imperio con toda facilidad.

Hasta aquí los antecedentes, las fuerzas motoras y el cuadro general de la situación de la crisis del siglo III. De todo lo que hemos dicho se deduce que el nuevo estallido revolucionario debía ser para las clases poderosas mucho más espantoso que las guerras civiles de los siglos II y I.

CAPÍTULO XII

LA CRISIS DEL SIGLO III

Maximino. — La ascensión de Maximino al poder marcó el triunfo del ejército y, principalmente, de la soldadesca bárbara. Aterrorizado, el senado se sometió a la fuerza y reconoció al nuevo emperador. Desde el primer momento Maximino demostró con toda claridad que pensaba gobernar en modo totalmente opuesto a las tendencias del último de los Severos. El séquito de Alejandro y los altos funcionarios estatales fueron en parte exilados y en parte condenados a muerte; el comité senatorial fué disuelto. Maximino se preparó para gobernar en calidad de soberano absoluto. Se puede por lo mismo comprender fácilmente que los círculos senatoriales, descontentos con el nuevo sistema, trataran en seguida de derribar al emperador. En el ejército se organizó un complot encabezado por un ex cónsul; participaban en él muchos senadores y no pocos centuriones y soldados rasos. La participación de estos últimos se explica por la lucha existente dentro del ejército entre los elementos romanos y los bárbaros. Maximino estaba sostenido sobre todo por los bárbaros y, entre ellos, particularmente por los tracios, los ilirios y los panonios.

El plan de los conspiradores consistía en destruir el puente sobre el Rin ni bien el emperador, una vez que hubiera iniciado la expedición a Germania, pasara el río con su estado mayor. Aislado así de sus fuerzas principales, caería en manos del enemigo y se le daría muerte. Pero el complot fué descubierto y lo siguió una sanguinaria represión contra todas aquellas personas que de uno u otro modo habían estado implicadas. Según lo que testimonia la recopilación *Scriptores Historiae*

Augustae, se vinculan 4.000 muertes con el descubrimiento del complot (XIX, 10, 6).

Las cosas no terminaron en esto. Los arqueros sirios, traídos al Rin por Alejandro, se rebelaron. Los sirios en general gozaban de una situación privilegiada bajo los últimos dos Severos, que, como hemos visto, eran originarios de Siria. Por eso el asesinato de su coterráneo había provocado entre ellos un enorme descontento, que terminó manifestándose en un modo abierto. Los sirios se sublevaron y proclamaron emperador a un tal Cuartino, ex cónsul y persona cercana a Alejandro, alejado del ejército por Maximino. Sin embargo el movimiento no pudo afirmarse, porque pronto Cuartino fué muerto por uno de sus partidarios.

Todos estos acontecimientos demostraron a Maximino lo inestable de su situación y hasta qué punto era odiado por ciertos círculos de la sociedad romana. Uno de los medios para consolidar su poder le pareció que sería la continuación de la gran guerra germánica, tan infortunadamente iniciada por Alejandro. De ahí que Maximino se preparara activamente desde un principio para el ataque a Germania. Su predecesor había reunido en el Rin un ejército muy grande. Maximino aumentó aún sus efectivos, logró rápidamente elevar el espíritu de los soldados, y cuando el ejército pasó del otro lado del Rin, destrozó sin dificultad la resistencia de las tribus germanas. El país fué sometido a espantosas devastaciones.

Pero cuando los romanos llegaron a la zona boscosa encontraron una resistencia más encarnizada. Los germanos se contraban en una óptima posición, escondidos en el bosque y protegidos por un gran estanque, y los soldados romanos empezaron a mostrarse indecisos para el ataque. Entonces Maximino se lanzó adelante, arrastrando con su ejemplo a todo el ejército. En el estanque se entabló una lucha denodada, que terminó con la total derrota de la milicia germánica. Luego los romanos obtuvieron algunas victorias. Las noticias fueron enviadas a Roma y el senado, muy a pesar suyo, confirió a Maximino el título honorífico de *Germanicus*.

Con la ofensiva del invierno 235-36 las operaciones militares en el Rin terminaron. Maximino pasó a Panonia con una parte del ejército y empezó a preparar desde esa región un nuevo ataque contra los germanos. Pensaba conquistar toda

Germania hasta los mares septentrionales. Pero la situación política del Imperio se hizo tan tensa que no le fué posible realizar este grandioso plan. Los triunfos militares no habían reconciliado a Maximino con la alta sociedad romana; el ejército absorbía una enorme cantidad de recursos; ya se había hecho imposible aumentar los impuestos sobre la población arruinada.

Sólo quedaba una salida: confiscar los bienes de los ricos; cosa que Maximino y sus soldados hicieron con gran gusto, sobre todo porque en el ambiente de los aristócratas y propietarios encontraban el mayor odio y la mayor resistencia y porque de ese ambiente surgía la organización de todos los complots.

Durante la permanencia de Maximino en Panonia se desencadenó un régimen de terror que cayó sobre los estratos pudientes y sobre la alta burocracia:

"Todos los días —dice Herodiano— se podían ver personas que la víspera eran ricos, ahora menesterosas del todo... Maximino, en base a las más insignificantes delaciones, confiscaba los bienes, sobre todo de aquellos que estaban encargados del gobierno de las provincias o del mando de las tropas, ex cónsules e triunfadores. Ordenaba ponerlos sobre un carro solos, sin servidores, y llevarlos, viajando día y noche, desde oriente, desde el sur y desde occidente hasta Panonia, donde él se encontraba. Después de haberlos torturado y escarnecido, los condenaba a muerte o al exilio" (VII. 3. 1-5).

Mientras el terror caía sólo contra los grandes propietarios y contra la aristocracia, la masa de la población permaneció tranquila, gozando con las desgracias de los ricos. Pero la ruda dictadura de los soldados no se detuvo en esto. Bien pronto empezaron a ser sometidos a confiscaciones y a saqueos también las propiedades sociales, los recursos de los municipios, los tesoros de los templos, las sumas destinadas a las diversiones y a las regalías, etc. Esto causó un gran decontento también entre los vastos estratos de la población urbana, pero el mismo se limitó por entonces a pequeños motines en varias ciudades aisladas del Imperio.

La revuelta en África. Los Gordianos.—Un movimiento más fuerte se inició en la primavera del 238 en África. En esta provincia era procurador del fisco un favorito de Maximino que aplicaba despiadadamente su política. La provincia y en particular sus estratos más acomodados gemían bajo el peso de los impuestos y las confiscaciones. A más del procu-

rador imperial, en África como en otras provincias, había un procónsul nombrado por el senado. En ese entonces era procónsul en África Marco Antonio Gordiano, anciano de ochenta años, que había sido enviado allí por decreto senatorial durante el reino de Alejandro Severo. Gordiano era muy rico, pertenecía a una de las familias más aristocráticas de Roma y en el curso de su larga carrera había ocupado más de una vez puestos importantes en el Imperio. Este solo hecho bastaba para que su situación bajo Maximino no fuese tan sólida; pero por el tiempo de la primavera del 238, sus relaciones con el procurador imperial se habían estropeado por completo y el procónsul podía esperar a cada momento su propio fin.

En esta situación crítica se produjo un incidente. El procurador había decidido confiscar las propiedades de algunos grandes terratenientes cerca de la ciudad de Tisdro, en la región de Cartago. Éstos reunieron a sus esclavos y colonos, los armaron como pudieron y mataron al procurador. En la ciudad había pocas fuerzas militares y los revoltosos se hicieron dueños rápidamente de la situación con el consentimiento de una parte considerable de la población. Gordiano se encontraba en ese momento justamente en Tisdro, y esto hizo pensar que el movimiento había sido premeditado. Cuando los revoltosos se presentaron ante Gordiano exigiendo su consentimiento para proclamarlo emperador, éste se negó, deseando sobre todo hacer ver que había sido obligado a esto. En efecto, se lo puso en condiciones de elegir o la proclamación como emperador o la muerte, y así consintió. La elección fue sancionada por la pequeña guarnición de Tisdro y por la multitud ciudadana. Junto con Gordiano fue proclamado Augusto, es decir co-reinante, su hijo homónimo.

Sin perder tiempo, Gordiano marchó hacia la ciudad principal de la provincia, Cartago, donde también fue reconocido como emperador. El lugarteniente de la vecina Numidia, Capeliano, proveniente de la categoría senatorial, apoyó la revuelta y de ese modo el nuevo poder se afirmó en África. Gordiano se preocupó en seguida de poner a Roma al corriente de su elección: escribió cartas a sus numerosos amigos y parientes y al mismo tiempo redactó un mensaje especial para el senado y el pueblo, en el que prometía concesiones de todo tipo: abolición del régimen de terror, revisión de los pro-

cesos judiciales, regreso de los exilados, aumento de sueldo a las tropas, regalías al pueblo, etc. Una embajada especial fué encargada de llevar todos estos documentos a Roma.

A más de la misión oficial, la embajada recibió de Gordiano un encargo secreto: eliminar al jefe de los pretorianos, fiel partidario de Maximino. Los embajadores, a quienes se habían agregado algunos soldados y centuriones, llegaron a Roma una mañana muy temprano y, antes de que nadie conociera su arribo, consiguieron llegar hasta Vitaliano con una estratagemata y le dieron muerte. Luego se presentaron en el Foro, donde leyeron el mensaje de Gordiano y al mismo tiempo hicieron correr la voz de que Maximino había muerto.

Los partidarios de Maximino (incluida la guardia que había perdido a su jefe), desorientados, no supieron oponer obstáculos a la revuelta. Todos los adversarios del régimen soldadesco (que en Roma no eran pocos) acogieron con entusiasmo la noticia de los sucesos africanos y la de la muerte de Vitaliano. La plebe ciudadana se unió al movimiento; las estatuas de Maximino fueron destruidas y sus partidarios más notables fueron muertos. Inmediatamente se reunió el senado que, sin esperar la confirmación del rumor sobre la muerte de Maximino, sancionó la revuelta y proclamó Augustos a Gordiano y a su hijo.

Pero bien pronto se supo en Roma que el rumor sobre la muerte de Maximino era falso. El terrible jefe estaba, vivo y activo, en Panonia, junto con su ejército. En cualquier momento podía esperarse que cayera sobre Italia a vengarse de los revoltosos. Pero el senado había ido tan lejos que ya no podía volverse atrás y, como Gordiano se encontraba aún en África e Italia enfrentaba un peligro inmediato, eligió entre sus miembros un comité de 20 personas al que se le encargó organizar la defensa de la península (marzo del 238). Las personas más notables de este comité eran Marco Clodio Pupieno y Decio Celio Balbino. El primero, de origen humilde, tenía una gran práctica administrativa y militar; el segundo pertenecía a la más alta aristocracia romana. Inmediatamente se enviaron a las provincias personajes de relieve elegidos entre los senadores y caballeros con el encargo de provocar revueltas contra Maximino; en Italia se reclutaron tropas, se reforzaron las fortificaciones de la ciudad, etc.

Al mismo tiempo, se producían en África nuevos acontecimientos. Gordiano tenía viejas cuentas pendientes con Capeliano. Éste, como hemos dicho, había sostenido en un primer momento la revuelta africana, cosa que había dado a Gordiano la posibilidad de consolidarse. Luego, el nuevo emperador, sintiéndose en una posición más fuerte, había tenido la imprudencia de replantear sus antiguos rencores con Capeliano y lo había relevado de su cargo. Ofendido, Capeliano decidió volver a ponerse del lado de Maximino; reunió su legión y sin ninguna dificultad la sublevó contra Gordiano, marchando sobre Cartago. En la ciudad casi no había un ejército regular; apenas si una milicia reclutada rápidamente sobre la marcha, al mando del joven Gordiano, enfrentó a Capeliano. Pero era imposible resistir a los expertos soldados nómadas, y en el primer embate los cartagineses fueron derrotados. El joven Gordiano cayó en la batalla y el padre, previendo un fatal epílogo para su carrera, se mató antes aún de que se produjera la muerte de su hijo. El gobierno de los gordianos había durado menos de un mes.

Los emperadores senatoriales. — Las noticias del fin de los Gordianos provocaron en Roma el pánico, pero ya era imposible modificar la situación. El senado tomó todos los asuntos en sus manos con mayor decisión aún. Había que elegir a los sucesores de los Gordianos y el senado, que se reunió secretamente en el templo de Júpiter en el Capitolio, eligió, después de largas discusiones, a Pupieno y Balbino. Eligiendo dos emperadores con iguales derechos, el senado pensaba debilitar el carácter autocrático de la autoridad imperial y, al mismo tiempo, consolidar el régimen senatorial.

Sin embargo las cosas no terminaron en esto. Al conocer la reunión secreta del senado, una gran masa popular armada de bastones y de piedras se reunió ante el templo tratando de subir al Capitolio. Cuando se supo de la elección de los nuevos emperadores estallaron gritos de descontento. Los favoritos del senado no eran muy populares en Roma, especialmente Pupieno, que habiendo sido ya prefecto de Roma no había sabido captarse las simpatías del populacho. Pero el pueblo no tenía ningún candidato indicado para oponer, salvo el nieto del difunto Gordiano padre, un niño de trece años. Se trataba del hijo de Mecia Faustina, hija de Gordiano, llamado

también él, en honor de su abuelo, Marco Antonio Gordiano. La multitud empezó a gritar su nombre con voz cada vez más alta y con insistencia creciente.

Cuando se abrió la puerta del templo y asomaron los dos emperadores vestidos con túnicas de púrpura, recibieron una lluvia de piedras. Hubo una tentativa de hacerlos salir con escolta armada, pero fracasó. No quedaba otro remedio que satisfacer el deseo del pueblo. Por esto se enviaron algunas personas a buscar al pequeño Gordiano, que a duras penas fué llevado al Capitolio, donde el senado lo proclamó César. La muchedumbre saludó con entusiasmo al nuevo electo.

Pero los disturbios no cesaron. Poco tiempo después, el senado se reunía en sesión ordinaria. Un grupo desarmado de pretorianos veteranos, destinados a ser licenciados y por lo mismo dejados en Roma, se reunió junto a la entrada del senado, empujado por el deseo de oír qué decían los senadores. Dos o tres de ellos se introdujeron en la sala. Al descubrirlos, algunos senadores que les sospecharon malas intenciones se precipitaron sobre ellos y los hirieron de muerte con sus puñales; luego uno de los senadores corrió hacia afuera y suscitó el odio del pueblo contra los veteranos, acusándolos de ser enemigos del senado y partidarios de Maximino. La multitud los agredió entonces con piedras, obligándolos a buscar refugio en su cuartel. Luego saqueó los depósitos de armas, asaltó los cuarteles de los gladiadores y puso sitio al cuartel de los pretorianos.

En Roma estalló una verdadera guerra civil. Mientras tanto, Pupieno había marchado hacia Italia septentrional (ver más adelante). En la ciudad había quedado Balbino, que no lograba en modo alguno dominar los desórdenes. A pesar de sus llamados a la población para que mantuviera la calma, a pesar de haber concedido una amnistía general, alrededor del cuartel de los pretorianos se producían diariamente encarnizados encuentros. Finalmente, se cortaron los conductos de agua y los pretorianos se vieron forzados a una salida general. Durante los combates que siguieron en las distintas calles, la ciudad misma fué incendiada y las propiedades de muchos ricos saqueada.

Sabedor de la proclamación de los Gordianos y de su reconocimiento por parte del senado, Maximino no dudó en

reconocer el peligro que lo amenazaba por ese lado. Tanto más, dado que en su ejército había varios elementos descontentos por el predominio de los bárbaros y dispuestos a sostener al nuevo gobierno. Por eso después de sólo dos días reunió a los soldados y después de haber hecho una generosa distribución de dinero, les anunció que marcharía sobre Italia. A la heterogénea masa de sus tropas agregó una fuerte unidad de germanos. Luego, como a causa del transporte el grueso se movía demasiado lentamente, envió adelante a sus panonios, en quienes confiaba por sobre todo.

Mientras tanto, en Italia se preparaba febrilmente la defensa. Como las fuerzas militares eran pocas y no podían ni siquiera compararse por su preparación con las tropas de Maximino, se confiaba sobre todo en la resistencia de los puntos fortificados. Todas las provisiones que no había sido posible transportar a las fortalezas, fueron destruidas. Albino se quedó en Roma y Pupieno se dirigió a Ravenna con un ejército reunido apresuradamente.

El objetivo principal de los emperadores senatoriales consistía en entretener a Maximino por un cierto período de tiempo en Italia septentrional. De las provincias llegaban noticias favorables al senado: muchas de ellas, entre las cuales Gallia y Egipto, se habían separado de Maximino y se habían puesto de su lado. Particularmente importante era la ayuda de las cuatro legiones renanas que, partiendo de sus bases, se dirigían rápidamente a defender Italia. De ese modo, el tiempo trabajaba para el senado.

La primera ciudad que encontró Maximino en la frontera de Italia, Emona¹⁰⁸, había sido abandonada por sus habitantes: toda la población, con el ganado y los viveres, se había refugiado en las montañas. El problema del abastecimiento de las tropas empezó pues a revestir una cierta gravedad. La vanguardia del ejército llegó pronto ante los muros de la primera gran ciudad, Alquilea, importante punto estratégico en la ruta de Occidente. Alquilea era también el centro del comercio adriático: tenía una población numerosa, estaba inmejorablemente fortificada y colmada de provisiones. Dos representantes del senado dirigían su defensa,

¹⁰⁸ La actual Lubiana.

La tentativa de las vanguardias de Maximino de conquistar la ciudad por asalto, terminó con un fracaso. A la propuesta de rendirse, la guarnición contestó con una negativa. Hubo que recurrir a un sitio regular, porque dejar detrás semejante fortaleza era demasiado peligroso. Muy a pesar suyo, Maximino debió adaptarse a la situación, pues comprendía el peligro de cualquier dilación.

El sitio se prolongaba demasiado. Los habitantes rechazaron con desesperado coraje los numerosos ataques, sabiendo lo que los amenazaba en caso de que cayera la ciudad. Cada día los sitiadores notaban más la falta de abastecimientos, pues los alrededores de la ciudad habían sido devastados y todos los caminos hacia el interior del país cerrados por pequeños fortines que obstaculizaban el paso de cualquier convoy. Las costas estaban bloqueadas por la flota.

La muerte de Maximino. — La moral comenzó a decaer en el ejército de Maximino. Circulaban rumores intencionados, según los cuales todas las provincias se habían pasado al lado del senado y grandes fuerzas marchaban hacia Italia. En este campo actuaron enérgicamente agentes de Roma que trataban de influir sobre los elementos inestables. Más maduros para la propaganda se mostraron los soldados de la segunda legión pártica, que tenían motivos muy especiales para temer una guerra civil. Durante el reinado de Severo, la legión había estado de guarnición no lejos de Roma, cerca de los montes Albanos. Cuando Maximino los envió al Danubio, las esposas y los hijos de los soldados se quedaron allí. Por eso era natural que temieran que sus familias debieran sufrir por un eventual sitio de Roma. Esto creaba en la segunda legión pártica un estado de alarma.

Según parece, los enemigos de Maximino desarrollaron en la legión una agitación consecuente. Un mediodía de junio, mientras las operaciones militares habían sido interrumpidas a causa del calor y los soldados descansaban en sus tiendas, una parte de la segunda legión pártica se amotinó, arrojándose sobre la tienda del emperador. La guardia se puso de su lado y los amotinados empezaron a derribar las estatuas de Maximino. El emperador salió de su tienda con su hijo y trató de calmar a los soldados, pero fue muerto inmediatamente,

La misma muerte sufrieron también el hijo y los ayudantes más cercanos (238).

Todo esto se produjo tan rápidamente que la masa principal del ejército, fiel a Maximino, no pudo hacer nada para defenderlo. El ejército, y especialmente los panomios y los tracios, se encontraron desorientados; los soldados desarmados se acercaron a las puertas de Aquilea, pidiendo permiso para entrar, lo que les fué negado. Los defensores de la ciudad trajeron hasta los muros las efigies de Balbino, Pupieno y Gordiano ceñidas con coronas de laureles e invitaron a los soldados a reconocer a los emperadores senatoriales. Al mismo tiempo, los ciudadanos organizaron un mercado donde los soldados de Maximino, agotados y hambrientos, pudieron comprar todo lo que les era necesario.

Inmediatamente se enviaron a Ravenna jinetes con la buena noticia, que llevaban consigo, como horribles trofeos, las cabezas de Maximino y de su hijo.

Pupieno, que había sido alcanzado mientras tanto por las tropas galo-germanas, acudió en su ayuda, llegando hasta Aquilea. Los ex soldados de Maximino recibieron la amnistía y regalos de dinero, pero su moral estaba bien lejos de haberse elevado. "La mayoría de ellos —dice Herodiano— estaba descontenta y secretamente ofendida de que hubiera sido muerto el emperador por ellos elegido y reinaran en cambio los favoritos del senado" (VIII, 7, 3). Pupieno volvió a enviar a una gran parte de las tropas de Aquilea a las provincias, asignándolas a las antiguas guarniciones. Él mismo regresó a Roma junto con los pretorianos y las tropas del Rin.

Durante algún tiempo reinó en la capital una cierta euforia por la victoria sobre los tracios. Sacrificios a los dioses en acción de gracias, representaciones teatrales, juegos de gladiadores, regalías al pueblo se sucedían, pero tras estas festivas apariencias maduraban acontecimientos amenazadores. En las páginas precedentes ya hemos visto lo que había sucedido en Roma durante la ausencia de Pupieno. La lucha entre los pretorianos veteranos y la población, según parece, había cesado con la noticia de la muerte de Maximino y luego la llegada a Roma del enérgico Pupieno. Este último se apoyaba sobre las tropas galo-germanas, vinculadas a él por antiguos recuerdos (en un tiempo había sido legado en la región del

Rin). Pero cuando los pretorianos volvieron a Roma supieron por sus compañeros de armas todo lo que había sucedido. El relato de los sobrevivientes encontró un terreno favorable: en efecto, los pretorianos echaban de menos a Maximino, estaban descontentos con el senado que había tomado de nuevo el poder en sus manos y odiaban al exigente Pupieno y a sus galo-germanos.

A todo esto se agregaban además las discordias entre ambos emperadores. Mientras existió el peligro de Maximino, aunque más no fuera de mala voluntad se había concretado una unidad de propósitos y Pupieno había ocupado el primer plano; pero cesado esto y con el tránsito al estado de paz surgieron con toda evidencia las dificultades en las relaciones entre el senado y los dos emperadores. Balbino, noble e instruido, era considerado por el senado "uno de los suyos", mientras que Pupieno, considerado como un "rastacueros", era despreciado. Todo esto complicaba extraordinariamente la situación.

A fines de julio del 238, tuvieron lugar en la ciudad los juegos capitolinos. Casi todos los ciudadanos se encontraban en el espectáculo. Pupieno y Balbino, en cambio, estaban en palacio. De pronto se les hizo saber que los pretorianos se encaminaban al palacio con intenciones evidentemente amenazadoras. Pupieno quería llamar inmediatamente a los galos en su ayuda, pero Balbino empezó a protestar, temiendo que su compañero de reinado tuviese intenciones de derribarlo del cargo. Mientras ambos discutían, los pretorianos irrumpieron en palacio, aferraron a los dos, les arrancaron sus vestidos y bajo una lluvia de puñetazos y mofas los llevaron por la ciudad.

Al tener noticia del amotinamiento, las tropas del Rin tomaron las armas y acudieron en socorro de los emperadores. Pero su campamento se encontraba muy distante y los pretorianos fueron informados inmediatamente de su llegada. Temiendo que las víctimas les fueran quitadas, terminaron con los emperadores, ya medio muertos, y arrojaron sus cuerpos en la calle.

Quedaba el César, Gordiano. Ya hemos visto que este muchacho había sido elegido en su momento como opuesto a los emperadores senatoriales: era lógico pues que los pretorianos, al no tener ningún candidato adecuado, pensarán en él. En

efecto, lo proclamaron Augusto y lo llevaron a su cuartel. Una vez allí, cerraron las puertas y se mantuvieron tranquilos. Las tropas del Rin, llegadas al lugar de los acontecimientos y viendo que ya todo había terminado, regresaron a sus cuarteles. Evidentemente, no estaban dispuestos a derramar su sangre por dos cadáveres.

Fué así cómo el Imperio Romano vió, en el curso de unos 4 meses, cinco emperadores elevados al trono y luego derribados. Finalmente, el poder formal vino a hallarse en las manos del jovencito de trece años Gordiano III, que de hecho era un fantoche en manos de los pretorianos y de las tropas del Rin. Estas últimas habían encontrado ya un lenguaje común con los pretorianos y se habían vuelto a tranquilizar después que los galo-germanos fueron admitidos en la guardia.

Nos hemos detenido especialmente en los acontecimientos del 235-238 porque son típicos del primer periodo de la crisis del Imperio en el siglo III. En efecto, en todos ellos tuvieron una importancia de primer plano los amotinamientos y las revueltas militares. La masa soldadesca, indisciplinada, inconstante en sus deseos, volteaba o proclamaba emperadores a veces por un capricho momentáneo y a veces simplemente por el deseo de recibir del nuevo emperador un regalo de dinero. Los pretorianos y las tropas provinciales luchaban denodadamente unos contra otros para obtener una posición privilegiada. Frecuentemente aparecían en los amotinamientos militares las tendencias sociales clasistas de los elementos de la periferia bárbara. El senado, expresando la voluntad de los círculos más ricos y romanizados del Imperio, trataba cuidadosamente de mantener un papel directivo dentro del Estado. En su persona luchaba por la vida la aristocracia esclavista de la sociedad antigua. Los bajos fondos miseros y hambrientos de la población ciudadana promovieron revueltas fatales: odiaban a los ricos, al senado, a los pretorianos, a los bárbaros provinciales, pero era fácil corromperlos con regalías y espectáculos con un nombre famoso y noble. Con gran facilidad cambiaban de simpatías y antipatías, arrojándose ciegamente de un extremo a otro. Todo esto provocó sucesos caóticos entre los cuales es muy difícil orientarse. En este periodo, los colonos y los esclavos no intervinieron aún independientemente. Eran arrasados a la lucha por grupos dominantes de la sociedad roma-

na (como sucedió en África con Gordiano) o adherían a los movimientos de los bajos fondos ciudadanos.

La historia del siglo III después de la muerte de Pupieno y Balbino no nos es muy conocida. Inclusive la mejor fuente para esta época, Herodiano, es muy fragmentaria en este aspecto. De modo que nos vemos forzados a servirnos de los epígrafes y de la numismática. Por eso muchos hechos del movimiento revolucionario siguen siendo para nosotros totalmente desconocidos, mientras que sobre otros tenemos noticias muy escasas.

Gordiano III. — Así por ejemplo, los primeros años de gobierno de Gordiano III están envueltos en la más absoluta oscuridad. Sólo sabemos que se produjo en África una nueva revuelta durante la cual se proclamó emperador a un tal Sabiniano, revuelta que fué sin embargo sofocada por el procurador de Mauritania. Según parece, en Roma la atmósfera continuaba siendo explosiva, hasta que fué nombrado jefe de los pretorianos Cayo Furio Timesiteo, personaje que había iniciado su carrera política ya bajo Caracalla. Con Maximino, había sabido granjearse la confianza del emperador por su despiadada política fiscal en Asia Menor; después de la caída de éste, Timesiteo se había salvado y bajo Gordiano fué hecho jefe de la guardia. Parece ser que fueron los propios pretorianos quienes lo elevaron a este cargo por su fidelidad a Maximino.

Una vez obtenido el poder, Timesiteo supo poner un poco de orden en Roma. Era un hombre muy instruido y al mismo tiempo fuerte; hábil diplomático, logró maniobrar con destreza entre el senado y el ejército, manteniendo buenas relaciones con ambas partes. En el 241 casó a su hija con el joven emperador, convirtiéndose así en una especie de regente.

Mientras tanto la situación en el confín oriental se había vuelto muy peligrosa. El rey persa Sapor I, que ya desde los tiempos de Maximino había conquistado la Mesopotamia, amenazaba Antioquia, capital de Siria. En el 242 Timesiteo fué junto con el emperador a Oriente. Sobre su marcha, las tropas romanas derrotaron en el Danubio a la tribu dacia de los carpos, que había saqueado la provincia de Mesia, arrojándola más allá del río. En los primeros tiempos también en Siria triunfaron las operaciones militares realizadas por los romanos: se logró conquistar Carras y Nísibe en la Mesopotamia septentrional. Pero por ese mismo tiempo murió Timesiteo, según parece de una enfermedad de estómago (corrieron voces de que habría sido envenenado). El nuevo prefecto de los pretorianos fué Marco Julio Filipo, hijo de un jeque árabe. Apoyándose en los elementos orientales del ejército, pensó en eliminar a Gordiano y con este fin causó, por medio de sus agentes, dificultades en el abastecimiento de víveres al ejército, entreteniéndolo intencionalmente a los transportes. Entre los soldados descontentos se propagó enseguida el rumor de que el culpable era el inepto Gordiano. Estalló un motin. El emperador fué muerto y en su lugar se eligió a Filipo (244). Para es-

confer la parte que le cupo en el asesinato de Gordiano. Filippo ordenó la erección de un grandioso monumento sobre el Eufrates en honor del emperador muerto, cuyo nombre hizo inscribir en el elenco de los dioses. El senado y las provincias reconocieron al favorito de las legiones orientales.

Filipo el Árabe. — Así vino a sentarse sobre el trono de los Césares un árabe romanizado. Después de concluir la paz con los persas, Filippo llegó a Roma. Puso en los puestos más importantes del Estado a sus parientes: hizo de su hijo el co-reinante (Augusto), dió a su hermano Prisco el mando de las tropas sirias y nombró a su suegro gobernador de Mesia y de Macedonia. Con el senado, trató de mantener buenas relaciones. Su gobierno caía sobre el año que los romanos consideraban el milésimo de la fundación de Roma, jubileo que fué celebrado con gran esplendor (20 de abril del 248).

Sin embargo, tanto la situación interior como la exterior del Imperio no justificaban la alegría. En Oriente, Prisco provocaba el descontento general con sus métodos de gobierno y en particular con la rígida exacción de impuestos. No tardó en estallar una rebelión en el curso de la cual fué proclamado emperador un tal Jotapiano. Es cierto que este movimiento fué muy pronto sofocado, pero en su lugar se produjeron nuevos acontecimientos.

En la frontera del Danubio la situación se hizo cada vez más peligrosa. Los carpos emprendieron una nueva agresión que fué sin embargo rechazada por el propio emperador. Mucho más peligrosos se mostraron los godos. Hacía ya tiempo que habían aparecido en las costas septentrionales del Ponto y ahora se movían a lo largo del Danubio. Hasta ese momento, los romanos los habían contenido pagándoles una suma anual, pero después de haber vencido a los carpos, Filippo se había negado a pagar y los godos se volvieron a poner en movimiento. El ejército romano destacado en Mesia, destinado defender de los bárbaros sus fronteras, en lugar de cumplir con su deber entró en contacto con ellos y les abrió paso en la línea límite. Los godos, los carpos y otras tribus pasaron el Danubio cerca de su desembocadura e irrumpieron en la Mesia inferior. La ciudad de Marchanópolis opuso a los bárbaros una encarnizada resistencia conteniendo a su vanguardia. Por fin, fué posible librarse de los godos y de sus aliados pagando una fuerte suma, y éstos se volvieron, cargados de botín, a sus tierras.

Un severo castigo esperaba ahora a los soldados que habían abierto la frontera y unidos a los bárbaros saquearon la Mesia. Por eso mismo éstos, sin esperar, se rebelaron y proclamaron emperador a un simple centurión, Marino Pacaciano. Filippo no se arriesgó a marchar en persona contra los revoltosos y envió en su lugar al senador Cayo Trajano con un gran ejército. Decio, aunque nativo de Panonia, pertenecía a los altos círculos de la sociedad romana. Era un romano rígido de antiguo temple, fiel a las tradiciones. En el pasado había sido gobernador de Mesia, y tanto la población local como el ejército lo conocían. Haber enviado a Decio a sofocar la revuelta fué un enorme error político por parte de Filippo, error que éste pagó con su propia vida.

Cuando los revoltosos supieron que se acercaba el ejército de Decio, contra el cual sería inútil luchar, recurrieron a un expediente riesgoso pero

hábil, para escapar al castigo: ¡mataron a Marino y proclamaron a Decio emperador! Las fuentes dicen que Decio había sido obligado por la fuerza a aceptar la dignidad imperial, bajo amenazas de muerte, pues él se negaba categóricamente a traicionar a su soberano. No sabemos hasta qué punto este rechazo era sincero y no se trataba de una simple comedia. En la práctica del Imperio, rechazar el poder que a uno se le ofrecía era considerado de buen tono. Como quiera que haya sido, Decio, en calidad de emperador, se puso al frente del ejército y marchó sobre Italia. Las fortalezas de la frontera —Aquila y Concordia— les abrieron las puertas. Filipo intervino personalmente contra el nuevo pretendiente al trono, dejando en Roma al hijo, pero en la Italia septentrional fué derrotado y encerrado en Verona, donde murió. El joven Filipo fué luego muerto por los pretorianos (249).

Decio. — El emperador Decio gobernó sólo dos años. La situación en el Imperio se fué haciendo cada vez más difícil; la crisis entró en una nueva fase. En el Rin y el Danubio se iban concentrando las tribus bárbaras que presionaban cada vez más sobre las fronteras. En las provincias se volvían más y más frecuentes las revueltas y aparecían constantemente nuevos "usurpadores". Crecía la actividad de las verdaderas fuerzas revolucionarias, es decir de los esclavos y de los colonos. A consecuencia de la ruina y del agotamiento general, como ya había sucedido durante el reinado de Marco Aurelio, estalló una terrible peste llegada de Egipto, que se ensañó con el Imperio durante 15 años, causando innumerables víctimas. Nuevos síntomas peligrosos aparecieron también en el campo de la vida espiritual. La ruina de la sociedad encontraba su expresión también en la disgregación de las antiguas creencias, de la religión que en un tiempo cimentaba la comunidad romana. En su lugar aparecieron nuevas concepciones religiosas traídas sobre todo de Oriente, como el culto egipcio de Osiris e Isis, el de Mitra persa, el del germano Thonar, del sirio dios del Sol y, finalmente, el cristianismo. Todas estas nuevas religiones eran conocidas en Roma ya de antes, pero recién en este período empiezan su marcha victoriosa. En lo religioso aparecía la enemistad de las provincias y de los bárbaros hacia Roma y el odio de los oprimidos hacia los opresores. Particularmente peligroso se presentó ante los círculos dirigentes el cristianismo, que repudiaba en absoluto a todos los dioses romanos, exigía de sus fieles la renuncia al culto de los emperadores, negaba el servicio estatal, etc.

Estas son las razones por las cuales con Decio los cristianos fueron sometidos a la primera gran persecución.

Consciente de la inestabilidad del poder central, Decio nombró co-reinantes suyos a sus dos hijos, Herennio Etrusco y Hostiliano. Sus relaciones con el senado fueron óptimas.

Decio restauró bajo un nuevo aspecto el antiguo cargo republicano de censor, eligiendo para el mismo al senador más eminente y respetado, Licinio Valeriano. Según las intenciones del emperador, Valeriano debía ser su sustituto en las causas civiles, y con este fin se le concedieron poderes más amplios, como el derecho de publicar nuevas leyes, la jurisdicción sobre los funcionarios, el poder de elevar nuevos impuestos, etc.

Según parece, la creación de la censura debía ser el primer paso hacia reformas estatales más vastas que Decio tenía en vista, pero los acontecimientos destruyeron ese plan en embrión. Si bien es cierto que dos revueltas que se produjeron en Galia y en la propia Roma (en la revuelta de Roma, por lo que podemos juzgar en base a las notas fragmentarias de una de nuestras fuentes, tomaron parte los bajos fondos de la ciudad) fueron reprimidas muy pronto, la situación en el Danubio se volvió tan catastrófica que Decio, junto con Herennio Etrusco, se vió obligado a hacerse presente allí.

Los godos, guiados por su jefe Chiva, habían pasado de nuevo el Danubio inferior y habían invadido la Mesia. El primero en oponerles resistencia fué el legado de la provincia, Cayo Treboniano Galo, frente a los muros de la ciudad de Novi, situada en el Danubio. Pero la gran masa humana de los godos, calculada en 70.000 hombres, había avanzado como una manga y se había detenido frente a los muros de Nicópolis, ubicada entre el Danubio y los montes balcánicos. A través de los pasos montañosos los bárbaros habían logrado penetrar en la fértil Tracia. El gobernador de la provincia, Lucio Prisco, había reunido grandes fuerzas en la fortaleza de Filipópolis. Había que resistir hasta la llegada de Decio, que a marchas forzadas se acercaba desde Occidente. Mientras tanto, en todas las localidades vecinas se elevaban siniestras las llamas de los incendios...

Por fin, llegó Decio. Los godos atacaron por sorpresa al fatigado ejército romano y lo dispersaron. Prisco, con el pretext-

to de una presunta muerte de Decio, realizó tratativas secretas con los godos, prometiéndoles entregar la ciudad si lo reconocían emperador. Se concluyó el acuerdo, Filipópolis fué despiadadamente saqueada (se dice que en la emergencia murieron 100.000 habitantes), pero Prisco no logró convertirse en emperador. Decio estaba vivo y se encontraba reuniendo en el Danubio un nuevo ejército. Pensaba atacar a los godos cuando éstos, cargados de botín, emprendieran el regreso.

La batalla decisiva se produjo al norte de Nicópolis. En uno de los primeros encuentros cayó Herennio Etrusco, el hijo de Decio. Los godos formaron sobre tres líneas, disponiendo la tercera detrás de un estanque. Las tropas romanas lograron romper las dos primeras líneas, pero en la tentativa de forzar la tercera Decio murió y ni siquiera se logró encontrar su cadáver (251).

Por el ejército corrió la voz de que el culpable de la muerte de Decio era Treboniano Galo, que previamente se habría puesto de acuerdo con los godos y luego habría atraído al emperador hacia el estanque, indicándole un camino falso. Nosotros no sabemos si esto es verdad; de cualquier modo, de los comandantes romanos presentes en el combate Galo era el más meritorio y el más cercano al emperador. No hay, pues, de qué maravillarse si el ejército lo nombró inmediatamente emperador.

Treboniano Galo.—Galo eligió co-reinantes a su hijo Volusiano y al hijo de Decio, Hostiliano (este último murió muy pronto, atacado por la peste). Con los godos concluyó una paz no muy honrosa, permitiéndoles irse con el botín y comprometiéndose a pagar cada año una regalla.

Dos años después los godos pasaron de nuevo el Danubio. El gobernador de la Mesia inferior, Marco Emilio Emiliano, les infirió una dura derrota y por esto fué aclamado emperador por sus soldados.

Galo no supo organizar la defensa de Italia. Las tropas de Emiliano llegaron casi hasta Roma sin encontrar resistencia alguna. Apenas si las esperaban cerca de la capital Galo y Volusiano, que fueron derrotados y murieron ambos (253).

Emiliano.—Emiliano no logró sostenerse más de 4 meses. Contra él intervino el ex "censor" de Decio, Publio Licinio Valeriano, entonces de sesenta y tres años de edad, que comandaba las tropas de Recia. Ya antes de que éste llegara a Italia, Emiliano fué muerto por sus propios soldados (verano del 253).

Valeriano y Galieno.—De este modo, el cambio de emperadores había adquirido un carácter verdaderamente fantasmagórico. Sin embargo, con el ascenso al trono de Valeriano

y de su hijo y co-reinante Publio Licinio Galieno, la posición del poder central pareció consolidarse. En efecto, Galieno se mantuvo en el poder durante 15 años, hasta el 268. Pero eso no significó para nada un refuerzo del poder en general; al contrario, el período de gobierno de Valeriano y de Galieno representa el punto máximo de la crisis del siglo III, manifestada en una original sucesión de revueltas, motines de soldados, "usurpaciones" y ataques de los bárbaros. Si a pesar de eso Galieno se mantuvo en el trono durante 15 años, esto se debió al hecho de que en aquel tiempo el Imperio ya se había realmente desmembrado y el poder central no interesaba más a las provincias. Gracias a sus brillantes dotes militares, Galieno derrotó uno tras otro a los usurpadores provinciales, pero esto no influyó para nada en la situación general: en el lugar dejado por un usurpador vencido, aparecían dos. Algunos de ellos se mantenían sólidamente en sus puestos, transformándose en emperadores provinciales independientes que en definitiva nada tenían que ver con Roma; y también la autoridad central los dejaba las más de las veces tranquilos, comprendiendo bien que de todos modos no podría vencerlos.

Cuanto más se desarrollaba la guerra civil, más aumentaba la presión de los bárbaros sobre las fronteras. Por eso Valeriano, viejo y experto comandante y administrador, decidió descentralizar el gobierno. Después de dejar en Occidente a Galieno con todos los derechos y poderes de Augusto, se constituyó personalmente en Oriente, en Antioquía, con el fin de organizar la defensa sobre el lugar. De este modo se produjo una primera división del Imperio en dos partes: una occidental y una oriental.

La situación en Oriente se presentaba muy tensa. Toda la costa sur-oriental del Ponto, hasta Trebisonda, estaba sometida al saqueo por parte de los piratas. Los godos habían atacado desde el mar el Asia Menor: Calcedonia, Nicomedia, Apamea, Prusa y otras ciudades costeras habían caído en sus manos. Solamente la creciente de los ríos había frenado posibles avances mayores.

Valeriano marchó desde Antioquía en socorro del Asia Menor. Pero la peste que afectaba al ejército romano lo obligó a regresar. Más peligrosa se presentaba la amenaza de la conquista persa. Ya antes de la llegada de Valeriano a Oriente,

la caballería persa había invadido Siria, llegando hasta Émeso. Los habitantes de la ciudad, bajo la conducción de un sacerdote, la habían derrotado, obligándola a retirarse. Luego el sacerdote había sido proclamado emperador con el nombre de Uranio Antonino, pero según parece el imperio de Émeso se había disuelto ya antes de la llegada de Valeriano.

Muerte de Valeriano. — Valeriano trató de expulsar a los persas de la Mesopotamia, pero frente a Émeso fué derrotado y obligado a aceptar tratativas de paz. Sapor pidió un encuentro personal con el emperador y en esa ocasión Valeriano fué capturado por los persas (260). La leyenda dice que el soberano de Roma, en calidad de esclavo del rey persa, debía prestar su espalda cada vez que aquél subía a caballo...! La suerte posterior de Valeriano no es conocida: parece que murió pronto en la prisión.

Derrota de los persas. — Después de este golpe terrible inferido al prestigio romano, los persas conquistaron la rica Antioquía, capital de Siria. Se dice que la caballería enemiga se acercó a la ciudad con tal rapidez que la mayor parte de la población fué sorprendida en el circo, donde innumerables ciudadanos fueron alcanzados por las flechas persas. Después de Antioquía, llegó el turno de Cesarea. Esta ciudad, ubicada en la región oriental del Asia Menor, cayó en manos de los persas gracias a la traición. ¿Quién sabe hasta dónde habría llegado la caballería persa, si no hubiese acudido el romano Calixto, que logró derrotar al enemigo y arrojarlo de nuevo a Siria? Luego, mientras los persas, cargados de botín, cruzaban el Éufrates, fueron atacados por el gobernador de Palmira, Publio Septimio Odenato y sus filas fueron totalmente desbaratadas. Desde entonces, Siria no tuvo que sufrir más, durante un largo tiempo, incursiones de los persas.

Invasión de los bárbaros. — Mientras tanto, Galieno trataba de defender la frontera del Rin de las agresiones de las tribus germánicas de los francos y de los alemanes. Las ciudades fueron rodeadas de líneas fortificadas; se hicieron venir dos legiones de Britania; una parte del territorio del Rin superior fué evacuada con el fin de estrechar la línea defensiva. Con estas medidas y con algunos tratados que se concertaron con jefes bárbaros, se logró mantener provisoriamente la frontera del Rin. Pero los alemanes y las otras tribus

irrupieron en Italia a través de los Alpes. Un espantoso peligro amenazaba a la propia Roma; en Italia no había tropas. El senado se vió obligado a recurrir a una medida extrema: la distribución de armas a la población urbana. Se logró así poner en pie un ejército bastante grande. Pero los alemanes, cargados de botín, estaban ya volviendo atrás. En el valle del Po fueron afrontados y derrotados por Galieno, que acudía desde el Rin (256).

Movimientos militares y usurpaciones.— En ese momento estalló la revuelta de las legiones en Mesia y en Panonia con la proclamación como emperador del gobernador de Panonia, Ingenuo. Aureolo, general de Galieno, derrotó a los revoltosos en Mursa. Ingenuo fué muerto por su propia guardia mientras trataba de huir. Galieno volvió a Italia, pero en Panonia se produjo una nueva revuelta dirigida por un nuevo pretendiente, el noble senador Regaliano. Éste logró sostenerse bastante tiempo, el suficiente para tener la posibilidad de reforzar las defensas de Panonia y de Mesia contra los sármatas que avanzaban. A nosotros han llegado incluso monedas con su efigie. Pero finalmente también este usurpador fué derrotado por Galieno.

Para la defensa del Rin, Galieno había dejado a Casiano Latino Póstumo, personaje proveniente de la baja plebe, que había hecho carrera hasta llegar a los cargos supremos del ejército, gracias a su capacidad. También a él había confiado el emperador su joven hijo Valeriano, quien tenía además otro tutor en la persona del prefecto pretorio Silvano. Entre ambos tutores se produjeron desavenencias a causa de la división del botín tomado a los alemanes. Silvano, que estaba con Valerio en Colonia, exigía que el botín le fuese entregado a él. Los soldados, irritados por su actitud, se sublevaron y pusieron sitio a Colonia exigiendo la entrega de Silvano y Valeriano. Los sitiados, amenazados por una muerte inevitable, se adhirieron a la exigencia y entregaron el hijo del emperador y su tutor, que fueron muertos de inmediato. En seguida Póstumo fué aclamado emperador (259).

Sesesión de Galia. Póstumo.— Se inició así un movimiento que al principio tuvo un carácter militar local, pero que pronto se transformó en una rebelión general de Galia, España y Britania contra Roma. El centro del mismo fué Galia, que se convirtió, con Postumo a la cabeza, en un estado independiente que duró 10 años, rechazando con éxito todos los ataques de Roma. Póstumo trasladó su capital a Augusta Trevirorum, organizó el nuevo estado formalmente sobre el modelo romano, pero con muchos rasgos diferentes en lo fundamental. Creó un senado galo, instituyó cargos civiles y militares (cónsules, etc.) y asumió él mismo los títulos habituales en los emperadores romanos. El ejército estuvo compuesto sobre todo

por galos, pero sin exclusión de los alemanes y los francos, lo que influyó favorablemente sobre la situación en la frontera renana, donde cesaron casi por completo los ataques de los germanos. Britania y casi toda España reconocieron al nuevo emperador.

La reunión de las provincias occidentales y la consolidación de su situación exterior se reflejó rápidamente en la vida económica: se reanudaron las relaciones comerciales con las ciudades, mejoró la calidad de las monedas, etc. Se dice que cuando Galieno, desesperando ya de vencer a las fuerzas militares de Póstumo, le propuso resolver la cuestión con un duelo, éste le respondió: "Yo no soy un gladiador; he salvado a las provincias que me son fieles y he sido elegido emperador por los propios galos".

Cuando Valeriano cayó prisionero de los persas y Galieno quedó como único gobernador del Imperio, los soldados, como era ya costumbre con cada cambio de soberano, esperaban regalos. Pero el tesoro imperial estaba agotado, las provincias en parte perdidas, en parte destruídas, y esta vez los soldados enfrentaron una desilusión. Por este motivo estalló una nueva revuelta en Siria y se hizo la tentativa de poner sobre el trono ilusorio de los emperadores romanos al derrengado anciano Fulvio Macriano, tesorero militar de la ciudad de Samosata (261). La caja que se encontraba en su poder fué la única causa de su elevación a tal dignidad. No estando en condiciones de dirigir personalmente operaciones militares, Macriano eligió como co-reinantes a sus dos hijos: Junio y Quieto. También se adhirió al movimiento el general Calixto, de quien ya hemos hablado. Macriano y Junio marcharon sobre Europa a través del Asia Menor, mientras Quieto y Calixto quedaban en Émesa para vigilar la retaguardia del nuevo efímero estado. Macriano pasó el Bósforo cerca de Bizancio y trató de operar contra las tropas tracias de Aureolo, que permanecía aún fiel a Galieno; pero a los primeros fracasos el propio ejército entregó al enemigo los nuevos emperadores, y padre e hijo fueron condenados a muerte.

También Pisón, que operaba en Grecia, fué derrotado por el general de Galieno, Valente, al mismo tiempo que caía Macriano. En esta oportunidad los soldados proclamaron a Valente emperador; pero inmediatamente después lo mataron... Había llegado ahora el turno de Aureolo en las tentativas para conquistar el poder. Galieno estaba entregado totalmente a la lucha contra Póstumo y el momento parecía favorable. Fué así que apareció en Iliria otro emperador. Habiéndolo sabido, Galieno abandonó rápidamente Galia y llegado a Iliria logró fácilmente derrotar a Aureolo, reanudando luego la lucha contra Póstumo.

La noticia de la muerte de Macriano determinó en Egipto una nueva usurpación (el nombre del pretendiente no nos es conocido), rápidamente liquidada por Teodoto, uno de los fieles a Galieno. En Émesa quedaban todavía Quieto y Calixto. Contra ellos intervino Odenato, que

se puso del lado de Galieno. Los dos usurpadores, sitiados en Emesa, fueron muertos (262).

Poderio de Palmira. Odenato. — El reconocimiento formal del poder del emperador romano por parte de Odenato, garantizando al Imperio contra las agresiones de Oriente, daba mano libre a Occidente. De hecho Galieno nada podía hacer, y se vió forzado a reconocer a Odenato “jefe de Oriente”. Palmira, pequeña ciudad antigua ubicada en Siria Oriental a orillas del desierto, hacia mediados del siglo III se había enriquecido y evolucionado fuertemente. La fuente principal del bienestar de la ciudad eran los intercambios entre el Mar Mediterráneo y la Mesopotamia. Las guerras civiles de la primera mitad del siglo no la habían tocado y hemos visto ya con qué éxito Odenato había combatido contra el invicto Sapor.

Pero éste sólo fué el comienzo del poderío de Palmira. En el 262 Odenato marchó de nuevo contra los persas. Sus tropas ocuparon la Mesopotamia y derrotaron a Sapor frente a Ctesifonte. El harem del “rey de los reyes” y su tesoro quedaron en manos de los vencedores. Luego, bajo el poder de Odenato fueron reunidas Siria, Mesopotamia, la parte meridional del Asia Menor, Fenicia y Arabia septentrional. Así fué que a occidente y a oriente del Imperio se formaron fuertes estados independientes.

El 262 fué en general un año difícil para Galieno. Un espantoso terremoto destruyó las ciudades del Asia Menor; en Italia causaba estragos la peste; las tribus mauritanas habían invadido Numidia; los godos, los escitas, los sármatas, habían aparecido de nuevo en la península balcánica devastando Tracia y Macedonia. Éfeso había sido atacado por mar y saqueada; en Bizancio la guarnición se había rebelado, los soldados habían dado muerte a todas las personas ricas y nobles de la ciudad, dividiéndose sus propiedades. Galieno, que se encontraba entonces en el Danubio, marchó rápidamente sobre Bizancio y le puso sitio. Como era casi imposible atacar los inaccesibles muros de la ciudad, el emperador propuso a los revoltosos entablar tratativas, pero cuando los soldados desarmados salieron de las puertas, Galieno ordenó rodearlos y masacrarlos.

Rebelión de esclavos en Sicilia. — Algo más tarde, tal vez en el 263 ó en el 264, estalló una gran rebelión de esclavos

en Sicilia. Se trata de la única rebelión de esclavos del siglo III recordada por nuestras fuentes. Parece, en efecto, que en este período los esclavos intervenían ya en los movimientos junto a los soldados, a los colonos y a la baja plebe ciudadana, y ya no como categoría aislada. En Sicilia no había tropas y por este motivo el movimiento se manifestó como una rebelión de esclavos sostenida probablemente por la población de los campos y de la plebe ciudadana. Infortunadamente, nada podemos decir sobre la historia de la tercera rebelión siciliana, puesto que nuestra fuente sólo dice que "fué reprimida con dificultad".

Reformas militares de Galieno.—La situación catastrófica que se había venido creando en el Imperio alrededor del sesenta obligó a Galieno a recurrir a una serie de importantes reformas. Su objetivo principal era mantener el ejército a disposición de la autoridad central: Galieno trató de resolverlo atrayéndose a los cuadros superiores y creó con ese fin una nueva nobleza militar bajo el aspecto de un cuerpo especial para la defensa de la persona del emperador. Sus componentes tuvieron el título honorífico de *protectores divini lateris* (defensores del flanco divino) y eran exclusivamente oficiales. Según las intenciones de Galieno, este cuerpo de oficiales debía ser su principal apoyo. Entre ellos se elegía también a los altos funcionarios del Imperio.

Contemporáneamente, se prohibió a los senadores el servicio militar y se los excluyó de la actividad administrativa.

Gran importancia para el futuro tuvo la reorganización militar que reforzó a la caballería. Con los ilirios, los mauritanos, los sirios y los germanos se constituyeron numerosos escuadrones de caballería de la mejor, que debían oponerse tanto a los bárbaros de allende las fronteras como a los revoltosos.

Todo este complejo de reformas, seguidas y completadas luego por los sucesores de Galieno, no significaba otra cosa que la victoria del ejército, y no de la baja soldadesca como había sucedido con Maximino, sino de los estratos dirigentes, que eran en gran parte bárbaros.

La preeminencia dada por Galieno a los altos estratos del ejército no excluyó sin embargo una vasta política demagógica con la masa de los simples soldados. Cuando en el 263

se produjo el décimo aniversario de la ascensión de Galieno al trono, la jornada fué celebrada con una grandiosa fiesta militar.

Muerte de Póstumo. — De todos modos, la reforma de Galieno consolidó notablemente al ejército, lo que dió la posibilidad de cumplir enérgicas operaciones contra Galia. En el 264 Galieno envió contra Póstumo a su mejor y más veterano comandante: Aureolo. Pero éste, que ya una vez había traicionado al emperador, se preparaba según parece para una nueva traición y conducía las operaciones muy negligentemente. Entonces el emperador fué personalmente a Galia y, a pesar de que Victorino, uno de sus generales, se pasó a Póstumo, derrotó a los galos en algunas batallas.

Esto significó para Póstumo el comienzo del fin. Los fracasos militares reagudizaron en su ejército los contrastes entre elementos romanos y galos, y finalmente las legiones romanas se rebelaron, al mando de Cayo Ulpio Leliano. Póstumo logró sofocar la revuelta, pero fué muy pronto muerto por sus propios soldados, a quienes había prohibido saquear la ciudad de Maguncia (268).

Zenobia. — Mientras tanto Oriente gozaba, después de la victoria de Odenato sobre Sapor, de una relativa calma. Sin embargo, alrededor del 266 el soberano de Palmira murió a manos de uno de sus parientes. Es muy probable que en esta conjuración de palacio estuviera presente la mano de Roma; de cualquier modo, los conjurados no habían calculado bien sus posibilidades, porque los círculos dirigentes de la sociedad de Palmira no los sostuvieron. Los asesinos fueron capturados y ajusticiados y se puso al frente del estado a la mujer de Odenato, Zenobia, en calidad de regente por su hijo Vabalato. Zenobia era una mujer instruida y capaz. Bajo su gobierno, Palmira se volvió aún más floreciente que con Odenato. Durante algunos años, todas las tentativas de Roma por liquidar la independencia de Palmira resultaron vanas. Sólo el segundo sucesor de Galieno, Aureliano, logró someter al Estado oriental (ver más adelante).

Devastación de Grecia. — En el 267 los bárbaros del Ponto, hérulos, godos y sármatas, iniciaron una nueva y grandiosa incursión en Asia Menor y en la península balcánica. Una enorme flota de 500 naves atacó a Bizancio. La ciudad fué

conquistada, pero poco tiempo después las tropas enviadas por Galieno volvieron a expulsar a los bárbaros, a los cuales luego la flota romana infligió otra derrota en el mar. Sin embargo los bárbaros distaban mucho de haber sido destruidos. Reforzados con nuevos contingentes, atravesaron el Helesponto, conquistaron las islas septentrionales del Mar Egeo y desembarcaron sobre la península balcánica. La mayor parte de Grecia fué saqueada. Los viejos centros de la civilización antigua —Atenas, Corinto, Esparta, Argos, Eleusis— cayeron en manos de los bárbaros. Al no recibir ayuda alguna de Occidente, la población pudiente de las ciudades griegas empezó a construir baluartes para la defensa. Uno de éstos, compuesto por la juventud noble ateniense, al mando del historiador Deipos, derrotó a una parte de los godos frente a los muros de Atenas.

Finalmente apareció la flota romana. Los bárbaros se retiraron a Beocia y luego a través del Epiro y de Macedonia se dirigieron a Tracia. Aquí fueron alcanzados y derrotados por Galieno, que había acudido en socorro; pero numerosas divisiones enemigas lograron retirarse al Ponto mientras Galieno se veía obligado a desistir de la persecución y a volver rápidamente a Occidente, donde Aureolo, dejado para defender de los galos el valle del Po, había provocado una nueva rebelión. También esta vez, gracias a su talento militar, Galieno, sostenido por el ejército reformado, tuvo la posibilidad de vencer al usurpador. Aureolo fué derrotado y se encerró en Milán, mientras Galieno ponía sitio a la ciudad.

Muerte de Galieno.—Aquí el incansable emperador que durante 15 años había luchado encarnizadamente por la salvación de la Roma esclavista, encontró su fin. A pesar de la excepcional capacidad de jefe militar y político que lo caracterizaban, no pudo terminar su obra. La tarea era demasiado compleja y superaba las fuerzas de un solo hombre. Galieno se había agotado en la lucha. En los últimos años de su vida, él, uno de los hombres más cultos de la época, amigo del famoso filósofo Plotino, empezó a perderse cada vez más en orgías y a caer en el fango de la disolución. Cierta inestabilidad y ligereza que siempre habían caracterizado su conducta empezaron a manifestarse bajo formas peligrosas.

Entre la alta oficialidad del ejército que asediaba a Milán

maduró contra él un complot. Lo dirigían el prefecto de los pretorianos, Heracliano; los generales Marciano y Aureliano; el comandante de la caballería iliria Cecropio y Marco Aurelio Claudio, ilirio de origen, uno de los más capaces y viejos generales, favorito de Galieno. Una noche los conspiradores sembraron la alarma en el campamento, informando al emperador de que Aureliano estaba preparando una salida. Galieno, casi desnudo, saltó a caballo y se lanzó contra el supuesto enemigo sin dar tiempo a seguirlo ni siquiera a su guardia personal. En la confusión que se produjo, uno de los conspiradores infirió a Galieno una herida mortal. A punto de morir, el emperador nombró sucesor suyo a Claudio, sin sospechar su participación en el complot (marzo del 268). Los soldados, entre quienes Galieno era muy popular, en un primer momento se agitaron pidiendo la entrega del asesino, pero con una violenta propaganda y con regalos en dinero se los logró calmar en seguida.

Claudio II. Lucha interna en Galia.— En el momento en que Claudio subía al trono, se manifestaba ya un cambio en el curso de la crisis, sobre todo en Galia. Después de la muerte de Póstumo, el bloque provisorio de amplios estratos de población gala que se había formado bajo su gobierno por la lucha de liberación del país, comenzó a desintegrarse rápidamente. La causa principal de este hecho parece haber sido la profundización del movimiento democrático, que generó en los estratos moderados, es decir ricos, la tendencia a reconciliarse con Roma. El aumento de las corrientes extremas de izquierda en la revolución gala puede deducirse del hecho que, después de la muerte de Póstumo fué proclamado emperador Marco Aurelio Mario, antes un simple herrero, que se había abierto camino durante la lucha contra Roma. Que detrás de Mario se movían las masas democráticas de la población gala y el ejército, está demostrado no tanto por su origen cuanto por el modo en que lo tratan nuestras fuentes. En efecto, éstas se refieren a él con desprecio y afirman que gobernó sólo dos o tres días. Sin embargo, a juzgar por la cantidad de monedas que de él nos han llegado, puede suponerse que el poder de Mario se mantuvo por lo menos durante algunos meses. Sobre la base de las inscripciones puede pen-

sarse también que Mario logró asegurarse el apoyo de una parte del ejército y de la población.

Pero desde el primer momento del gobierno de Mario (el poder de Mario se extendía sobre las regiones adyacentes al Rin) en Galia meridional surgía otro "emperador", Victorino, ex general de Galieno, pasado como hemos visto a Póstumo. Parece que Victorino estaba apoyado por la parte más moderada de la población de Galia. Logró, por medio de regalos en dinero, atraerse a la mayoría del ejército (10 legiones sobre 12), y aunque Mario al principio lo venció en varias oportunidades, fué finalmente derrotado a su vez y murió (268).

Iniciación del movimiento de los bagaudos.— Después de esto, la escisión entre las dos corrientes de la revolución gala continuó profundizándose. Durante el reinado de Victorino (268-270) toda España y la región sur-oriental de Galia reconocieron al romano Claudio. Sólo la Galia nor-oriental y Britania quedaron en poder de Victorino, pero también esta jurisdicción se limitaba, en lo esencial, a las ciudades fortificadas sobre el Rin. Una parte considerable de Galia estaba en efecto convulsionada por levantamientos militares y rebeliones de esclavos y colonos. Se suscitó entonces la primera manifestación de ese grandioso movimiento conocido en la historia con el nombre de "movimiento de los bagaudos"¹⁶⁰. A fines del 269, los campesinos y los soldados pusieron sitio a la gran ciudad de Galia central, Augustodunum (Autun), cuyos habitantes pidieron ayuda a Claudio. Pero el emperador no tenía tiempo de preocuparse por Galia porque la encarnizada lucha contra los godos absorbía todas sus fuerzas. Después de siete meses de sitio, la ciudad fué tomada por los bagaudos. La nobleza y los ciudadanos fueron en parte muertos y en parte huyeron.

Victorino se mantuvo a duras penas sobre el Rin. Los germanos habían empezado nuevamente a hacer sentir su presión sobre la faja fortificada. En el 270 los soldados amotinados mataron a Victorino en Colonia. Su sucesor fué el gobernador de Aquitania, el rico senador Cayo Esvio Tétrico, que llegó al poder después de corromper a los soldados y gracias

¹⁶⁰ *Bagaudos* en celta significaba "luchadores, combatientes".

al apoyo de Victorina, madre de Victorino. Con él Galia se sometió definitivamente a Roma (ver luego).

Derrota de los godos.— El objetivo principal que se presentaba ante Claudio era la lucha contra ese bloque heterogéneo de tribus costeras del Ponto, normalmente denominadas "godos". En la devastación del Imperio a mediados del siglo III éstas habían tenido un papel de gran importancia. Ya hemos señalado cómo la rapidez de los movimientos de los bárbaros y el poder destructivo de sus incursiones puede explicarse con el hecho de que la baja plebe (y a veces también el ejército) era para ellos más frecuentemente una ayuda que un obstáculo. Desde este punto de vista, la lucha contra los bárbaros sólo era una parte integrante de la lucha contra la revolución. Y entre todos los bárbaros, la federación gótica era la más temible para Roma.

En el 269 sobre la orilla nor-occidental del Ponto se reunió de nuevo una gran flota de 1.200 naves. Ella debía apoyar al ejército terrestre de los bárbaros, que llegaba a no menos de 300.000 hombres. Sin embargo la masa organizada no pudo conquistar las ciudades de Tomis y Marchanópolis. Durante el cruce del Bósforo la flota bárbara tuvo grandes pérdidas; la ciudad de Císico, en la costa meridional del Proponto (mar de Mármara), ofreció una encarnizada resistencia y no cedió. Los godos penetraron en el mar Egeo; una parte empezó a devastar la costa tracia y otros irrumpieron en Grecia.

Claudio, con grandes fuerzas, se encontró con los bárbaros cerca de la ciudad de Maiso, en la Mesia superior (Nish). En la primera batalla los romanos fueron derrotados; pero cuando los godos, que se lanzaron a perseguirlos, llegaron a las montañas, fueron rodeados sorpresivamente por el enemigo recuperado y duramente derrotados. Cincuenta mil cadáveres quedaron en el campo de batalla. Sin embargo, los bárbaros lograron defender su campamento y los sobrevivientes se retiraron a Macedonia.

Aquí se agregó a la derrota el castigo del hambre y la peste. A pesar de todo esto, los godos continuaron resistiendo encarnizadamente: sus restos lograron abrirse camino hacia el norte, pero el grueso fué destruido. En manos de los romanos cayeron muchos prisioneros que, transformados en esclavos o

colonos, fueron ocupados en los territorios romanos. A propósito de esta derrota, leemos en la biografía de Claudio:

"Muchos murieron a causa del naufragio de sus naves; muchos jefes, muchas mujeres nobles de las distintas tribus cayeron prisioneros. Las provincias romanas se llenaron de esclavos bárbaros y de escitas agricultores" 170.

A pesar de las exageraciones del autor, el hecho real de la derrota de los godos queda sin discusión. Luego fueron inocuos por mucho tiempo.

Por sus victorias Claudio recibió el sobrenombre de "Gótico". Estas victorias tuvieron un papel decisivo en la represión del movimiento revolucionario y en la consolidación de la autoridad imperial. Claudio no pudo, sin embargo, aprovechar sus éxitos. En el 270 moría de peste en Sirmio.

Aureliano.—Su sucesor fué Domicio Lucio Aureliano, comandante de la caballería, que había desempeñado un importante papel en la derrota de los godos. En Italia el hermano de Claudio, Quintilo, fué aclamado emperador al mismo tiempo que él; pero cuando las tropas itálicas supieron de la elección de Aureliano mataron a Quintilo.

El nuevo emperador, ilirio de origen, como muchos de sus predecesores, se adaptaba bien a la compleja misión que tenía por delante: sofocar el movimiento revolucionario de la baja plebe, eliminar los estados independientes en Oriente y Occidente, continuar la obra de revitalización del ejército iniciada por Galieno, a fin de conducir a su fin la derrota de los bárbaros, siguiendo las huellas de Claudio. Aureliano era un experto soldado, hombre rígido y decidido, despiadadamente cruel cuando era necesario, y al mismo tiempo capaz de mostrar la necesaria elasticidad. Aunque sólo reinó 5 años, en ese breve período la obra de "pacificación" del Imperio dió un gran paso adelante y el sobrenombre de *Restituor orbis* que le dieron sus contemporáneos fué hasta cierto punto merecido.

La lucha contra los bárbaros.—En los primeros dos años, Aureliano lanzó todas las fuerzas a la lucha contra los bárbaros, que continuaban amenazando las fronteras del Imperio. La tribu de los jutungos, que vivía en la Germania meridio-

170 *Scriptores Historiae Augustae*, XXV, 94.

nal, irrumpió en Italia a través de los Alpes, devastando salvajemente la zona antes de que Aureliano pudiera alcanzarlos y derrotarlos definitivamente (270). Inmediatamente después de este episodio, el emperador debió acudir a Panonia para actuar contra los sármatas y los vándalos. También estas tribus fueron vencidas y se obligó a los vándalos a entregar al ejército romano 2.000 jinetes en servicio permanente. En general, Aureliano asoció al ejército romano contingentes bárbaros en mayor medida que sus predecesores.

En el 271, mientras el emperador se encontraba en Panonia, los alemanes, los jutungos, los marcomanos y otras tribus nórdicas irrumpieron de nuevo en Italia formando una masa compacta. Estos pueblos exigían el pago de los habituales subsidios en dinero a los que estaban habituados por los antecesores de Aureliano. Dejando en el Danubio una parte del ejército, el emperador acudió con el resto a Italia. El valle del Po ya había sido saqueado; las fortalezas de Placencia, Polencia y otras habían sido tomadas por asalto. Uno de los ejércitos de Aureliano fué derrotado; los bárbaros pasaron los Apeninos. Con grandes esfuerzos Aureliano logró volver a completar su ejército y en el río Metauro detuvo a la vanguardia de los bárbaros, que poco a poco fueron rechazados en el valle del Po. Finalmente, los romanos obtuvieron en el Ticino una victoria decisiva.

Revuelta de los monetarios.—Según parece, en este período estallaron en Roma serias conmociones, que encontraron un cierto apoyo por parte del senado, desconforme con las tendencias autocráticas de Aureliano (ver más adelante). Entre estos movimientos hay que destacar sobre todo el de los llamados "monetarios", nombre con el que se designaba a los obreros, es decir a los artesanos y esclavos estatales que trabajaban en la casa de moneda en Roma. El motivo de la sublevación fué el siguiente. En el período de las guerras civiles del siglo III se había verificado en gran medida una alteración de la moneda. Los emperadores, tratando de encontrar una salida a las dificultades financieras, habían recurrido continuamente a las aleaciones, aumentando el porcentaje de metales no preciosos o de poco valor. Hacia la época de Aureliano, en la "moneda áurea" no quedaba más que el 1,33 % de oro, mezclado con plata (15,94 %) y cobre (82,73 %).

Aprovechando la situación, los empleados de la casa de moneda disminuían arbitrariamente y en mayor medida aún la cantidad de metal noble incluida en la aleación y se apropiaban de la diferencia.

En su propósito de devolver a la moneda un cierto valor, Aureliano empezó a luchar contra los abusos de los monetarios. A consecuencia de esto, se produjeron los movimientos inspirados por el jefe del establecimiento, Teliciso, que extendiéndose a toda la población urbana degeneraron en una verdadera revuelta. La gravedad de los hechos queda demostrada por el dato de que para atacar la colina del Selio, donde se habían refugiado los revoltosos, las tropas gubernativas perdieron 7.000 hombres.

Aleccionado por los acontecimientos de las últimas décadas, en los que la misma capital se había visto más de una vez expuesta a graves peligros, Aureliano dió comienzo a trabajos tendientes a circundar Roma con un grandioso sistema de fortificaciones. La obra fué completada por sus sucesores.

Comienzo del dominatus.— Con el reino de Aureliano se cierra el largo proceso de evolución de la aristocracia imperial y comienza un nuevo período para el Imperio, período usualmente llamado *dominatus* (de la palabra *dominus* = señor). El senado pierde todo significado. La única fuente de poder es el emperador, que se apoya en el ejército y en un aparato administrativo puramente militar. Aureliano también dió una forma exterior al carácter autocrático de su gobierno. Llevaba una diadema imperial y se hacía llamar oficialmente *dominus et deus natus*. Aureliano introdujo en Roma como culto oficial el del dios Sol. Esta divinidad no era desconocida para los romanos. Ya hemos visto que en la época del Imperio varias creencias orientales se habían difundido también en Italia, entre ellas los cultos de las divinidades solares como la persa Mitra y el dios sirio Heliogábalo. La expedición de Aureliano contra Palmira (ver luego) había suscitado de nuevo en el ejército un fuerte interés por el dios sirio. De regreso en Italia en el 274, Aureliano construyó en Roma un grandioso templo al Sol. La fiesta del nuevo dios fué fijada en el día 25 de diciembre y el propio emperador se convirtió en su sacerdote supremo.

Caida del reino de Palmira.— En el 270 Palmira había al-

canzado la cima de su poderío. Las tropas de Zenobia habían conquistado Egipto y su poder se extendía sobre casi toda el Asia Menor. En los tiempos de su ascenso al trono, Aureliano no disponía aún de fuerzas suficientes para enfrentar al estado oriental y por eso había reconocido a Vabalato como co-reinante, concediéndole el título de cónsul. Pero Zenobia actuaba abiertamente en el sentido de eliminar cualquier último rasgo de dependencia con respecto a Roma. En el 271, en Antioquía y en Alejandría entraron en circulación las monedas con la efígie de Vabalato bajo el título de Augusto.

Entonces la situación de Aureliano en Italia se había considerablemente consolidado y éste se sintió capaz de iniciar una gran expedición contra Palmira (272). En su ruta hacia Oriente, Aureliano se ocupó de los asuntos danubianos. Decidió evacuar las guarniciones y colonos romanos de Dacia, dejándola a los godos. La población romana fué trasladada al sur del Danubio y así cesaron las correrías de los bárbaros en el territorio romano. La frontera danubiana fué fortificada de nuevo con el establecimiento en la zona de colonos militares que, al mismo tiempo, eran colonos de las posesiones militares.

Al acercarse las tropas romanas, los soldados de Palmira abandonaron el Asia Menor casi sin lucha. Sólo Tiana, ciudad de la Capadocia, trató de oponer resistencia, pero fué conquistada gracias a una traición. La primera gran batalla tuvo lugar al norte de Antioquía. La caballería iliria venció a la pesada caballería siria que, cubierta de armaduras al estilo persa, estaba agotada por el calor. Empezó la evacuación de Antioquía. La batalla decisiva tuvo lugar frente a los muros de Émeso. La caballería romana estaba por retroceder cuando la situación fué salvada por la infantería, y Émeso fué conquistada.

Entonces el ejército romano marchó, a través del desierto, sobre Palmira. El sitio de la gran ciudad, cuidadosamente fortificada, costó grandes pérdidas. Los persas, aliados de Palmira, la ayudaban desde el exterior haciendo más difícil la situación de los romanos. El propio Aureliano fué herido por una flecha. La caída de la ciudad se apresuró por la fuga de Zenobia, que no pudiendo soportar los horrores del sitio había tratado de huir con un dromedario más allá del Eufrates,

pero fué alcanzada por la caballería romana, que la capturó. La guarnición de Palmira se rindió, y Aureliano perdonó a la ciudad, sin dejar por eso de llevarse a Roma sus innumerables tesoros. También a Zenobia y a su hijo se les perdonó la vida; parece, sin embargo, que murieron durante el viaje a Roma.

La capitulación de Palmira significó el sometimiento a Roma de la Mesopotamia y Egipto. Ya antes de que Aureliano llegara a Roma se produjeron movimientos en Oriente. Con la mayor rapidez el emperador regresó a Siria y apareció inesperadamente frente a los muros de Palmira, donde ya se había proclamado rey un tal Antioco. Esta vez la represión despiadada no se hizo esperar: Palmira fué destruída y sobre sus ruinas sólo se dejó un campamento romano (273).

Revuelta en Alejandria. — De Siria Aureliano se dirigió a Egipto. También en Alejandria hervía una revuelta, a cuyo frente se había puesto un gran industrial y mercader de nombre Firmo (ver nota 122). Se trataba de un movimiento de los elementos comerciales e industriales de la ciudad en señal de protesta contra la destrucción del reino de Zenobia. La formación del Estado de Palmira, del que Egipto formaba parte, había favorecido, en efecto, el desarrollo del comercio oriental, mientras que el regreso a la situación anterior significaba un grave golpe contra amplios estratos de la población. Alejandria opuso una resistencia encarnizada a Aureliano y por este motivo fué castigada con la destrucción de los muros y la privación de una parte de su territorio.

Fin del "Imperio" galo. — De este modo se restableció en Oriente la unidad del Imperio. Quedaba ahora Galia. Allí, como ya hemos visto, desde el 270 reinaba Tétrico. Pero su poder en realidad se limitaba a algunas ciudades: muchos otros centros estaban en manos de soldados revoltosos. En los campos crecía cada vez más la rebelión de los bagaudos. Muchos puntos fortificados a lo largo de la frontera estaban ocupados por bárbaros; las localidades costeras eran presa de las correrías de los piratas. En estas condiciones, a Tétrico, que representaba los intereses de la parte rica de la población gala, sólo le quedaba, como única salida, someterse a Roma.

Por eso, cuando en el 273 Aureliano marchó contra el emperador galo, éste, en pleno desarrollo de la batalla en la

llanura de Catalaunum (sobre el Marne), abandonó a los propios soldados pasándose a los romanos. Aureliano celebró la unificación con Galia con un gran triunfo en el que también participó Tétrico como prisionero de guerra. Luego Aureliano, reconocido por la traición que había facilitado su victoria, no sólo le perdonó la vida, sino que le concedió un alto cargo en Italia.

Sin embargo, la "pacificación" completa de Galia estaba lejos aún. La rendición incondicional de los estratos ricos de la población galo-romana no significaba todavía el fin de la revolución. Ya en el 274 las tropas de Aureliano se vieron forzadas a intervenir en la lucha contra los bagaudos.

A pesar de los grandes éxitos obtenidos por Aureliano en la tarea que se había fijado —restablecer el "orden" en el Imperio—, aún quedaban muchos elementos en fermento, y no se trataba solamente de los bagaudos. El ejército distaba de ser un dócil instrumento de la autoridad imperial, a pesar de las reformas de Galieno y las victorias de Claudio y de Aureliano. El rígido "restaurador del universo" iba a experimentar este hecho en su propia persona. En el 275 Aureliano emprendió una nueva marcha a Oriente para conducir la guerra contra los persas. En el camino, cerca de Bizancio, él también cayó víctima de un complot militar.

La reacción senatorial. — La muerte de Aureliano parece haber sido inspirada por el grupo de los senadores. Así lo demuestra la breve reacción senatorial que se manifestó contra sus sucesores. Antes de morir, el senado había encontrado la fuerza suficiente para inferir un golpe abierto al régimen autocrático militar. Si bien es cierto que se trataba del último...

El senado de fines del siglo III no era más aquel autoritario representante del esclavismo imperial que fué en el siglo anterior. Ahora se componía en su mayor parte de viejos soldados "en retiro". Los hijos de los senadores ocupaban normalmente distintos cargos en Roma totalmente privados de significación política. La categoría de los senadores ya no tenía ninguna parte política activa y había sido sustituida por la burocracia militar imperial (orden ecuestre). De allí la oposición del senado, que de tanto en tanto se manifestaba abiertamente, a pesar de que la naturaleza económico-social de las categorías senatorial y ecuestre a fines del siglo III

era idéntica, es decir, se basaba en la gran propiedad agrícola semiesclavista (ver luego).

El sucesor de Aureliano fué el viejo senador Marco Claudio Tácito. Sobre su elección las fuentes dan dos versiones distintas: según algunas, Tácito fué aclamado por el ejército y confirmado sólo por el senado; según otras, el ejército le habría confiado al senado la elección de emperador. Como quiera que haya sido (la primera versión nos parece la más probable), queda el hecho de que el senado tuvo una parte bastante importante en los hechos. Pero el régimen monárquico-militar se había arraigado en tal forma que con Tácito no se produjeron, en este aspecto, cambios sustanciales. Tal vez el emperador convocara al senado con mayor frecuencia que sus antecesores, comunicándole "para su conocimiento" sus disposiciones.

Tácito gobernó solamente algunos meses. En ese período rechazó una incursión de los godos en Asia Menor, donde luego fué muerto por los soldados amotinados (276).

Una parte del ejército aclamó emperador al hermano de Tácito, Annio Floriano, prefecto de los pretorianos, que fué reconocido también en Italia. Pero casi al mismo tiempo las tropas sirias eligieron a un ex general de Aureliano, Marco Aurelio Probo (276). Los ejércitos de ambos pretendientes se encontraron en Asia Menor, pero antes de llegar a la lucha abierta Floriano fué muerto por sus propios soldados. Una vez más, el ejército había vencido al senado.

Probo. — Probo (276-282) fué el continuador de la política de Aureliano, a quien se asemejaba también por el carácter. Tan buen político como firme militar, Probo, aleccionado por los hechos del 275, demostró una gran tolerancia frente al senado, concediéndole una aparente participación en el gobierno. El emperador concentró sus mayores esfuerzos en la represión de la revuelta y en la lucha contra los bárbaros. La muerte de Aureliano y la reacción senatorial habían debilitado provisoriamente al poder central, y Probo debió empeñar de nuevo en muchos aspectos.

Después de la muerte de Aureliano, los francos y los alemanes, aprovechándose del hecho de que Tácito estaba ocupado en Asia Menor, habían irrumpido en Galia. La rebelión de los bagaudos les había facilitado el avance. Después de sanguinarias batallas, Probo los arrojó del otro lado del Rin. El territorio entre el curso superior del Rin y el del Danubio, perdido en los tiempos de Galieno, fué reocupado en parte por las tropas romanas. Alrededor de 15.000 francos y alemanes se enrolaron en el ejército romano (277). De allí Probo siguió a lo largo del Danubio, limpiando la región de bárba-

ros (bargundos y vándalos). En el Danubio inferior hizo establecer en territorio romano a la tribu de los bastarnios, siguiendo en esto las antiguas tradiciones de los emperadores romanos sobre política de fronteras.

Después de haber consolidado las fronteras renana y danubiana, Probo marchó al Asia Menor para luchar contra la tribu montañesa de los isaurios, que desde los tiempos de Galieno se había declarado independiente. Por otra parte, este pueblo ya antes sólo había reconocido el poder romano de palabra. Casi inaccesibles para las tropas romanas en sus nidos de montaña, los piratas isaurios habían constituido durante siglos una amenaza para los países vecinos. Para paralizar su actividad, los romanos habían rodeado Isauria con una cadena de fortificaciones; pero esto no había sido suficiente. Probo se introdujo en el corazón mismo de la región y destruyó todas sus defensas. Particularmente encarnizada fué la resistencia de Cremna, que sin embargo fué tomada por asalto después de un largo sitio (279).

En el mismo período algunos generales de Probo sofocaron en Egipto meridional una revuelta apoyada por la vecina tribu libia de los beremios.

Mientras Probo se encontraba en Oriente, un tal Proculo sublevó a los francos en Galia y sostenido por ellos se proclamó emperador en Colonia. Su poder se extendía hasta la costa meridional de Galia. Naves piratas de los francos saquearon las costas de Sicilia y del África septentrional. Proculo fué muerto y su sucesor fué Bonoso. Contra este último intervino el propio Probo, que lo derrotó. También en Britania se produjo una revuelta, pronto dominada. En Siria en el 279-280 fué proclamado el emperador Saturnino, muerto inmediatamente después por sus propios soldados.

En el 281 los últimos vestigios del movimiento revolucionario parecían sofocados y Probo pudo festejar en Roma un espléndido triunfo. La calma que se produjo en el Imperio dió al emperador la posibilidad de dedicarse a la reconstrucción de la vida económica. Los largos años de guerras civiles habían dañado definitivamente las fuerzas productivas de Italia y de las provincias. El comercio había cesado casi por completo, los campos estaban sin cultivar, numerosas ciudades estaban destruidas y abandonadas por su población. Probo

atendió especialmente al desarrollo de la viticultura en las provincias: en España, Galia, Panonia, Iliria. Para los trabajos necesarios (trasplante de vides, irrigación) utilizó ampliamente al ejército, y parece que ésa fué una de las causas del descontento de los soldados. Otras fueron la severidad y las exigencias del emperador, que trataba de llevar la disciplina a un nivel más alto. En el 282 las tropas de Panonia proclamaron emperador al jefe de la guardia, Marco Aurelio Caro, y Probo, que intentó combatirlo, fué muerto por sus propios soldados.

Caro. — Caro, aclamado por las tropas, no pidió la aprobación del senado. Fué el primer caso en toda la historia del Imperio. Si bien ya antes la aprobación del senado no era más que una formalidad, el hecho de que el nuevo emperador no se preocupara mínimamente de obtenerla, demuestra hasta qué punto había decaído el más alto órgano del Estado.

Desarrollo del movimiento de los bagaudos. — Caro nombró ayudantes suyos a sus dos hijos, Carino y Numeriano. Carino se dirigió a Galia con el título de Augusto para combatir contra el movimiento de los bagaudos y contra las invasiones de los bárbaros, estrechamente vinculadas con ellos. Alrededor del 280 la rebelión de los bagaudos había alcanzado su punto máximo de desarrollo; su fuerza mayor estaba en los esclavos y los colonos de las fincas galas, unidos a la baja plebe ciudadana. Los rebeldes habían destruído las grandes ciudades, se habían apoderado de los instrumentos de trabajo y de las escoltas y habían incendiado las construcciones. La mayoría de las ciudades galas había caído en sus manos y había sido saqueada. Galia estaba de nuevo perdida para el Imperio. Los jefes de los bagaudos, Heliano y Amando, habían llegado a acuñar moneda propia.

Carino logró debilitar provisoriamente el movimiento, después de haber derrotado a las fuerzas más importantes de los bagaudos. Pero pequeños escuadrones continuaron actuando en todo el país asaltando a los viajeros ricos, a los funcionarios, a pequeñas unidades militares. Cuando luego Carino fué obligado a abandonar Galia (ver más adelante), la rebelión se reanudó con toda violencia. Contra ellos fué enviado el ayudante del emperador Diocleciano, Maximiano (ver luego), y los bagaudos fueron derrotados nuevamente. Pero tampoco es-

ta vez se logró destruir el movimiento en sus raíces; se prolongó en total 150 años, ora debilitándose, ora retomando fuerzas, y luego pasó a España.

Proclamación de Diocleciano.—Mientras Carino operaba en Galia contra los bagaudos, el emperador en persona con Numeriano se había dirigido al principio a Panonia, de donde había expulsado a los sármatas, luego a Oriente para combatir contra los persas. Las operaciones militares se habían desenvuelto con éxito: los romanos habían llegado hasta Ctesifonte tomando un rico botín. En el camino de regreso Caro había muerto; según algunos, porque fué fulminado por un rayo; según otros, de peste (284). La cosa más verosímil es sin embargo que el emperador haya sido muerto por el prefecto pretorio Flavio Apro, que aspiraba al poder. Sin embargo, a los soldados se les escondió el carácter violento de la muerte de Caro. Su sucesor fué el joven Numeriano, que condujo de nuevo el ejército a Europa.

Un mes después Numeriano tuvo la misma suerte de su padre: fué muerto por orden de Apro. También su asesinato se mantuvo escondido ante las tropas. Por algún tiempo el cadáver de Numeriano fué llevado en parihuelas como si se tratara de un enfermo, pero luego el ejército comprendió lo sucedido. Se reunió una asamblea de soldados indignados; durante la cual el jefe de la guardia, Diocleciano, desenmascaró a Apro y lo mató con sus propias manos. Después de esto Cayo Valerio Aurelio Diocleciano, hijo de un liberto, ilirio de origen, fué elegido emperador. Esto sucedía el 17 de noviembre del 284 en Nicomedia, ciudad del Asia Menor.

En occidente quedaba aún Carino, que después de la muerte del padre se había proclamado emperador. Los dos adversarios se encontraron en Mesia. El ejército de Diocleciano era más débil, pero en plena batalla Carino fué muerto por un oficial de su guardia personal.

De este modo, Diocleciano quedó como soberano único del Imperio.

CAPÍTULO XIII

LA MONARQUÍA DE DIOCLECIANO Y CONSTANTINO (DOMINATUS)

El dominatus y su base social. — Diocleciano reprimió definitivamente el movimiento revolucionario del siglo III. En esto completó la obra iniciada por Aureliano. Pero la victoria sobre la crisis política determinó un cierto cambio que ya se había manifestado con Aureliano. Así como la represión del movimiento revolucionario de los siglos I y II a. C. había requerido la concentración del poder bajo la forma del principado, la derrota del movimiento del siglo III se resuelve en una consolidación del principio monárquico. Se pasó al absolutismo, es decir a una monarquía esclavista burocrático-militar de tipo oriental, que se había desembarazado definitivamente de toda supervivencia republicana. El *dominatus* constituyó una fase ulterior de desarrollo de la dictadura de los esclavistas imperiales, que sin embargo sufrió aún, hacia el siglo IV, una cierta transformación.

Durante el siglo III la economía romana había dado un gran paso hacia la economía natural. Los sectores artesanales y comerciales de la población ciudadana habían sufrido enormemente durante las guerras civiles, porque las ciudades habían sido víctimas del pillaje de los soldados, los bárbaros, los esclavos y colonos rebeldes e inclusive de los soldados imperiales. Las relaciones comerciales entre las provincias estaban rotas; el comercio con Oriente había sufrido un gran golpe; la piratería había vuelto casi imposible los intercambios comerciales en el Mediterráneo. La decadencia del comercio y del artesanado había provocado una agrarización de toda la

vida económica del Imperio. Si bien es cierto que la agricultura también había sufrido con los acontecimientos del siglo III, fué en medida mucho menor, y además resultaba más fácilmente reconstruible.

Naturalmente, el desarrollo de las relaciones agrarias se verificaba en aquella dirección que ya se había notado mucho antes, es decir hacia una consolidación del sistema de los colonos por una parte, y por la otra hacia la concentración de la tierra. La crisis del siglo III había apresurado estos procesos. En la situación de crisis desaparecieron rápidamente los restos de la pequeña propiedad libre y de los pequeños arrendatarios. Es cierto que durante las revueltas de los campesinos en Galia, España, Egipto y otras regiones la gran propiedad había sido duramente golpeada, pero se trató de revueltas luego sofocadas y después de las cuales el proceso de concentración de la tierra en manos de los grandes propietarios, a costa de los pequeños productores se había reanudado. Aunque el número de esclavos había aumentado considerablemente a fines del siglo III, como consecuencia de los triunfos militares de Aureliano y Probo, éstos continuaron siendo explotados como colonos.

Así fué que la clase de los esclavistas comenzó a transformarse en una clase de grandes propietarios rurales de tipo semiesclavista y semiservil¹⁷¹. La mayoría de estos propietarios de fines del siglo III provenía del ejército: muchos de ellos eran bárbaros. Se trataba de la nobleza burocrático-militar, apoyada económicamente sobre sus propias grandes posesiones, que explotaba a la masa de colonos y de esclavos de ella dependiente. Esta era la base social principal del *dominatus*.

Los propios emperadores de fines del siglo III y comienzos del IV fueron grandes terratenientes, propietarios de vastas posesiones dispersas en todos los rincones del Imperio. Decenas de millares de colonos y esclavos vivían en las tierras imperiales procurando los productos necesarios para el mantenimiento de la corte y de su numerosa servidumbre. De este modo, los emperadores disponían, a más del sostén de la no-

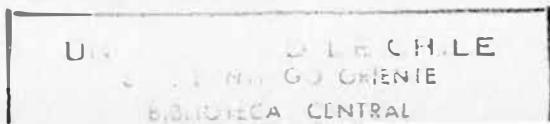
171 "Semiservil" no significa "semifeudal". Las relaciones de servidumbre de fines del Imperio constituyeron una forma particular de disgregación de las relaciones esclavistas, como explicamos más adelante.

bleza agraria imperial, de una sólida base de apoyo directa, que les venía de sus colosales propiedades territoriales.

Organización del poder y restauración del Imperio. — Después de la victoria sobre Carino, Diocleciano no regresó a Roma, sino que hizo de Nicomedia, donde había sido aclamado emperador, su capital. Este enfrentamiento con la ciudad eterna se debía a algunas causas. En primer lugar, el Oriente estaba libre de tradiciones republicanas y senatoriales, que en Italia seguían siendo fuertes; durante milenios la población de Oriente se había acostumbrado a la monarquía autocrática y despótica, que era precisamente la que Diocleciano pensaba fundar. En segundo lugar, Nicomedia se encontraba más cerca de las más amenazadas regiones del Imperio: la frontera danubiana y Siria. Desde Nicomedia sería más fácil vigilar el Ponto y los Estrechos, cuya posesión constituía la premisa fundamental del dominio romano en Oriente. En tercer lugar, económicamente el Imperio era más sólido que Occidente. A pesar de las correrías de los persas, a pesar de las tremendas devastaciones provocadas en la península balcánica y en el Asia Menor por las invasiones de los bárbaros, en Oriente el artesanado y el comercio habían permanecido en un nivel más alto que en Occidente. Algunos hechos, como el florecimiento de Palmira en el siglo III, demuestran que las fuerzas productivas de Oriente aún no estaban totalmente abatidas. Además, Oriente era más civilizado que Occidente.

En Nicomedia, que Diocleciano embelleció con espléndidos edificios, aunque de dudoso gusto (en ese tiempo los romanos se habían barbarizado), el emperador se rodeó de un lujoso ceremonial de corte. Durante las audiencias y en las solemnidades de corte aparecía con ropa de seda tejidas con oro, con calzado romano adornado de piedras preciosas; en la cabeza llevaba una diadema, constituida por una faja blanca tachonada de perlas. Era extraordinariamente difícil aproximarse al emperador: eunucos, oficiales de servicio, empleados de corte de distintos rangos, guardias, completaban el "sagrado palacio". Aquellos que tenían la suerte de encontrarse con la persona del emperador debían arrodillarse a su paso. El título oficial de Diocleciano fué *dominus* (señor, amo); su imagen fué adorada.

Todo este ritual de corte tenía una doble finalidad: por



un lado, se quería rodear a la persona del emperador de una aureola de grandeza suprema y tender un abismo entre él y los simples mortales; por el otro, se pensaba proteger de ese modo al emperador de los atentados, tan frecuentes en el siglo III.

A pesar de toda esta pompa, Diocleciano siguió siendo, por lo demás, un incansable guerrero y un político práctico. En los primeros años de su reinado la situación interior y exterior del Imperio siguió siendo tensa. En el 285-287 combatió con éxito en el Danubio; en el 287 emprendió una expedición contra los persas y volvió a poner en el trono de Armenia a su favorito romano, Tirídates; en el 290 expulsó a los árabes de Siria.

De la defensa de Occidente Diocleciano encargó a su amigo Marco Valerio Maximiano. Ya en el 285 lo nombró César y en el año siguiente lo elevó a la dignidad de Augusto. Fue así que el Imperio tuvo dos emperadores y todas las disposiciones surgían en nombre de ambos. Maximiano tomó como capital a Milán. Militar experto y capaz, en el 286 infligió una serie de duras derrotas a los bagaudos, sofocando provisoriamente el movimiento. Luego se vio obligado a luchar con los viejos enemigos de Roma, los francos y los alemanes. En esta oportunidad, muchos bárbaros fueron aceptados en calidad de colonos militares en la Galia septentrional. Contra Maximiano se rebeló también el jefe de la flota, Carausio, que defendía la costa gala. Aliado con los galos y sajones, se apoderó de Britania y se declaró emperador. En sus manos cayeron varios puertos importantes de Galia. Maximiano no logró dominar a Carausio y se vio obligado a reconocerlo como co-reinante.

Alrededor del 293 se hizo evidente que tampoco dos emperadores diferentes podrían afrontar con facilidad las dificultades exteriores e interiores. Por eso se decidió que cada uno de ellos nombrara un ayudante (César). El mismo día, el 1 de marzo del 293, se efectuaron estos nombramientos. En Nicomedia, Diocleciano eligió como sucesor a César Cayo Galerio Valerio Maximiano, hijo de un simple pastor, ¡aunque él decía que su madre había sido fecundada por un dios en forma de serpiente! Maximiano eligió a Cayo Flavio Valerio Constancio Cloro, hombre de noble origen. Para dar solidez

a todo el sistema, los Césares fueron adoptados cada uno por su Augusto y casaron con sus hijas: Galerio se casó con Valeria, hija de Diocleciano, y Constancio con Teodora, nuera de Maximiano.

Aunque los Césares sólo eran ayudantes de los Augustos, cada uno de ellos recibió sin embargo una parte del Imperio para gobernarla. En consecuencia, el Estado quedó, de hecho, dividido en cuatro partes: Diocleciano tuvo el gobierno directo de Tracia, Asia y Egipto; Galerio, de la península balcánica, excepto Tracia; Maximiano, de Italia, España y África, y Constancio Cloro, de Galia y Britania. Este sistema se llamó tetrarquía.

La institución de la tetrarquía se debió, a más de las causas directas de que ya hemos hablado (descentralización del gobierno para garantizar un mayor éxito a la lucha contra los movimientos provinciales y contra los bárbaros), también a profundas razones políticas y económicas. Políticamente, este sistema de gobierno colegiado, según Diocleciano, debía garantizar un orden seguro de sucesión y eliminar las usurpaciones. En efecto, cada Augusto, después de 20 años de gobierno, debía renunciar al poder y cederlo a César, quien a su vez nombraría un nuevo César, lo adoptaría, etc. Eligiendo para el gobierno los jefes militares más destacados, este sistema garantizaba al Imperio contra usurpaciones ilegales por su parte.

Además, el regreso a la economía natural había asumido, hacia el siglo IV, proporciones tan vastas que mantener la autoridad del Imperio se había vuelto imposible. Las distintas regiones se habían transformado en unidades económicas cerradas: los vínculos comerciales, políticos y culturales entre ellas se habían debilitado.

Pero la tetrarquía de Diocleciano encerraba en sí muchos factores artificiales, como lo demostró la historia ulterior. Mientras su fundador permaneció en el poder, el mecanismo fué tolerable en cuanto la gran autoridad de Diocleciano mantenía el acuerdo entre los co-reinantes, pero cuando después de 20 años dió las "dimisiones", todo el sistema se vino abajo (ver más adelante).

En todo caso, la división del poder en un primer tiempo dió resultados positivos desde el punto de vista de los obje-

tivos que se había prefijado. Diocleciano sofocó en Egipto la rebelión de Aquileo (296). Luego se inició la guerra contra los persas, que habían ocupado Armenia y Mesopotamia. En un principio Galerio fué derrotado, pero luego, con la ayuda de Diocleciano, logró la victoria en Armenia. Según la paz concertada con los persas, al Imperio se incorporó una parte considerable de Mesopotamia (297). Ya antes, Galerio, en guerra contra los yacigios y los carpios, había consolidado la frontera danubiana. Maximiano luchó con éxito contra las tribus inauritanas de Africa (296). Constancio derrotó al sucesor de Carausio, expulsándolo de los puertos galos, y reocupó Britania (296). De este modo, a fines del siglo III se lograron eliminar, en casi todo el territorio del Imperio, los movimientos revolucionario-separatistas. Contemporáneamente, las fronteras fueron consolidadas y el territorio del Imperio ampliado.

La reforma administrativa.— Por comodidad del gobierno, las antiguas vastas provincias fueron territorialmente empobrecidas, mientras su número fué aumentado, llevándolo hasta 100 (con Roma, que formaba un distrito administrativo especial, hasta 101). Al frente de cada provincia se colocaron funcionarios con distintos títulos: presidente, cónsul, co-rector. Algunas provincias fueron reunidas en unidades más grandes denominadas diócesis. Las diócesis fueron doce: 1. Oriente (Egipto, Cirenaica, Siria, Mesopotamia y Arabia); 2. del Ponto; 3. Asia (Asia Menor); 4. Tracia (y Mesia inferior); 5. Mesia (con Macedonia; Acaya, es decir Grecia; Epiro y Creta); 6. Pannonia y Nórico; 7. Italia (con Recia y Sicilia); 8. de Viena (Galia meridional); 9. Galia; 10. Britania; 11. España, y 12. África. Las diócesis eran gobernadas por suplentes de los prefectos pretorios (vicarios). Los prefectos pretorios eran dos: uno por cada Augusto. En las provincias se estableció una distinción neta entre la autoridad civil y la militar, pero con Diocleciano los prefectos pretorios siguieron concentrando en sus manos tanto los poderes militares como los civiles. Sólo con Constantino fueron privados definitivamente de sus funciones militares.

El aparato burocrático fué organizado rigidamente. La diferencia entre cargos senatoriales y ecuestres desapareció. Todos los funcionarios fueron divididos en rangos y se estable-

cieron los títulos que correspondían a los diversos grados (la reforma fué hecha por Constantino y sus sucesores).

La reforma militar. — Hay que señalar también la reorganización del ejército, iniciada por Diocleciano¹⁷². Consistió esencialmente en la división del ejército en dos partes: un ejército activo destinado a la lucha contra el movimiento revolucionario y a las expediciones, y las tropas de frontera. Estas últimas estaban formadas en su mayor parte por los colonos bárbaros, que no eran utilizados para las expediciones, y que sólo debían defender su porción de frontera. El total de las tropas en armas aumentó sensiblemente.

La reforma fiscal. — Las reformas de Diocleciano exigían grandes recursos para el mantenimiento de los funcionarios y del ejército, y este problema se volvió particularmente agudo a causa de la decadencia de la economía y de la creciente miseria de la población. Por eso mismo se hacía necesaria una completa reorganización de todo el sistema fiscal. En los tiempos pasados, el sistema tributario romano era muy complicado y confuso. Algunas regiones no pagaban, por lo general, impuestos directos (por ejemplo, Italia). Otras pagaban tributos en dinero, otras en especie y principalmente en cereales (Egipto, África). A veces había casos en los cuales el pago se producía parte en especie y parte en dinero.

Diocleciano unificó el sistema. Toda la población agrícola del Imperio fué gravada en igual medida por un impuesto combinado hombre-tierra (*capitatio, jugatio*). La unidad del impuesto personal era el *caput* (la persona): el hombre adulto era considerado una unidad completa; la mujer adulta, media unidad. La unidad del impuesto sobre la tierra era el *jugum* (el yugo): sus dimensiones variaban según la calidad del terreno y el carácter de los cultivos; por ejemplo, un yugo de tierra de pastoreo comprendía una superficie mayor que un "yugo" de terreno dedicado a la viticultura.

Las provincias (Egipto, África) abastecían con sus tributos el trigo para la población de la capital, para el ejército y para los funcionarios. Los ciudadanos debían luego pagar varias tasas sobre el artesanado, el comercio y otras profesiones. Algu-

¹⁷² Fundada sobre los principios de la reforma militar de Galieno. Constantino, a su vez, desarrolló ulteriormente la reforma de Diocleciano, como se verá luego.

nas categorías estaban exentas de cualquier tributo, como los funcionarios, los veteranos, los proletarios, los esclavos, etc.

La reforma tributaria de Diocleciano golpeó duramente a la masas de la población trabajadora del Imperio, no sólo porque se aumentaba la suma total de las contribuciones, sino también porque suponía una cuidadosa determinación tanto de las áreas de propiedad como de la población, trabajo que requería un aumento del aparato burocrático, cuyo mantenimiento recaía sobre las espaldas de los propios contribuyentes y que además, como es lógico, ofrecía grandes posibilidades de abusos. Por otra parte, para un recuento preciso en las condiciones de la época, era necesario que la población permaneciera fija en un sitio. Esta circunstancia reforzó las tendencias a la servidumbre que ya se habían notado en el Imperio. Los colonos fueron vinculados a la tierra no sólo porque no podían pagar las deudas al pequeño propietario, sino también porque el Estado, para recaudar exactamente los impuestos, necesitaba conocer quién era el propietario de un terreno determinado y de cuántos hombres disponía. Por la misma razón, los artesanos estaban vinculados a las corporaciones, que eran garantes del pago regular de los impuestos por parte de sus miembros. Los curiales estaban vinculados a las curias porque respondían personalmente del pago de los impuestos por parte de los ciudadanos.

No es pues casual que existiera, en amplios círculos de la población, un fuerte descontento por las reformas administrativas de Diocleciano. En Lactancio, escritor cristiano de la primera mitad del siglo iv, leemos:

"Cada uno de los cuatro soberanos mantuvo a su disposición, él solo, más soldados de cuantos tuvieron los emperadores precedentes en todo el Imperio. Los impuestos aumentaron en forma inaudita; el número de los que recibían era mayor del de los que pagaban, de modo que los colonos arruinados abandonaron la tierra y los campos quedaron incultos. Todavía peor resultó el hecho de que todas las provincias fueron divididas en partes y que a cada región y a cada ciudad se envió una multitud de funcionarios y recaudadores, cosa que no fué en absoluto favorable para la sociedad. Esta gente sólo trajo consigo condenas, exilio y una corrupción acompañada de crueles violencias." 179

La reforma monetaria. — Con la reforma tributaria hay que vincular las tentativas del emperador de mejorar la circu-

179 *De mortibus persecutorum*, VII.

lación monetaria. Desde el tiempo de los sucesores de Augusto, que había fijado el peso de las distintas monedas y establecido su relación (1 áureo (*aureus*), que contenía $1/40$ de libra de oro¹⁷⁴ = 25 denarios de plata = 100 sextercios), el valor de la moneda había decaído continuamente. Esto se produjo a causa tanto de la disminución del peso de la moneda de oro como de la variación en el porcentaje de aleación. Cuanto más aumentaban las dificultades económicas, más recurrían los emperadores a la depreciación de la moneda. Ya hemos visto antes cuál era la situación a mediados del siglo III. Por este motivo los precios de las mercaderías y de la fuerza de trabajo habían aumentado en forma notable.

Para regularizar la cuestión monetaria Diocleciano estableció, en el 301, nuevas normas fijas. La moneda de oro contendría, desde ese momento, $1/60$ de libra de oro y el denario $1/90$ de libra de plata.

Edicto sobre los precios fijos. — Para luchar contra los altos precios de los objetos de primera necesidad y de la fuerza de trabajo, el emperador, en el mismo año 301, dictó el famoso "edicto sobre los precios de las mercaderías" (*edictum de pretiis rerum venalium*). Este edicto se considera con mucha justicia como la primera tentativa estatal de regular la circulación fijando precios máximos. Encontramos en él las tarifas fijadas para el trabajo de los obreros agrícolas, de los albañiles, carpinteros, herreros, panaderos, zapateros, arrieros de mulas, pastores, aguateros, maestros de lectura y escritura, maestros de aritmética, de lengua griega, geometría, etc. Se establecen los precios máximos del lino y del correspondiente tejido, del calzado de todo tipo, de la carne de buey, de carnero, de cordero, de cerdo, de las distintas calidades de vino, etc. Para los transgresores se prevenían severas penas.

Naturalmente, el edicto no logró su finalidad y parece que poco después fué abolido. En una economía natural, cuando el Estado no está en condiciones de asumir un control planificado de la producción, la fijación de precios no puede sino aparejar un aumento de la especulación.

La política religiosa de Diocleciano. — En su Estado refor-

¹⁷⁴ La libra romana correspondía a 322,53 gr. En consecuencia, la moneda de oro correspondía a más o menos 12 dólares (valor actual, N. del T.).

mado, Diocleciano quiso asegurar además de una base material una base ideológica. Sin embargo su perspicacia no era suficiente para saber elegirse tal base. Sólo la nueva religión podía serlo: el cristianismo se había convertido en aquel tiempo en una enorme fuerza, en particular en Oriente. El sucesor de Diocleciano, Constantino, supo comprender el significado de este hecho nuevo y sacar de él sus consecuencias. En lo que respecta a Diocleciano, él estaba demasiado ligado aún al siglo III, que consideró al cristianismo una secta enemiga del Estado, casi revolucionaria. De ahí que el creador del *dominatus* tomara, en su política religiosa, un camino equivocado, tratando de revitalizar la antigua religión romana. El emperador asumió el título oficial de *Jovius*, es decir hijo de Júpiter (Maximiano fué llamado *Herculius*, hijo de Hércules); hizo construir muchos templos a los dioses paganos y sometió a persecución a los cristianos. La de Diocleciano fué la persecución más tremenda sufrida por la iglesia cristiana. En el 303 un edicto imperial prohibía a los cristianos practicar el culto. Luego hubo una depuración de todos los elementos cristianos de las filas del ejército y de las de los funcionarios. Las cajas de sus comunidades fueron destruidas y sus propiedades confiscadas. Los más fervientes fueron condenados a muerte. Maximiano y Galerio siguieron la misma política de persecución, mientras Constancio Cloro se atenia a una política más blanda, dado que en Galia y en Britania el cristianismo aún no se había difundido como en Oriente.

Renuncia al poder por parte de Diocleciano y lucha entre sus sucesores. — En el 305, cumplidos los 20 años de reinado, según el principio fundamental de todo el sistema los Augustos debían renunciar al trono y transmitir el poder a manos de sus Césares. Una grave enfermedad que había atacado a Diocleciano reforzó esta decisión; Maximiano no parecía muy propenso a dejar el poder, pero Diocleciano lo convenció, poniendo en juego su gran influencia. Fué así que el 19 de mayo del 305 ambos Augustos dimitieron (uno en Nicomedia y el otro en Milán) y se retiraron a la vida privada. Galerio y Constancio Cloro tomaron automáticamente su lugar.

Galerio, hijo adoptivo de Diocleciano, fué el encargado de nombrar los nuevos Césares. Para Occidente nombró a Flavio Valerio Severo y para Oriente, a Valerio Maximino Daya, su

sobrino. Tanto Maximiano como Constancio Cloro quedaron descontentos con los nuevos nombramientos, porque sus hijos, Majencio y Constantino, quedaron excluidos. Si a esto se agrega que Maximiano estaba también descontento por su dimisión forzada, se comprende fácilmente que se dieran todas las condiciones para una rápida crisis de la tetrarquía.

En el verano del 306, durante una guerra con la tribu local escocesa de los pitios, murió en Britania Constancio Cloro. El ejército aclamó de inmediato como Augusto al hijo de su primer matrimonio, Flavio Constantino. Galerio reconoció a Constantino, al principio en calidad de César, y luego también de Augusto. Casi contemporáneamente intervino en la lucha Maximiano, que decidió aprovechar el descontento existente en Roma contra Severo y propuso la candidatura de su propio hijo, Marco Aurelio Majencio, como César de Occidente. En la ex capital del Imperio, que había retrocedido al rango de simple ciudad, estalló una revuelta de tropas y pueblo, durante la cual Majencio fué aclamado César. Maximiano volvió de nuevo al poder, declarándose Augusto. Galerio no se quedó atrás: elevó a Severo a la dignidad de Augusto y lo encargó de castigar a Majencio.

Empezó una larga lucha, durante la cual Severo murió. Galerio nombró en su lugar a Valerio Liciniano Licinio y lo encargó de gobernar Iliria. Luego también Maximino Daya se declaró Augusto, y Galerio se vió obligado a reconocerlo. De este modo, en el 308 existían en el Imperio cuatro Augustos legales: Galerio, Constantino, Licinio y Maximino Daya¹⁷⁵; un César ilegal en Roma, Majencio; y finalmente un usurpador en Africa, Lucio Domicio Alejandro. Estos fueron los resultados de la dimisión de Diocleciano.

Luego sobrevino la segunda fase de la lucha. En mayo del 311, Galerio murió después de haber suprimido, poco antes, con Constantino y Licinio, el edicto contra los cristianos. Licinio quedó como el mayor de los Augustos. En el 312, Majencio, después de haber eliminado al usurpador africano, se alió con Maximino Daya contra Licinio y Constantino.

Hasta entonces este último no había tomado parte en guerra civil. Había quedado en su sede de Treviri ocu-

¹⁷⁵ En el 307 Diocleciano ordenó de nuevo a Maximiano, entrando en contradicción con Majencio, que dimitiera del po-

dose de la organización del ejército y rechazando de cuando en cuando los ataques de los francos y de los alemanes contra Galia. Sus tropas, que comprendían a muchos bárbaros, se encontraban en un estado relativamente bueno. Por este motivo, cuando irrumpió en Italia, el ejército de Majencio, fué vencido rápidamente en el valle del Po. Después de estas victorias, Constantino marchó sobre Roma. Cerca de la ciudad, Majencio fué derrotado de nuevo en una batalla decisiva y mientras trataba de huir se ahogó en el Tiber (28 de octubre de 312).

Según la leyenda cristiana, Constantino, protector de los cristianos, que en gran número formaban parte de su ejército, les habría permitido pintar sobre los escudos la cruz y la letra inicial del nombre de Cristo. Por este motivo Constantino habría vencido a Majencio, pagano y enemigo de los cristianos. La leyenda agrega que el signo sagrado con las palabras *in hoc signo vinces* le habrían sido inspiradas a Constantino en sueños. En realidad esto es poco probable y se tiende a presentar a Constantino mucho más cristiano de lo que era. Los historiadores explican de otro modo el famoso signo. Entre los soldados de Constantino eran más numerosos los devotos de Mitra que los cristianos (el culto de la divinidad persa se había difundido extraordinariamente en el ejército a principios del siglo IV). Por eso sobre los estandartes militares se veía frecuentemente el signo sagrado de Mitra, que recordaba una cruz de ocho puntas y no representaba otra cosa que una esquematización de los rayos del sol. Este signo, similar al cristiano, habría dado origen a la leyenda.

El Edicto de Milán. — Después de la derrota de Majencio, Constantino entró triunfalmente en Roma y luego unió a sus propios dominios (es decir Galia y Britania) las regiones que estaban bajo la jurisdicción de Majencio: Italia, África y España. El mismo año (o el siguiente) Constantino y Licinio se encontraron en Milán, donde dictaron el famoso edicto por el que reconocían a la religión cristiana iguales derechos que a los cultos paganos (edicto de Milán). Se trataba de un acto político muy inteligente. En señal de alianza y amistad, Licinio se casó con Constancia, hermana de Constantino.

La paz entre ambos Augustos no duró, sin embargo, mucho; se fué abajo cuando quedaron como los dos únicos soberanos del Imperio. Esto sucedió después que en el 313 Licinio derrotó a Maximino Daya y este último murió en Asia Menor. En el mismo año, con la muerte también de Diocleciano, todos los miembros de las familias imperiales restantes habían desaparecido.

Llegamos así a la última fase de la lucha. Inmediatamente, en el 314 los Augustos cayeron en un desacuerdo a causa de las fronteras entre sus posesiones e iniciaron una guerra que no tuvo ningún resultado concreto. Los adversarios concluyeron una paz según la cual Tracia, Egipto y las provincias asiáticas quedaban bajo la jurisdicción de Licinio, mientras que todos los restantes territorios del Imperio quedaban bajo jurisdicción de Constantino. Pasaron algunos meses, hasta que en el 323 estalló una nueva guerra. Constantino derrotó a Licinio en Adrianópolis, ocupó Bizancio y puso sitio a su adversario en Nicomedia. Licinio se rindió después de haber obtenido por parte de Constantino una solemne promesa de que le perdonaría la vida (323). Pero al año siguiente Licinio, enviado a Salónica, fué muerto.

La autocracia de Constantino. — Fué así que en el 323 Flavio Constantino, a quien la Iglesia ha dado el apelativo de "el grande", se convirtió en el soberano único del Imperio. Calculador, amplio de miras, astuto y despiadadamente cruel, había podido, por todas estas razones, aventajar a sus adversarios. Fué un digno hijo de su época: supo como nadie reflejar en su actividad las tendencias dominantes de aquel tiempo. Algunas de las medidas que tomó fueron el punto de partida para desarrollos ulteriores y se convirtieron en parte integrante del Medioevo europeo.

El gobierno de Constantino siguió las tradiciones de Diocleciano, aunque una cierta tranquilidad que sobrevino en el interior del Imperio y en sus fronteras le permitió abolir la anarquía y restaurar el gobierno personal. Pero de hecho el sistema de los co-reinantes terminó también con él. Así, mientras el emperador se encontraba en Oriente y dedicaba sus mayores cuidados a la frontera danubiana, la defensa del Rin fué confiada primero al César Flavio Julio Crispo, su hijo primogénito. Los otros tres hijos de Constantino, también con la dignidad de Césares, fueron encargados del gobierno de distintos territorios, a saber: Constantino de España, Galia y Britania; Constante de Italia, Iliria y África; Constancio de las provincias asiáticas y Egipto. Esta descentralización del poder se hizo más efectiva aún por la existencia de cuatro prefectos del pretorio puestos al frente de cuatro prefecturas: Oriente, Iliria, Italia y Galia.

Continuación de las reformas de Diocleciano. — Constantino abolió la guardia pretoriana sustituyéndola con un cuerpo de guardias de palacio. El cargo de prefecto del pretorio perdió así todo carácter militar y la dirección de los asuntos militares pasó a un *magister militum* (comandante de las tropas), ayudado por un *magister equitum* (comandante de la caballería). La diferenciación de las tropas en legiones establecidas en las ciudades y destinadas a la defensa interior (*comitatenses*) y en tropas de frontera (*ripenses o limitanei*), iniciada ya por Diocleciano, fué terminada por Constantino. La barbarización del ejército proseguía a pasos gigantescos. Los bárbaros eran enrolados en masa tanto en las tropas de defensa interna como en los cuerpos de frontera, e incluso en la guardia de palacio; 40.000 godos constituían un cuerpo especial de "aliados" a sueldo del Imperio. Muchos bárbaros ocuparon altos puestos de mando.

Constantino llevó a cabo la reforma burocrática iniciada por Diocleciano. Se crearon nuevos cargos reunidos en un rígido sistema jerárquico con resonantes títulos propios, títulos que ya se usaban desde la época de Adriano. A los títulos y a los cargos se vinculaban privilegios especiales: exención de los impuestos, del servicio municipal, de las reverencias; derecho de entrar en palacio, de ser juzgados sólo por el emperador. Con Constantino la corte imperial se hizo más lujosa y más solemne el ceremonial. El emperador fué elevado aún mucho más con respecto al mundo que lo rodeaba. Su figura fué definitivamente considerada divina; su voluntad se convirtió en única ley. El alto consejo estatal, llamado "consistorio" (*consistorium principis*)¹⁷⁶ sólo tenía carácter consultivo. Todas las instituciones que se relacionaban con la persona del emperador tuvieron el epíteto de "sacras": sacro palacio (*sacrum palatium*), sacro consejo (*sacrum consistorium*), etc.

Traslado de la capital. — Debemos recordar en forma especial una decisión de Constantino que tuvo un significado histórico universal: el traslado de la capital del Imperio a las orillas del Bósforo, en el lugar donde surgió la antigua colonia

¹⁷⁶ Heredó las funciones del antiguo *consilium principis*. El término *consistorium* significa propiamente "edificio donde se reúne gente de pie", puesto que los miembros del consistorio no podían sentarse en presencia del emperador.

griega de Bizancio. La ciudad fué ampliada y reconstruida. El 11 de mayo del 330 tuvo lugar la solemne consagración de la nueva capital, que recibió el nombre de Constantinopla (ciudad de Constantino). Las ceremonias de la consagración tuvieron un carácter en parte pagano y en parte cristiano. La nueva capital fué embellecida con maravillosos edificios y obras de arte tomadas de Roma y de Grecia. El gobierno de Constantinopla se organizó sobre el modelo romano: una parte de los senadores venidos de Roma formó un senado especial¹⁷⁷; al frente de la ciudad se colocó un prefecto.

Hemos hablado antes de las causas que indujeron a Diocleciano a elegir como capital la ciudad de Nicomedia. Las mismas causas provocaron la elección hecha por Constantino. Bizancio compartía las ventajas de Nicomedia, pero tenía además en su favor dos muy importantes: dominaba directamente los estrechos que comunican el Mediterráneo con el Mar Negro y era una especie de "puente" entre Asia y Europa. La maravillosa posición estratégica de la ciudad fué, en efecto, la causa principal del hecho de que Constantinopla sobreviviera a la caída del Imperio romano de Occidente, resistiera a las correrías de los godos, de los árabes y de los eslavos, y recién cayera en el 1453.

Reconocimiento del cristianismo. — En un único punto se separó Constantino de la política de Diocleciano, y fué en lo que respecta al cristianismo. No sólo legalizó la nueva religión con el Edicto de Milán, sino que le reservó un puesto de primer plano en el Estado, hasta el punto de convertirse de hecho en religión oficial. Formalmente el emperador se mantuvo dentro del principio de la tolerancia religiosa proclamada con el Edicto: el culto pagano no fué perseguido; sus ceremonias se mantuvieron oficialmente junto a las cristianas. Según parece, el propio emperador se bautizó poco antes de su muerte, mientras en vida aceptaba los honores divinos como encarnación de Helios (dios Sol); pero Constantino era un político realista y que sabía mirar a lo lejos. Comprendió bien pronto que el futuro pertenecía al cristianismo. Vió claramente la fuerza que había adquirido la pequeña secta. Continuador

¹⁷⁷ Por otra parte, ni el senado romano ni el de Constantinopla tuvieron con Constantino importancia política alguna; se transformaron en simples consejos municipales de la capital.

directo de la obra de Diocleciano, después de haber perfeccionado el nuevo sistema de gobierno absoluto buscaba para él una base ideológica. La nueva monarquía debía ser una monarquía "por la gracia de Dios". Los antiguos dioses del panteón romano no servían para este fin: ya había envejecido. El poder absoluto del único dios terrenal, despojado ya de toda ilusión republicana, no podía ser sancionado sino por este poder absoluto de un único emperador celeste, que no podía ser otro que el Dios de la religión cristiana.

Por este motivo Constantino, aunque conservando oficialmente una posición de tolerancia religiosa, protegió de hecho al cristianismo. Dió a la Iglesia cristiana mayores privilegios y tomó parte activa en las controversias que nacieron en su seno. El clero cristiano fué eximido de las prestaciones personales, recibió el derecho de juzgar los asuntos eclesiásticos; las comunidades cristianas obtuvieron personalidad jurídica (derecho a recibir herencias, a poseer bienes, a comprar, a liberar esclavos, etc.). Constantino presidió el concilio de Nicea, reunido para juzgar la herejía de Ario (ver más adelante) y puso enérgicamente en práctica las decisiones del mismo. Educó a sus hijos en el espíritu de la religión cristiana.

Así, el antiguo Estado moribundo reconoció como uno de sus pilares a la nueva religión. La pequeña secta secreta se había transformado, en dos siglos, en la fuerza social más poderosa. ¿Cómo sucedió esto?

CAPÍTULO XIV

EL CRISTIANISMO

El difícil problema del cristianismo. — No sabemos con precisión cuándo, dónde y cómo surgió el cristianismo, como sucede por lo demás con todas las religiones históricas. Ya se considere el islamismo, el budismo, o el cristianismo, el historiador que trate de trazar un cuadro concreto de su origen se encuentra frente a un problema difícil e idéntico. La religión aparece siempre en forma de movimiento natural cuyas raíces están profundamente escondidas en la psicología social de una época determinada. Es muy pequeña la parte que corresponde en ellas a una personalidad concreta aislada. Cada religión nace en una atmósfera social tensa que, antes de que surja una determinada enseñanza, es ya religiosa. Es la atmósfera de profundo descontento hacia el mundo circundante, de desconfianza en la fuerza del hombre y en su capacidad para poder cambiar las condiciones de vida. Es la fe ardiente en una fuerza sobrenatural como único elemento capaz de ayudar a la humanidad. Es la atmósfera de apasionada espera, de milagro, de apariciones y leyendas provenientes quién sabe de dónde. En tales circunstancias, cualquier hecho real se cubre de velos legendarios de los que se hace luego muy difícil, por no decir imposible, despojarlos en busca de la verdad histórica.

La tarea del emperador se hace aún más difícil por el hecho de que las fuentes a disposición son de una época posterior al fenómeno religioso del que hablan, y fijan ya las líneas esenciales de la religión¹⁷⁸. Estas fuentes (el Evangelio,

¹⁷⁸ Con posterioridad a la edición original de esta obra, ha conmo-

el Corán, etc.) recogen material mitológico-legendario ya en forma elaborada; y como han sido compuestas por personas interesadas en la difusión de la nueva religión, eligen arbitrariamente el material, inventan algunos hechos y esconden otros, con el fin de presentar a la nueva religión bajo la luz más favorable e impresionar así la fantasía de los creyentes.

Las fuentes que se refieren a la historia del cristianismo primitivo tienen todos estos defectos. Las fuentes oficiales son: los cuatro evangelios, (Mateo, Marcos, Lucas y Juan), *Los Hechos de los Apóstoles*, *Las Epístolas de los Apóstoles* y *El Apocalipsis* de Juan. Estos textos han sido compuestos en una época indudablemente posterior a la primera mitad del siglo I d. C., y son por lo tanto muy posteriores a los hechos de los que hablan¹⁷⁹. Además estas fuentes han sido reelaboradas más de una vez y es casi imposible encontrar en ellas el núcleo más antiguo. Los verdaderos autores de estas obras no son conocidos, porque los cuatro evangelistas y todos los apóstoles son personajes inventados. Dificilmente puede hablarse de un autor determinado. Como no nos es posible individualizar a los autores de *La Iliada* y de *La Odisea*, tampoco nos es posible individualizar a los autores de la epopeya religiosa cristiana.

Si se considera su contenido, aunque más no sea solamente el de los Evangelios, enseguida se hace evidente su carácter puramente mitológico. El tema principal es la historia de la vida, de la muerte y de la resurrección de Jesús de Nazaret, típico mito similar a mitos análogos de las religiones orientales. En esta historia todo, desde el milagroso nacimiento de Jesús, fruto del "Espíritu Santo", hasta su resurrección y ascensión al cielo, es una creación religiosa sin relación alguna con la realidad. Además, en la exposición de los mismos he-

vido a los investigadores el estudio de un descubrimiento arqueológico efectuado en Palestina, considerado como la primera fuente documental directa para la historia del nacimiento del cristianismo y de los Evangelios. Puede consultarse el libro *Los rollos del Mar Muerto*, de Millar Barrows, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, o el breviario de E. Wilson, de igual título, publicado por la misma editorial, 1956. (N. del T.)

¹⁷⁹ La más antigua de estas obras, *El Apocalipsis* de Juan, fué compuesta alrededor del 68 d. C.; las otras, ya en el siglo II. Los cuatro Evangelios son más recientes.

chos existen, entre uno y otro Evangelio, divergencias que excluyen la posibilidad de trazar, aun dentro del tono de los textos religiosos, una historia de los orígenes del cristianismo libre de contradicciones.

Las mismas características, propias de la literatura cristiana oficial (canónica), las encontramos también en obras no comprendidas en la lista de libros reconocidos por la Iglesia. Estas obras, como *La doctrina de los 12 apóstoles*, *El pastor de Herma* y otras, nos dan un cierto material para juzgar la ideología del cristianismo primitivo, la composición social de las comunidades cristianas, etc., pero no facilitan para nada las investigaciones de carácter histórico sobre el origen de la nueva religión.

De modo que la literatura cristiana no puede de ninguna manera considerarse como una fuente histórica. Pero se pueden encontrar noticias fragmentarias sobre el cristianismo primitivo en escritores greco-romanos de los siglos I y II d. C., como Tácito, Suetonio, Josefo Flavio y otros posteriores. La crítica histórica ha cuestionado ya desde hace tiempo su autenticidad. Algunas de ellas (por ejemplo las de Josefo Flavio) son sin ninguna duda falsificaciones de amanuenses cristianos, hechas con el fin de reforzar la nueva religión aprovechando la autoridad de famosos escritores o cristianos: otras (como las de Suetonio) son muy fragmentarias e indefinidas como para servir de base para cualquier deducción.

A partir del siglo II, cuando aparecen fuentes más dignas de crédito, tenemos ya datos más o menos precisos sobre el cristianismo. Pero en ese período la nueva religión se había formado casi por completo y la pregunta más interesante, la referente a sus orígenes, no está respondida en estos textos. Y sólo nos queda en este terreno el recurso de las suposiciones.

El problema se hace aún más difícil por el hecho de que el origen del cristianismo no ha sido tratado nunca como una cuestión puramente "académica". Desde su comienzo hasta nuestros días, la nueva religión estuvo siempre en el centro de una encarnizada lucha política. Durante casi dos milenios el cristianismo fué utilizado como el más poderoso instrumento en la lucha de clases, en distintas épocas, por varias clases y con distintas finalidades. Esta circunstancia influyó también en la historiografía. En la literatura histórica burguesa no en-

contramos un tratamiento objetivo del cristianismo. Los historiadores de la Iglesia trataron de resolver el problema partiendo de posiciones definidas y subjetivas de clase, lo que hizo más difícil la solución no sólo de los problemas generales, sino también de los particulares. Sólo el marxismo dió por primera vez la posibilidad de abordar el problema del cristianismo con métodos rigurosamente científicos y objetivos. Pero el historiador marxista se encuentra igualmente en dificultades porque se ve obligado a trabajar sobre la base de una historiografía de clase excepcionalmente exuberante.

Antecedentes del cristianismo. — El problema más fácil de resolver es el de los antecedentes político-sociales e ideológicos del cristianismo. La nueva religión surgió en el siglo 1 d. C. cuando, después de la derrota del movimiento revolucionario de los siglos II y I a. C. los estratos bajos de la población romana fueron presa de una profunda desesperación y apatía. Como no habían adquirido una clara conciencia de clase, no tenían ninguna perspectiva, ninguna esperanza para el futuro. Los esclavos, los campesinos arruinados, la masa ciudadana semiempobrecida se habían mostrado incapaces de sacudirse el terrible yugo de la Roma esclavista. El estado de depresión social, decadencia y desesperación, característico de la época de reacción del siglo 1 del Imperio, fué extremadamente favorable para el desarrollo de tendencias religiosas, tendencias que los primeros en abrazar serían lógicamente los bajos-fondos sociales. “¿Qué salida —pregunta Engels— qué salvación se ofrecía a estos hombres subyugados, oprimidos y empobrecidos, que fuera común a todos los distintos grupos humanos, con intereses extraños los unos a los otros e incluso opuestos? Y sin embargo había que encontrar absolutamente una, un único gran movimiento revolucionario debía reunirlos a todos. Esta salida se encontró, pero no en este mundo. Tal cual estaban las cosas, sólo podía tratarse de una salida religiosa”¹⁸⁰.

Y el cristianismo surgió en sus comienzos como un original movimiento de masas, que trataba de encontrar en la religión la salvación de la realidad circunstante. Naturalmente, se trataba de una ilusión: la religión no salvaba al hombre; por el contrario, actuaba como un narcótico que alivia el dolor. Pero

¹⁸⁰ Per la storia del cristianesimo primitivo, en F. Engels, *Sulle origini del cristianesimo*, Ed. Rinascita, Roma, 1953.

la situación de los sectores populares de la sociedad romana era tan triste y su conciencia de clase tenía tan poco desarrollo que la nueva religión conquistó al Imperio en el curso de dos siglos.

¿Por qué se hacía necesaria una nueva religión? Acaso los antiguos cultos greco-romanos no se adecuaban a esta finalidad? Esta pregunta nos lleva a las raíces ideológicas del cristianismo. La antigua religión romana surgió cuando Roma era aún una pequeña ciudad-estado con una población que se ocupaba sobre todo de agricultura. Las exigencias religiosas de esta población encontraban satisfacción en el culto de los dioses familiares y gentilicios y de las pequeñas divinidades de la naturaleza que protegían el orden de los trabajos agrícolas. Luego la religión romana había sido influida por la griega. Las divinidades itálicas locales, Júpiter, Juno, Minerva, Diana, Marte, identificadas con las griegas, adquirieron su fisonomía. Pero la nueva religión helenizada continuaba siendo el ingenuo politeísmo que correspondía a las primitivas relaciones sociales de la primera República.

Pero después que a fines de la República todo el mundo civilizado mediterráneo pasó al poder de Roma, después que Italia fué sometida a grandes cambios de carácter económico y social, los antiguos cultos dejaron de satisfacer las crecientes exigencias religiosas. ¿Qué podían dar los viejos dioses oficiales de Roma a la variada población del Imperio, que deseaba cada vez más un consuelo religioso? Fué entonces que empezaron a difundirse ampliamente las distintas creencias orientales. En Oriente, en Egipto, en Babilonia, en Siria y también en Grecia existían desde hacía tiempo cultos secretos místicos. En Egipto los misterios de Osiris e Isis; en Asia Menor y en Siria, Actis y Cibeles; en Babilonia, Tammuz e Ijtar; en Grecia, Dionisos. Estos cultos se vinculaban con la creencia en la divinidad que muere y luego resucita.

Aunque en un principio eran una forma de religión campestre, los cultos de las divinidades muertas y luego resucitadas se perfeccionaron bajo la influencia de las contradicciones sociales en aumento. Los dioses tuvieron un carácter de salvadores que redimían con su muerte los pecados del hombre y con su resurrección le daban la esperanza de una vida inmortal. Los ritos de estos cultos correspondían plenamente a

su contenido místico; tenían un carácter secreto y eran accesibles sólo a los iniciados. El servicio divino fué teatralizado para influir sobre la imaginación de los creyentes. En él tenían una gran importancia la música, el contraste entre una iluminación esplendente y la penumbra, y otros elementos similares. Los participantes en los misterios alcanzaban el éxtasis o un estado de conmoción por distintos medios: con el ayuno, con la danza desenfadada, con la música. Entonces les parecía perder su propia personalidad y acercarse a la divinidad.

En relación con la árida y prosaica religión romana estos cultos orientales poseían una gran fuerza de atracción. Conferían abundantemente ese somnífero religioso que tanto necesitaba el decrepito mundo greco-romano.

Tales ideas y concepciones formaron la base del "mesianismo" (mesías significa, en hebreo antiguo, "ungido por el Señor"). El mesianismo es una tendencia religiosa que se manifestó con fuerza particular en la religión hebraica y en el culto persa de Mitra. Partía del reconocimiento de la pecaminosidad del mundo y de la imposibilidad del hombre de salvarse con sólo sus fuerzas. De ahí la creencia en un "mesías" que aparecería como enviado de Dios, como su encarnación, como un hijo de la divinidad. Los hebreos creían que un día aparecería sobre la tierra "el unguido del Señor" que salvaría a su pueblo de la esclavitud romana. Los devotos de Mitra, y especialmente los que pertenecían a los estratos más bajos de la población, esperaban la venida de Mitra, que purificaría al mundo pecaminoso por el fuego e instauraría sobre la tierra el reino de la igualdad y de la justicia.

Las religiones orientales tenían también otra característica, que les atraía a la población de la mitad occidental del Imperio. Era la creencia en un dios único, el monoteísmo. Embriones de monoteísmo se encuentran en todas las religiones orientales: en las de la antigua Babilonia y del antiguo Egipto, en el judaísmo, en el culto de Mitra. Las premisas para el nacimiento del monoteísmo fueron de las más diversas: a veces, como por ejemplo en Egipto y Babilonia, reflejaba la centralización del poder de la antigua monarquía oriental; para los hebreos, la creencia en el dios único Jehová constituía un medio original para mantener la lucha contra los pueblos que

los circundaban; Mitra servía a los persas como símbolo de lucha para sus ataques contra el Asia anterior.

La población de la mitad oriental del Imperio ya no creía, desde mucho tiempo antes, en sus pequeños diossecitos, que no satisfacían las crecientes exigencias religiosas y no correspondían a las nuevas relaciones políticas. Si el politeísmo se adecuaba aún a las condiciones existentes en la antigua República romana, no era en absoluto indicado para la monarquía. La religión romana trató de encontrar una salida desarrollando hacia el monoteísmo algunos cultos como el de Júpiter, el de Roma (la Diosa Roma), el del genio (espíritu bueno) del Emperador, pero se trató de tentativas sin ningún resultado serio. Todos estos cultos tenían un carácter demasiado oficial y no podían dar nada a las masas. ¿Qué podía importarle del genio del emperador al artesano oprimido por la necesidad o al esclavo bárbaro? El monoteísmo de las religiones orientales hablaba mucho más al corazón romano común del siglo I d. C., porque suponía la creencia en un "mesías", en una esperanza de redención y en cultos místicos.

En la elaboración del monoteísmo cristiano tuvo una gran importancia el estudio del filósofo hebreo del siglo I d. C., Filón Alejandrino. Con la ayuda del estoicismo y de la filosofía idealista de Platón, reelaboró el ingenuo monoteísmo de la religión judía, dándole un carácter filosófico y eliminando todos los restos de politeísmo.

El estoicismo influyó sobre el cristianismo en tres aspectos: con su doctrina de la razón divina que dirige el mundo; con la concepción del deber moral a que están sujetos los hombres, y con la enseñanza de la igualdad de todos los hombres.

Durante su proceso de formación, el cristianismo fué también influido grandemente por el gnosticismo (de la palabra griega *gnosis* = conocimiento). Esta es una corriente filosófica-religiosa sincretista, formada alrededor del siglo II d. C. con los más variados elementos de las religiones y filosofías antiguas. Según parece, reflejaba la ideología de los sectores comerciales de las ciudades. En lo esencial, la enseñanza de los gnósticos llegaba a la conclusión de que el hombre, por medio del conocimiento místico (*gnosis*), de la mortificación de la carne, con la pureza, con la abstinencia, podía llegar a comprender la esencia divina del mundo. El mundo material es

mecanismo pecaminoso y representa un alejamiento de la esencia divina del mundo. La finalidad última del proceso de evolución mundial es la confluencia del mundo con Dios. Esto será cumplido por la "razón" (logos) que los gnósticos cristianos identifican con Cristo. Sobre este esquema el gnosticismo constituyó un sistema complejo y fantástico en el cual se fundían elementos de la antigua filosofía idealista con las enseñanzas de las distintas religiones orientales.

El cristianismo en el siglo II se vió obligado a sostener con los gnósticos una encarnizada lucha, porque sus ideas habían penetrado en el seno de la Iglesia, donde se habían desarrollado dando vida a una de las primeras herejías (ver en las páginas siguientes). Pero una vez derrotado el gnosticismo, el cristianismo se encontró con que había recogido forzosamente muchos elementos gnósticos en el dogma y en el culto.

Las tendencias religiosas de las clases bajas de la sociedad romana aparecen claramente al comienzo de nuestra era en producciones originales conocidas con el nombre de "profecías sibilinas". En su mayoría se atribuyen a la antigua profetisa Sibila de Cumas (vol. I, pág. 212). Su valor principal reside para nosotros en que indican los sentimientos de la época. En las profecías son características las aspiraciones mesiánicas permeadas de tendencias sociales. Estas profecías dan un cuadro espantoso del juicio universal: el Hijo de Dios aparece en todo su esplendor e instituye el juicio sobre los vivos y los muertos. Todas las relaciones sociales son invertidas violentamente: los amos se transforman en esclavos y los esclavos en amos. Las profecías abundan en ataques contra Roma, contra la desigualdad social, contra los ricos.

Todas estas ideas que ya en el siglo I d. C. se difundieron ampliamente entre la población del Imperio pueden reducirse a algunos puntos fundamentales: Dios es único; el mundo, hundido en el mal, sólo puede salvarse por voluntad divina; Dios hecho hombre redime con su propia muerte los pecados de la humanidad; en el día del juicio universal la bondad triunfa y el mal es castigado; todos los hombres son iguales y deben amarse el uno al otro.

Orígenes y difusión del cristianismo. — El conjunto de todas estas concepciones formó también el contenido ideológico del cristianismo. Este se formó como corriente independiente

según parece a comienzos del siglo I d. C., diferenciándose gradualmente de los demás cultos orientales, adquirió formas organizativas propias. Esto sucedió primeramente en las ciudades de la mitad oriental del Imperio, en Asia Menor, Siria, Egipto, desde donde la nueva religión penetró rápidamente en Oriente.

El documento más antiguo de la literatura cristiana, *El Apocalipsis*, de Juan, está dirigido a todas las comunidades cristianas del Asia Menor. El vínculo entre el cristianismo primitivo y el judaísmo hace suponer que la nueva religión se haya manifestado en su comienzo entre las comunidades hebreas de las grandes ciudades de Oriente. La atribución del lugar de origen a Palestina (y en particular a la atrasada Galilea) es el resultado de reconstrucciones posteriores.

Sin embargo, surgido en el ambiente judaico, el cristianismo absorbió rápidamente las concepciones religiosas más difundidas en esa época; rompió sus vínculos con el judaísmo y se convirtió en una religión totalmente nueva, con carácter universal. La causa de su rápida difusión no debe buscarse sólo en el hecho de que supo unir felizmente todas las ideas religiosas fundamentales de su época y darles un carácter más general, librándolas de todas las particularidades locales. También las formas organizativas que la nueva religión adoptó fueron fundamentales en el logro de sus éxitos. Los cristianos creaban en cada ciudad una comunidad de creyentes que no sólo era una unión de personas de la misma religión, sino también una forma original de sociedad de socorros mutuos y beneficencia¹⁸¹. El hecho de que la mayoría de los miembros de la comunidad pertenecía a sectores pobres o por lo menos poco acomodados de la sociedad urbana, tuvo una gran importancia. La caja común se formaba en base a limosnas.

La ideología dominante en las primeras comunidades cristianas era la de los estratos sociales más bajos y recordaba sentimientos de los que estaban implícitos en las profecías sibilinas: tendencias niveladoras, ataques a los ricos, exaltación de la pobreza, odio hacia el opresor común, es decir hacia Roma.

El cristianismo en los siglos II y III. — Por otra parte, dado

¹⁸¹ Es posible que los cristianos utilizaran para sus fines también otras uniones, como ser los "colegios de la pequeña gente".

el carácter de las fuentes, conocemos muy poco el cristianismo del siglo I. Apenas es posible, y con grandes dificultades, discernir sus rasgos generales en el complejo de material mitológico y legendario. Distintas son las cosas en lo referente al cristianismo de los siglos II y III, que conocemos mejor, por fuentes más verosímiles. De su examen resulta que en las comunidades cristianas de la segunda mitad del siglo II prevalece ya la población urbana media: comerciantes, artesanos, propietarios de tierras y otros elementos más o menos pudientes. La afluencia de estas categorías a las comunidades cristianas puede explicarse por dos órdenes de causas. En primer lugar, la crisis ideológica alcanzaba a estratos cada vez más amplios de la sociedad romana. El aumento del escepticismo y de la incredulidad se acompañaba con un desarrollo de las tendencias religiosas, de la abstracción de la magia, de los cultos orientales, de la mística, etc. La misma época había generado un Luciano y un Apuleyo. En segundo lugar la pertenencia al cristianismo era ventajosa también desde el punto de vista económico. Las comunidades estaban diseminadas en todas las ciudades importantes del Imperio y mantenían entre sí una estrecha vinculación. Esta circunstancia resultaba conveniente a los mercaderes y los artesanos, como se vió claramente en la segunda mitad del siglo II, cuando la crisis golpeó con mayor fuerza a estas categorías.

El cambio en la composición social de las comunidades del siglo II se reflejó también en su ideología y organización. La afluencia de los elementos pudientes desplazó en forma gradual a los pobres hacia un segundo plano; se empezó a luchar contra las tendencias que se basaban en las profecías sibilinas. Si bien es cierto que en la literatura cristiana del siglo II se encuentran aún ataques contra los ricos y el Estado, también lo es que estos ataques venían debilitándose por el surgimiento de nuevas tendencias. En lugar de las afirmaciones del cristianismo primitivo: "Es más fácil que un camello pase a través del ojo de una aguja y no que un rico entre en el reino de los cielos". "No existen ni judíos ni helenos, ni circuncisos o no circuncisos, bárbaros, escitas, esclavos o libres, sino todos y todos en Cristo", aparecen otros completamente distintos: "También vosotros, siervos, debéis someteros al amo con todo respeto, y no sólo

a aquel bondadoso y benigno, sino también al severo", "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", etc.

Cambia también la organización de las comunidades cristianas, que empieza a adquirir un carácter más sólido. En las comunidades del siglo I la dirección correspondía a los maestros errantes, "profetas" o "apóstoles", que habían creado la nueva enseñanza y la habían difundido por las ciudades del Imperio. Eran los representantes de los miseros y de los esclavos, animados por sentimientos exaltados; precedían la segunda llegada de Cristo, predicaban la renuncia y la división de las riquezas. Pero cuando en el cristianismo empezaron a predominar los estratos poderosos, esta ideología se volvió muy peligrosa. Contra los "profetas" se empezó a luchar tanto en el terreno de las ideas como en el de la organización. La dirección de las comunidades pasó a manos de encargados especiales electos entre los miembros de una determinada comunidad y pertenecientes a la parte de ésta constituida por las personas poderosas. Fueron los presbíteros (ancianos), los diáconos (servidores), los obispos (administradores), quienes reunieron en sus manos todos los asuntos de la comunidad e introdujeron en ella el "orden" en beneficio de los ricos. La práctica niveladora (subdivisión de las riquezas, mesas comunes) dejó de existir, siendo sustituida cada vez más por la simple beneficencia.

Por otra parte, también la literatura cristiana fué reelaborada. Se buscó la liquidación de toda la ideología basada en las profecías sibilinas, con su contenido contrario a la propiedad y sus tendencias antiestatales. Fué precisamente entonces cuando se estableció la lista de los libros canónicos, en los cuales la ideología del cristianismo primitivo apenas si aflora. Toda la literatura profética pasa de golpe al número de los libros apócrifos, es decir falsos.

En el siglo III el proceso se desarrolla en otra forma. La crisis empuja a estratos cada vez más vastos de la sociedad, hasta los grandes propietarios, a abrazar la religión. La aceptación del cristianismo por parte de estos últimos se produjo tanto más fácilmente en cuanto la religión que antes era de los esclavos y de los pobres perdía su carácter de oposición, habiéndose puesto al servicio de las clases dominantes. En el siglo III se formó definitivamente la organización general eclesiástica de todo el Imperio. Los obispos se convirtieron en jefes

de las comunidades y a ellos se sometieron los demás funcionarios. Los obispos de las ciudades más importantes del Imperio empezaron a asumir una mayor importancia. Apareció una jerarquía de la Iglesia, organizada según el principio monárquico. A fines del siglo III y a comienzos del IV, los puestos más altos de esta jerarquía estaban ocupados ya por ricos terratenientes, comerciantes y usureros. Entre los cristianos vemos a importantes representantes de la burocracia imperial y a miembros de la propia familia imperial. La Iglesia Cristiana se había vuelto definitivamente aristocrática.

Las persecuciones de los cristianos.—En el mismo siglo III la Iglesia sufrió las primeras grandes persecuciones por parte del Estado. Todas las noticias referentes a persecuciones de cristianos anteriores al siglo III han sido —es lo más probable— inventadas (como la famosa que habría tenido lugar bajo el reinado de Nerón). En el mejor de los casos, se les ha exagerado grandemente. Luego, cuando la Iglesia se hizo legal, evidentemente convenía a los cristianos presentarse como mártires de la fe. Fué entonces que surgieron las leyendas sobre presuntas persecuciones. En realidad las persecuciones fueron muy inferiores en número y estuvieron bien lejos de ser tan crueles como por lo general las describe la historia de la Iglesia.

De cualquier modo, en el siglo III y a comienzos del IV se produjeron efectivamente grandes persecuciones de cristianos. Esto debe relacionarse con el crecimiento del movimiento revolucionario. El cristianismo, naturalmente, no fué nunca una corriente revolucionaria; al contrario, apagaba la energía revolucionaria de las masas al empujarlas en otras direcciones; sustituía la lucha concreta con objetivos terrenos por esperanzas ilusorias en una ayuda divina y recompensas ultraterrenas. En el cristianismo primitivo había algunos elementos dirigidos contra el régimen existente; pero en el siglo III estos elementos habían desaparecido casi por completo. Sin embargo, el gobierno romano seguía considerando al cristianismo como una secta secreta y misteriosa. En la lucha contra el movimiento revolucionario no siempre sabía distinguir y fácilmente podía tomar a los cristianos por revoltosos. Tanto más que en algunas cosas los cristianos mismos daban motivo, como cuando se negaban a hacer sacrificios a los dioses, a inclinarse ante el genio del emperador o a servir en las tropas. Esto creaba en

torno a ellos una atmósfera de sospecha y era lógico que en una situación revolucionaria suscitaran persecuciones. A esto debe agregarse que en el siglo III la Iglesia y muchos de sus representantes eran ricos y la práctica de las confiscaciones, tan difundida en aquellos tiempos, encontraba en este campo una buena aplicación. Y efectivamente, vemos que la finalidad de todas las persecuciones de los siglos III y IV (con Decio, Valeriano y Diocleciano) no era tanto la de perseguir a los hombres como la de confiscar sus propiedades.

La última —y la más grave— de las persecuciones contra los cristianos se produjo con Diocleciano (303-304). Fue la última tentativa de dominar por la fuerza a la nueva religión, tentativa que no llegó a nada; hasta tal punto, que diez años más tarde Constantino y Licinio legalizaban el cristianismo.

¿Por qué el cristianismo fue reconocido por el Estado? — Y henos aquí frente a la pregunta: ¿por qué el Estado reconoció a la Iglesia? Influyeron sobre todo consideraciones de orden político. Hacia el siglo IV la Iglesia Cristiana se había transformado en una organización muy fuerte, en una especie de "Estado dentro del Estado", que abrazaba casi todo el Imperio. Poseía enormes riquezas, contaba en sus filas con un gran número de funcionarios de jerarquía, militares, grandes terratenientes y la aplastante masa de la población artesano-comercial de las ciudades. Poseía un poderoso aparato directivo que no tenía nada que envidiarle a la burocracia imperial. En estas condiciones reconocer a la Iglesia significaba para el Estado encontrar una nueva base social. Y esto era particularmente importante para el *dominatus*, que tendía a crear un poder sólido. Las persecuciones del 303-304 fueron irracionales y sólo puede explicárselas por el hecho de que Diocleciano estaba aún demasiado ligado al siglo III. En cambio Constantino, libre de prejuicios, pudo acercarse al cristianismo con mayor sabiduría y objetividad.

Hay también en el reconocimiento del cristianismo un aspecto más sustancial que las consideraciones de orden político inmediato. Es un aspecto que, naturalmente, ninguno de los contemporáneos podía comprender con claridad y precisión, y que sólo a nosotros, después de 1.500 años, nos resulta evidente. ¿Cuál es el significado histórico del cristianismo? ¿Por qué venció a las antiguas religiones paganas y a la antigua

concepción del mundo? No sólo porque el cristianismo supo reunir en sí las dispares concepciones religiosas de la época y asumir de ese modo el aspecto de una tendencia universal; no sólo porque el cristianismo creó una forma de comunidad bien organizada (organizaciones análogas encontramos también en otras religiones orientales, por ejemplo el mitraísmo). La victoria del cristianismo y su importancia histórica universal se deben al hecho de que en él se manifiesta por primera vez el embrión de una nueva concepción del mundo. Como los colonos, según la expresión de Engels, fueron "los precursores de los siervos de la gleba medioevales"¹⁸², igualmente el cristianismo romano fué el padre del cristianismo medioeval. Los colonos fueron el producto de la descomposición de la economía esclavista del latifundio; en un cierto sentido fueron el primer escalón hacia la pequeña economía individual del feudo medioeval, forma más avanzada del sistema esclavista. También el cristianismo fué el producto de la descomposición del mundo pagano y resultó, sin embargo, una forma más elevada. La novedad que traía consigo era la liberación de la personalidad, encadenada por la religión y la moral de la *polis*. Aun admitiendo que tal liberación tuviera un carácter completo y unilateral —el del perfeccionamiento moral del hombre, de su vínculo personal con Dios, de la responsabilidad personal por los pecados—, sin embargo, en el proceso histórico de liberación del individuo representaba un gran paso adelante. Por este motivo no era posible detener al cristianismo con ninguna persecución. Por eso el reconocimiento por parte de Constantino no sólo fué una sabia medida política determinada por la concreta situación de comienzos del siglo iv, sino también una necesidad histórica.

Las herejías. — La legalización de la Iglesia Cristiana representaba una ventaja para ambas partes; para la Iglesia no menos que para el Estado. Además de las ventajas directas que se derivaban de la legalidad, el reconocimiento por parte del Estado daba a los dirigentes de la Iglesia una herramienta útil en las luchas internas. En efecto, hacia el siglo iv existía, en el seno de la Iglesia, un fuerte fermento. La preeminencia de los elementos pudientes, la consolidación del aparato eclesiástico y la aristocratización de toda la ideología del cristianismo esta-

¹⁸² F. Engels, *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.

ban inevitablemente destinadas a producir una viva oposición por parte de los sectores no privilegiados. Aunque se tratara de sofocar el primitivo espíritu plebeyo del cristianismo, el abismo entre lo que se predicaba desde el púlpito y la realidad era demasiado grande: por una parte estaban el clero y los "hermanos" de la aristocracia, saciados y contentos; por la otra, los propios "hermanos en Cristo" de la plebe ciudadana y campesina, pobres y semihambrientos.

El cristianismo, repetimos, no había sido nunca —y no podía serlo, por su propia naturaleza— una corriente revolucionaria. Pero la gran crisis revolucionaria del siglo III no pudo dejar de reflejarse también en él. La agudización de los antagonismos sociales, manifestada en el Imperio a partir de fines del siglo II, se reveló también en el cristianismo, donde el proceso fué acelerado justamente por la aristocratización de la Iglesia, que había provocado los antagonismos internos.

En esta situación nacieron las llamadas "herejías"¹⁸³, corrientes del cristianismo contrarias a los círculos dirigentes de la Iglesia y a los puntos de vista dominantes. Reflejaban sobre todo la ideología de los cristianos más pobres: esclavos, colonos, plebe urbana y, en parte, también el pensamiento de los estratos medios de la ciudad. En algunos casos las herejías se debían a la lucha por el poder entre los distintos grupos de la jerarquía eclesiástica.

Además del gnosticismo, una de las primeras herejías fué el montanismo (del nombre del "profeta" Montano). Esta doctrina apareció a fines del siglo II contra la "universalidad" del cristianismo, contra el entendimiento con el Estado, contra las propiedades de la Iglesia, etc. Los montanistas esperaban un inmediato advenimiento de Cristo y un terrible juicio, renunciaban a las riquezas terrenales y conducían una vida ascética. Protestaban enérgicamente contra cualquier compromiso con el Estado pagano, a lo que tendían, en cambio, los sectores pudientes de las comunidades cristianas. El oportunismo de estos últimos se manifestó sobre todo con motivo de las persecuciones, cuando numerosos cristianos renegaron de la nueva religión, las más de las veces sólo *proforma* y provisoriamente. En esta ocasión, el montanismo se consolidó reuniendo en sus propias filas a todos los intransigentes.

¹⁸³ Del griego *αἵρεσις* = elección.

En tiempos de la persecución de Decio, y especialmente en los de la de Diocleciano, el montanismo floreció en el norte de África. Allí tomó el nombre de "donatismo", del nombre del obispo Donato, jefe de los intransigentes. La fractura llegó a tal punto que en el África septentrional se formaron dos Iglesias: una de Donato y una ortodoxa.

Un cierto vínculo con el donatismo tuvo el movimiento revolucionario de los esclavos y de los colonos de África septentrional, conocido con la denominación de "movimiento de los agonistas" o "circunceliones". "Agonistas" (combatientes por la verdadera fe) era el nombre que se daban ellos mismos; "circunceliones" (vagabundos) eran llamados en cambio por sus adversarios.

El movimiento se desarrolló con fuerza singular en la cuarta década del siglo iv. Los agonistas sostenían, en su programa religioso, la Iglesia de Donato. Su actividad práctica consistía, en cambio, en quemar y destruir la propiedad, en masacrar a los ricos propietarios agrarios y liberar a esclavos, colonos y deudores. El movimiento tenía un carácter revolucionario tan abierto que la dirección de la Iglesia de Donato se abstuvo de participar en él directamente. Las tropas romanas derrotaron dos veces a los agonistas y luego el movimiento fué disminuyendo, aunque continuó manteniéndose en África hasta comienzos del siglo iv.

La herejía más fuerte y peligrosa que amenazó a la Iglesia en el siglo iv fué el "arianismo". Su fundador fué Ario, sacerdote de Alejandría. En esencia éste sostenía que el Hijo de Dios era inferior a éste por haber sido creado por el padre. La corriente ortodoxa afirmaba, en cambio, que las tres personas de la Trinidad constituían una sola unidad eterna y eran, por lo tanto, iguales. Sobre este desacuerdo se produjeron encarnizadas discusiones. Pronto se reunieron bajo la bandera del arianismo todos los elementos descontentos con el ordenamiento de la Iglesia; pero no sólo eso: el arianismo reunió en sus filas a los restos de la ideología pagana derrotada y trató de vencer al cristianismo en su propio terreno y con sus mismas armas¹⁸⁴.

¹⁸⁴ En la doctrina de Adriano a propósito del Hijo de Dios creado por el padre, revivía bajo una nueva forma la concepción filosófica gnóstica como medio de comprensión entre Dios y el mundo.

Dada la situación de lucha interna, era de suma importancia para las altas esferas de la Iglesia obtener el apoyo del Estado. Constantino no había reconocido al cristianismo para observar sus disensiones internas sin participar en ellas; al contrario, necesitaba una Iglesia fuerte, es decir unida. De ahí que tomara enérgicamente parte en la lucha, colocándose al lado de la corriente dominante. Cuando en el 325 se reunió el Concilio de la Iglesia en Nicea para juzgar la herejía ariana, el emperador lo presidió y se mantuvo en el punto de vista del enemigo de Ario, el obispo Atanasio. En el "símbolo de fe" aprobado por el concilio, el arianismo fue condenado.

Por otra parte, hacia el final de su vida el propio Constantino empezó a ponerse del lado de los arianistas.

CAPÍTULO XV

TENTATIVA DE REACCIÓN PAGANA

La lucha después de la muerte de Constantino.— Después de la muerte de Constantino, que se produjo en el 337, tuvo lugar de nuevo una lucha civil. Ya hemos visto cómo el emperador, antes de morir, había dividido el Imperio entre tres hijos: Constantino, Constancio y Constante, manteniendo para sí sólo la península balcánica (Tracia, Macedonia y Acaya). Constantino había testado a favor de sus nietos Dalmacio y Anibaliano, dejándole al primero la península balcánica y al segundo el gobierno de Armenia y de la costa del Ponto.

El emperador había muerto mientras hervían los preparativos para la guerra contra Persia. El César Constancio, que ya se encontraba en Mesopotamia, al saber de la muerte de su padre se apresuró a acudir a Constantinopla, donde organizó una revuelta militar contra sus tíos y primos. Dos hermanos de Constantino y siete nietos suyos, entre ellos también Dalmacio y Anibaliano, fueron muertos; y Constancio, después de apoderarse de sus posesiones, regresó a Oriente (338). Mientras la guerra contra los persas se prolongaba, en Occidente tenía lugar una guerra entre Constante y Constantino II. Constantino murió en el 340, y Constante, después de haber ocupado las posesiones de su hermano, mantuvo unido a Occidente bajo su poder durante 10 años.

Constante era partidario de las decisiones del Concilio de Nicea y logró con su influencia que el arianismo, cuya importancia había renacido a fines del reinado de Constantino, cediera de nuevo el sitio a la corriente ortodoxa de la Iglesia: Atanasio fué llamado para que regresara del exilio a que

había sido enviado y se lo colocó de nuevo en su puesto de obispo de Alejandría. En el 350 en Galia, Constante cayó víctima de un complot militar organizado por el general Magno Magnencio, jefe de su guardia. Magnencio fué proclamado emperador por Occidente. Al no reconocer Roma al nuevo emperador, eligiendo en cambio a Augusto Nepociano, uno de los nietos de Constantino I, Magnencio marchó rápidamente sobre la ciudad y sofocó el movimiento que le era contrario; Nepociano fué muerto. Mientras tanto las tropas de Iliria elegían emperador al general Vetranión.

Constancio, que no había logrado un curso favorable en la guerra contra los persas, al conocer los acontecimientos producidos en Occidente encargó a sus generales que continuarán las operaciones en Mesopotamia y se apresuró a intervenir. No le fué difícil ponerse inmediatamente de acuerdo con Vetranión, que renunció al poder en forma espontánea (351), pero se vió obligado a usar todas sus fuerzas para vencer a Magnencio. Finalmente, este último fué derrotado en una encarnizada batalla en Panonia. A pesar de esto, Magnencio logró sostenerse aún durante un cierto tiempo y recién en el 353, abandonado ya por todos sus partidarios, terminó sus días con el suicidio. Constancio quedaba, de ese modo, como soberano único del Imperio.

Constancio y el triunfo del arianismo. — El reinado de Constancio marcó el triunfo completo del arianismo. Muerto Constante, la corriente ortodoxa había perdido su defensor más influyente y ahora Constancio podía, ya sin ningún obstáculo, entregarse a sus simpatías arianistas. En un concilio de la Iglesia reunido en Milán, Atanasio fué condenado, lo que determinó una nueva expulsión suya de Alejandría, que se produjo entre grandes tumultos (356). La Iglesia se vió atormentada por disidencias y por luchas violentas que llegaban a tomar el aspecto de verdaderas guerras civiles. Pero esto no impidió al emperador perseguir enérgicamente a los cultos paganos, confiscando las propiedades de sus templos y prohibiendo sus sacrificios.

Antecedentes de la reacción pagana. — En esta situación la antigua religión trató de dar la última batalla al cristianismo. Y no lo hizo embozadamente, ni bajo la bandera de tal o cual herejía, sino en una forma abierta. Esto obedecía a una ley

histórica: la antigua concepción del mundo, las antiguas tradiciones y costumbres religiosas no podían desaparecer de golpe y sin dejar huellas. Todavía anidaban en la psicología de la población; todavía quedaban en el Imperio estratos sociales ligados a lo antiguo, no sólo ideológicamente, sino también materialmente. Eran los sacerdotes de los ahora desiertos templos paganos, los profesores de las altas escuelas de Atenas, Alejandría, Antioquía, Mileto, Efeso, Nicomedia; eran los rectores, los gramáticos, los filósofos, la flor de la antigua intelectualidad. Y no se debe tampoco olvidar que en muchos casos desde la época de Constantino la conversión al cristianismo distaba mucho de estar determinada por factores ideales; tenía en realidad un carácter exterior: el neocristiano continuaba siendo, en su ánimo, pagano.

De modo que aún quedaban en el Imperio elementos bastante numerosos no absorbidos por el cristianismo y por lo tanto contrarios a él. Sólo había que reunir esos elementos y contraponerlos a la nueva religión triunfante. Pronto apareció el hombre que asumió esa tarea.

Juliano.—Constancio no tenía hijos: los únicos sobrevivientes de la casa imperial eran dos primos suyos, Galo y Juliano, hijos de Julio Constancio, hermano de Constantino I. Cuando Constancio había dejado el frente persa para marchar contra Magnencio, había nombrado César a Galo y lo había enviado a Oriente en lugar suyo. Pero pronto Galo suscitó las sospechas de Constancio y fué vuelto a llamar y condenado a muerte (354). Quedaba Juliano. Muy a pesar suyo, Constancio se vió obligado a nombrarlo César y mandarlo a Galia (355), donde los francos y los alemanes se habían vuelto más peligrosos que nunca.

Flavio Claudio Juliano (nacido en el 331) había vivido una juventud difícil. Junto con su hermano, se salvó sólo por casualidad de la terrible masacre organizada por Constancio a la muerte del padre, en el 337. Galo tenía entonces 12 años y Juliano 6. Días terribles esperaban a ambos hermanos. El cruel y desconfiado Constancio, aunque les perdonó la vida, los relegó en dos ciudades distintas del Asia Menor. Los jóvenes fueron rodeados de maestros cristianos que espían sus más mínimos movimientos, dirigidos por Eusebio, obispo de Nicomedia, ariano convencido, hábil intrigante y polemista.

Así recibió Juliano las primeras lecciones de cristianismo de aquéllos a quienes consideraba sus enemigos mortales, y su doctrina se le presentó bajo el aspecto menos favorable, como una disputa interminable entre ortodoxos y arianistas.

Cuando en el 342 Eusebio murió, ambos hermanos fueron enviados a un castillo de Capadocia, donde pasaron 6 años sin salir nunca. Vivieron bajo la vigilancia constante y minuciosa de eunucos de corte, rodeados como antes de numerosos maestros arianos. A Juliano el cristianismo le fué inculcado por la fuerza; se vió obligado, por un sentido de defensa instintiva, a demostrarse convencido y ferviente; observaba los ayunos, iba regularmente a la Iglesia e incluso leía en ella para el pueblo las sagradas escrituras.

Pero parece sin embargo que no todas las personas que rodeaban a Juliano eran verdaderos cristianos. Entre los eunucos había un tal Mardonio que le hizo conocer en secreto los grandes poetas y filósofos griegos. Es fácil imaginarse con qué avidez Juliano se arrojó sobre el fruto prohibido y qué influencia tuvo éste sobre la formación de su concepción del mundo.

Cuando Galo fué nombrado César, había terminado también la relegación de Juliano. Se le permitió vivir en Constantinopla y frecuentar la escuela superior. Por voluntad de Constancio su maestro fué el rector cristiano Hecebolio, que tenía como preocupación principal la de "denigrar a los dioses".

El desconfiado Constancio no pudo tolerar por mucho tiempo la presencia de Juliano en Constantinopla y con el pretexto de hacerle completar los estudios lo envió de nuevo a Nicomedia. Para Juliano esto fué una suerte. En efecto, en esa ciudad enseñaba por ese entonces el famoso rector pagano Libanio y aunque Juliano debió jurar a Constancio que no frecuentaría sus lecciones, supo encontrar una salida recompen-sando con generosidad a un hombre que se encargaba de transcribir las lecciones de Libanio y luego se las entregaba a él secretamente. Más tarde el propio Libanio dijo que Juliano había asimilado su doctrina mucho mejor que aquéllos que habían tenido la posibilidad de escucharlo.

A pesar de todo el secreto de que se rodeaba Juliano, Constancio llegó a saber algo sobre su amistad con los paganos. El joven se vió nuevamente amenazado por el peligro de caer

en desgracia y tal vez también por el de ser muerto; esto lo obligó a disfrazar aún más sus ideas: se cortó los cabellos, se afeitó la barba (los cabellos largos y la barba eran un signo exterior de las creencias paganas), empezó a llevar una vida monástica y entró en el clero de Nicomedia en calidad de lector. . .

En esos años se produjo la conversión definitiva de Juliano. Conversión al pasado, al paganismo; renuncia al odiado cristianismo. Como la mayoría de los hombres de su tiempo, Juliano era una naturaleza profundamente religiosa, pero su religiosidad se había desviado, a causa de las condiciones en que se desarrolló su vida, del camino que a mediados del siglo IV era tradicional. Para Juliano el cristianismo se había convertido en el símbolo de todo lo que odiaba desde su infancia. Los cristianos habían matado a su padre, le habían impuesto a él largos años de exilio bajo una inmediata amenaza de muerte, lo habían obligado a volverse falso e hipócrita. El cristianismo se le aparecía como una monstruosa religión de violencias, engaños, intrigas, vanas discusiones dogmáticas, burdas supersticiones. Junto a esto él veía hermosísimo el antiguo mundo de las divinidades helénicas, encontraba preciosos los tesoros de la antigua civilización. Los paganos no le habían envenenado la vida ni lo habían perseguido; al contrario, ellos mismos eran objeto de persecuciones. De ellos Juliano había recibido secretamente las más luminosas y bellas impresiones de su infancia y su juventud. Para un joven ardiente y exaltado no cabían dudas sobre la elección que debía hacerse.

Dentro del mayor secreto, Juliano se había entregado con pasión al estudio de la ciencia y de la filosofía pagana, atraído sobre todo por la mística y la filosofía religiosa. Con ese fin había ido a Éfeso, donde el famoso neoplatónico Máximo lo inició en la doctrina secreta del neoplatonismo, en el arte de la adivinación y en los procedimientos para "entrar" en contacto directo con los dioses.

El neoplatonismo era una filosofía místico-religiosa, fundada en el siglo III por el filósofo Plotino, sobre la base del platonismo y con fuertes influencias gnósticas. Los neoplatónicos se representaban el mundo como emanación de la fuerza divina, proveniente de un absoluto inalcanzable (Dios). El

primer paso de esta emanación era el mundo de la razón, el mundo espiritual de las ideas; el segundo paso era el mundo del alma, el mundo psíquico y finalmente el tercero y último era el mundo material. Cada paso representaba una caída sucesiva de la fuerza divina y por este motivo al mundo material sólo llegaba un pálido reflejo de la luz proveniente de Dios.

Los neoplatónicos ponían en cada fase de la emanación a los dioses y a los demonios de las religiones orientales y greco-romanas, dando vida, como el gnosticismo, a un sincretismo complejo y fantástico, fase última del desarrollo de la religión y la filosofía antiguas.

La mística, la adivinación, los ayunos y las plegarias, llevados hasta el éxtasis con el fin de "fundirse" con Dios, tuvieron en el neoplatonismo una gran importancia. Casi puede decirse que se trató de un original cristianismo pagano, opuesto a la nueva religión.

Para Juliano el neoplatonismo tenía sobre el cristianismo la ventaja de que, aun satisfaciendo las necesidades religiosas, quedaba dentro del campo de la antigua cultura y del viejo politeísmo, si bien transfigurado por el pensamiento filosófico en el espíritu del monoteísmo entonces de moda; por ello se convirtió en un ferviente adepto del mismo.

A todo esto, se había producido la tragedia de Galo. Juliano, nombrado César, fué enviado a Galia. Un brusco cambio se producía en su vida. De solitario soñador y filósofo debía transformarse en jefe militar, en práctico hombre de estado. En un primer momento, Juliano se desesperó: "¡Eso no me incumbe —gritó—, han puesto la montura sobre una vaca"! Pero luego su naturaleza rica y multiforme triunfó y el nuevo César supo superar todas las dificultades que la situación le presentaba. Asimiló pronto el arte de la guerra y ya en el 357, derrotó a los alemanes en una gran batalla en Argentorates (Estrasburgo). Luego cruzó el Rin tres veces, obteniendo éxitos militares. Combatió victoriosamente también contra los francos, aunque debió permitirles a una parte de ellos que se trasladaran a territorio romano, sobre la orilla izquierda del río fronterizo.

Mientras tanto, Constancio combatía en el Danubio contra los cuados y los sármatas. En el 359 el rey persa Sapor II

cruzó el Tigris con grandes fuerzas, atacando los territorios romanos. El emperador se vió forzado a trasladarse a Oriente y pidió a Juliano que le enviara divisiones auxiliares. Pero el pedido del emperador encontró resistencia en las tropas galas, porque Juliano, en base a un tratado concertado con los bárbaros que servían en su ejército, no tenía derecho a enviarlos fuera de Galia. Estalló así una revuelta que terminó en el invierno del 360 en París, con la aclamación de Juliano como Augusto, que se debió en parte a la gran popularidad de que éste gozaba entre los galos por sus dotes militares y administrativas.

En un primer momento Juliano pidió a Constancio que lo reconociera Augusto y evacuara sus tropas de Occidente; pero al no recibir respuesta alguna del emperador, que continuaba impertérrito su guerra contra los persas, marchó finalmente sobre la península balcánica. Constancio se dirigió a su encuentro, pero el 3 de octubre del 361 murió en Asia Menor. Juliano fué reconocido por todo el Imperio.

Lucha contra el cristianismo.— ¡Por fin se realizaba el sueño de toda una vida! Juliano ya no dependía más de nadie, no tenía ya nada que temer por su vida, podía hacer triunfar sus ideas. Desde que había roto con Constancio abiertamente, Juliano dejó de esconder sus sentimientos. Con él y con su ejército venía de Occidente la reacción pagana sobre el Oriente cristiano.

¿Cómo pensaba el "apóstata" (así fué llamado Juliano por los cristianos) hacer triunfar sus ideas? No entraba en sus intenciones abolir el Edicto de Milán. Toda la experiencia de su vida le había demostrado lo difícil que era luchar por la fuerza contra las ideas.

Sin embargo la lógica de la lucha debía llevar al emperador, en plena posesión del poder, a adoptar medidas tales que de hecho constituían violencias. En primer lugar puso, en todo caso, los métodos de influencia ideológica. Juliano escribió la obra *Contra los cristianos*, en la que concentró todo su odio hacia "la impía secta de los que siguen al Galileo". Con su profundo conocimiento de la literatura cristiana (fruto de la severa educación recibida en su juventud), poseyendo completamente los tesoros de la filosofía y de las ciencias antiguas, Juliano pudo apabullar al cristianismo con sus acusaciones.

Crítico su dogma, puso al desnudo las contradicciones de las "escrituras", ridiculizó las leyendas bíblicas. Hasta tal punto, que no se encuentra en la literatura anticristiana un arma más afilada que el libro de Juliano.

Pero, lo repetimos, la lógica de la lucha empujó al emperador mucho más lejos. Privó al clero cristiano de todos los privilegios que le habían concedido los emperadores precedentes. En el 362 publicó un edicto prohibiendo a los filósofos, gramáticos y rectores cristianos enseñar en las escuelas. La medida, que despertó un enorme descontento entre los cristianos, se debía al hecho que las enseñanzas cristianas no podían interpretar, sin falsear la verdad, a los filósofos y poetas paganos. "Es absurdo que se puedan enseñar doctrinas que no se consideran buenas", decía el edicto. Una de las primeras medidas tomadas por Juliano a su llegada a Constantinopla fué la de permitir el regreso de todos aquéllos que habían sido exilados por Constancio en base a motivos religiosos. Volvieron sobre todo los ortodoxos, entre ellos también el obispo Atanasio. Formalmente la medida estaba dictada por consideraciones de tolerancia religiosa; pero se trataba de hecho de la medida más grave tomada contra los cristianos. En efecto, con el regreso de los ortodoxos Juliano impulsaba la reanudación de las disensiones entre éstos y los arianistas.

Las mismas consideraciones de tolerancia religiosa motivaban la restitución a sus antiguos propietarios de los bienes confiscados por motivos religiosos. Esta disposición beneficiaba sobre todo a los templos paganos a los que en años anteriores se les habían quitado las tierras, los tesoros e incluso los propios edificios. Ahora todo esto debía ser restituido. El edicto daba amplias facultades de persecución a los cristianos, pues era muy difícil buscar a los autores efectivos de las confiscaciones pasadas.

En general la política religiosa de Juliano agudizó al máximo la tensión entre cristianos y paganos. Sintiendo sostenidos por el Estado, éstos últimos pasaron a una cierta ofensiva. Se produjeron disturbios en aquellos lugares en los que la antigua religión había mantenido una cierta cantidad de adherentes. En Alejandría la turba mató al obispo Jorge; las personas conocidas por su actividad contra el paganismo fue-

ron masacradas. El propio Juliano se vió obligado a reconocer que sus partidarios habían pasado los límites en algunos casos.

Como persona inteligente, Juliano comprendía muy bien lo fuerte que era la Iglesia Cristiana. Por eso, deseando restablecer el paganismo bajo "una nueva forma purificada de helenismo" (así llama él a su religión neoplatónica), decidió darle también nuevas formas organizativas. La religión greco-romana, en rigor de verdad, no había conocido nunca un verdadero clero profesional y una jerarquía eclesiástica propiamente dicha, los sacerdotes eran funcionarios electos que ni habían recibido una educación especial ni poseían la preparación necesaria. Juliano trató de crear una jerarquía pagana sobre el modelo de la cristiana. A su frente puso a los sacerdotes más ancianos, que tenían la obligación de vigilar a todos los demás y el derecho a hacer dimitir de sus cargos a aquellos miembros que se mostraran ineptos. Los sacerdotes debían elegirse no entre los ciudadanos ricos y nobles, sino entre aquéllos que más ardientemente combatían por el triunfo del paganismo y, sobre todo, entre los filósofos. El emperador les envió continuamente mensajes exhortándolos a llevar una vida irreprochable, a rogarle frecuentemente a los dioses, a no asistir a los teatros y a abstenerse de la lectura de libros frívolos.

Juliano había comprendido qué importancia tenía en el cristianismo la beneficencia y recomendó con insistencia a los sacerdotes paganos considerar con la mayor atención este aspecto de la religión.

Fracaso de Juliano. Su fin.— Pero fueron vanos todos los intentos de Juliano de hacer revivir el cadáver. Fuera de persecuciones aisladas de elementos cristianos, de la restauración de los templos y ceremonias paganas y de algunas manifestaciones exteriores de paganismo, no hubo nada. Los mismos paganos se reían del emperador por su devoción y por su vida monástica. Su ardiente sentido religioso no se armonizaba con el carácter general del paganismo. Las fantasías neoplatónicas paganos podían atraer sólo a un pequeño número de intelectuales paganos fieles a las tradiciones, pero eran extrañas a la gran masa de la población del Imperio. El espíritu de la religión había abandonado al paganismo, pasándose por completo al cristianismo. Todas las naturalezas religiosas (y en esa hora

terrible en que el viejo mundo se derrumbaba eran muchas) habían abrazado el cristianismo. Sólo las duras condiciones de vida habían hecho de Juliano el enemigo del cristianismo. En otras condiciones, habría escrito con igual habilidad un libro contra los paganos, persiguiéndolos con idéntico encarnizamiento. Esta era la gran tragedia personal de Juliano y en esto consistía también la tragedia de su personalidad histórica. No supo intuir la dirección de la evolución histórica y quiso oponerse a su curso. Por lo mismo, su causa estaba destinado al fracaso y él mismo a perecer.

El "apóstata" reinó en total dos años y medio. En el 363, después de una cuidadosa preparación, reanudó la guerra contra los persas, iniciada por Constancio. En un primer momento las operaciones militares se desarrollaron con éxito para las armas romanas, que fueron llevadas hasta la propia Ctesifonte, pero luego los persas pasaron a la contraofensiva y el ejército romano se vió obligado a retirarse. El 26 de junio del 363, el propio Juliano fué herido de muerte en un encuentro.

El ejército eligió como sucesor suyo al general Joviano. La situación del ejército romano, presionado por todas partes por los persas, era tan grave que Joviano sólo pudo salvarse concediéndoles a éstos casi todas las conquistas hechas por Diocleciano en la Mesopotamia. El nuevo emperador cristiano de confesión ortodoxa, hizo cesar de inmediato toda persecución contra los cristianos. Joviano volvió a poner en auge la ortodoxia y el infatigable Atanasio volvió a abispo de Alejandría.

A principios del 364, Joviano murió de improviso en Asia Menor. Generales y dignatarios, reunidos en concilio en Nicea, eligieron en su lugar a Valentiniano que había sido, bajo Juliano, jefe de la guardia imperial. El imperio entraba en la fase final de su existencia.

CAPÍTULO XVI

FIN DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE. REVOLUCIÓN DE LOS ESCLAVOS E INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS ¹⁸⁵

La sociedad de los siglos iv y v. — En los siglos iv y v la evolución social del Imperio mantuvo la misma dirección que había tomado ya mucho tiempo antes. En la segunda mitad del siglo iv se había venido formando definitivamente un sistema original de relaciones fundado sobre la economía cerrada natural y sobre la servidumbre, característico de la época final del Imperio. La decadencia del comercio ¹⁸⁰ encontró su expresión incluso en todas las formas de pago al Estado o por parte de éste: los tributos, los sueldos, etc., fueron pagados en especie. Empleados y soldados recibían sus haberes bajo la forma de productos, vestidos, muebles. Se trataba de mercaderías provenientes de los almacenes estatales, que a su vez se abastecían con lo que le traían los contribuyentes en concepto de tributos. Sólo los militares y los funcionarios de grado más elevado recibían parte de sus estipendios en dinero.

El comercio se contrajo hasta tal punto que no iba más allá de los límites del mercado urbano local. Las ciudades asumieron un aspecto totalmente distinto del que antes tenían: se

¹⁸⁵ En este capítulo sólo se da una rápida visión de los hechos principales. Para detalles, deberán consultarse textos sobre la historia Medieval, por ej. Historia de la Edad Media, de E. A. Kosminsk, Ed. Futuro, 1959.

¹⁸⁰ Hubo un cierto despertar del comercio hacia mediados del siglo iv, vinculado con las reformas de Diocleciano y Constantino, pero fué momentáneo.

empezaron a parecer más a fortalezas que a centros comerciales e industriales; el área ocupada se redujo, el número de plazas disminuyó, sólidos muros surgieron para la defensa, etc. El centro de gravedad de la vida económica del Imperio pasó por completo a la aldea.

En el campo de las relaciones agrarias triunfó definitivamente la colonia. En el curso de los siglos iv y v el vínculo entre colonos y tierra, que de hecho existía ya antes, tomó forma jurídica con una serie de edictos imperiales que gradualmente fueron quitando a los colonos la libertad de trasladarse, transformándolos en verdaderos siervos de la gleba. Una de las causas más importantes que indujeron al gobierno romano a unir a los colonos a la tierra fué la extrema movilidad de la población. La situación de los estratos medio y bajos de las ciudades y de las aldeas era en efecto tan difícil que todos estaban dispuestos a huir a cualquier lado con tal de sustraerse a los impuestos, a la voracidad de los funcionarios y a las deudas. Y los fugitivos afluían sobre todo a los territorios de los bárbaros. Un escritor romano del siglo v nos ha dejado un vívido cuadro de este fenómeno:

“Y mientras los pobres, las viudas y los huérfanos, despojados y oprimidos, habían llegado a tal extremo de desesperación que muchos aun perteneciendo a familias conocidas y habiendo recibido una buena educación, se veían obligados a buscar refugio entre los enemigos del pueblo romano para no ser víctimas de persecuciones injustas. Iban a los bárbaros en busca de la humanidad romana, porque no podían soportar entre los romanos la inhumanidad bárbara. Aunque eran extraños, por costumbres, por idioma, a los bárbaros, entre quienes se refugiaban, aunque les chocaba su bajo nivel de vida, a pesar de todo les resultaba más fácil acostumbrarse a las costumbres bárbaras que soportar la injusta crueldad de los romanos. Se ponían al servicio de los godos o de los bagaudos y no se arrepentían, pues preferían vivir libremente con el nombre de esclavos antes que ser esclavos manteniendo sólo el nombre de libre” 187.

Pero no siempre era posible huir a las poblaciones bárbaras. Muchos se escondían en el territorio de los propietarios ricos. Para que esto resulte comprensible hay que formarse una clara idea de lo que era, en el siglo iv, la gran propiedad agraria, totalmente distinta del antiguo latifundio esclavista. En el siglo iv la propiedad se había transformado en algo casi independiente, no sólo desde el punto de vista económico,

187 Salviano, *De gubernatione Dei*. V

sino también desde el político. El propietario era un pequeño soberano que reinaba sobre sus colonos y esclavos. Vivía en una residencia resguardada por muros fortificados, protegido por todo un ejército de siervos armados, sin preocuparse casi por el poder central y en absoluto por la política fiscal del mismo. Como quiera que fuese, no estaba en sus intereses permitir que los funcionarios imperiales arruinaran a sus colonos. He aquí por qué recaudar los impuestos de la población de las grandes propiedades era una tarea que distaba mucho de ser fácil. Es natural, entonces, que los colonos abandonaran a los pequeños y medios propietarios para trasladarse a las tierras de los grandes, donde tenían la posibilidad de encontrar una cierta defensa contra los agentes del gobierno.

La movilidad de la población trastornaba todo el sistema fiscal del Imperio. Habiendo pasado la economía al sistema de los cambios en especie, se hacía necesario calcular cuidadosamente cada unidad contribuyente. Cada persona debía permanecer inamovible en su sitio y pagar todo lo que se le imponía. Por esta razón los colonos fueron atados a la tierra; los artesanos, obligados a pagar impuestos sobre los productos de su trabajo, vinculados a sus corporaciones; las profesiones se volvieron hereditarias, quedando obligado el hijo a desempeñar el mismo trabajo que el padre.

Por culpa del empobrecimiento de la población y de la decadencia del comercio, también el artesano entró en decadencia. El gobierno no estaba en condiciones de satisfacer todos sus requerimientos con productos del artesanado, tanto para el abastecimiento de las tropas como para el de la burocracia. Se vió pues obligado a organizar talleres estatales donde trabajaban artesanos y esclavos, vinculados a ellos, en condiciones casi iguales: catalogados y sometidos a los mismos castigos corporales.

Las relaciones de servidumbre se difundieron en casi todos los aspectos de la actividad: en el comercio, en el servicio militar (el oficio de colono en las zonas de frontera se volvió hereditario), en el servicio municipal, etc. Si bien Diocleciano y Constantino habían podido postergar por algunas décadas la disgregación definitiva del Imperio, sólo lo pudieron hacer sofocando el movimiento revolucionario y presionando a todas las fuerzas productivas del Imperio. La servidumbre del

siglo iv era la expresión de este colosal esfuerzo provocado por la reacción política y de la total destrucción de los antiguos vínculos económicos de la sociedad esclavista. Pero se trataba del último esfuerzo. La situación interior y exterior del Imperio había llegado en el siglo iv a un grado de tensión tal, que era inevitable un nuevo estallido.

Engels¹⁸⁸ nos da una descripción clásica de la sociedad romana en vísperas de su fin:

“La llana niveladora de la dominación de los romanos en el mundo había pasado por todos los países de la cuenca del Mediterráneo, durante siglos. En todas las partes donde el idioma griego no siguió resistiéndose, las lenguas nacionales habían tenido que ir cediendo el paso a un latín degenerado; ya no había diferencias de nacionalidades: no más galos, iberos, ligurinos, nóricos; todos eran romanos. La administración y el derecho romanos habían roto en todas partes las antiguas agrupaciones y disuelto a la vez los últimos restos de independencia local o nacional. La calidad de ciudadano romano, conferida a todos, no ofrecía compensación; no expresaba ninguna nacionalidad, sino que indicaba tan sólo falta de nacionalidad. Existían en todas partes elementos de nuevas naciones; los dialectos latinos de las provincias fueron diferenciándose cada vez más; las fronteras naturales, que habían hecho ser antes territorios independientes a Italia, Galia, España y África, subsistían y teníanse en cuenta para formar, con esos elementos reunidos, naciones nuevas; en ninguna parte quedaban huellas de capacidad para desarrollarse, de energía para resistir, de fuerzas creadoras. La enorme masa humana de aquel inmenso territorio no tenía más vínculo para mantenerla unida que el Estado romano, y éste había llegado a ser con el tiempo su enemigo y su más cruel opresor. Las provincias habían arruinado a Roma; la misma Roma habíase convertido en una ciudad de provincia como las demás, privilegiada pero ya no soberana, ni punto céntrico del imperio universal, ni sede siquiera de los emperadores, quienes residían en Constantinopla, en Tréveris, en Milán. El Estado romano se había vuelto una máquina gigantesca y complicada, con el exclusivo fin de explotar a los súbditos. Impuestos, gabelas y requisas de todas clases sumían a

¹⁸⁸ F. Engels, *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, cit. págs. 167-171.

la masa de la población en una pobreza cada vez más miserable, por las exacciones de los gobernantes, de los recaudadores, de los soldados. He aquí a qué había venido a parar el dominio del Estado romano sobre el mundo: basaba su derecho a la existencia en el mantenimiento del orden en el interior y en la protección contra los bárbaros en el exterior; pero su orden era más dañoso que el peor desorden, y los bárbaros contra los cuales pretendían proteger a los ciudadanos eran esperados por éstos como salvadores.

"No era menos desesperada la situación social. En los últimos tiempos de la República, fundábase ya la dominación romana en una explotación sin escrúpulos de las provincias conquistadas; el Imperio no había suprimido aquella explotación, sino que, por el contrario, la había reglamentado. Conforme iba declinando el Imperio, más aumentaban los impuestos y gabelas, con mayor desvergüenza saqueaban y exprimían los funcionarios. . .

"Empobrecimiento general; retroceso del comercio, del trabajo manual y del arte; disminución de la población; decadencia de las ciudades, tránsito de la agricultura a un grado inferior; tales fueron las últimas resultas de la dominación romana universal. . .

"La explotación de los *latifundia*, basada en el trabajo de los esclavos, ya no producía beneficios. . . El cultivo en pequeño había llegado a ser la única forma remuneradora. Una tras otras fueron divididas las granjas en parcelas pequeñas y entregadas a arrendatarios hereditarios que pagaban cierta cantidad en dinero, o a *partiarii* (*aparceros*), más administradores que arrendatarios, quienes recibían por su trabajo la sexta o nada más que la novena parte del producto anual. Pero de preferencia se entregaban esas pequeñas parcelas a colonos que pagaban en cambio un interés anual fijo; estos colonos estaban ligados al suelo, hablando propiamente, pero tampoco eran libres; no podían casarse con mujeres libres, y sus uniones entre sí no se consideraban como matrimonios válidos del todo, sino como un simple concubinato (*contubernium*), por el estilo de los esclavos. Fueron los precursores de los siervos de la Edad Media.

"Había pasado el tiempo de la antigua esclavitud. Ni en el campo de la agricultura extensiva, ni en las manufacturas ur-

banas, daba ya ningún provecho que mereciese la pena; había desaparecido el mercado para sus productos. La agricultura en pequeño y la pequeña industria, que acababan de reemplazar a la gigantesca producción de los tiempos florecientes del Imperio, no tenían donde emplear numerosos esclavos, quienes no encontraban lugar en la sociedad sino como esclavos domésticos y de lujo de los ricos. . . La esclavitud ya no producía más de lo que costaba, y por eso acabó por desaparecer. Pero, al morir, dejó detrás de sí un agujijón envenenado bajo la forma de proscripción del trabajo productivo por los hombres libres. Tal es el callejón sin salida en el cual se encontraba el mundo romano: la esclavitud era económicamente imposible, y el trabajo de los hombres libres estaba moralmente proscrip-to. La primera ya no podía, y el segundo no podía aún ser la base de la producción social. El único remedio de esta situación era una revolución completa."

A fines del siglo iv estalló una nueva crisis revolucionaria sobre una base más amplia que las anteriores. Adhirieron al nuevo movimiento masas cada vez más numerosas de colonos, esclavos y artesanos. Creció la presión de los bárbaros, que entraron también en estrecha vinculación con los sectores de trabajadores sublevados. Los bárbaros se instalaron firmemente en el territorio romano. Las rebeliones de los soldados, que fueron un fenómeno tan frecuente en el siglo iii, perdieron importancia. Las reformas militares del siglo iv habían borrado casi por completo las diferencias entre tropas de frontera y población local y la barbarización progresiva del ejército había destruido cada vez más la aversión entre aquéllos que defendían el Imperio y aquéllos que lo atacaban.

Esto había creado las condiciones objetivas para la transformación del movimiento revolucionario en revolución y para su triunfo definitivo: "La revolución de los esclavos liquidó a los propietarios de esclavos y suprimió la forma esclavista de explotación de los trabajadores"¹⁸⁰.

Valentiniano, Valente, Graciano. — Antes de su elección como emperador, se puso como condición a Valentiniano que nombrara un co-reinante. La ruina del Imperio y el crecimiento de la oposición entre ambas mitades, oriental y occidental,

¹⁸⁰ Stalin. *Discurso al primer congreso de Koljosianos-udarniki de la URSS. en Cuestiones del Leninismo.* Ed. Problemas, Buenos Aires.

habían hecho necesaria esta medida. Después de llegar a Constantinopla. Valentiniano nombró en efecto Augusto a su hermano, Flavio Valente, dándole el gobierno de Oriente, mientras él mismo se dirigía a Occidente, donde la situación en las fronteras había empeorado de nuevo. Valentiniano debía combatir contra los alemanes en el Rin, con los cuados y los sármatas en el Danubio, mientras su general Teodosio rechazaba en Britania las incursiones de los pitios, de los escotos y de los sajones. En África septentrional el mismo Teodosio sofocó un movimiento separatista-revolucionario, dirigido por el príncipe mauritano Firmo, movimiento que reunía bajo su bandera los elementos más dispares de la población local, incluyendo a los propios agonistas.

En el 367, Valentiniano nombró co-reinante a su hijo Graciano. El ejército, por su parte, aclamó a Valentiniano II, hermano de Graciano, de cuatro años de edad. De este modo, los cristianos de Occidente podían decirse gobernados por la Santísima Trinidad: el padre con dos hijos.

En el 375 Valentiniano I murió en el Danubio. Su sucesor fué Graciano, ferviente cristiano partidario de Atanasio (Valentiniano I había tratado de mantener una posición neutral). Graciano fué el primer emperador romano que renunció al tradicional título de sacerdote supremo. Publicó algunos edictos contra los heréticos y privó a los colegios paganos de los subsidios estatales.

Mucho peor iban las cosas en Oriente. Al principio Valente debió luchar contra el usurpador Procopio, pariente de Juliano, que se había proclamado emperador en Constantinopla. Estaba sostenido por sectores bastante numerosos; pero cuando Valente apareció en Asia Menor con un gran ejército, Procopio fué abandonado por sus partidarios de Constantinopla y entregado a Valente (366). Estrechamente vinculada con estos acontecimientos estuvo la guerra contra los godos, después de la cual se inició la conversión forzada de los godos al cristianismo de confesión ariana. El emperador oriental debió también combatir a los persas.

Trasmigración de los godos. — Pero otro grave peligro amenazaba al Imperio. Hacia el 375 numerosas tribus bárbaras marcharon desde las estepas del Cáucaso hacia Occidente. A su frente estaban los hunos, pueblo según parece de origen

mongólico. En el siglo II los hunos llevaban una vida nómada al este del Mar Caspio. De allí habían empezado a moverse gradualmente hacia occidente, sometiendo o incorporándose las tribus de las regiones septentrionales del Cáucaso. Se fué formando así una federación de hunos, alanos, godos, etc. La parte de los godos que vivía en la región del Danubio inferior había pedido a Valente autorización para fijar su residencia en territorio romano. El emperador había consentido a condición de que los godos se desarmaran. De este modo, numerosos bárbaros habían cruzado el Danubio (y muchos llevaron secretamente armas).

Reuelta del 378. — Los godos, que se establecieron en Mesia, permanecieron un tiempo tranquilos. Pero la corrupción y las arbitrariedades de los funcionarios los obligaron a retomar las armas. Valente, comprendiendo que con sólo sus fuerzas no podría dominarlos, hizo venir de Galia a Graciano, que acababa de rechazar las correrías de los alemanes. Graciano acudió en su ayuda, pero ya antes de su llegada Valente dió batalla a los godos frente a Adrianópolis (9 de agosto del 378). El ejército romano fué destruído y el propio emperador murió en el combate. Hay muchos motivos para pensar que parte de sus tropas, compuestas esencialmente por bárbaros, lo abandonó para pasarse a los godos.

Luego los godos, no encontraron ninguna resistencia organizada, se diseminaron por la península balcánica. Amiano Marcelino, contemporáneo de los acontecimientos mencionados, nos ha dejado una descripción de la invasión de los godos:

"Los godos, diseminados por toda la costa de Tracia, avanzaban cautamente, mientras algunos hombres que se habían rendido en forma espontánea o fueron hechos prisioneros, les mostraban las localidades más ricas, y especialmente aquéllas que tenían fama de estar bien abastecidas de vituallas. Su coraje innato crecía enormemente al ver cómo día a día se unían a ellos numerosas personas de su propia estirpe, personas hace tiempo vendidas a los mercaderes, y otros también que en los primeros días de la travesía se habían entregado por un sorbo de vino o un trozo de pan. A éstos se unieron también muchos trabajadores de las minas de oro que no podían soportar más los graves tributos que se les imponían y que, recibidos por todos con gran benignidad, prestaban un valiosísimo servicio a esta gente que viajaba por países desconocidos, mostrándoles los depósitos secretos de víveres y los escondrijos más adecuados" 100.

El valor de este testimonio está dado por la claridad con que nos revela las fuerzas que se movían en la última fase de la revolución de los esclavos. La característica de esta fase es justamente el estrecho vínculo que se crea entre esclavos, colonos, obreros y bárbaros. En toda la historia anterior de Roma, nunca hemos visto un frente único de trabajadores, y elementos oprimidos. Las revueltas (cualquiera fuese su importancia), tenían un carácter local y las más de las veces no coincidían en el tiempo. Los esclavos actuaban independientemente de los campesinos y de la plebe ciudadana: alguna coalición eventual que se produjo había tenido un carácter casual e inestable. Sólo entonces la revolución empezó a abrazar todo el Imperio, y sólo entonces se fué formando un frente único revolucionario. Esto era posible porque las relaciones de servidumbre unían en una sola masa compacta a todos los sectores trabajadores del Imperio. En la opresión y en la servidumbre general que caracterizó los últimos siglos del Imperio había desaparecido la antigua diferencia entre esclavo y pobre libre, entre esclavo y colono, entre campesino y artesano de la ciudad. Todos estaban oprimidos por igual, todos odiaban por igual al explotador común: el Estado romano.

A la fuerza revolucionaria interna se agregó una exterior: los bárbaros. Antes del final del siglo iv, no hemos notado contacto alguno entre ambas fuerzas, y tampoco era fuerte la presión de los bárbaros antes del siglo iii. Sólo desde entonces la presión de los bárbaros sobre las fronteras del Imperio se hizo efectivamente consistente, y esto se debió a la concentración de bárbaros en grandes formaciones y a la constitución de verdaderas federaciones. La disgregación de la organización basada en la familia, la diferenciación de una clase dirigente y la aparición de milicias fueron los elementos que determinaron la concentración de los bárbaros. Y como los esclavos romanos y una parte considerable de los colonos pertenecían a esos mismos bárbaros, y como tenían ambos un enemigo común, Roma; se habían dado con eso las premisas para un estrecho contacto. En el mejor de los casos (para Roma) los esclavos y los colonos asumían una posición de amistosa neutralidad; en el peor, se pasaban abiertamente del lado de los bárbaros.

Esta vez el Estado esclavista, disgregado económica y socialmente, no estuvo en condiciones de sostener el doble golpe

de la revolución interior y de la presión de los bárbaros sobre las fronteras. Por eso debió caer.

Teodosio. Victoria definitiva del cristianismo.—Graciano, que debió regresar a Galia para rechazar a los alemanes, nombró Augusto para Oriente a Teodosio, hijo del general Teodosio de Valentiniano, de quien ya hemos hablado. Teodosio reclutó con gran dificultad un ejército en el que admitió también a una parte de los godos, e inició una lucha metódica contra los bárbaros, expulsándolos de Tracia. Sin embargo, sólo con la ayuda de Graciano, de regreso de Galia, fué posible pacificar a los godos. Se les permitió nuevamente fijar residencia en Mesia, en calidad de "aliados" (federados) con la obligación de prestar servicio militar (392).

En Oriente se produjo una relativa calma que dió a Teodosio la posibilidad de ocuparse de los asuntos de la Iglesia. Con su enérgica ayuda, la corriente ortodoxa prevaleció definitivamente sobre la ariana. Al mismo tiempo, fueron destruidos los últimos restos del culto pagano: los sacrificios prohibidos y los templos destruidos. El triunfo oficial del cristianismo fué acompañado de persecuciones y de la destrucción de los centros de la antigua civilización que hasta entonces habían sido perdonados, como el incendio del templo de Serápides por parte de la turba alejandrina, en el que se destruyeron los restos de la famosa biblioteca (391). Poco más tarde, los cristianos también mataron en Alejandría a Hipacia, filósofa de grandísima fama.

Mientras tanto el emperador Graciano había caído víctima de la lucha entre ambos partidos, romano y bárbaro, que se habían venido formando en el ambiente aristocrático. Graciano simpatizaba abiertamente con los bárbaros y había favorecido su colocación en los puestos más importantes del ejército y de la administración. En reacción ante tal política se produjo una revuelta de elementos romanos en el ejército. Estos proclamaron emperador a Magno Clemente Máximo, gobernador de Britania. En la lucha que siguió, Graciano perdió la vida (383).

Después de esto, en la mitad occidental del Imperio se produjo una década de guerras civiles y usurpaciones, en las que también tomó parte Teodosio. Uno de los momentos más interesantes fué la proclamación para emperador de Occidente de

un romano culto y rico, Eugenio, que se produjo en el 392. Éste empezó a proteger el paganismo, determinando la decidida intervención de Teodosio. Sobre la frontera entre Italia septentrional e Iliria las tropas de Eugenio fueron derrotadas y su jefe encontró la muerte (394). Luego Teodosio reunió bajo su poder todo el Imperio, pero sólo por algunos meses, pues murió a principios del 395.

División del Imperio en dos partes. — Desde ese momento el Imperio no estuvo reunido ni una sola vez. Mucho antes de morir Teodosio había nombrado Augusto de Oriente a su hijo primogénito Flavio Arcadio. Durante la guerra contra Eugenio, el segundo hijo de Teodosio, Flavio Honorio, había sido nombrado soberano de Occidente. Ambos Augustos eran jóvenes. Por eso Teodosio puso a su lado consejeros expertos: para el primero, el galo Rufino, prefecto del pretorio; para el segundo, el vándalo Estilicón, jefe del ejército. Después de la muerte de Teodosio surgieron desacuerdos entre Rufino y Estilicón, que de hecho llevaron a la definitiva división del Imperio.

Alarico y Estilicón. — Teodosio había logrado vivir en paz con los godos, sobre todo porque los había atraído a su servicio. Con Arcadio, en Oriente prevalecieron los elementos anti-góticos, mientras que entre los godos se distinguía un jefe de talento, Alarico, a quien sus compatriotas proclamaron rey. Bajo su dirección comenzaron las nuevas incursiones por la península balcánica. Estilicón, que acudió en auxilio de Arcadio, fué de tal modo hostilizado por éste, que dejó a los godos que se retiraran al Epiro sin molestarlos (397). Cuatro años después Alarico invadió Italia, devastó las regiones septentrionales y puso sitio a Milán. Estilicón logró sin embargo concluir con él un tratado para la guerra común contra el Imperio oriental. Los godos ocuparon Iliria.

La concentración de fuerzas militares en Italia para hacer frente a Alarico había obligado a Estilicón a dejar indefensos los confines occidentales del Imperio. Tribus de vándalos, alanos, suevos y burgundos habían penetrado así en Galia y luego en España, mientras los anglos y los sajones efectuaban sus correrías desde el mar hacia Britania.

La toma de Roma. — Mientras tanto, también entre las tropas occidentales y en la corte de Honorio prevalecía el partido

romano. El ejército se rebeló contra Estilicón, que fué conde-
nado a muerte en Ravena (408). Honorio se negó a reconocer
el tratado estipulado con Alarico y los godos invadieron nueva-
mente Italia. El emperador, aterrizado, se encerró en Ravena,
mientras Alarico llegaba hasta Roma poniendo sitio a la
ciudad. 40.000 esclavos provenientes de toda Italia fueron a
ponerse del lado de Alarico y esclavos romanos le abrieron de
noche las puertas de la ciudad. Roma fué saqueada despiada-
damente (24 de agosto del 410).

La toma de Roma no tenía, en aquellos tiempos, ningún
significado estratégico, pero la impresión moral y política de
este acontecimiento fué enorme. Desde el 390 a.C., la "ciudad
eterna" había permanecido inviolable durante 800 años, su
poder había dejado una huella profunda sobre todo el mundo
civilizado del Mediterráneo; parecía que no hubiera habido
fuerzas capaces de dominar a la dueña del universo. Y he aquí
que la alianza de esos mismos esclavos y bárbaros que durante
muchos siglos habían sido el objeto de la explotación romana
había hecho precipitar al soberbio coloso. "Es sabido —ha dicho
Stalin en el XVII Congreso del partido— que la antigua Roma
consideraba a los antepasados de los franceses y los alemanes
de nuestros días exactamente del mismo modo que los repre-
sentantes de la "raza superior" consideran hoy a las naciones
eslavas. Es sabido que la antigua Roma los trataba como "raza
inferior", como "bárbaros", destinados a someterse eternamente
a la "raza superior", a la "gran Roma", y —dicho sea entre nos-
otros, la antigua Roma tenía alguna razón en hacerlo—, lo que
no puede decirse de los representantes de la actual "raza
superior". ¿Pero cuál fué el resultado? Que los no romanos, es
decir todos los bárbaros, se unieron contra el enemigo común
y como una tempestad abatieron a Roma ¹⁹¹.

En la compleja y larga cadena de acontecimientos que
determinaron la gran catástrofe de la caída del mundo anti-
guo, el día 24 de agosto del 410 tiene una gran importancia
de principio. Determinar con precisión la fecha del fin del
mundo esclavista es naturalmente algo imposible, pues se trató
de un largo proceso; pero si una fecha hay que elegir, ninguna
se adapta más que la toma de Roma por parte de Alarico.

¹⁹¹ Stalin, *Informe al XVII Congreso del partido sobre la actividad del Comité Central, en Cuestiones del Leninismo.*

Los bárbaros en el territorio del Imperio.—Después de haber saqueado Roma, los bárbaros se encaminaron hacia el sur con la intención de ocupar Sicilia y África. Pero en la Italia meridional Alarico murió de improviso. Su yerno y sucesor Ataúlfo llevó a los bárbaros a la Galia sur-occidental y a España, donde éstos se establecieron sólidamente. Los vándalos pasaron de España a África septentrional, expulsando de allí a los romanos, con la ayuda de los colonos y los esclavos. En el 455 los vándalos, al mando del rey Genserico, desembarcaron en Italia y ocuparon Roma. La ciudad fué saqueada nuevamente y en medida mayor aún de lo que lo habían hecho los godos.

A mediados del siglo v una parte considerable del Imperio occidental estaba ocupada ya por los bárbaros. A más de los godos y los vándalos, estaban los anglo-sajones en Britania, los francos en la Galia septentrional y los burgundos en el Ródano y el Saona. Al mismo tiempo se había formado en Panonia una nueva federación de tribus encabezada por el jefe huno Atila. Al principio los hunos habían devastado despiadadamente la península balcánica y habían obligado al emperador de Oriente, Teodosio II, a pagarles un tributo. Luego habían marchado hacia Occidente. En el 451 Atila había invadido Galia. En los Campos Cataláunicos, en la Galia Oriental, se opusieron a él los francos, los godos y los burgundos al mando del general romano Ecio. La batalla se desarrolló encarnizadamente por ambos lados, pero finalmente los bárbaros orientales decidieron regresar sobre sus propios pasos y volvieron a cruzar el Rin.

En el 452 Atila invadió la Italia septentrional, la devastó, pero no siguió hacia el sur. La leyenda cuenta que había desistido de marchar sobre Roma gracias a la insistencia de una embajada de la que formaba parte también el obispo (papa) León. En realidad, parece que Atila fué retenido en cambio por el temor de la peste y del hambre que por entonces asolaban a Italia. Al año siguiente, murió Atila, que había sido llamado por los escritores cristianos "castigo de Dios", y la federación hunica se disolvió rápidamente.

Deposición de Rómulo Augústolo.—De hecho, el Imperio Romano de Occidente ya no existía más. En Italia existía todavía formalmente un ilusorio poder de los emperadores, pero

se trataba de fantoches sin autoridad en manos de los jefes de las tropas mercenarias bárbaras. En el período de tiempo comprendido entre el 455 y el 476, se sucedieron hasta nueve de estos "emperadores"¹⁹². Ninguno de ellos gobernó más de 5 años y todos fueron depuestos por la fuerza. Finalmente, en el 476 uno de los bárbaros, Odoacro, después de haber depuesto al joven emperador Rómulo, apodado Augústolo, decidió poner fin a la comedia. Envío una embajada al emperador de Oriente, Zenón, pidiéndole que no nombrara más emperadores para Italia y le encargara el gobierno a él, Odoacro, con el título de patricio romano. A Zenón no le quedó otro remedio que reconocer la situación de hecho...

La suerte del Imperio Romano de Oriente. — Ya hemos hablado de las causas que determinaron una mayor resistencia por parte de la mitad oriental del Imperio: las antiguas tradiciones de los artesanos, el sistema de rutas comerciales más desarrollado, una mayor civilización de su población en conjunto. El mismo sistema esclavista no había alcanzado nunca en el Oriente helenista el grado de desarrollo que había tenido en el Occidente romano. En el esclavismo oriental (e incluso en el griego) se habían conservado muchos elementos de formas de dependencias más primitivas y por eso más blandas, formas que recordaban exteriormente la servidumbre de la gleba. De ahí que las fuerzas productivas de Oriente, menos minadas por la esclavitud, resistieran por más tiempo la terrible crisis que había tocado a Occidente. Pero la diferencia existente entre ambos Imperios no era una diferencia de principio, no era tanto una diferencia cualitativa cuanto una diferencia cuantitativa, y el destino histórico del antiguo Oriente no podía diferir del de Occidente.

A mediados de siglo iv, el Imperio Oriental (o Bizantino) había hecho un grandioso esfuerzo por restaurar el antiguo poderío romano. El emperador Justiniano había iniciado grandes guerras contra Occidente. Sus generales Belisario y Narsetes habían logrado retomar a los vándalos el África septentrional, arrancar a los godos Italia y la región sur-oriental de España. Bizancio pretendió también ser la depositaria de la civilización del mundo antiguo. Con Justiniano se llevó a cabo

¹⁹² Máximo, Avito, Mayoriano, Libio Severo, Antemio, Ilirio, Glicerio, Julio Nepote y Rómulo.

un gran trabajo que tuvo como resultado el famoso *Corpus iuris civilis*. El grandioso templo de Santa Sofía en Constantinopla debía ser el testimonio del poderío del Imperio y de la devoción del emperador.

Sin embargo, estos éxitos logrados al precio de una colosal dispersión de dinero y de fuerzas, son discutibles. Con los persas hubo que acordar el pago de una contribución anual; en las fronteras septentrionales se había contenido a duras penas la presión de los esclavos, que habían penetrado en masa en la península balcánica; en la propia Constantinopla estalló, en el 532, una terrible revuelta popular que duró 6 días y casi le cuesta el trono al propio Justiniano. Los revoltosos fueron finalmente reducidos en el hipódromo, donde las tropas del gobierno masacraron a 40.000 personas.

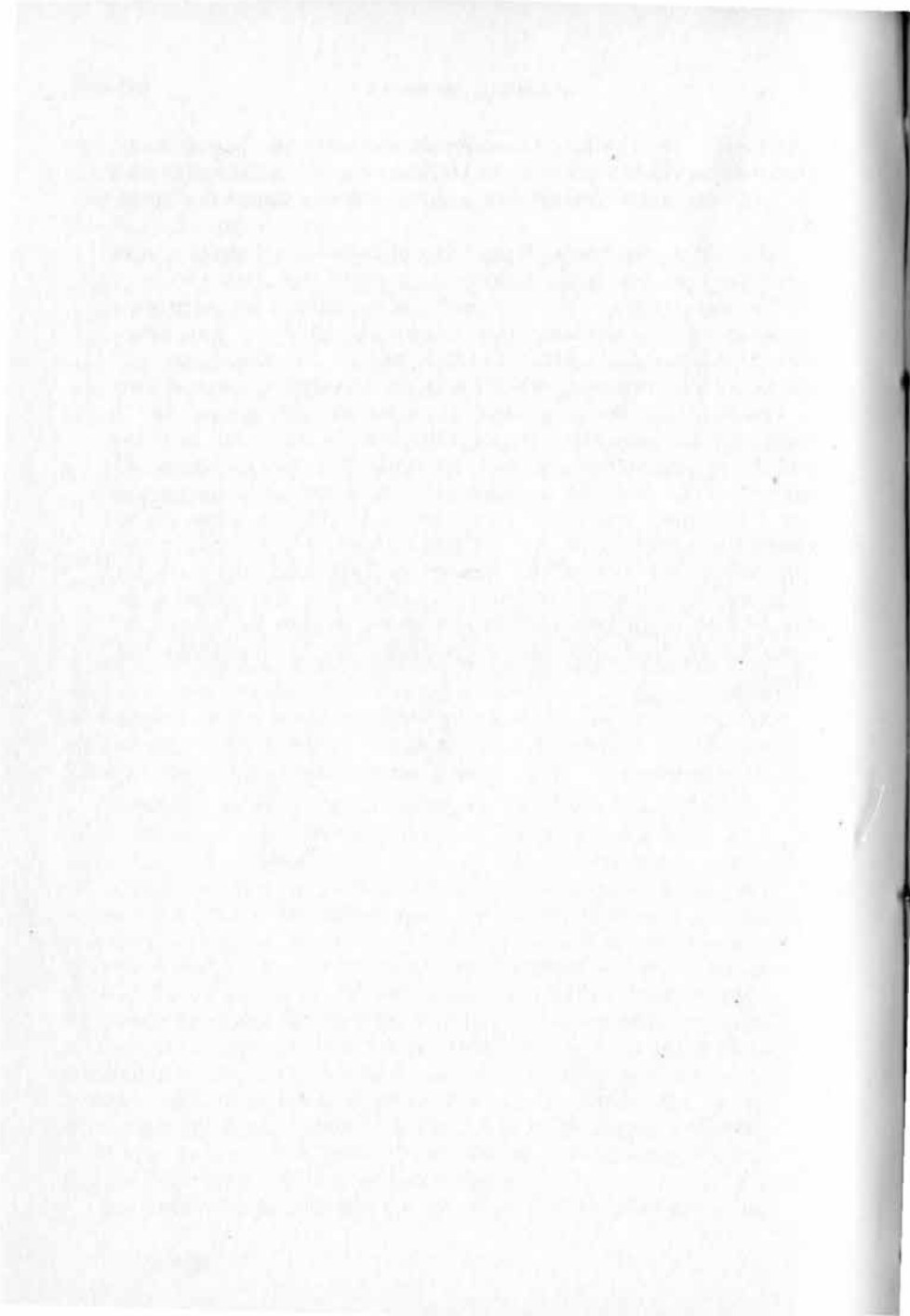
Ya a fines del gobierno de Justiniano aparecieron los síntomas de la crisis, determinada por la tensión sobrehumana de todas las fuerzas del Imperio, y con sus sucesores llegó la catástrofe: el total agotamiento del tesoro, el hambre, las rebeliones y la pérdida de casi todas las conquistas de Justiniano. Además, a comienzos del siglo VII los persas desencadenaron la ofensiva general sobre las fronteras orientales, y en poco tiempo el Imperio perdió a Egipto, Siria y Palestina, mientras brigadas de la vanguardia enemiga llegaban hasta el Bósforo. Al mismo tiempo, los esclavos y los avaros ponían sitio a Constantinopla.

También es cierto que el emperador Heraclio (610-641) logró derrotar a los persas y retomar las provincias orientales perdidas, pero es igualmente cierto que no las mantuvo mucho tiempo. En el mismo período en que Heraclio combatía con éxito a los persas, las tribus árabes se unían bajo el signo de una nueva religión, el Islam. Alrededor de 630 empezaron los primeros ataques de los árabes contra Palestina y Siria, y hacia el 650 Palestina, Siria, Mesopotamia, parte del Asia Menor, Egipto y parte del África septentrional se encontraban ya bajo el dominio de los árabes. En las décadas sucesivas los árabes construyeron la flota, ocuparon las islas de Chipre y Rodas y a través del Mar Egeo llegaron hasta Constantinopla, a la que pusieron sitio. Bizancio pudo, en ese momento, rechazar el ataque a la capital, pero había perdido definitivamente todas sus posesiones de más allá del Bósforo.

La rapidez de la conquista árabe se debe a las mismas causas

que hicieron fáciles las invasiones de los bárbaros: la población indígena oprimida no sólo no ofrecía ninguna resistencia, sino que recibía a los árabes con alegría, considerándolos libertadores.

De este modo, hacia el siglo VIII el Imperio Oriental estaba limitado a la península balcánica, a parte del Asia Menor y de las islas del Mar Egeo. Por otro lado, también los territorios restantes estaban densamente poblados por bárbaros (por ejemplo los eslavos de la península balcánica). En ellos, igual que en los primitivos estados bárbaros de Occidente, comenzaron a desarrollarse las relaciones feudales del Medioevo de la unión de las relaciones de servidumbre de fines del Imperio con la organización comunal aportada por los bárbaros. El proceso de la caída de la sociedad esclavista y de la formación del feudalismo fué igual tanto en el Occidente como en el Oriente mediterráneos. La antigua esclavitud y la civilización que sobre ella se fundaba habían desaparecido, pero no sin dejar su rastro: en el terreno preparado por los milenios de historia de la antigua civilización había crecido un nuevo sistema social, más alto, más correspondiente al desarrollo histórico.



SÍNTESIS CRONOLÓGICA

- Principios del II milenio: Aparición de construcciones palafíticas en la Italia nor-oriental.
- Mediados del II milenio: Aparición de las tierra-mar al sur del Po.
- Principios del I milenio: Nacimiento de la civilización de Villanova. Se pueblan los Montes Albanos.
- siglos X - IX. Se puebla el Palatino.
- Fin del siglo IX: Nacimiento de la civilización etrusca. Se pueblan el Esquilino y las otras colinas exteriores.
- 814: Fundación de Cartago (según Timeo).
- 754 - 53: Fundación de Roma (según Varrón).
- m. ó m. 535: Victoria de los etruscos y de los cartagineses sobre los griegos en las costas de Córcoga.
- m. ó m. 524: Derrota de los etruscos frente a Cumas.
- 510: *Expulsión de los Tarquinos de Roma (según Livio).*
- 508: *Tratado entre Roma y Cartago.*
- 507: *Expulsión de los Tarquinos de Roma (según Catón y Polibio).*
- 494: Fecha tradicional de la primera secesión de la plebe en el Monte Sacro y de la aparición de los ediles plebeyos y tribunos de la plebe.
- 493: Tratado de alianza entre Roma y los latinos.
- 486: Ley agraria de Espurio Casio.
- 462: Cayo Terentilio Arsa propone que se constituyan comisiones para elaborar una ley sobre el poder consular.
- 460: Revuelta de Apio Erdonio.
- 456: Ley Hicilia sobre el traslado de los plebeyos al Aventino.
- 454: Ley de Espurio Tarpeo y Aulo Aternio sobre la limitación del derecho de los cónsules a imponer multas.
- 451 - 50: *Los decenviros y las leyes de las doce tablas.*
- 449: *Segunda secesión de los plebeyos en el Monte Sacro. Leyes de Valerio y Horacio.*
- 445: *Ley de Canuleyo.*
- 444: Institución del cargo de tribuno militar con poder consular.
- 443: Institución de la censura.
- 439: Muerte de Espurio Melio.
- 438 - 426: Segunda guerra con los veientes.
- 406 - 396: Tercera guerra con los veientes.
- 390 (ó 387) *Batalla en el Alia y destrucción de Roma por parte de los galos.*
- 384: Condena a muerte de Marco Manlio Capitolino.

- 376: *Leyes de Licinio y Sextio*.
 358: Tratado con los latinos.
 356: *Primer dictador plebeyo*.
 351: Primer censor plebeyo.
 348: Renovación del tratado con Cartago.
 343 - 341: Primera guerra samnítica.
 342: Plebiscitos de L. Genucio.
 340 - 338: *Guerra latina*.
 339: Leyes de Quinto Publio Filón.
 337: Primer pretor plebeyo.
 328 - 304: *Segunda guerra samnítica*.
 326 (ó 313): *Ley de Petelio y Papirio sobre la esclavitud originada en las deudas*.
 321: *Capitulación del ejército romano en las Horcas caudinas*.
 312: *Reformas de Apio Claudio*.
 304: Cneo Flavio publica las normas de procedimientos jurídicos y la lista de los días de juicio.
 300: *Ley de los hermanos Ogulnios*.
 298 - 290: *Tercera guerra samnítica*.
 295: *Batalla de Sentino*.
 287: *Ley de Hortensio*.
 m. ó m. 284 - 204: Livio Andrónico.
 283: Batalla en el Lago Vadimón.
 281: Comienzo de la guerra con Tarento.
 280 - 275: *Guerra con Pirro*.
 280: *Batalla de Heraclea*.
 279: *Batalla de Ascoli*.
 280 - 275: Expedición de Pirro a Sicilia.
 275: *Batalla de Benevento*.
 272: *Capitulación de Tarento*.
 270: Toma de Regio.
 m. ó m. 270 - 200: Cneo Nevio.
 268: Aparición en Roma de la moneda de platx (denario).
 265: Luchas sociales en Volsini e intervención romana.
 264 - 241: *Primera guerra púnica*.
 263: Alianza entre Roma y Gerón.
 262: Sitio y toma de Agrigento.
 260: *Batalla de Milazo (Lipares)*.
 259: Expedición a Cerdeña y Córcega.
 256 - 255: *Expedición africana*.
 254: Quinto Fabio Pictor (nacimiento).
 m. ó m. 254 - 184: Tito Macio Plauto.
 253: Expedición a Tripolitania.
 250: Batalla de Palermo. Sitio de Lilibca.
 247: Amílcar Barca asume el mando de las tropas cartaginesas en Sicilia.
 241: *Batalla de las Hégedes. Fin de la guerra. Reforma de los comicios centuriados*.
 241 - 238: *Rebelión de los mercenarios en Cartago*.
 239 - 169: Quinto Ennio.
 238: Roma conquista a Cerdeña.

- 237: *Expedición de Amílcar a España.*
 234-149: Marco Porcio Catón el Viejo.
 232: Legislación agraria de Cayo Flamínio.
 231: Envío de una embajada romana ante Amílcar.
 229-228: Muerte de Amílcar.
 226: Embajada romana ante Asdrúbal.
 225: Batalla de Talamón.
 224-222: *Sumisión de los boyenses e insubres.*
 221: *Muerte de Asdrúbal.*
 219: *Segunda guerra ilírica. Caída de Sagunto.*
 m. ó m. 218: *Ley de Claudio.*
 218-201: *Segunda guerra púnica.*
 218: *Encuentro en el Ticino. Batalla de Trebia.*
 217: *Batalla de Trasimeno.*
 216: *Batalla de Cannas.*
 215: Muerte de Cerón de Siracusa.
 214-212: Guerra entre Asdrúbal y Sifax.
 214-205: *Primera guerra macedonia.*
 213-211: *Sitio de Siracusa.*
 212-211: *Sitio de Capua.*
 211: *Marcha de Aníbal sobre Roma. Derrota de los romanos en España y muerte de los hermanos Escipiones.*
 210: Llegada de Escipión a España.
 m. ó m. 210-126: Polibio.
 209: *Ocupación de Nueva Cartago por parte de Escipión y de Tarento por parte de Fabio Máximo.*
 208: Batalla de Bécula y comienzo de la expedición de Asdrúbal a Italia.
 207: Batalla del Metauro y de Silpia.
 206: Limpieza de cartagineses en España y regreso de Escipión a Italia.
 205: *Escipión cónsul. Desembarco de Magón en Italia.*
 204: Desembarco de Escipión en África.
 203: *Aníbal y Magón abandonan Italia.*
 202: *Batalla de Zama.*
 201: *Conclusión de la paz entre Roma y Cartago.*
 200-197: *Segunda guerra macedónica.*
 197: *Batalla de Cinocéfalos.*
 196: *Flamínio declara libre a Grecia. Embajada romana ante Antíoco.*
 195: *Aníbal llega a la corte de Antíoco.*
 m. ó m. 195-159: *Publio Terencio Afro.*
 192-189: *Guerra contra Antíoco (guerra siria).*
 191: Derrota de Antíoco en las Termópilas. Batalla frente al cabo Córico.
 190: Derrota de Aníbal en las costas de Panfilia. Batalla de Mioneso.
 189 (ó 190): *Batalla de Magnesia.*
 188: Paz de Apamea.
 186: Decreto del senado sobre las bacanales.
 183: *Muerte de Escipión el Africano y de Aníbal.*
 m. ó m. 180 m. ó m. 100: Cayo Lucilio.
 179: Muerte de Filipo V y proclamación de Perseo.
 171-168: *Tercera guerra macedónica.*
 170 m. ó m. 85: Lucio Accio.

- 168: *Batalla de Pidna*.
 167: Saqueo del Epiro por parte de los romanos.
 149 - 148: *El pseudo-Filipo*.
 149 - 146: *Tercera guerra púnica*.
 147 - 139: *Revolta de Viriato*.
 146: *Destrucción de Corinto y de Cartago*.
 140 - 91: Lucio Licinio Craso (orador).
 136 - 78: Lucio Cornelio Sila.
 m. ó m. 136 - 132: Primera rebelión de los esclavos en Sicilia.
 133: *Tiberio Graco tribuno de la plebe. Caída de Numancia*.
 132 - 130: *Rebelión de Aristónico*.
 129: Muerte de Escipión Emiliano.
 125: Proyecto de ley de Fulvio Flaco sobre la concesión de derechos de ciudadanía a los itálos. Sublevación de la ciudad de Fregelle y su destrucción.
 123 - 122: *Tribunado de Cayo Graco*.
 121: *Muerte de Cayo Graco*.
 116 - 27: *Marco Terencio Farrón*.
 114 - 50: Quinto Hortensio Orato (orador).
 113: *Batalla de Noreya*.
 111 - 105: *Guerra yugurtina*.
 108 - 62: Lucio Sergio Catilina.
 107: Mario cónsul.
 106 - 43: Marco Tulio Cicerón.
 105: *Batalla de Arausio*.
 m. ó m. 104 - 100: *Segunda rebelión de los esclavos en Sicilia*.
 104 - 100: Movimiento democrático en Roma.
 102: *Batalla de Aguas Sextas*.
 101: *Batalla de Vercelas*.
 101 - 44: Cayo Julio César.
 101 - 100: Alianza entre Mario, Saturnino y Glauca.
 100: *Rebelión en Roma. Muerte de Saturnino y Glauca*.
 m. ó m. 98 m. ó m. 54: Tito Lucrecio Caro.
 91: Marco Livio Druso y su fin.
 91 - 88: *Rebelión de los itálos (guerra social)*.
 90: Ley Julia sobre los aliados.
 89: Ley de Plaucio y Papirio sobre los aliados.
 88 - 85: *Primera guerra con Mitridates*.
 88: *Leyes de Sulpicio Rufo. Toma de Roma por parte de Sila*.
 m. ó m. 87 m. ó m. 54: Cayo Valerio Catulo.
 87: *Partida de Sila hacia la península balcánica. Revuelta mariana en Roma*.
 86: *Muerte de Mario. Sila ocupa y saquea Atenas. Batalla de Queronea*.
 86 - 35: Cayo Salustio Crispo.
 85: Paz de Dárdano.
 84: Muerte de Cina.
 83 - 82: *Guerra civil en Italia. Segunda guerra con Mitridates*.
 82 - 79: *Dictadura de Sila*.
 80 - 72: *Rebelión de Sertorio*.
 78: *Muerte de Sila*.

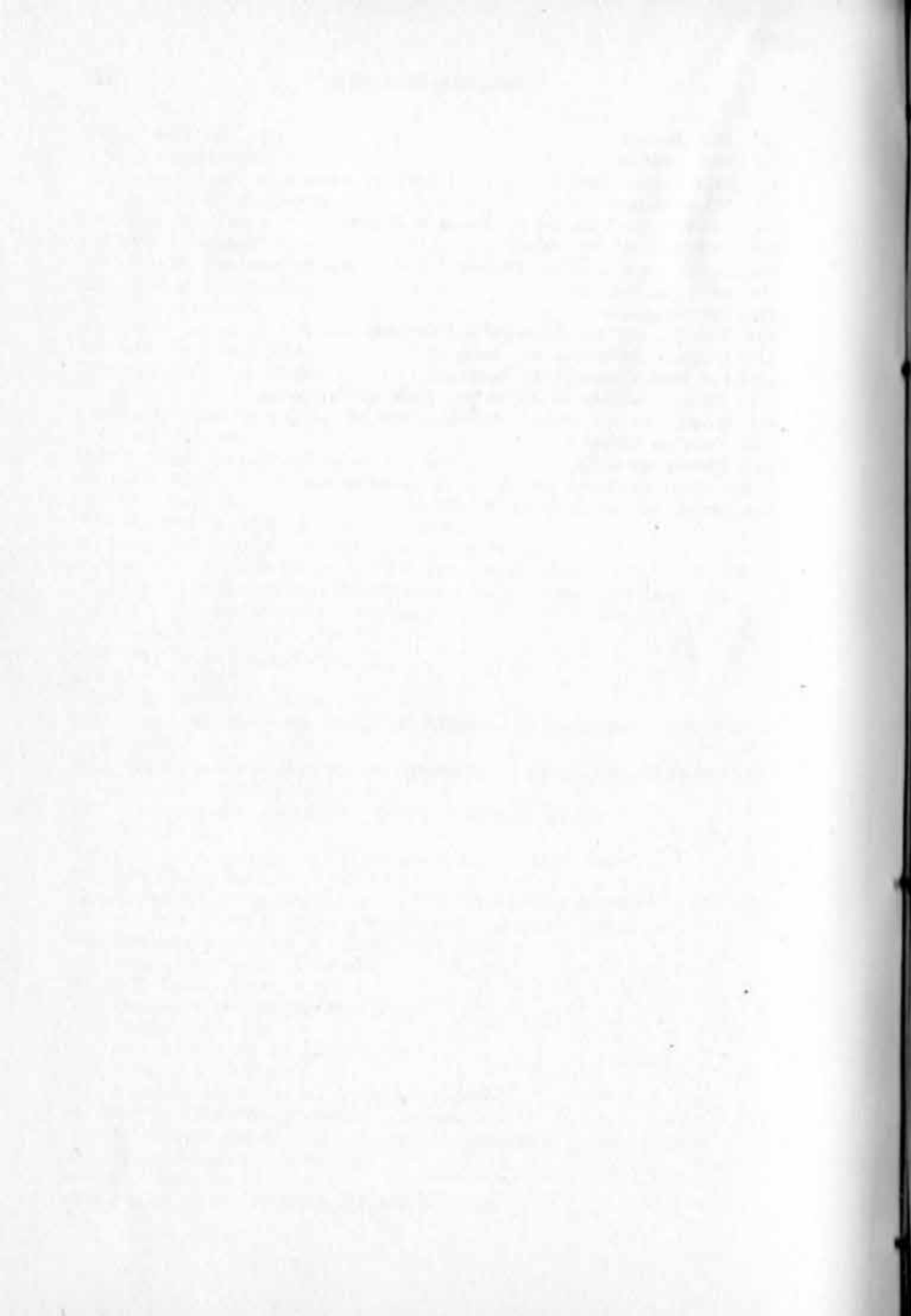
- 77: Tentativa de revuelta de Marco Emilio Lépido.
 74-63: Tercera guerra con Mitridates.
 73-71: *Rebelión de Espartaco*.
 70-19: Publio Virgilio Marón.
 70: *Consulado de Pompeyo y Craso. Abolición de la constitución de Sila*.
 67: *Ley de Gabinio. Guerra de Pompeyo contra los piratas*.
 66 a. C. 24 d. C.: Estrabón.
 66: *Ley de Cayo Manilio*.
 66-62: *Pompeyo en Oriente*.
 65-8: Quinto Horacio Flaco.
 63: *Consulado de Cicerón. Proyecto de ley agraria de Servilio Rulo. Conjuración de Catilina*.
 63 a. C. 14 d. C.: Cayo Octavio (Octaviano Augusto).
 63-12: Marco Vipsanio Agripa.
 62: *Muerte de Catilina (batalla de Pistoya)*. César pretor. Regreso de Pompeyo a Italia.
 61: César procónsul de España ulterior.
 60: *Primer triunvirato*.
 59: *Consulado de César*.
 59 a. C. 17 d. C.: Tito Livio.
 58-50: *César en Galia*.
 58: *Derrota de los helvecios en Bibractes. Derrota de Ariovisto*.
 57: *Guerra de los belgas*.
 57-56: *Rebelión de los galos en la costa atlántica*.
 56: *Reunión de los triunviros en Luca*.
 55: *Pompeyo y Craso cónsules*.
 55: *Expedición de César a Germania y Britania*.
 54: *Muerte de Julia. Segunda expedición de César a Britania*.
 54-53: *Rebelión de los belgas*.
 53: *Segunda expedición de César a Germania. Batalla de Carvas y muerte de Crajo*.
 53-52: *Masacre de los romanos en Cenabum y comienzo de la sublevación general en Galia*.
 52: *Muerte de Clodio*.
 51: *Represión de la rebelión de los galos*.
 50: *Regreso de César a la Galia Cisalpina*.
 49: *César pasa el Rubicón. Toma de Roma. Batalla de Ilerda. Rendición de Masilia*.
 48: *Guerra del Epiro. Batalla de Farsalia. Muerte de Pompeyo. César dictador*.
 48-47: *Guerra alejandrina. Disturbios en Italia*.
 47: *Derrota de Farnaces*.
 46: *Batalla de Tapsos*.
 45: *Batalla de Munda*.
 44: *Muerte de César*.
 43 a. C. 17 d. C.: Publio Ovidio Nasón.
 43: *Guerra de Módena. Segundo triunvirato. Proscripciones. Muerte de Cicerón*.
 42: *Batalla de Filipis. Muerte de Casio y Bruto. Encuentro de Antonio con Cleopatra*.

- 41 - 40: Guerra de Perusa.
 40: Tratado de Brindisi.
 39: Acuerdo de Miseno.
 38 - 36: *Guerra contra Sexto Pompeyo*.
 37: Acuerdo de Tarento.
 36: Derrota de Sexto Pompeyo en Nauloco Expedición de Antonio contra los partos.
 35: Muerte de Sexto Pompeyo.
 32: *Golpe de estado de Octaviano. Declaración de guerra a Cleopatra*.
 31: *Batalla de Accio*.
 30: *Toma de Alejandria por parte de Octaviano. Muerte de Antonio y Cleopatra. Anexión de Egipto*.
 29: Regreso de Octaviano a Roma.
 27: *"Restauración de la República". Octaviano recibe el titulo de Augusto*.
 25: Destrucción de los salasios.
 24 - 22: Reforma de los poderes formales de Augusto.
 19: Sometimiento definitivo de España.
 16: Sometimiento de los tauriscos (Nórico).
 15: Sometimiento de los recios y los vindélicos (Recia).
 12 - 9: Sometimiento de los panonios (Panonia). Expediciones germánicas de Druso.
 9: Muerte de Druso.
 8 - 7: Expediciones germánicas de Tiberio.
 2 a. C.: Ley sobre la limitación de la liberación de esclavos por testamento.
 4 d. C.: Ley sobre la limitación de la liberación de esclavos en vida de su propietario.
 4 - 5: Expediciones germánicas de Tiberio.
 6: Guerra con los marcomanos.
 6 - 9: *Rebelión de los panonios y los dálmatas*.
 9: *Derrota de Varo en el bosque de Teutoburgo*. Ley de Papio y Popeo sobre el matrimonio.
 10 - 11: Expediciones punitivas de Tiberio a Germania.
 14: *Muerte de Augusto*.
 14 - 37: *Tiberio*.
 14 - 16: Expediciones de Germánico a Germania.
 17 - 24: *Rebelión de Tacfarinas*.
 19: Muerte de Germánico.
 23 - 79: Plinio el Viejo.
 24: *Complot de los esclavos en Italia Meridional (Tito Curtisio)*.
 26: Tiberio deja Roma.
 31: Caída de Seyano.
 37 - 41: *Caligula*.
 37 m. ó m. 100: Josefo Flavio.
 39 - 65: Marco Anneo Lucano.
 41 - 54: *Claudio*.
 41 - 42: Rebelión en Mauritania.
 42: *Construcción del nuevo puerto de Ostia*.
 m. ó m. 42 m. ó m. 102: Marco Valerio Marcial.
 43: *Conquista de Britania*.
 m. ó m. 46 m. ó m. 120: Plutarco.

- 54 - 68: *Nerón*.
 55: Muerte de Británico.
 m. ó m. 55 m. ó m. 120: Cornelio Tácito.
 59: Muerte de Agripina.
 60: Represión de la revuelta de Boudica.
 61: Disturbios en Roma por la condena de 400 esclavos.
 62 - 114: Plinio el Joven.
 64: *Incendio de Roma*.
 65: *Conjuración de C. Calpurnio Pisón. Muerte de Séneca, Lucano, Petronio*.
 66 - 67: Viaje de Nerón a Grecia.
 66 - 70: *Rebelión en Judea*.
 68: *Rebelión de Vindex. Muerte de Nerón*.
 68 - 69: *Guerra civil*.
 69 - 79: *Vespasiano*.
 69 - 71: *Revuelta de Julio Civilis*.
 69: Revuelta de Aniceto.
 70: *Toma de Jerusalén*.
 72: *Exilio de los filósofos*.
 m. ó m. 75 - 160: Cayo Suetonio Tranquilo.
 79 - 81: *Tito*.
 79: *Erupción del Vesubio*.
 81 - 96: *Domiciano*.
 86 - 89: *Guerra dácica*.
 88: Revuelta de L. Antonio Saturnino.
 m. ó m. 90: Nacimiento de Apiano.
 96 - 98: *Nerva*.
 98 - 117: *Traiano*.
 101 - 102: *Primera guerra dácica*.
 105 - 106: *Segunda guerra dácica*.
 114: Ocupación de Armenia.
 115 - 117: *Guerra contra los partos*.
 117 - 138: *Adriano*.
 m. ó m. 120: Luciano (nacimiento).
 m. ó m. 124: Apuleyo (nacimiento).
 131 - 134: *Rebelión de Bar-Kohbea*.
 131: Claudio Galeno (nacimiento).
 138 - 161: *Antonino Pío*.
 161 - 180: *Marco Aurelio*.
 161 - 165: *Guerra con los partos*.
 167 - 180: *Guerras con los marcomanos*.
 169: Muerte de Lucio Vero.
 174 - 175: *Rebelión de los búcolos*.
 175: Usurpación de Avidio Casio.
 180 - 192: *Cómodo*.
 187: *Movimiento de Materno*.
 193: *Pertinax, Dido Juliano*.
 193 - 211: *Septimio Severo*.
 198: Conquista de la Mesopotamia.
 211 - 212: *Caracalla y Geta*.

- 212: Muerte de Geta.
 212 - 217: Caracalla.
 212: *Edicto sobre el derecho de ciudadanía (Constitutio Antoniniana)*.
 215: *Saqueo de Alejandría*.
 217 - 218: *Macrino*.
 218 - 222: *Heliogábalo*.
 222 - 235: *Alejandro Severo*.
 228: Muerte de Ulpiano.
 235 - 238: *Maximino*.
 238: *Reuelta en Africa. Los Gordianos. Pupeo y Balbino*.
 238 - 244: Gordiano III.
 244 - 249: Filipo el Árabe.
 249 - 251: Decio.
 251 - 253: Treboniano Galo. Emiliano.
 253 - 260: *Valeriano*.
 256: Victoria de Galieno sobre los alemanes.
 259 - 268: Póstumo "emperador" de Galia.
 260 - 268: *Galieno*.
 262: Victoria de Odenato sobre los persas.
 m. ó m. 263: *Rebelión de los esclavos en Sicilia*
 m. ó m. 266 - 273: Gobierno de Benobia en Palmira.
 267: Los bárbaros saquean Asia Menor y la península balcánica.
 268 - 270: *Claudio II. Mario y Victoriano en Galia. Comienzo del movimiento de los bagaudos*.
 269: *Derrota de los godos*.
 270 - 275: *Aureliano*.
 270 - 273: *Tétrico en Galia*.
 271: *Guerra de Aureliano contra los bárbaros. Revuelta de los monetarios en Roma*.
 273: *Caida del reino de Palmira. Revuelta de Firmo en Alejandría. Liquidación del "Imperio" galo*.
 275 - 276: Reacción senatorial (Tácito y Floriano).
 276 - 282: *Probo*.
 282 - 284: *Caro. Apogeo del movimiento de los bagaudos*.
 284 - 305: *Diocleciano*.
 293: Represión de la revuelta en Egipto. Nuevo sometimiento de Britania.
 297: Paz con Persia y nuevo sometimiento de la Mesopotamia.
 301: *Reforma monetaria y edicto sobre precios fijos*.
 303: *Edicto contra los cristianos*.
 306 - 337: Constantino.
 312: Derrota y muerte de Majencio.
 313: *Edicto de Milán*.
 323 - 337: *Autocracia de Constantino*.
 325: *Concilio de Nicea*.
 330: *Traslado de la capital a Constantinopla*.
 m. ó m. 330: Amiano Marcelino (nacimiento).
 337 - 355: Lucha por el poder después de la muerte de Constantino.
 353 - 361: *Constancio*.
 354 - 430: *Agustín*.
 357: Derrota de los alemanes en Argentorates.

- 361 - 363: *Juliano.*
363 - 364: *Joviano.*
364 - 375: *Valentiniano I.*
375 - 383: *Graciano.*
m. ó m. 375: *Invasión de los hunos a Europa.*
378: *Rebelión de los godos.*
378: *Derrota y muerte de Valente frente a Adrianópolis.*
379 - 395: *Teodosio I.*
392 - 394: *Eugenio.*
394 - 395: *Última reunificación del Imperio.*
395: *División definitiva del Imperio.*
408: *Condena a muerte de Estilicón.*
410: *Toma y saqueo de Roma por parte de los godos.*
451: *Batalla de los Campos Cataláunicos.*
452: *Atila en Italia.*
453: *Muerte de Atila.*
544: *Saqueo de Roma por parte de los vándalos.*
476: *Deposición de Rómulo Augústolo.*



ÍNDICE

PARTE III

EL IMPERIO

	PÁG.
Capítulo I. — <i>Períodos y fuentes de la historia del Imperio</i>	7
Subdivisión en períodos de la historia del Imperio	7
Fuentes literarias de la historia del Imperio	7
Fuentes originales	16
Capítulo II. — <i>El principado de Augusto</i>	18
Formación jurídica del poder de Octaviano	18
Política interna de Augusto	23
La política exterior de Augusto	35
Capítulo III. — <i>La cultura romana a fines de la República y principios del Imperio</i>	40
Época de las guerras civiles	40
La oratoria política y forense	41
La prosa histórica	43
La filosofía. Cicerón	43
Lucrecio	44
La ciencia	45
Poesía. Sátira	45
La lírica. Catulo	46
El teatro	47
El principado de Augusto	48
Virgilio	49
Horacio	51
Ovidio	53
La historiografía	55
La ciencia	55
Capítulo IV. — <i>Emperadores de la familia de Augusto</i>	56
El problema de la sucesión	56
Tiberio	57

	PÁG.
Calígula	64
Claudio	66
Nerón	72
Árbol genealógico de la casa de Augusto	81
Capítulo V. — <i>La guerra civil del 68-69</i>	82
Galba	82
Otón	84
Vitelio	85
Significado de las guerras civiles del 86-69	87
Capítulo VI. — <i>Los flavios</i>	91
Vespasiano	91
Tito	97
Domiciano	98
Capítulo VII. — <i>Los antoninos</i>	103
Nerva	103
Trajano	106
Adriano	112
Antonino Pío	119
Capítulo VIII. — <i>Economía y relaciones sociales en los siglos I y II</i>	122
Característica general	122
La técnica	125
La producción artesanal	130
El comercio	134
El capital financiero usurario	138
La agricultura. Desarrollo de la colonia	146
Evolución de la esclavitud	154
Agudización de los contrastes sociales y preparación de la crisis general y revolucionaria del Imperio	158
Capítulo IX. — <i>La cultura en los siglos I y II del Imperio</i>	160
La ciencia	161
La filosofía	163
El derecho	165
La literatura	168
El renacimiento griego	174
El teatro	177
Capítulo X. — <i>El fin de los antoninos</i>	182
Marco Aurelio	182
Cómodo	184
Capítulo XI. — <i>Los severos</i>	186
Septimio Severo	186
Caracalla	191
Macrino	192

	PÁG.
Heliogábalo	193
Alejandro Severo	194
Antecedentes y carácter de la crisis del siglo III	199
Capítulo XII.— <i>La crisis del siglo III</i>	209
Maximino	209
La revuelta en África. Los Gordianos	211
Los emperadores senatoriales	214
La muerte de Maximino	217
Decio	223
Valeriano y Galieno	225
Muerte de Valeriano	227
Derrota de los persas	227
Invasión de los bárbaros	227
Secesión de Galia. Póstumo	228
Poderío de Palmira Odenato	230
Rebelión de esclavos en Sicilia	230
Reformas militares de Galieno	231
Muerte de Póstumo	232
Zenobia	232
Devastación de Grecia	232
Muerte de Galieno	233
Claudio II. Lucha interna en Galia	234
Iniciación del movimiento de los bagudos	235
Derrota de los godos	236
Aureliano	237
La lucha contra los bárbaros	237
Revuelta de los monetarios	238
Comienzo del dominatus	239
Caída del reino de Palmira	239
Revuelta en Alejandría	241
Fin del "Imperio" galo	241
La reacción senatorial	242
Probo	243
Caro	245
Desarrollo del movimiento de los bagaudos	245
Proclamación de Diocleciano	246
Capítulo XIII.— <i>La monarquía de Diocleciano y Constantino (Dominatus)</i>	247
El dominatus y su base social	247
Organización del poder y restauración del Imperio	249
La reforma administrativa	252
La reforma militar	253
La reforma fiscal	253
La reforma monetaria	254
Edicto sobre los precios fijos	255
La política religiosa de Diocleciano	255

	PÁG.
Renuncia al poder por parte de Diocleciano y lucha entre sus sucesores	256
El Edicto de Milán	258
La autocracia de Constantino	259
Continuación de las reformas de Diocleciano	260
Traslado de la capital	260
Reconocimiento del cristianismo	261
Capítulo XIV. — <i>El cristianismo</i>	263
El difícil problema del cristianismo	263
Antecedentes del cristianismo	266
Orígenes y difusión del cristianismo	270
El cristianismo en los siglos II y III	271
Las persecuciones de los cristianos	274
¿Por qué el cristianismo fué reconocido por el Estado?	275
Capítulo XV. — <i>Tentativa de reacción pagana</i>	280
La lucha después de la muerte de Constantino	280
Constancio y el triunfo del arrianismo	281
Antecedentes de la reacción pagana	281
Juliano	282
La lucha contra el cristianismo	286
Fracaso de Juliano. Su fin	288
Capítulo XVI. — <i>Fin del Imperio romano de occidente. Revolución de los esclavos e invasión de los bárbaros</i>	290
La sociedad de los siglos IV y V	290
Valentino, Valente, Graciano	295
Trasmigración de los godos	296
Revolta del 378	297
Teodosio. Victoria definitiva del cristianismo	299
División del Imperio en dos partes	300
Alarico y Estilicón	300
La toma de Roma	300
Los bárbaros en el territorio del Imperio	302
Deposición de Rómulo Augústolo	302
La suerte del Imperio Romano de Oriente	303
Índice analítico	321

INDICE ANALÍTICO

A

- Abdera - II, 41.
ab epistulis - III, 67, 68.
 Abido - II, 107, 112.
 Acaya - II, 358, III, 37, 97, 120, 252, 280.
 Acadia - II, 7.
 Acarnania - II, 85, 136.
 Academia (bosque de la) - II, 270.
 Acia, madre de Augusto - II, 352.
 Accio - I, 11; II, 362; III, 35, 49, 89.
 Accio L. - II, 150; III, 47.
 adivinación - I, 210.
 aqueos - II, 85, 115, 135.
 aquo fúotas - II, 110.
 Aqueménides - III, 196.
 Aquo - II, 197.
 Aquileo - III, 252.
 Acilio Glabrió M., cónsul en el 191 a.C. - II, 114.
 Acilio Glabrió M., cónsul en el 67 a.C. - II, 302.
 acueducto Claudio - I, 198.
 Acradina - II, 83.
acta senatus et populi romani - II, 317.
 Aderbal - II, 231, 232.
 Adria - I, 168, 188.
 Adriano, emp. - I, 19; II, 165; III, 8, 13, 103, 111, 112, 119, 136, 138, 145, 146, 157, 166, 171, 179, 192, 260.
 Adrianópolis - III, 259, 297.
adrogatio - I, 127.
 Adrumeto - II, 97, 99.
adscripticii (glebae adscripti) - III, 202.
avocati fisci - III, 116.
 Adys - II, 25.
 Aelia capitolina - III, 118.
aerarium - I, 137.
aerarium militari - III, 34n.
 Afganistán - III, 136.
 Afranio Burro - III, 73, 76.
 Afranio L. - II, 335, 341, 342.
 Africa - I, 85, 121, 176, 201; II, 13, 14, 23-27, 30, 40, 41, 56, 57, 78, 80, 94-97, 99, 116, 122, 135, 137, 140, 141, 152, 156, 169, 171, 181, 223, 224, 231-233, 235, 251, 269, 277, 278, 286, 305, 334, 341-343, 340, 354, 357, 362; III, 17, 114, 120, 123, 135, 140, 146, 151, 152, 180, 183, 189, 207, 211, 212, 213, 221, 244, 251, 252, 258, 259, 278, 296, 302, 304.
 Agátocles - I, 169, 171n., 174, 175; II, 18.
ager captivus - I, 196.
ager Gallicus - I, 168, 179; II, 46, 66, 92.
ager publicus - I, 74, 92, 96, 190, 194; II, 179 n., 180, 206, 207, 209, 308.
ager romanus - I, 185.
 agonistas (circumceliones) - III, 278, 296.
 Agustín - III, 129.
 Agrigento - I, 42; II, 20, 21, 27, 82, 83, 197.
 Agripa, general de Augusto, ver M. Vipsanio Agripa.
 Agripa Postumo M., hijo de Julia de M. Vipsanio Agripa - III, 57, 81.
 Agripina mayor (mujer de Germánico) - III, 60, 64, 65, 72, 81.

- Agripina menor (Julia Agripina, hija de Agripina mayor) - III, 65, 72, 73, 81.
 Agrón - II, 48.
alae - I, 188, 205.
 alanos - III, 297-300.
 Alarico - III, 300, 301-302.
 Albalonga - I, 57, 63, 75, 139.
 Albania (en el Azerbeijan) - II, 304.
 Albanos, montes (o colinas Albanas) - I, 54, 55; III, 30.
 Alemanes - III, 227, 228, 238, 243, 250, 258, 282, 285, 296, 299, 301.
 Aleria - II, 12, 23.
 Alesa - II, 20n.
 Alesia (Alise-Sainte-Reine) - II, 321, 329.
 Alejandría de Egipto - II, 132, 164, 339, 356, 360, 362; III, 14, 35, 85, 138, 140, 161, 162, 183, 192, 241, 278, 281, 282, 287, 289, 299.
 Alejandría de Troas - II, 112.
 alejandrinos - III, 192.
 Alejandro de Macedonia - I, 8, 169, 171; II, 106, 266; III, 65, 192, 196, 200.
 Alejandro, rey del Epiro - I, 169.
 Alejandro Severo, emp. - III, 195, 199, 200, 212.
 Argelia - III, 152.
a libellis - III, 68.
 Alighieri, Dante - III, 50.
 Alise-sainte-Reine, ver Alesia.
 Allia - I, 146, 149, 155.
 alóbroges - II, 60, 311, 312.
 Alpes - I, 37, 38, 41, 42, 45, 50, 145; II, 56, 57, 61, 92, 237, 282, 288, 292, 293; III, 36, 84, 228, 238.
 Alsacia - II, 321, 322.
 Amando - III, 245.
 ambianos - II, 323.
 Ambracia - II, 121, 150n., 361.
 ambronios - II, 241.
 Amiens - II, 323, 327.
 Amílcar Barca - II, 12, 30-32, 36, 43.
 Amiano Marcelino - III, 13, 14, 297.
 Amulio - I, 57.
 Anquises - I, 57; III, 50.
 Anco Marcio - I, 61, 63-64, 140.
 Ancona - II, 275.
 Ancyra (Angora) - II, 166.
 Andalucía - II, 40.
 Andrisco (pseudo-Filipo) - II, 133, 134, 143.
 Andrómico - II, 148, 149.
 anglos - III, 302.
 Aniceto - III, 74, 93, 97.
 Anienc - I, 53, 93, 116, 142; II, 279.
 animismo - I, 207.
Annales - I, 20-21.
Annales maximi - I, 21.
 Analistas - I, 24-25.
 Anibal - I, 22, 23, 171, 189, 190; II, 8, 10, 11, 39, 41, 43, 51-89, 92-94, 96-126, 137, 182, 282, 288, 294; III, 130, 289.
 Anibal Monómaco - II, 58.
 Anibaliano - III, 280.
 Annio Floriano - III, 243.
 Annio Milón T. - II, 320, 330, 341.
 Annio Viniciano - III, 70.
 Annon - II, 20, 35, 36, 87.
 Antemio, emp. - III, 303n.
 Antígono - II, 266.
 Antígono Deson - II, 49-50.
 Antilo - II, 362.
 Antioquía - II, 326, 359; III, 13, 60, 111, 113, 136, 140, 143, 196, 197, 221, 226-227, 240, 282.
 Antioquía Margiana (Merv) - III, 135.
 Antioco III - II, 103, 105-106, 108, 126, 169, 266.
 Antioco IV - II, 129, 132-133, 147.
 Antioco, proclamado rey de Palmira - III, 241.
 Antinoo - III, 117, 118, 179.
 anticuarios - I, 30.
 Antisio Labeón - III, 167.
 Antonia - III, 57, 62.
 Antonino Pio, emp. - III, 103, 119, 120, 136, 139n., 157, 161, 182.
 Antonio C., cónsul en el 63 a.C. - II, 307, 313.
 Antonio L., hermano de Marco Antonio - II, 357.
 Antonio M., triunviro - I, 11, 12; II, 160, 163, 165, 193, 333, 334, 337, 341, 342, 344, 348, 350, 351, 362; III, 18, 28, 31, 35, 57.

- Antonio Primo - III, 86.
 Antonio Saturnino L. - III, 102.
 An-Tun, nombre chino del emperador Marco Aurelio (v.).
 Anzio - I, 83, 153, 154, 186, 201.
 Anzica - II, 120, 121, 195, 226.
a patrimonio - III, 68.
 Apolonia - II, 49-50, 84, 85, 107, 134, 337.
 Apolonida - II, 201.
 Apolonio - II, 243.
 Apeninos - I, 38, 145, 168; II, 46, 66, 70, 313; III, 238.
 Apiano - I, 30, 111, 112; II, 10, 11, 160, 179, 191, 205, 206, 208n., 212, 217, 226, 257n., 263n., 279, 290, 291, 293, 297, 320, 354.
 Apro, Flavio - III, 246.
 Apuleyo - III, 15, 172, 173, 177, 272.
 Apuleyo Saturnino L. - II, 241, 249, 250, 251, 253, 255, 258.
 Apulia - I, 39, 41, 43, 162-163, 173; II, 69-71, 75, 78, 89, 93, 194, 262, 264, 292, 310.
aquae et ignis interdictio - II, 319.
 Aquae Sextiae (Aix) - II, 241.
 Aquilea - III, 131, 140, 216, 218, 223.
 Aquilio M., cónsul en el 129 a.C. - II, 202.
 Aquilio M., cónsul en el 101 a.C. - II, 247, 267.
 Aquincum (Budapest) - II, 141.
 aquitanios - II, 320.
 Aquitania - III, 36.
 árabes - III, 250, 261, 304, 305.
 Arabia - III, 110, 134, 140, 230, 252.
a rationibus - III, 68.
 Arausio (Orange) - II, 238, 241, 250 n.
 Araxes - II, 301.
 Acadia - II, 7.
 Arcadio, emp. - III, 300.
 Arquclao - II, 270, 271.
 Arquidamo - I, 169.
 Arquímedes - II, 81, 83.
 Ardea - I, 81, 85, 140, 154 n., 159.
 Arezzo - I, 45, 168; II, 67.
 Argos - I, 177; II, 135; III, 233.
 Arlés - III, 141.
 Aricia - I, 84-86, 140, 141, 150, 154 n., 159, 186.
 ariete - I, 207.
 Ariovisto - II, 321.
 Aristión - II, 267, 270.
 Aristóbulo - II, 304.
 Aristodemo - I, 45, 84.
 Aristónico - II, 199-200, 211.
 Aristóteles - I, 9; II, 15; III, 52, 162.
 Armenios - III, 78.
 Armenia - II, 302, 303, 325, 340, 360; III, 78, 110, 120, 182, 196, 252, 280.
 Arminio - III, 38.
 armóricos - II, 322 n.
 Arno - I, 39, 51; II, 66.
 Arretium (Arezzo) - III, 130.
 arrianismo - III, 278, 279.
 Arrio - III, 262, 278, 279 n.
 Arrio, Q. - II, 292.
 arsácidos - III, 196.
 Artajerjes (Ardashir) - III, 196.
 Artaxata - II, 301, 304; III, 78 n.
 Arunte - I, 84, 140.
 arúspices - I, 210, 211.
 arvaes - I, 17.
 avernos - II, 321, 328.
 Ascanio (Julio) - I, 57, 59; II, 306, 348.
 Ascoli - I, 167; II, 259, 262, 263.
 Asconio Pediano Q. - II, 163 n.
 Asdrúbal, jefe del partido militar en Cartago alrededor del 150 a.C. - II, 138, 139.
 Asdrúbal, hijo de Giscón - II, 90, 95, 96.
 Asdrúbal, hermano de Aníbal - II, 56, 80, 86, 90-96, 101.
 Asdrúbal, yerno de Aníbal Barca - II, 39, 42, 43, 51.
 Asia - II, 113, 114, 118, 186, 201, 219, 220, 302, 340; III, 140, 251, 252.
 Asia Anterior - III, 200, 269.
 Asia Menor - I, 38, 46, 47, 50; II, 11, 13, 104, 106, 110, 111, 112, 118-121, 129, 186, 190, 192, 200-203, 211, 255, 264, 267, 270, 271, 272, 288, 304 n., 305, 340, 355, 356; III, 17, 53, 85, 97, 110, 132, 140, 145, 174, 199, 200, 207, 221, 226, 227, 229, 230, 232, 240, 243, 244, 246, 249, 252, 258, 267, 271, 282, 286, 289, 296, 304, 305.

- Asinio Poliód n C. - II, 351.
assignatio - I, 196.
 Asiria - III, 111.
 astados - I, 149, 203, 204; II, 239, 240.
 asturos - III, 36.
 Atanasio - III, 279, 280, 287, 289, 296.
 Atalo I - II, 86, 104, 107, 113.
 Atalo II - II, 132.
 Atalo III - II, 200, 209, 301.
 Ataulfo - III, 302.
 Ateyo Capitón - III, 167.
 Atela - I, 222.
 atelanas - I, 222; III, 177.
 Atenas - I, 7, 47, 82, 86, 119, 129; II, 107, 108, 136, 267, 270-271; III, 42, 117 n., 172, 233, 282.
 atenienses - II, 118.
 Aternio A. - I, 97.
 Ates - III, 73.
 Atica - II, 199, 248.
 Atico, ver T. Pomponio Atico.
 Atila - III, 302.
 Atilio L. - I, 107.
 Atilio Régulo C., cónsul en el 250 a.C. - II, 28.
 Atilio Régulo M. - II, 25-27, 31, 72 n., 169.
 Atlante - III, 70, 120.
 atrio - I, 225.
 Ato Navio - I, 79.
 augures - I, 21, 117, 127, 210.
 Augusta Trevirerum (Tréviris) - III, 93, 228, 257, 293.
 Augustales - III, 142.
 Augusto, emp. - I, 11, 17, 26, 31, 143, 180; II, 11, 136 n., 148, 165, 166, 189, 239 n., 339 n., 350-361; III, 7, 11, 13, 14, 18-41, 48-55, 56-59, 63, 66, 67, 71, 73, 77, 81, 87, 89, 95, 98 n., 105, 116, 135, 138, 144, 146, 151, 167, 178, 187, 188, 195, 204, 212, 250.
 Augustodunum (Autun) - III, 235.
 Aureliano, emp. - III, 139 n., 232, 234, 237-243, 247.
 Aurelio Cota, censor en el 241 a.C. - II, 45 n.
 Aurelio Cota L., pretor - II, 298.
 Aurelio Cota M., cónsul en el 74 a.C. - II, 301.
 Aurelio Mario Marco, emp. - III, 234.
 Aurelio Víctor - II, 257; III, 11, 14.
 Aureolo - III, 228, 232, 233.
 auruncos - I, 158-160, 163, 187.
 ausones - I, 156, 157.
 Ausonio - III, 15.
 Austria - III, 37.
 Autarito - II, 37.
 Autun (ver Augustodunum y Bibrac-tes).
 auvernenses - II, 238.
 avares - III, 304.
 Avaricum (Bourges) - II, 321, 328.
 Aventino - I, 56, 64, 93 n., 97-99, 201; II, 149, 154, 225.
 Avidio Casio - III, 182, 183.
 Avito, emp. - III, 303 n.
 Azerbciján - II, 304.
- B
- Babilonia - I, 51; III, 197, 267, 268.
 Bactra (Balch) - III, 136.
 bagaudos - III, 235, 241-243, 245, 246, 250, 291.
 Bagrad - II, 13, 14.
 Balbino, emp. - III, 214-216, 218, 219.
 Balcanes - II, 111, 128.
 Balch (ver Bactra).
 Baleares - II, 14, 93, 94, 239, 343.
 Barmocar - II, 84.
basileus - I, 76.
 Basílica Porcia - II, 154.
 bastarnios - II, 127; III, 244.
 bátavos - III, 92.
 Bactriana - III, 120.
 Baya - III, 119.
 Beaufort - I, 34.
 Bebio C. - II, 232.
 Bécula - II, 91.
 belgas - II, 240, 320, 322, 323, 328.
 Bélgica - III, 132.
 Belisario - III, 303.
 belovacios - II, 323.
 Benevento - II, 177, 179, 188.
 Beocia - II, 109, 114, 117, 128, 135, 136, 271; III, 233.
 beremios - III, 244.
 Bética - III, 36 n.

Betis (Guadalquivir) - II, 41, 42, 91, 93.

Bibracte (Autun) - II, 321, 322.

Bilio C. - II, 211.

bitinios - II, 146.

Bitunia - II, 11, 86, 104, 125, 127, 171. 200 p., 267, 301, 340; III, 12, 107.

Bizancio - II, 104, 129, 272; III, 187, 229, 230, 232, 242, 259, 261, 303.

Blosio de Cumas - II, 201, 204, 211.

Boco - II, 235, 236.

Bohemia - III, 37.

Boileau-Despréaux, Nicolás - III, 53.

Bola - II, 152.

Bolonia - I, 43, 45, 58; II, 101, 354.

Boni, G. - I, 15.

Bonn - III, 141.

Bonoso - III, 244.

Bósforo - II, 104, 248, 266, 303, 304; III, 110, 120, 229, 236, 260, 304.

Boudica - III, 77.

Bourges (ver Avaricum).

Noviano - I, 166, 167; II, 87, 264.

boyenses - II, 47, 48, 59, 101.

Brénero - I, 45.

Brenno - I, 145, 148.

Bríndisi - I, 179, 188; II, 273, 276, 295, 305, 315, 357; III, 61.

britanios - II, 327.

Britania - I, 30; II, 326; III, 8, 70, 77, 84, 93, 97, 100, 113, 118, 120, 131-135, 138, 141, 182, 186, 191, 227, 228, 229, 235, 244, 250, 151, 256, 258, 259, 296, 300, 302.

Británico (ver Claudio Ti. Británico).

Brucio - I, 39, 41; II, 75, 78, 87, 88, 92, 221, 261, 294.

brucios - I, 41, 169, 179, 182, 189.

búcolos - III, 183n.

Budismo - III, 263.

Bulgaria - III, 37.

Bulas - III, 191.

burgundos - III, 244, 300, 302.

Burunitano - III, 154.

Byrsa - II, 141.

C

caballeros (equites, orden ecuestre) - I, 77, 122, 124, 128, 205, 206, 214; II, 44, 46, 188-190, 250, 255, 298; III, 24, 25, 26, 95, 115, 116.

Cabo Córico - II, 117.

Cabo Ecnomos - II, 24.

Cabo Hermoso - I, 84.

Cabo Mioneso - II, 119.

Cabo Miseno - II, 357; III, 36, 64, 98.

Cabo Palos - I, 155; II, 41, 42.

Cabo Sunio - II, 248.

Cádiz (ver Cades).

Caelio Vibena - I, 85, 86.

Calcedonia - III, 226.

Calcidia - II, 135.

Calcis - II, 112, 117, 136.

Caldeos - I, 104.

calendario prenestino - I, 31.

Cales - II, 181.

Caligula, emp. - III, 8, 10, 57, 61, 64-67, 70, 71, 81, 184, 194.

Calixto, comandante romano - III, 227, 229.

Calixto, liberto - III, 67.

Calpurnio Bestia L. - II, 232.

Calpurnio Bibulo M. - II, 316, 317.

Calpurnio Pisón C., conspirador contra Nerón - III, 76, 164, 168.

Calpurnio Pisón Cn., legado de Siria - III, 60.

Calpurnio Pisón L., analista - I, 21, 93n.; II, 170, 198.

Calpurnio Pisón L. Liciniano - III, 83.

Calvo - III, 30.

Camalodunum (Colchester) - III, 83.

Camerino - I, 166 n.

Camilo Escriboniano - III, 70.

Campania - I, 22, 38, 42, 43, 44, 51, 53, 64, 85, 86, 121, 140, 156, 160-165, 181, 212, 222, 224; II, 70, 75, 78, 123, 199 n., 257, 260-262, 268, 276, 283, 292, 299, 316, 341; III, 62, 131, 134, 140, 150.

campanos - I, 156-159, 178, 226; II, 35.

Campos Magnos - II, 96.

- Campo Marzio - I, 127, 134; II, 277, 286.
 Cannas - I, 22; II, 71, 72, 75-80, 83, 101, 130.
 canon tolemaico - III, 162.
 Canosa - II, 262.
 cántabros - III, 36.
 Canuleyo C. - I, 106.
 Capadocia - II, 202, 266, 267, 302, 305, 340; III, 60, 196, 240.
 Capeliano - III, 212, 214.
 Capena - I, 144 n.
capitatio, jugatio - III, 253.
capite censi - I, 77.
 Capitolio, colina capitolina - I, 56, 97, 110, 127, 128, 147, 224; II, 75, 122, 147, 210, 224, 253; III, 33, 86, 92, 94, 110, 214, 215.
 Capri - I, 38; III, 62, 64.
 Capua - I, 44, 64, 116, 156, 157, 160, 161, 163, 164, 172, 189; II, 75, 78, 86-89, 100, 221, 242, 296, 310, 354; III, 130, 131, 132, 134, 140.
 capuanos - II, 75, 88.
caput - I, 128.
 Caracalla, emp. - III, 13, 16, 180, 191-193, 195, 221.
 Carataco - III, 71.
 Carausio - III, 250, 252.
 Caria - II, 104, 120, 202.
 Carino - III, 245, 246.
 Carincia - II, 237; III, 36.
 Carlomagno - I, 31.
carmen arvale - I, 17.
 Caro M. A. - III, 51.
 Caro, emp. - III, 245, 246.
 carpetanos - II, 53.
 carpos - III, 221, 222, 252.
 Carras - II, 324; III, 221.
 Cartago - I, 21, 33, 40, 84, 121, 122, 140, 155, 171, 174, 176, 181, 201, 221; II, 7, 8, 13-19, 24, 25, 27-28, 32, 33-40, 51, 53, 61, 69, 79, 84, 93, 100, 105, 113, 114, 126, 134-142, 144, 169, 204, 221, 230, 235, 345; III, 140, 172, 212, 214.
 cartagineses - I, 42, 44, 53, 84, 85, 174-176, 201; II, 12, 14-16, 21-29, 32, 33, 34-40, 53, 61-63, 68-70, 72, 73, 77-85, 87, 88, 91-93, 98-101, 138, 139, 141; III, 181.
 Casa del Cirujano - I, 225.
 casa romana - I, 224.
 Casio Dión - I, 30, 87; II, 11, 12, 165, 247; III, 7, 10, 11, 127.
 Casio Emina L. - I, 24.
 Casio Longino C., gobernador de la Galia Cisalpina en el 72 a.C. - II, 293.
 Casio Longino C., pretor en el 44 a.C. - II, 925, 326; III, 249, 252, 353.
 Casio Longino Q., tribuno en el 49 a.C. - II, 333.
 Casio Espurio - I, 96, 141.
 Casivellauno - II, 327.
 Casto - II, 295.
castra - I, 205.
 Catalaunum (Campos Catalaunicos) - III, 242, 259.
 Cataluña - II, 59, 61 n., 80.
 Catania - I, 42, 196.
 catos - III, 98 n., 101, 182.
 Cátulo - III, 41, 46, 51.
 Cáucaso - II, 304 n.; III, 111, 134, 296.
 Caudio - I, 162.
 Cecilio Metelo L., cónsul 284 a.C. - I, 168 n.
 Cecilio Metelo L., cónsul 251 a.C. - II, 29.
 Cecilio Metelo Q. Macedónico - II, 134, 135, 143.
 Cecilio Metelo Q. Numídico - II, 233 - 235, 253, 255, 276.
 Cecilio Metelo Q. Pio, hijo de Numídico - II, 276, 282, 289.
 Cecilio Metelo Escipión, suegro de Pompeyo Magno - II, 341, 342.
 Cecina A. - III, 84, 86.
 Cecropio - III, 234.
 Ceionio Cómodo Vero L. - III, 119.
 Celio, monte - III, 239.
 Celio Antipatro L. - I, 24, 55-56.
 Celio Rufo M. - II, 340, 341.
 celotes - III, 78.
 Celso - III, 15.
 celtas - I, 144; II, 42, 52, 57, 320.
 celtíberos - II, 41, 143, 240, 343.
 Cenabum - II, 321, 328.

- cenomanes - I, 41, 47, 65.
 censores - I, 107, 108, 114, 124, 128, 131, 133, 134; II, 184, 281, 299; III, 142.
 Censorino - I, 32.
 Centoceles - III, 127 n.
 centuria, centurias - I, 77, 79, 88, 127, 185, 205; II, 45, 240.
 centurión - I, 206.
census - I, 134.
 "cerco de Adriano" - III, 114, 120.
 "cerco de Antonino" - III, 120.
 Cerdeña - I, 37, 42, 84, 153, 201; II, 14, 27, 32, 38-40, 50, 169, 214, 219, 278, 286, 336, 354, 356.
 Ceres - I, 152, 187.
 César C., hijo de Agripa - III, 56, 57, 81.
 César L., hijo de Agripa - III, 56, 57, 81.
 Cesárea - III, 78, 227.
 Cesarión (ver Tolomeo Cesarión).
 Cestio Galo C. - III, 79.
 Ceylan - III, 135.
 Chiesi, río - II, 47.
 China - III, 121, 134-137.
 Chipre - II, 121, 172; III, 111, 304.
 Clitius (ver Clusium).
 Chiva - III, 224.
 Cicerón - I, 25, 31, 32, 70, 103, 221; II, 160-163, 217, 305, 307-314, 319, 320, 324, 332, 350, 354; III, 41-44, 173 n.
 Cilicia - II, 172, 197, 288, 302, 356; III, 112.
 cimbrios - II, 171, 236, 237, 238, 246, 255, 274; III, 175, 207.
 Cincio Alimento L. - I, 23, 33; II, 136.
 Cinea - I, 172-174; II, 136.
 • Cinocéfalos - II, 109.
 Cipio Polibio - III, 134.
 Circeo - I, 84, 159, 188.
 circunceliones (ver Agonistas).
 Cirenaica - III, 111, 252.
 Cirenea - II, 121, 137, 200 n., 362.
 Cisauna - I, 16.
 Cisico - III, 236.
 Cispio - I, 56.
cives romani - I, 185.
civitas cum suffragio - I, 186, 187.
civitas sine suffragio - I, 187.
 clases - I, 77, 127, 185.
 Claudiano - III, 16.
 Claudio, emp. I, 66, 85; III, 8, 10, 57, 66, 67, 69-73, 77, 81, 83, 84, 87, 88, 94, 95, 116, 135, 138, 157, 177, 192.
 Claudio II, emp. - III, 234-237, 242.
 Claudio, médico - III, 15.
 Claudio Apio el ciego, censor en el 313 a.C. - I, 78, 116, 122, 173, 182; II, 199, 200, 221, 224; III, 167.
 Claudio Apio, cónsul en el 264 a.C. - II, 19, 20.
 Claudio Apio, decemviro - I, 98, 99.
 Claudio Apio, pretor en el 213 a.C. - II, 81.
 Claudio Apio, suegro de Tiberio Graco - II, 204, 205, 208, 211.
 Claudio Q. - II, 45.
 Claudio Ti. Británico - III, 71 n., 73, 81, 88.
 Claudio Ti. Germánico - III, 38, 57 n., 59-61, 72, 81.
 Claudio Marcelo C., cónsul en el 49 a.C. - II, 334 n.
 Claudio Marcelo M., cónsul en el 214 a.C. - II, 10, 81, 82, 89, 102.
 Claudio Marcelo M., hijo de Octavia, hermana de Augusto - III, 56.
 Claudio Nerón C., cónsul en el 207 a.C. - II, 89, 92.
 Claudio Nerón T., primer esposo de Livia Drusilia - III, 31, 81.
 Claudio Cuadrigario Q. - I, 25.
 Claudio Tácito M., emp. - III, 243.
 Cleandro - III, 185.
 Cleómaco - II, 84.
 Cleón - II, 197, 244.
 Cleónimo - I, 169.
 Cleopatra - II, 338, 356, 359-362.
 Clermont Ferrand - II, 321.
 clientes - I, 69, 74, 103, 115.
 Clitones - I, 78.
 Clodia, esposa de Octaviano - III, 31.
 Clodia, hermana de Publio Clodio - III, 46.
 Clodio C., propretor en el 73 a.C. - II, 291.

- Clodio Albino D. - III, 186, 187.
 Clodio P., agitador político - II, 318, 319, 330, 347; III, 47.
 Clodio Macrón P. - III, 82.
 Clonio P. - II, 243.
 Clupea - II, 24, 26, 27.
 Clusium (Chiusi) - I, 45; II, 47.
cognomen - I, 69.
 cohortes - I, 187, 205.
 cohortes pretorianas - III, 32, 33.
 Colchester (ver Camaloudunum).
 Cólquida - II, 266, 303; III, 120.
 Colacia - I, 81.
collegia compitalicia - II, 319.
collegia illicita - III, 143.
collegia licita - III, 143.
collegia tenniorum - III, 143.
collegium (sodalitium), *collegia* - III, 142-144.
 Colina, región - I, 56.
 colonia, colonos - III, 123, 146, 149-154, 156, 158, 202-207, 220, 228, 231, 248, 254, 276, 277, 291, 292, 294, 298.
 Colonia (Colonia Agripina) - III, 132, 141, 228, 235, 244.
coloniae civium romanorum - I, 150, 185, 186.
coloniae latinae - I, 150, 187.
 Columnas de Hércules - II, 14, 40.
 Columela - II, 176, 177; III, 12, 148-150, 153, 155, 202.
comitatenses (tropas) - III, 260.
 comicios centuriados - I, 77, 82, 87, 98, 103, 107, 122, 126-130, 218; II, 44, 45.
 comicios curiados - I, 75, 126, 127.
 comicios tribales - I, 95, 105, 118, 127-129, 132, 136, 138, 218.
 Comágenes - III, 60.
commentarii Pontificum - I, 21, 32, 213, 221.
 Cómodo, emp. - III, 15, 103, 105, 154, 162, 184-186, 188, 191 n., 194.
 compluvio - I, 224.
 Concilio de Nicea - III, 262, 279, 280, 289.
concilia plebis tributa - I, 128.
 Concordia - III, 223.
 conductor - III, 153.
consilium principis - III, 166.
consistorium principis - III, 260.
 consulado, cónsules - I, 62, 87, 88, 107 n., 109, 123, 127, 128, 130-132, 205.
 Constancia, hermana de Constantino - III, 258.
 Constancio, emp. (hijo de Constantino I) - III, 259, 280-283, 285-287.
 Constancio Cloro, emp. - III, 250, 251, 256, 257.
 Constante, emp. - III, 259, 280.
 Constantino I, emp. - III, 7, 13, 252, 253 n., 256-262, 275, 276, 279, 280-282, 290 n., 292.
 Constantino II, emp. - III, 259, 280.
 Constantinopla - III, 261, 280, 283, 287, 293, 296, 304.
 Constanza (ciudad) - III, 54.
Constitutio Antoniniana - III, 161, 192.
 contubernium - III, 294.
 Conway, William Martín - I, 50.
 Copérnico, Nicolás - III, 162.
 Cora - I, 141, 142, 154 n.
 Córcega - I, 37, 42, 44; II, 14, 23, 32 n., 39, 358.
 Corcyra - II, 49, 50, 84.
 Corfinio - II, 260.
 Corinto - II, 50, 109, 135-137, 141, 186, 345, 347, 361; III, 140, 233.
 corintios - II, 50, 110.
 Cornelia, madre de los Gracos - II, 167, 205, 213, 215.
 Cornelia, primera esposa de César - II, 306, 446 n.
 Cornelio Dolabela, cónsul en el 283 a.C. - I, 168.
 Cornelio Dolabela P., cesariano - II, 341, 351.
 Cornelio Cetego C. - II, 312, 313.
 Cornelio Cinna L. - II, 269, 273-275, 306.
 Cornelio Coso A. - I, 143.
 Cornelio Fusco - III, 101.
 Cornelio Galo C. - II, 362.
 Cornelio Lentulo Cn., cónsul en el 72 a.C. - III, 292.
 Cornelio Lentulo Gtulico Cn. III, 65.

- Cornelio Léntulo L., jefe de la embajada romana ante Antíoco en el 196 a.C. - II, 112.
- Cornelio Léntulo L., cónsul en el 49 a.C. - II, 334 n.
- Cornelio Léntulo L., pretor en el 63 a.C. - II, 312, 313.
- Cornelio Nepote - II, 11, 166.
- Cornelio Escipión L., cónsul en el 259 a.C. - II, 12, 27.
- Cornelio Escipión L., cónsul en el 83 a.C. - II, 275, 276.
- Cornelio Escipión P., cónsul en el 218 a.C. - II, 57, 63, 65, 80.
- Cornelio Escipión el Africano P. - II, 8, 12, 89, 90, 93-96, 102, 118-119, 122-125, 140, 147, 169, 203, 204.
- Cornelio Escipión L. (el Asiático) - II, 118, 122.
- Cornelio Escipión Barbado L. - I, 166; II, 12.
- Cornelio Escipión Emiliano P. - II, 72, 140, 141, 147, 169, 203, 212, 213; III, 41, 45.
- Cornelio Escipión Nasica P. - II, 210, 211.
- Cornelio Sila L. - I, 11, 25, 75, 188, 222; II, 160, 163, 191, 235, 236, 251, 261, 264, 267-283, 285-287, 298-360, 305, 306, 309, 343, 344, 349, 354; III, 18, 24, 26, 39, 47, 147 n., 188.
- Cornículo - I, 66.
- Corpus juris civilis* - I, 31; III, 157 n., 304.
- corsos - I, 42.
- Craso (ver Licinio Craso P.)
- Cremera - I, 142.
- Cremona - III, 244.
- Cremona - II, 48, 65, 101; III, 49, 84, 86.
- Creta - II, 125; III, 252.
- Crimea - II, 303.
- Crisógono - II, 279.
- Crispina - III, 184.
- Criso - II, 291-293, 295.
- cristianismo - III, 107, 108, 144, 165, 194, 256, 261-267, 269-279, 281-286, 288, 289, 299.
- cristianos - III, 274, 275, 277, 286, 289.
- Cristo - III, 270, 273, 277.
- Critolao - II, 135, 136.
- Crotona - I, 42, 172, 176, 178, 188.
- Ctesifonte - III, 111, 187, 230, 246, 289.
- cuados - II, 101, 184, 285, 296.
- cuadrillas - I, 205.
- Cuartino, usurpador - III, 210.
- cuestores - I, 89, 95, 124, 129, 130; II, 281, 345; III, 142.
- Cumas - I, 42, 45, 47, 84, 156, 160, 212; II, 186, 201; III, 50, 270.
- cura annonae* - III, 23.
- cura aquarum* - III, 23.
- cura legum et morum* - III, 23.
- curadores - III, 142.
- Curi - I, 62.
- Curia de Hostilio - I, 63.
- curiacios - I, 63.
- curias - I, 61, 71, 73, 75.
- Curio Dentado M. - I, 167, 168, 177, 182, 196.
- Curio Q. - II, 310.
- curión - I, 71.

D

- Dacia - III, 101, 102, 109, 113, 114, 123, 133, 138, 240.
- dacios - III, 101, 109, 179, 221.
- Dafnis - II, 174.
- dálmatas - III, 38.
- Dalmacia - III, 70.
- Dalmacio - III, 280.
- Damarato - I, 64.
- damnatio ad metalla* - III, 133.
- Damófilo - II, 195, 196, 197.
- Danubio - II, 127, 303; III, 33, 35-38, 63, 85, 93, 96, 101, 102, 106, 109, 113, 123, 127, 136, 140, 141, 184, 192, 197, 217, 221-225, 230, 238, 240, 243, 244, 250, 285, 296, 297.
- Dárdanos - II, 86, 108.
- Dárdano - II, 273, 300.
- daunios - I, 41.
- Decéballo - III, 101, 109.
- decemviro - I, 98-101, 103, 107 n., 113, 127, 130; II, 308.
- Decio, emp. - III, 180, 222-225, 275, 278.

- Decio Mure P., cónsul en el 340 a.C. - I, 158.
- Decio Mure P., cónsul en el 297 a.C. - I, 166, 167; III, 47.
- decuriones - III, 141.
- dedicticii (súbditos) - I, 189.
- Decipos - III, 233.
- Dekan - III, 136.
- Delfos - I, 22; II, 77, 128; III, 77.
- Delión - II, 117.
- Delos - II, 132, 137, 174, 186, 199, 267, 271; III, 129.
- Demetria - II, 118, 137.
- Demetrio, hijo de Filipo V - II, 127.
- Demetrio II de Macedonia - II, 48, 84.
- Demetrio de Faros - II, 50, 51.
- Demetrio I de Siria - II, 133.
- Demóstenes - II, 147.
- Dertosa - II, 79.
- De Sanctis, Gactano - I, 85.
- Devoto, Giácomo - I, 51.
- diaconos - III, 273.
- diáspora - III, 118.
- dictadores - I, 108, 110, 124, 127, 129, 130, 135.
- dictador *perpetuus* - II, 344.
- dictador *perpetuus legibus scribendis et rei publicae constituendae* - II, 280.
- Didio Juliano M., emp. - III, 186, 187.
- Dido - III, 49.
- dies fasti et nefasti* - I, 116.
- Dico - II, 135, 136.
- Digesto - I, 31; III, 157 n.
- Dinamarca - III, 137.
- Diocleciano, emp. - III, 7, 13, 245-247, 249-262, 275, 278, 289, 290 n., 292.
- Diodoro Sículo - I, 29, 30, 32, 94, 110, 146; II, 11, 163, 172, 173, 194-196, 198, 217, 242, 246, 257; III, 127.
- Diófanes de Metilene - II, 204, 211.
- Diofantes - II, 248.
- Dión Crisóstomo - III, 102.
- Dión Casio (ver Casio Dión)
- Dionisio de Halicarnaso - I, 25, 28, 30, 32, 44, 45, 51, 58, 76, 84, 86, 99, 103 n., 110, 141.
- Dionisio I, tirano de Siracusa - I, 169.
- dominatus* - III, 247, 248, 256, 275.
- Domiciano - III, 102.
- Domiciano, emp. - II, 165; III, 8, 10, 87, 98-104, 137, 172.
- Domicio Enobarbo Cn., cónsul en el 32 a.C. - II, 360.
- Domicio Enobarbo Cn., padre de Nerón - III, 81.
- Domicio Alejandro L. - III, 257.
- Domicio Calvino Cn. - II, 340.
- Domicio Corbulón Cn. - III, 78, 79.
- Domicio Ulpiano - III, 15, 168, 195.
- donatismo - III, 278.
- Donato - III, 278.
- dorios - I, 70.
- Druenza - II, 241 n.
- druidas - II, 321.
- Drumann, Wilhelm - II, 349.
- Drusila, hija de Germánico - III, 65, 81.
- Druso, hijo de Germánico - III, 60, 61, 81.
- Druso César, hijo de Tiberio - III, 59, 60, 81.
- Druso Claudio Nerón, hijastro de Augusto - III, 37, 56, 57, 81, 135.
- Druso, tribuno en el 91 a.C. (ver Livio Druso M.)
- Ducati, Pericle - I, 50.
- Duilio C. - II, 12, 22.
- Duilio M. - I, 105.
- duoviri (duumviri)* - III, 142.
- duoviri navales* - I, 164.
- duoviri quinquennales* - III, 142.
- Dyrrachium (Durazo) - II, 336, 337.
- ecclesia* - I, 129.
- Ecio - III, 302.
- ecuos - I, 41, 53, 92, 98, 141, 144, 150, 151, 161, 165; II, 262.
- edicta censoria* - I, 134.
- edictum de pretiis verum venalium* - III, 253.
- edictum perpetuum* - III, 117, 166.
- edictum praetorum* - I, 133, 214.
- Edicto de Milán - III, 258, 261, 286.
- ediles - I, 89, 113, 122, 136, 137; II, 281, 345.

- ediles curules - I, 112, 124, 128, 130, 136.
 ediles plebeyos - I, 95, 123, 129, 131, 136.
 eduos - II, 321, 328; III, 69.
 Efeso - II, 112, 117, 119, 129; III, 140, 230, 282, 284.
 éfesos - II, 201.
 egeos - II, 110.
 Egina - III, 129.
 Egipto - I, 40, 51; II, 10, 14, 86, 89, 103, 104, 108, 111, 121, 129, 132, 144, 338, 339, 342, 359, 362; III, 20, 33, 85, 111, 116, 120, 132, 145, 151, 175, 181, 183, 187, 196, 200, 216, 223, 229, 240, 241, 244, 248, 251, 253, 259, 267, 268, 271, 304.
 ejércitos consulares - I, 206.
 Elba, río - III, 37, 38, 137.
 Elba, isla - I, 38, 39; III, 57.
 Elca - I, 42, 169.
 Eleusis - III, 233.
 Elidia - II, 86, 117.
 Elio Sampridio, historiador - III, 13.
 Elio Seyano L. - III, 61, 63.
 Elio Esparciano, historiador - III, 13.
 Elio Estilón L., escritor - III, 45.
 Elio Tuberón Q., historiador - I, 25.
 Elio Vero L. - III, 119.
 Elvidio Prisco - III, 96.
 Emeso - III, 193, 227, 230, 240.
 Emiliano, emp. - III, 225.
 Emilio Bárbula - I, 170.
 Emilio Lépido M. (padre del triunviro), cónsul en el 78 a.C. - II, 285, 288, 290.
 Emilio Lépido M., triunviro en el 43 a.C. - II, 336, 351, 354, 357, 359.
 Emilio Lépido M., marido de Drusila, hermana de Calpúgula - III, 65.
 Emilio Leto Q. - III, 185, 186.
 Emilio Pablo L., cónsul en el 216 a.C. - II, 72-75, 130.
 Emilio Pablo L., cónsul en el 168 a.C. - II, 7, 10, 12, 130, 146, 147, 169.
 Emilio Régulo L. - II, 117.
 Emilio Scauro M., cónsul en el 115 a.C. - I, 24; II, 229, 234, 249.
 Emona (Lubiana) - III, 216.
 Emporic, isla - II, 79.
 Emporio, puerto sobre el Tiber - II, 154.
 Ems - III, 137.
 Encas - I, 22, 26, 57-60, 212; II, 306, 348; III, 50.
 Engels Federico - I, 12, 19, 75, 79, 92, 119, 213; II, 11, 187, 297 n., 337 n.; III, 164 n., 176, 200, 266 n., 267 n., 293 n.
 Enna - II, 197, 243.
 Ennio - I, 22; II, 150, 151, 155; II, 45, 46.
 Enomao - II, 291.
 Epicarmo - II, 151.
 Epicuro - III, 44, 163.
 Epidamno - II, 82.
 Epiro - I, 169, 170, 177; II, 108, 121 n., 131, 134, 270, 271, 361; III, 233, 252.
 Epicteto - III, 102 n., 164.
 Equicio - II, 253.
 Erdonio Ap. - I, 97, 98.
 Erice - II, 29-31, 34.
 ernios - I, 53, 96, 141, 144, 150-152, 161, 165.
 Eretia - II, 111.
 Escandinavia - III, 136, 137.
 escitas - II, 248; III, 230.
 esclavos, esclavismo, esclavitud, sistema esclavista, economía esclavista - I, 9, 102, 119, 179, 181 n., 190, 191, 192, 197, 199; II, 167, 168, 171-180, 184, 187-193, 227, 242-248, 290-297; III, 26, 27, 112, 122-126, 133, 143, 147-159, 200-207, 220, 228, 230, 231, 242, 248, 266, 270, 276, 277, 290-295, 298, 302-305.
 Escocia - III, 100, 134.
 escotos - III, 296.
 Escribonio Curión C. - II, 332, 335
 esclavos - III, 261, 304, 305.
 Esmirna - II, 201.
 España - I, 200; II, 13, 29, 30, 39-43, 51, 53-55, 89-91, 93, 102, 114, 135, 140, 141-144, 169, 175, 195, 204, 208, 238, 240, 278, 287-290, 299, 315, 324, 331, 334, 341, 342, 345, 346, 351, 354; III, 20, 33, 36, 63, 84, 104, 128, 131, 132, 134, 140, 152, 171, 183.

- 185, 186, 207, 228, 229, 235, 245, 246, 248, 251, 252, 258, 259, 300, 302, 303.
- España Tarragonense - III, 36 n., 80
- españoles - II, 142, 287, 288.
- Esparta - II, 9, 86, 114, 134, 135; III, 233.
- Espartaco - II, 161, 193, 290-297, 299, 301 n.
- espartanos - II, 135.
- espendio - II, 35-37.
- Estabía - III, 98.
- Estalio - II, 312, 313.
- Estacio, poeta - III, 169 n.
- Estacio Prisco, general - III, 182.
- Esteban, siervo de Domiciano - III, 102.
- Estilicón - III, 300, 301.
- Estiria - III, 36.
- estoicismo - III, 164, 168.
- Estrabón - II, 165, 174, 195, 201; III, 55, 127 n., 138.
- Estratonicea - II, 202.
- Esculapio, isla de - III, 157.
- Esquilo - III, 47, 148.
- Esquilina, región - I, 56.
- Esquilino - I, 50-56, 226; III, 75, 241, 242.
- Estrasburgo - III, 97, 141, 285.
- Esvuvio Tétrico C. - III, 235.
- Etna - III, 145 n.
- etolios - II, 85, 108, 116, 117, 121, 126, 128.
- Etolia - II, 86, 114, 115, 120, 131, 136.
- Etruria - I, 19, 38, 39, 41, 43, 44, 47, 48, 51, 53, 66, 82, 86, 140, 144, 146, 150, 151, 160, 165-169, 179, 180, 181, 198, 200, 220; II, 47, 62, 66, 68, 94, 194, 204, 260, 263, 274, 277, 286, 309, 310, 313, 323, 334.
- etrusco - I, 41, 46, 47-51, 53, 64, 67, 70, 74, 75, 83-85, 139-141, 144 n., 145, 150, 153, 161, 164, 165, 168, 180, 181, 201; II, 40.
- Eubca - II, 31, 117, 136, 271.
- Eubulo - III, 194.
- Eufrates - II, 302, 324, 326; III, 35, 111, 113, 135, 222, 227, 240.
- Eugenio, emp. - III, 300.
- Eumone II - II, 113, 120, 125, 129, 200.
- Euno (Antíoco) - II, 195-197, 243.
- Eurpides - II, 148; III, 47.
- Europa - I, 7, 39, 47, 213; II, 98, 111, 113, 114, 119, 267, 347; III, 43, 44, 85, 130, 132, 136, 138, 141, 160, 172, 187, 246, 261.
- Eusebio, obispo de Cesárea - III, 14, 15.
- Eusebio, obispo de Nicomedia - III, 282.
- Eutropio - I, 32; II, 11, 11, 166; III, 11, 14.
- Evencio - II, 151.
- extremum supplicium* - II, 312.

F

- Fabio C. - I, 151.
- Fabio Butcone - II, 45 n.
- Fabio Máximo Q. - II, 10, 56, 57, 68-72, 88, 94, 101, 102, 169.
- Fabio Pictor Q. - I, 22, 23, 30, 33, 198, 226; II, 8, 77, 147.
- Fabio Rulliano Q. - I, 163-165, 182.
- Fabio Sanga - II, 311.
- Fabio Valente - III, 84, 86.
- Fabrizio Lucino - I, 170, 174, 175, 182.
- fabula praetexta* - II, 149.
- Fagutal - I, 56.
- Faleri - I, 144 n., 151.
- fáliscos - I, 151 n.
- familia* - I, 101.
- Fanagoria - II, 303.
- Fannio Cepione - III, 21.
- Fannio C., cónsul en el 122 a.C. - II, 223.
- fariseos - II, 304.
- Farnaces - II, 303, 304, 340.
- Faros - II, 49.
- Farsalia - I, 25; II, 337, 340, 341, 349; III, 169.
- fasces* - I - 49, 132.
- Fasti anni juliani* - I, 17.
- Fasti consulares (capitolini)* - I, 17, 31.
- Fasti praenestini* - I, 16.
- Fasti triumphales (Acta triumphorum)* - I, 17, 31.
- Faustina - III, 121 n.
- Fausto - I, 57.
- federación albana - I, 54, 139.

- federación de Aricia - I, 150.
 federación itálica - II, 363.
 fenicios - I, 50, 51, 121; II, 39, 52.
 Fenicia - II, 16; III, 132, 134, 140, 199, 320.
 Fenio Rufo - III, 76
 Ferentino - I, 152.
 Fermo - II, 262.
 fesceninos - I, 222, 220.
 Festo - I, 124; II, 174 n.
 fiesta latina - I, 139.
 feciales - I, 211.
 Fidenas - I, 63, 146.
 Físole - II, 309.
 Filino de Agrigento, historiador - II, 8.
 Filipos - II, 356; III, 36, 51.
 Filipo Arabe, emp. - III, 180, 222, 223.
 Filipo, hijo de Filipo Arabe - III, 223.
 Filipo, hijo de Persco - II, 131, 133.
 Filipo V Macedonia - II, 49, 50, 83-86, 101, 103-110, 114, 116, 121, 124, 126, 127, 169.
 Filipópolis - III, 225.
 Filón Alejandrino - III, 269.
 Filopémenes - II, 10, 116, 125 n.
 Firmo - III, 139 n., 241, 296.
Flamen Dialis - I, 211.
 flaminios - I, 211.
 Flamínio C. - II, 45-47, 65-68, 72 n., 101.
 Flavio Cn., edil - I, 116, 214.
 Flavio Fimbria C. - II, 272, 273.
 Flavio Julio Crispo - III, 259.
 Flavio Sabino, hermano de Vespasiano - III, 86.
 Flavio Sulpiciano T. - III, 186.
 Flavio Valerio Severo, emp. - III, 256, 257.
 Flavio Vopisco, historiador - III, 13.
 Florencia - II, 66.
 Floro, historiador - I, 32, 86; II, 11, 161, 290.
 Focca - I, 47; II, 40, 201.
 focenses - II, 40, 110.
 Fócida - II, 135, 136.
 Fonteyo Capitón - III, 82.
 Foro Boario - I, 200; II, 76.
 Foro Julio - II, 347.
 Foro Trajano - III, 110.
 francos - III, 227, 229, 243, 244, 250, 258, 282, 285, 302.
 Francia - III, 128.
 Freguelle - I, 162; II, 214.
 frentanos - I, 165.
 Frigia - I, 120.
 Frontino - II, 11; III, 12.
 Fulvia, amante de Q. Curio - II, 310.
 Fulvia, mujer de Marco Antonio - II, 356.
 Fulvio Cn., cónsul en el 298 a. C. - I, 166 n.
 Fulvio Nobilior M. - II, 147, 150.
 Fulvio Nobilior Q., cónsul en el 153 a. C. - II, 143.
 Fulvio, prefecto de Roma - III, 194.
 Fulvio Flaco C., cónsul en el 154 a. C. - II, 198.
 Fulvio Flaco M. - II, 212, 214, 223-255.
 Fulcio Flaco Q., cónsul en el 212 a. C. - II, 87 n.
 Furio Macriano - III, 229.
 Furio Camilo M. - I, 29, 143, 148, 149, 182.
 Furio Timositeo C. - III, 221.
 Fusco - III, 118 n.
- G
- Gabinio A. - I, 131.
 Gabinio A., tribuno en el 67 a.C. - II, 299, 300 n.
 Gabinio P. - II, 312, 313.
 Gádara - III, 46.
 Gades (Cádiz) - II, 39, 40, 93, 142; III, 140.
 Gayo, jurista - I, 31, 101; III, 15, 168.
 Galacia - II, 305.
 Galba, emp. - III, 8, 80, 82-84.
 Galeno C. - III, 162.
 Galerio, emp. - III, 250, 251, 256, 257.
 Gales - III, 134.
 Galia - I, 38, 193; II, 40, 59, 66, 92, 101, 163, 164, 225, 236, 237, 240, 313, 320-324, 326, 327, 329, 330, 342, 245; III, 16, 17, 20, 37, 38, 46, 60, 63, 65, 66, 71, 79, 84, 92, 128, 132, 134, 138, 141, 152, 180, 183, 185-187, 207, 216, 224, 228, 229, 232, 234-236, 241-146, 248, 250-252, 256, 258, 259.

- 281, 282, 285, 286, 297, 299, 300, 302.
- Gallia comata vel braccata* - II, 320 n.
- Galia Cisalpina - I, 38, 56, 58, 62, 77, 101, 169, 240, 263, 282, 293, 318, 320, 324 n., 352, 354; III, 36, 80 n.
- Galia Lionesa - III, 80.
- Galia Narbonense (Provincia) - II, 318, 320, 346, 353, 354; III, 55.
- Galia "salvaje" - II, 320, 354.
- Gallia togata* - II, 320 n.
- Galia Transalpina - II, 56, 252, 318.
- Galia Transpadana - I, 38, 346.
- Galieno, emp. - III, 225-235, 237, 242, 243, 253 n.
- Galilea - III, 79, 271.
- Galípolis - II, 113 n.
- Galo (Flavio Claudio Constancia) - III, 281, 283.
- galos - I, 25, 41, 42, 65, 110, 144-150, 161, 166-168, 182, 198; II, 35, 42, 46, 47, 56, 65, 74, 92, 94, 101, 293, 295, 312, 320, 322, 326, 329; III, 37, 38, 69, 93, 97, 191 n., 218, 219, 229, 232, 250, 286, 293.
- Gárgano - II, 292.
- Garibaldi, José - II, 297.
- Garona - II, 320, 321.
- Gauda - II, 231 n., 326.
- Gáunico - II, 295.
- Gaza - II, 104.
- Celio A., escritor - I, 32, 101.
- Celio Cm., analista - I, 24.
- Celio L., cónsul en el 72 a. C. - II, 293.
- Celio Ignacio - I, 167.
- Génova - II, 94.
- Gens, gentes*, sociedad gentilicia, organización gentilicia, derecho gentilicio - I, 69, 70, 74-76, 101, 102, 120, 123.
- Gensérico - III, 302.
- Genucio I. - I, 113; II, 208, 281.
- Georgia - II, 266.
- Gergovia - II, 321, 328.
- Germal - I, 56.
- Germania - II, 326; III, 17, 37, 38, 60, 65, 80, 83, 84, 104, 114, 136, 137, 180, 182, 198, 209, 210, 237.
- Germania inferior - III, 82.
- Germania superior - III, 102, 104.
- Germanico (ver Claudio T. Germanico).
- germanos - I, 76; II, 293, 295, 321-323, 326; III, 37, 38, 92, 210, 219, 220, 229, 231, 235.
- Gerón I - I, 45.
- Gerón II - I, 18, 20, 21, 31, 32, 38, 80.
- Gerónimo - II, 81.
- Gesio Floro - III, 79.
- Geta, hermano de Caracalla - III, 191, 192.
- Getas - III, 37, 93.
- Gibraltar, estrecho de - II, 41.
- Giscón, general cartaginés - II, 34, 36, 90, 93.
- Giscón, senador cartaginés - II, 99.
- Glicerio, emp. - III, 303 n.
- gnosticismo - III, 165, 269, 277, 284.
- godos - III, 22, 225, 230, 232, 235, 236, 237, 240, 243, 260, 261, 296, 301, 304.
- golfo de Bengala - III, 135, 136.
- golfo de Vizcaya - II, 91.
- golfo Pérsico - III, 111, 135.
- Gordiano I, emp. - III, 211-215, 219.
- Gordiano II, emp., hijo del anterior y continuador - III, 211, 212.
- Gordiano III, emp., nieto de Gordiano I - III, 215, 220, 221.
- Gotland - III, 138 n.
- Gran Armenia - II, 266.
- Graciano - III, 295-299.
- Grecia - I, 8, 10, 38-40, 58, 70, 98, 99, 122, 169, 177, 210, 223; II, 12, 85, 86, 105, 108-111, 114, 118, 121, 126-128, 131-136, 141, 146, 154, 168, 159, 171, 185, 199, 270-272, 335, 357, 361, III, 37n., 43, 53, 77-79n., 100, 117, 145, 174, 200, 229, 232, 236, 252, 261, 267.
- griegos - I, 8, 42-44, 46, 49, 50, 51, 53, 76, 83, 85, 140, 156, 160, 161, 182, 212, 221-223 n.; II, 14, 40, 49, 51, 53 n., 78, 85, 107, 110, 116, 128, 135, 146, 147, 155 n., 160; III, 44, 47, 50, 79, 135, 136, 199.
- Guadalquivir (ver Betis)
- Guinea - II, 40.
- Gulura - II, 231.

H

- Hebreos - III, 78, 79, 92, 111, 118, 120, 268.
 Hecebolio - III, 283.
 Hérgades - II, 31.
 Hélade - II, 84, 107, 270.
 Helánico de Lesbos - I, 44, 50, 58.
 helenos - I, 35; II, 50, 52, 110; III, 77, 272.
 Helesponto - I, 104, 112, 118, 200, 273; III, 232.
 Heliano, jefe de los bagaudos - III, 245.
 Heliodoro - III, 176 n.
 Heliogábalo, emp. - III, 193, 194.
 helvecios - II, 322; III, 153.
 Heraclia - I, 171, 172.
 Heraclia Minoa - II, 241, 243.
 Heracliano - III, 234.
 Herácleo, emp. - III, 304.
 Herculanio - II, 262, 264; III, 98.
 Herennia Etruscila - III, 180.
 Herennio Etrusco Decio P. - III, 224, 225.
 Hermanos Arvales - I, 211, 221.
 Herodes Atico - III, 159 n.
 Herodiano - III, 13, 211, 218, 221.
 Herodoto - I, 44, 46, 50, 51.
 hérulos - III, 232.
 Hiérocles - III, 194.
 Hipacia - III, 299.
 Hipalos - III, 135.
 Hípias, rey expulsado de Atenas en el 510 a. C. - I, 82.
 Hipócrates - III, 162.
 Hiponas - II, 35-37.
 Hispania Citerior - II, 142, 351, 353; III, 36.
 Hispania Ulterior - II, 142, 143, 315, 335.
 Hircania - III, 120.
 Hircano - II, 304.
 Hircio A. - II, 164, 353.
 hititas - III, 199.
 Holanda - III, 157.
 Homero - I, 76, 211; III, 50.
 Honorio, emp. - III, 300, 301.
 Hoptamoas - III, 139 n.
 Horacio, poeta - III, 13, 30, 40, 48, 51, 52.
 Horacio Cocles - I, 82.
 Horacio M., cónsul en el 449 a. C. - I, 105.
 Horacio - I, 63.
 Hortensia - III, 30.
 Hortensio Q., dictador - I, 118.
 Hortensio Q., orador - III, 42.
 Hostiliano, emp. - III, 224, 225.
 Hostilio Mancino C. - II, 144.
 Hotacilio M. - II, 20 n.
 Huan-Ti - III, 120, 136.
 Hungría - III, 37.
 hunos - III, 296, 297, 302.

I

- Iberia - II, 41, 304; III, 97, 120.
 ibéricos - II, 35, 41, 52, 74, 80; III, 110, 293.
 Icilio - I, 97.
 Iempsale - II, 231.
 Ilerda - II, 235.
 Ilibrio, emp. - III, 303 n.
 Iuria - II, 48-51, 54, 84, 85, 168, 131, 134, 169, 172, 318, 357; III, 85, 132, 186, 229, 244, 281, 300.
 itálicos - II, 49, 50, 85, 108, 129; III, 206, 209, 231.
 ilotas - I, 180.
imperium - I, 75, 127.
imperium galliarum - III, 92.
imperium maius - II, 302; III, 22, 23.
 inpluvio - I, 224.
 India - III, 111, 120, 134, 136, 140.
 Indo - III, 135.
 Ingenuo - III, 228.
 Inglaterra - III, 71, 132, 134.
in iudicio (procedimiento) - I, 215, 216.
in iure (procedimiento) - I, 215, 216.
infra classen - I, 77.
 insubres - I, 41; II, 47, 58, 61, 101.
intercessio - I, 135.
interpretatio - I, 214.
 interreyes - I, 127, 130, 131.
 interregnum - I, 76, 126.
 Ipsco L. - II, 197.
 Irán - III, 196.

- Irlanda - III, 100, 137.
 Isauria - III, 244.
 isaurios - III, 244.
 Isere - II, 62, 241.
 Iscrnia - II, 262, 263, 278.
 Isidoro - III, 183 n.
 Islam - III, 304.
 islamismo - III, 263.
 Istro - III, 127.
 Italia - I, 8, 9, 13, 17, 24-26, 37-43, 50, 51, 58, 98 n., 119, 121, 148-150, 155-158, 161, 165-171, 174-181, 185, 186, 187-193, 200, 202, 223; II, 7, 13, 16-30, 32, 39, 42, 46, 48, 52, 54, 57-60, 65, 68, 69, 75, 78-80, 93-85, 88-95, 98, 100, 104, 113, 116-118, 120, 124, 126, 130, 133, 146, 147, 168-171, 180, 181, 186-188, 190, 193, 199, 220, 221, 237-239 n., 240-242, 258, 264, 273-276, 280, 282, 285, 290, 291, 295, 299, 303, 305, 308, 315, 316, 320, 324, 334, 335, 336, 339, 340, 343-346, 352-361, 363; III, 33, 36, 38, 46, 47, 49, 50, 51, 61, 69, 84, 85, 99, 102, 105, 117, 123, 127-132, 134, 140, 147-152, 169, 175, 188, 190, 191, 193, 197, 200, 213-217, 225-237, 239-242, 249, 252, 253, 258, 267, 300-303.
 itálicos - I, 41-43, 51, 176, 182, 188, 190, 207; II, 38, 52, 68, 78, 179, 190, 252, 257-260, 263, 264, 267, 275, 282; III, 33, 52, 189, 205.
- J
- Jámblico - III, 15.
 Janículo - I, 64, 118, 142.
 Jantipo - II, 25, 26.
 Jenófanes - II, 84.
 Jenofante - II, 8.
 Jerónimo - III, 15.
 Jerusalem - II, 305, 325; III, 78, 91, 92, 118, 179.
 jonios - I, 70.
 Jorge, obispo de Alejandría - III, 287.
 Jorge Amartolo - III, 14.
 Jorge Sincelo - III, 14.
 Josefo Flavio - III, 11, 265.
 Jotapiano - III, 222.
 Juan, evangelista - III, 264, 271.
 Juan de Gischala - III, 79, 80, 81.
 Juan Malala - III, 14.
 Juba - II, 339, 341, 342.
 Judea - II, 305, 325, 326; III, 12, 77, 79, 85, 89, 91, 97.
 judex - I, 216.
 Julia, hija de Agripa - III, 54, 81.
 Julia, hija de Augusto - III, 57, 60, 81.
 Julia, hija de César - II, 316, 331.
 Julia, hija de Germánico - III, 65, 81.
 Julia, mujer de Mario - II, 306.
 Julia, hermana de César - II, 352.
 Julia Domna - III, 189, 191.
 Julia Mesa - III, 190-192.
 Juliano, emp. - III, 14, 282-289, 296.
 Julio Africano Sexto - III, 14.
 Julio Agrícola Cn. - III, 100.
 Julio Capitolino, historiador - III, 13.
 Julio César C. - I, 11, 25, 30, 32; II, 160, 161, 162-164, 172, 174, 191, 193, 251, 262, 283, 286 n., 300 n., 313-327, 334-353, 358-360, 362, 363; III, 18, 19, 24, 27, 32, 39, 43, 45, 46, 50, 54, 67, 69, 70, 77, 87, 88, 95, 138, 147, 151, 168, 178, 189, 192.
 Julio César L., cónsul en el 90 a. C. - II, 261, 262, 274.
 Julio Civilis - III, 92, 96.
 Julio Constancio, hermano de Constantino I - III, 282.
 Julio Nepote, emp. - III, 303.
 Julio Paulo, jurista - III, 15, 168, 195.
 Julio Severo Sexto - III, 118.
 Julio Vindex C. - III, 80.
 Julio (ver Ascanio)
 Juniano Justino M. - II, 11; III, 55.
 Junio, hijo de Fulvio Macriano - III, 229.
 Junio Bruto L., el primer cónsul - I, 81, 82.
 Junio Bruto M., ayudante de Lépido - II, 286.
 Junio Bruto M., asesino de César - II, 160, 163, 186 n., 349, 350, 352-354; III, 51.
 Junio Bruto Albino D. - II, 323, 349, 351-353.
 Junio Penno M. - II, 214.
 Junio Peto M. - II, 76 n.

- Junio Silano D., cónsul en el 62 a. C. - II, 309, 313.
 Junio Silano M., cónsul en el 109 a. C. - II, 237, 250.
 Junonia - II, 222-225.
 Justiniano, emp. - I, 31; III, 16, 304.
jus aedilicium - I, 214.
jus anuli aurei - I, 123.
jus auxilii - I, 95, 135.
Jus civile Flavianum - I, 214.
jus commercii - II, 72, 159.
jus connubii - I, 159.
jus honorarium - I, 214.
jus honorum - III, 69.
jus imaginum - I, 123.
jus intercessionis - I, 98, 131.
jus possessionis - I, 70.
jus praetorium - I, 214.
jus primae relationis - III, 22.
jus trium liberorum - III, 30.
jus vitae necisque - I, 69.
justitium - II, 268.
 Jutlandia - III, 137.
 jutungs - III, 237.
 Juvenal - III, 13, 99, 148 n., 171, 172.
- K
- Kent - III, 71.
- L
- Labelio D. - III, 47.
 Labieno Q. - II, 356, 358.
 Labieno T. - II, 323, 328, 329, 341, 342.
 Lacinio - II, 8.
 Lacio - I, 39, 41, 43, 53, 64, 85, 86, 92, 121, 139-141, 148, 151, 152, 154, 155, 159, 160, 163, 181, 186, 193, 198, 202; II, 53 n., 199 n., 261, 277; III, 51, 150.
 Lades - II, 104.
 lago Albano - I, 198.
 lago de Como - I, 45.
 lago Fucino - I, 165; II, 347.
 Lago Regillo - I, 141n.
 lago Vadimone - I, 168, 179.
 Lamponio M. - II, 277.
 Lamsaco - II, 112 n.
 Lanuvio - I, 140, 153, 154 n., 159.
 Laodice - II, 133.
lapis niger - I, 15.
 Larcenia - I, 57.
 lares - I, 209.
 Latino - I, 42; III, 51.
 latinos - I, 41, 43, 44, 49, 53, 54, 70, 74, 75, 84, 97, 139-141, 144, 151-153, 157-159, 221; II, 76, 222; III, 51.
 Lactancio - III, 15, 254.
 Laurento - I, 140.
 Laurio - II, 248.
 Lavinia - I, 42, 154 n.; III, 51.
lectio senatus - I, 134.
legati (legados) - I, 206.
Leges XIII tabularum (Leyes de las XII tablas) - I, 18, 72, 87, 92, 100-106, 197, 214, 216, 221; II, 148.
leges Publilia Philonis - I, 144.
leges regiae - I, 18, 31.
leges Valeria Horatiae - I, 105.
 legión - I, 79, 88, 132 n., 149, 203-205, 239, 240; III, 33.
legis actio sacramento - I, 216.
legis actionis - I, 116, 214, 215.
 Lelio C. el joven - I, 147; II, 203, 204.
 Lelio C. el viejo, cónsul en el 190 a. C. - I, 90, 96, 98, 118, 147.
 Lemnos - I, 46, 50, 51.
 Leningrado - III, 180 n.
 Lentini - I, 42.
 León I, papa - III, 302.
 Lépidio (ver Emilio Lépidio M.)
 Lesbos - II, 338.
 Leuce - II, 201, 202.
lex Acilia repetundarum - II, 166.
lex Aelia Sentia - III, 26.
lex Agraria - II, 216.
lex Appuleia de majestate - II, 251.
lex Aterna Tarpeia - I, 97.
lex Aurelia - II, 298.
lex Caecilia Didia - II, 258.
lex Calpurnia - II, 176.
lex Cornelia de XX quaestoribus - II, 166.
lex curiata de imperio - I, 127.
lex de imperio consulari - I, 98.
lex de imperio Vespasiani - III, 96.
lex de provinciis consularibus - II, 219.
lex de viis muniendis - II, 218.
lex frumentaria - II, 216.

- lex Fufia Caninia* - III, 26.
lex Gabinia - II, 300.
lex Icilia - I, 97.
lex judiciaria - II, 217.
lex Julia - II, 262, 263.
lex Julia de adulteriis coercendis - III, 28.
lex Julio de maritandis ordinibus - III, 29.
lex Julia municipalis - II, 166, 346.
lex Julio repetundarum - II, 317.
lex Livia - II, 222.
lex Manilia - II, 302.
lex militaris - II, 218.
lex municipalis Malacitana - III, 100n.
lex municipalis Salpensana - III, 100n.
lex Papia Poppaea - III, 30.
lex Pedia - II, 353.
lex Plautia Papiria - II, 263.
lex Poetelia Papiria - I, 114, 119, 171.
lex Pompeia - II, 263.
lex Pompeia Licinia - II, 298.
lex Rubria - II, 221.
lex Sempronia - II, 208, 226.
lex Sempronia de coloniis deducendis - II, 221.
lex Sempronia de provincia Asia - II, 219.
lex Servilia judiciaria - II, 249.
lex Servilia repetundarum - II, 250.
lex Thoria - II, 226.
lex Titia - II, 354.
lex Valeria - II, 280.
lex Vatinia - II, 318.
 ley Claudia - II, 45, 46, 178, 189.
 ley de los hermanos gulfios - I, 117.
 ley de Menio - I, 125.
 ley de Hortensio - I, 118, 128.
 ley de Ovinio - I, 118, 124.
 ley de Licinio Sexto - I, 111, 113, 195; II, 206.
 Libanio - III, 15, 283.
 libertos - I, 71, 115, 138, 179; II, 178, 263 n., 268, 274, 297, 345; III, 25, 26, 27, 29, 115, 133, 142, 170, 203, 204.
 Libia - II, 41.
 Libios - II, 35, 37, 52, 98.
 Libio Severo, emp. - III, 303 n.
libri lintei - I, 25.
 Libros Sibilinos - I, 212.
 Liceo, bosque del - II, 270.
 Licia - II, 120, 273; III, 70.
 Licia Paufilia (Lycia Pamphilia) - III, 70.
 Licinio C. I, 111, 112, 195; II, 206.
 Licinio Calvo C., poeta - III, 46 n.
 Licinio Craso, orador - III, 41.
 Licinio Craso M., triunviro - II, 160, 173, 175, 185, 276-278, 290, 294, 295, 298, 301 n., 306-309, 314-317, 324-326, 330, 331, 337; III, 35.
 Licinio Craso P., cónsul en el 205 a. C. - II, 954n.
 Licinio Craso P., hijo del triunviro - II, 325.
 Licinio Craso P., cónsul en el 131 a. C. - II, 202, 206, 211.
 Licinio Lúculo L., cónsul en el 74 a. C. - II, 160, 165, 272, 301, 302.
 Licinio Lúculo L., pretor en el 103 a. C. - II, 246.
 Licinio Lúculo M., hermano del anterior - II, 294, 295, 301 n.
 Licinio Macer C. - I, 25.
 Licinio Muciano C. - III, 85, 86, 87, 92.
 Licinio Murena L., cónsul en el 63 a. C. - II, 309.
 Licinio Murena L., gobernador de Asia 85-81 a. C. - II, 300.
 Lictores - I, 49, 61.
 Lidia - II, 120.
 lidios - I, 43, 50.
 Lido - I, 32.
 Lieja - III, 132.
 Liga aquea - II, 111, 116, 128, 134, 135, 142.
 Liga etólica - II, 111, 121, 126.
 Liga latina - I, 150.
 Liguria - II, 95.
 ligures - I, 41, 42, 145; II, 35, 41, 62; III, 293.
 Lilíbea - I, 42, 176; II, 23, 29, 31, 34, 59, 62, 95, 245, 278.
 Lipari - II, 23n., 32.
 Liri - I, 39, 156, 161-163; II, 214.
 lingones - III, 92.
 Lisa - II, 49.
 Lisimaco - I, 171.

- Livia, mujer de Druso, hijo de Germánico - III, 62.
 Livia Drusilla, mujer de Augusto - III, 31, 60, 81.
 Livio M. - II, 148.
 Livio - I, 20, 21, 25-28, 30, 58, 64, 77, 79, 80, 82, 81, 86, 87, 93 n., 99, 103 n., 105, 107, 108, 110, 112, 117, 144, 146, 154, 157, 158, 167; II, 9, 45, 51, 57, 62, 65, 73, 143, 149, 161, 169 n., 209 n., 212, 217, 290; III, 30, 32, 40, 48, 55.
 Livio Druso M., adversario de C. Graco - II, 222, 256.
 Livio Druso M., tribuno en el 91 a. C. - II, 256-259, 268, 282.
 Livio Salinator C., pretor en el 191 a. C. - II, 117.
 Livio Salinator M., cónsul en el 207 a. C. - II, 92.
 locrenses - II, 110.
 Locri - I, 171, 172, 178, 188.
 Lócrida - II, 135.
 Loira - II, 323.
 Londres (Londinium) - II, 327; III, 77, 141.
 Luca - II, 324, 332, 336.
 Lucas, evangelista - III, 264.
 Lucania - I, 16, 39, 41, 169; II, 75, 264, 292, 295.
 Lucano - III, 13, 76, 168-170.
 lucanos - I, 41, 166, 169, 170, 173, 176, 179, 182; II, 277.
 Lucera - I, 173, 188.
 Luceres - I, 61, 70.
 Luciano - III, 15, 175, 176, 272.
 Lucilio C. - III, 45.
 Lucila - III, 185.
 Lucrecia - I, 81, 82.
 Lucrecio - III, 41, 44, 45, 163 n.
 Lucumán - I, 64.
ludi apollinares - II, 147.
ludi maximi - I, 220.
ludi megalenses - II, 147.
ludi romani - II, 148.
 Lugdunum (Lyon) - III, 80 n., 132, 141.
 Lupericios - I, 211.
 Lusitania - II, 286; III, 36 n., 83.
 lusitanos - II, 143, 343.
 Lutacio Cátulo C., cónsul en el 242 a. C. - II, 30, 31.
 Lutacio Cátulo Q., cónsul en el 102 a. C. - II, 240, 242, 274.
 Lutacio Cátulo Q., cónsul en el 78 a. C. - II, 285, 286.
 Luteia (Paris) - II, 321, 328.
- M
- macabcos - II, 304.
 Macedonia - I, 8, 171; II, 49, 50, 83-86, 103-106, 108, 110, 115, 118, 121, 126, 128, 135, 141, 142, 169, 267, 270-271, 295, 301 n., 307, 319, 337, 345, 352, 355, 362; III, 37, 55, 222, 230, 233, 236, 252, 280.
 maccedonios - I, 40, II, 85, 109, 119.
 Macrino, emp. - III, 192, 193, 130-132; III, 200.
 Macrobio - I, 32.
magister equitum (comandante de la caballería) - I, 109; III, 260.
magister militum (comandante de las tropas) - III, 260.
magister populis (ver *dictador*)
 Magna Grecia - I, 98 n.
 Magnesia - II, 119, 170, 273.
 magnesios - II, 110.
 Magno Magnencio, emp. - III, 281, 282.
 Magón, almirante cartaginés - I, 174.
 Magón, cartaginés, autor de un libro de agricultura - II, 14.
 Magón, hermano de Aníbal - II, 43 n., 64, 65, 75, 79, 84, 90, 93, 94, 97.
 Maguncia - III, 141, 198, 232.
 Mainake - II, 41, 42.
 Maiso (Nish) - III, 236.
 Majar - II, 303.
 Majencio, emp. - III, 257, 258.
 Malabar - III, 137.
 Málaga - II, 39, 40; III, 100 n.
 Mario Máximo - II, 237.
 Mamea - III, 193-197, 199.
 Mamertinos - II, 18-20.
 Mamilo O., cónsul en el 262 a.C. - II, 21 n.
 Mamurra - II, 330.
 manes - I, 209.

- Manilio C., tribuna en el 66 a.C. - II, 302.
240.
- manipulos - I, 149, 203, 204; II, 239.
- Manlio C. - II, 309, 310.
- Manlio Capitolino M. - I, 110, 111, 147.
- Manlio Mancino C. - II, 235 n.
- Manlio Torcuato T. - I, 23, 29 n.
- Mantua - III, 49.
- Mar Adriático - I, 37, 44, 50, 145, 170; II, 48, 50, 85, 134, 282, 296.
- Mar Báltico - II, 236; III, 136, 137.
- Mar Caspio - III, 297.
- Mar Egeo - I, 7, 50; II, 104, 108, 118, 129, 134, 267, 270, 272; III, 199, 233, 236, 304, 305.
- Mar Jónico - I, 37; II, 48, 83.
- Mar Ligurio - I, 37.
- Mar de Mármara - III, 236.
- Mar Mediterráneo - I, 7-9, 37, 51, 121, 180; II, 13, 40, 41, 102, 103, 141, 145, 169, 190, 267, 299, 300, 362; III, 35, 95, 121, 123, 126, 131, 137, 138, 140, 141, 166, 200, 201, 230, 247, 261, 301.
- Mar Negro - II, 303; III, 54, 93, 97, 110, 120, 134, 200, 261.
- Mar del Norte - III, 136.
- Mar Rojo - III, 110, 135.
- Mar Tirreno - I, 37, 53.
- Marbod - III, 37.
- Marcia - III, 185.
- Marcial - III, 13, 138, 171, 172.
- Marciana - III, 112 n.
- Marciano - III, 234.
- Marchanópolis - III, 222, 236.
- Marcio Coriolano, cónsul - I, 29, 96, 141.
- Marcio Filipo L. - II, 258, 276.
- Marcio Rutilo C. - I, 151.
- Marcos, evangelista - III, 264.
- Marco Aurelio, emp. - III, 13, 15, 17, 103, 121, 136, 139 n., 159, 165, 179, 182-184, 191 n., 223.
- Marco Comitelna (Marce Camitlnas) - I, 185.
- marcomanos - III, 37, 101, 183, 184, 238.
- Mardonio - III, 283.
- Marino Pacaciano - III, 222.
- Mario C., hijo - II, 276, 277, 280.
- Mario C., padre - I, 203; II, 160, 171, 191, 232-236, 238-240, 247, 248, 250-254, 260, 262, 263, 267-269, 273, 274, 279, 285, 286, 290, 306, 325 n.; III, 175.
- Marne - III, 242.
- Marruecos - III, 70, 131, 134.
- Marr N. Ia. - I, 45, 51, 72, 74.
- Marrucinos - II, 264.
- Marso - I, 41, 165.
- Marsella - I, 155 n., 201; II, 40-42, 59, 62, 79, 241, 335.
- marselleses - II, 40-42; III, 175.
- marsoes - II, 258-260.
- Marx, Carlos - II, 11, 187.
- Masinisa - II, 95-99, 114, 137, 138, 141, 297, 337.
- Masiva - II, 232.
- Mastarna - I, 66, 85; III, 69 n.
- Mastia - I, 155.
- Materno - III, 185, 191.
- Mathos - II, 35, 37.
- matriarcado - I, 49, 72.
- Mateo, evangelista - III, 264.
- Mauretania Caesarensis (Argelia) - III, 70.
- Mauretania tingitana (Marruecos) - III, 70.
- Mauritania - II, 235, 286; III, 70, 77, 113, 135, 221.
- mauritanos - II, 235; III, 120, 183, 206, 230, 231.
- Mayoriano, emp. - III, 303 n.
- Maximiano, emp. - III, 245, 250, 251, 256, 257.
- Maximino, emp. - III, 13, 198, 199, 209-219, 221, 231.
- Maximino Daya, emp. - III, 256-258
- Máximo, emp. - III, 299, 303 n.
- Máximo, neoplatónico - III, 284.
- Mecenas C. - III, 48, 49, 51, 55.
- Mecia Faustina - II, 214.
- Media - III, 196.
- Mediolanum (Milán) - II, 47; III, 49, 131, 233, 250, 258, 281, 293, 300.
- Megalida - II, 196, 197.
- Megalópolis - II, 7.
- Melio esp. - I, 109.

Memmio C. - II, 232, 253.
 Menandro - II, 148, 152.
 Menipo de Gádara - III, 46.
 Mecia - III, 71, 85, 97, 101, 109, 114, 221, 222, 224, 228, 246, 252, 297, 299.
 Mecio Fuffecio - I, 63.
 Mesia inferior - III, 225, 252.
 Mesia superior - III, 37, 236.
 Mesopotamia - II, 325, 326; III, 111, 113, 182, 187, 197, 221, 227, 230, 241; 252, 280, 281, 289, 304.
 Mesalina - III, 70, 71.
 Mesapios I, 41, 169, 170.
 Mescnia - II, 86, 117.
 mesianismo - III, 268.
 Messina - I, 42, II, 18-20, 22, 23, 32, 197, 247, 296.
 Metauro - II, 92-94; III, 238.
 Milán (ver Mediolanum).
 Milazzo - II, 12, 22, 358.
 Mileto - II, 104, 133; III, 282.
 mimo - I, 222; III, 177.
 Minerva - II, 221.
 Minturno - II, 181, 199.
 Minucio Rufo, tribuno - II, 224, 225.
 Minucio Rufo M., dictador - II, 69, 71.
 Mircan - II, 84.
 mitraísmo - III, 276.
 Mitridates VI Eupator - II, 165, 248, 264-267, 275, 288, 299-303, 338, 340; III, 127.
 Módena (ver Mutina).
 Molón de Rodas - II, 306; III, 42.
 Molsen Theodoro - II, 289, 349; III, 20.
 monetarios - III, 238, 239.
 Monginebro - II, 61.
 Mongolia - III, 135.
 monoteísmo - III, 268, 269, 285.
 montanismo - III, 277.
 montanistas - III, 277.
 Montano - III, 277.
 Monte Albano - I, 201; III, 217.
 Monte Sacro - I, 93, 99.
Monumentum Ancynarum - II, 166; III, 16.
 Morgan Lewis Henry - I, 19.
 Morgantia - II, 244.
 Moscla - II, 320.

Mumio, lugarteniente de Craso - II, 294.
 Mumio L., cónsul en el 146 a. C. - II, 135.
 Munda - II, 343.
 Murcia - II, 40.
 Módena (Mutina) - II, 48, 101, 286, 293, 352, 353; III, 131, 134.
 Mutule - II, 233.
 Mucio Escévola C. - I, 21, 83.
 Mucio Escévola Q., jurista - III, 45, 167.
 Mucio Escévola P., jurista - I, 206.

N

Nabides - II, 9, 109, 116.
 Nápoles - I, 42, 156, 161, 162, 172, 187; II, 75, 186, 260; III, 180.
 Narbona - II, 225.
 Narciso - III, 67, 72.
 Narsettes - III, 303.
 Naupato - II, 83.
 neoplatonismo, neoplatónicos - III, 284, 285.
 Nepi - I, 144 n.
 Nepociano - III, 281.
 Neptunia - II, 221.
 Nerón, hijo de Germánico - III, 60, 61, 81.
 Nerón emp. - III, 8-10, 57, 72-83, 87-89, 91, 97, 99, 110n., 148, 161, 164, 168, 169, 174, 177, 184, 194, 274.
 Nerva, emp. - III, 8, 14, 103-106, 112, 150, 172.
 Nerva, pretor en Sicilia - II, 245, 244.
 Nervos - II, 323.
 Nevio - I, 22, 149.
 Nicca - II, 11.
 Niebhur, Barthold Georg - I, 50, 73, 88.
 Nicuschill V. - I, 88, 113 n., 158 n.
 Nicomedes II, rey de Bitinia - II, 171.
 Nicomedes III, rey de Bitinia - II, 200 n., 267, 301.
 Nicomedia - III, 107, 226, 246, 250, 259, 261, 282, 284.
 Nicópolis - III, 224, 225.
 Nilo - II, 121; III, 118.
 Ninfidio Sabino - III, 80, 82, 83.

- Nísibe - III, 221.
 nobles, nobleza - I, 123, 124, 190; III, 96.
 Nocera - II, 242.
 Nols - I, 161; II, 75, 260, 262, 264, 268.
nomen - I, 69.
 Norba - I, 154 n.
 Norbano C., cónsul en el 83 a. C. - II, 275, 276.
 Norcya - II, 237.
nóricos - II, 293.
 Nórico - III, 36, 132, 252.
 Normandía - II, 322, 323; III, 132.
 normandos - II, 323.
nota censoria - I, 134.
 Novio - III, 47.
 Numa Pompilio - I, 27, 32, 33, 61-63, 197.
 ● Numancia - II, 14, 144, 204, 208, 211, 214, 230.
 numantinos - II, 144.
 Numerianos, emp. - III, 13, 245, 246.
 Numidia - II, 80, 96, 138, 161, 232, 236, 342; III, 61, 212, 230.
 númeridas - II, 25, 74, 95, 96, 138.
 Numitor - I, 57.
 Nunnio A. - II, 251.
 Nueva Africa - II, 161, 342.
 Nueva Cartago - II, 43, 59, 61, 90, 91, 140, 141, 175.
 Nueva Volsini - I, 179.

O

- obaerati* - III, 203.
 obispos - III, 273.
 Océano Atlántico - II, 14, 40; III, 110.
 Odoacro - III, 303.
 Ofanto - I, 39; II, 72, 73.
officia - III, 67.
 olcadios - II, 53.
 Opimio L. - II, 214, 224, 233.
 Opio - I, 56.
 Orange - III, 123.
 Orígenes - III, 15.
 Orleans - II, 321, 328.
 Ortigia - II, 83.
 Osca - II, 287, 289.
 oscos - I, 156 n.

- Osroe - III, 110, 111, 113.
 Ostia - I, 64, 140, 164, 186, 202, 249, 270, 299, 317; III, 70, 137, 138, 140.
ostium - I, 225.
 Octavia, hija de Claudio emperador - III, 72-74, 81.
 Octavia, hermana de Augusto - II, 357, 359; III, 56, 57.
 Octavio C., padre de Augusto - II, 352.
 Octavio Cn., cónsul en el 87 a. C. - II, 269, 270.
 Octavio M., tribuno de la plebe - II, 207, 208.
 Otón, emp. - III, 8, 73, 83-86, 92.
 Ovidio - III, 13, 28, 40, 53, 54.
 Ovinio - I, 118.

P

- Pacuvio - II, 150 n.
 Padua - I, 26; III, 131, 140.
 Paflagonia - II, 202, 266, 305.
 País, Héctor - I, 34.
 Palatina, región - I, 56.
 Palatino - I, 54-56, 63, 200, 247, 310; III, 30, 32, 74, 180, 193.
 Palermo - II, 27, 28.
 Palestina - II, 103 n., 104; III, 78, 79, 111, 117, 271, 304.
 Paladio, escritor - III, 128 n.
 Palante, liberto - III, 67.
 Palmira - III, 140, 227, 230, 232, 240, 241, 249.
 Panfilia - II, 120; III, 70.
 Panecio - II, 203.
 Pancia - III, 38, 59, 85, 97, 186, 198, 210, 212, 213, 222, 228, 238, 245, 246, 252, 281, 302.
 panonios - III, 37, 38, 206, 209, 216, 218.
 Panticapaea - II, 303.
 pantomina - III, 177.
 Pablo Diácono - I, 31.
 Pablo Orosio - I, 86; II, 11, 11, 166, 199, 293; III, 11, 14.
 Papiniano - III, 15, 168, 190.
 Papio Mutilo C. - II, 259, 361.
 Papio Mutilo M., cónsul en el 9 a. C. - III, 30.

- Papirio Carbón C. - II, 212; III, 41.
 Papirio Carbón C., tribuno en el 89 a. C. - II, 263.
 Papirio Carbón Cn., cónsul en el 85, 84, 82 a. C. - II, 274-277.
 Papirio Carbón Cn., cónsul en el 113 a. C. - II, 237.
 Papirio Cursor L. - I, 167 n.
 Parma - II, 101; III, 131.
 partos - II, 302, 324, 325, 348, 356, 363; III, 35, 78, 80, 110, 111, 113, 135, 182, 187, 192, 198, 200.
 Patavium (ver Padua).
pater familias - I, 69, 101 n., 157; III, 155.
patres - I, 75, 114; III, 24.
 patriarcado, derecho paterno, familia patriarcal - I, 69, 72-74.
 patriciado, patricios - I, 13, 69-75, 88, 91-93, 97-99, 104, 106, 111, 115, 118, 119, 122, 181 n., 195; II, 179; III, 95.
patrum auctoritas - III, 24.
 Pausan'a - II, 11.
peculium - III, 155.
 Pedanio Segundo - III, 74.
 Pedio Q. - II, 353.
 pelasgos - I, 44.
 pelignos - I, 165; II, 259, 264.
 Peloponeso - II, 85, 135.
 Pelusio - II, 333.
 Penates - I, 269.
 penestes (esclavos tesálicos) - I, 180.
per formulas - I, 216.
peregrini deducticii - III, 27.
 Percenne, prefecto de Cómodo - III, 185.
 Pérgamo - II, 86, 104, 107, 108, 113, 115, 125, 132, 133, 144, 200-202, 209, 219, 267, 272, 273; III, 162.
 Persades - II, 248.
 Perizonio, Jacobo - I, 34.
 Perpenna M., cónsul en el 130 a.C. - II, 202.
 Perpenna M., mariano - II, 289.
 Perseo, rey de Macedonia - II, 127-132, 146.
 Persia - III, 196, 200, 280.
 persas - III, 196, 227, 229, 230, 240, 242, 246, 249, 252, 269, 280, 281, 289, 296, 304.
 Pertinax, emp. - III, 186, 187.
 Perugia - II, 357.
 Pescenio Nigro C., emp. III, 186, 187.
 Petilio Cerealis - III, 93.
 Petyo M. - II, 341, 342.
 Petronio - III, 13, 76, 147, 157, 160, 169, 170, 177.
 Petronio Segundo (comandante militar) - III, 104.
phylai - I, 70.
 Pequeña Armenia - II, 266.
 Pequeño San Bernardo - II, 61; III, 36.
 Piceno - I, 41, 168; II, 69, 262, 276.
 picenos - I, 41; II, 44n., 263.
 Pidna - II, 130, 140, 169.
pilum - I, 149.
 Pirineos - II, 59, 225, 320.
 Pireo - II, 267, 270.
 Pirro - I, 29, 167, 169-179, 182; II, 17, 121, 147.
 Pisón, usurpador - III, 229.
 Pistoia - II, 66, 313.
 Pitágoras - I, 27.
 pitios - III, 257, 296.
 Placencia - I, 45, 63, 101; III, 238.
 Placentia - II, 48.
 Plancina - III, 60.
 Platón - II, 195n.
 platonismo - III, 284.
 Plauto - II, 13, 151, 152.
 Plaucio Silvano A., comandante de las tropas romanas en Britania - III, 71.
 Plaucio Silvano M., tribuno - II, 263.
 plebeyos, plebe - I, 13, 14, 72-75, 91-95, 103-107, 116, 118, 119, 122, 124, 128, 135, 136, 181n., 195; III, 25, 141, 277, 298.
 plebiscitos - I, 105, 106, 114, 118, 128.
 Plinio, el Joven - III, 12, 98n., 107, 152.
 Plinio, el Viejo - I, 30, 84; II, 174; III, 12, 88, 98, 127, 129 n., 134, 137, 138, 147, 151, 161.
 Plotina, mujer de Trajano - III, 112, 119n.
 Plotino - III, 15, 233, 284.
 Plutarco - I, 20, 25, 29, 32, 58, 84, 112, 172n., 197 n.; II, 8, 130, 157, 158n., 160, 169, 185, 204, 206, 207n.,

- 211, 215, 217, 218, 221, 270n., 271n.,
272, 278, 290, 292, 315n., 329, 343n.;
III, 7, 10, 174.
- Po - I, 38, 41-43, 65, 145, 169, 180n.;
II, 47, 48, 61, 63, 64, 92, 241, 263,
286; III, 84, 150, 228, 233, 238, 258.
- Polibio - I, 18, 27, 82, 84, 146, 174;
II, 7-9, 15, 19n., 22, 26, 31, 38, 41,
47, 52, 53, 67, 69n., 72, 73, 81, 84,
98, 104, 110n., 111, 112n., 132, 165,
184, 203, 206; III, 9.
- Polibio, liberto - III, 67.
- polis, poleis (ciudad-estado) - I, 7,
13, 54, 119, 121, 143, 189, 194; III,
124, 141, 143, 276.
- Polisénides - II, 117, 119.
- politésimo - I, 207; III, 269, 285.
- Polencia - III, 238.
- Pomerio - I, 56, 127.
- Pomezia - I, 141.
- Pompeya, segunda mujer de César -
II, 319.
- Pompedio Silón Q. - II, 259.
- Pompeya - I, 225; II, 167, 262, 264;
III, 17, 98, 128, 129, 131, 133, 180.
- Pompenio, jurista - I, 31.
- Pomponio, poeta - III, 47.
- Pompeyo Cn., hijo de Pompeyo Mag-
no - II, 341.
- Pompeyo Sexto, hijo de Pompeyo
Magno - II, 238, 241, 353, 355, 357;
III, 19, 31, 35.
- Pompeyo Magno Cn. - I, 23, 30; II,
160, 161, 191, 193, 262, 276, 277,
286, 288-290, 296, 298-300, 302-305,
315, 316, 320, 324, 327, 330-333, 334-
343, 349; III, 20, 169.
- Pompeyo Rufo Q., cónsul en el 88
a.C. - II, 267, 268.
- Pompeyo Estrabón Cn., padre de
Pompeyo Magno - II, 262, 263, 276.
- Pompeyo Trogo, historiador - II, 11;
III, 55.
- Poomponio Atico T. - II, 163.
- pontífice máximo - I, 210, 211.
- Pontinos (pantanos) - II, 347.
- Ponto - II, 155, 174, 264, 265, 273,
273, 301, 302, 340, 342, 345; III, 12,
55, 71, 99, 222, 232, 233, 236, 249,
252, 280.
- Ponza - I, 164, 186.
- Poncio C., samnita - L, 129.
- Poncio Telesino M. - II, 259, 277.
- Popilio C., II, 133.
- Popca Sabina - III, 73, 74, 83.
- Popco Segundo Q., cónsul en el 9
d.C. - III, 30.
- populus romanus* - I, 74, 91, 95.
- Porcio Catón M., el censor - I, 23, 24,
28, 33, 82, 112, 194, 220; II, 10, 13,
106, 124, 125, 137, 137-138, 141, 147,
153, 154, 157, 158, 166, 173, 176-177,
180, 181, 231, 313; III, 41, 43, 149,
154.
- Porcio Catón M., hijo del censor -
II, 153, 231.
- Porcio Catón M., uticense - II, 160,
163, 313, 317-319, 324, 341, 342.
- Porcio Leca M. - II, 310.
- Porfirio - III, 15.
- Porsena - I, 45, 83, 85, 140.
- Puerta Colina - II, 277.
- Portugal - II, 143.
- Posidonia - I, 41, 179.
- Posidonio - II, 165, 248.
- Posmania - III, 138.
- possessiones* - I, 195
- possessores* - I, 195.
- Postumio L., cónsul en el 262 a.C. -
I, 21n.
- Postumio Espurio, cónsul en 321 a.C.
I, 162n.
- Postumio Albino A. (guerra yugur-
tina) - II, 233.
- Postumio Albino A., historiador - II,
147.
- Póstumo, emp. - III, 228, 229, 232,
234.
- potestas* - I, 132.
- praefecti annonae* - III, 116.
- praefecti sociorum* - II, 189.
- praefecti vehicularum* - III, 116.
- praefecti vigilum* - III, 25, 116.
- praefectus alimentorum* - III, 108n.
- praefectus urbi* (prefecto de la ciu-
dad) - III, 117, 166.
- praenomen* - I, 69.
- prnetor peregrinus* - I, 133.
- praetor urbanus* - I, 133.
- prefecto de Egipto - III, 25.

prefecto del pretorio - III, 25, 166.
 Prencste - I, 16, 154, 159, 199; II, 276, 277, 310.
 prenestino - I, 154.
 presbiteros - III, 273.
 pretor - I, 87, 88, 99, 107, 113, 124, 127, 128, 131, 214, 215; II, 170, 281; III, 166.
 pretorianos - III, 33.
 príncipes - I, 149, 204; II, 239.
princeps senatus - I, 124.
 Prisco, hermano de Filipo Árabe - III, 222.
 Prisco L., gobernador de la Mesia - III, 224, 225.
 Probo, emp. - III, 243, 245.
 Procopio - III, 296.
 proculianos - III, 167.
 Próculo, jurista - III, 167.
 Próculo, usurpador - III, 224.
procuratores ludorum, munerum - III, 146.
 procuradores - III, 25.
 proletarios - I, 77, 79; II, 44.
 promagistrados - III, 167.
 Propercio - III, 48.
 Proponto - II, 272.
 propretores - I, 133.
proscriptiones (tabulae proscriptionis) - II, 278, 279.
protectores divini latevis - III, 231.
 Protoetruscos - I, 51.
 Protolatinos - I, 54, 55.
 Protosabinos - I, 53.
 provincia - I, 132n.
provocatio ad populum - I, 218.
 Prusa - III, 107, 226.
 Prusias - II, 86, 104, 125, 127.
 pseudocolonos - III, 150n., 156, 158.
 publicanos - II, 256.
 Publilio Filón Q. - I, 114, 162, 163.
 Publilio Siro - III, 47.
 Publilio Voleron - I, 94.
 Punjab - III, 136.
 Pupieno, emp. - III, 213, 216, 218, 219.
 Puschkin, Alejandro Sergueievich - III, 173n.
 Putedi - III, 140.

Q

quaestio - I, 218.
quaestio de repetundis - II, 170, 217, 253.
quaestiones extraordinariae - I, 219.
quaestiones perpetuae - I, 219; III, 167.
 Queronea - I, 29; II, 271.
 Quersoneso Táurico - II, 303.
 Quersonesco Trácico - II, 115, 120.
 queruscos - III, 38.
 Quicto - III, 229.
 Quintilio Varo P. - III, 38, 60.
 Quintilo, emp. - III, 237.
 Quincio Cincinnato L. - I, 144, 196.
 Quincio Flaminio T. - II, 10, 108-112, 114, 115, 125, 147.
 Quíos - II, 104, 117.
 Quirina (tribu) - II, 44n.
 Quirinal - I, 55, 56, 63, 199; III, 110.

R

Rammes - I, 61, 70.
 Ravena - I, 45; II, 333; III, 35, 216, 218, 301.
 Reate - III, 79.
 Recia - III, 37, 127, 225, 252.
 recios - III, 37.
 Regaliano - III, 228.
 Reggio - I, 42, 169, 171, 188; II, 20, 260.
 religión romana - I, 207-212.
 Remo - I, 57.
 retrato de Próculo - III, 180.
rex - I, 76.
rex sacrorum - I, 89, 90, 210.
 Rhea Silvia - I, 57.
 Rin - II, 237, 321-323, 326; III, 33, 35, 38, 59, 83, 92, 96, 101, 106, 123, 131, 132, 134, 136, 141, 189, 192, 198, 209, 210, 218-220, 223, 227, 228, 235, 243, 285, 296, 302.
 Rimini - I, 179, 188; II, 46n., 62, 66, 334n.
 ripenses (limitanei), tropas de frontera - III, 260.
 Roca Tarpeya - I, 110, 135.
 Ródano - II, 59-61n., 238-240; III, 302.
 Rodas - II, 86, 104, 107, 108, 117, 118.

120, 129, 137, 186, 267, 273, 306; III, 57, 304.
 rodios (habitantes) - II, 121, 127, 132.
rogatio - I, 130.
rogatio de sociis et nomine latino - II, 223.
 Roma cuadrada - I, 56.
 Rómulo - I, 15, 17, 29, 33, 55, 57-59, 75, 79, 142; III, 50.
 Rómulo Augústulo - III, 303.
 Roscio, actor - II, 174.
 Rubicón - I, 179, 180; II, 282, 334.
 Rubrio - II, 221.
 Rufino, prefecto del pretorio - III, 300.
 Rumania - III, 101.
 Rupilio P., cónsul en el 132 a.C. - II, 198, 199.
 Rusia - II, 347.
 Rutilio Rufo P. - II, 255, 256.
 rútilos - III, 51.

S

Sabélicos - I, 41, 55, 156.
 Sabina, mujer de Adriano - III, 112n., 117n.
 sabinos - I, 27, 41, 49, 61-63, 70, 98, 139, 144; II, 44n., 306.
 Sabinos (montes) - I, 55; III, 41.
 sabinianos - III, 167.
 Sabiniano - III, 221.
 Sacriporto - II, 276.
 saduceos - II, 304.
 Sagunto - II, 51-53, 55, 79, 142.
 Sahara - III, 70; 137.
 Sajones - III, 250, 296.
 salceses - III, 36.
 Salerno - II, 262.
 salios - I, 211.
 Salustio - II, 161, 290, 292, 305, 313n., 314; III, 41, 43.
 Salónica - II, 336; III, 259.
 Salpensa - III, 100n.
 Salviano, escritor - III, 291 n.
 Salvio Juliano, jurista - III, 117, 166, 168.
 Salvio (Trifón) - II, 243-245.
 Samaria - III, 78n.
 Samos - II, 362; III, 130.
 Samnio - I, 16, 156, 157, 162, 166, 170, 177, 193; II, 75, 78, 87, 261, 264, 278.
 samnitas - I, 41, 55, 156, 157, 162-166, 179, 182, 203; II, 259, 264, 276-278, 294.
 Saona - II, 320; III, 302.
 Sapor I - III, 221, 227, 230, 232.
 Sapor II - III, 285.
 sardes - I, 44.
 sardos (pueblo) - I, 42, 51; II, 27, 174n.
 sármatas - III, 93, 228, 230, 232, 238, 246, 285, 296.
 Sarmizegetusa - III, 110.
 Sarcula - I, 163.
 sátira (satura) - I, 10; II, 151.
 Sátiro - II, 247.
 Satrico - I, 150, 153, 160, 164, 198n.
 saturnales - I, 104n., 222.
 Saturnino, usurpador - III, 224.
 saturninos - I, 22, 221.
 Saumaco - II, 248.
 Schloesser, Federico C. - II, 11.
 Schuchardt Hugo - I, 51.
 Seleucia - III, 187.
 Seléucidas - II, 103, 112, 119, 121, 197, 304; III, 200.
 Seleuco I - II, 266.
 Seleuco IV - II, 127.
sella curulis - I, 49, 112n.
 selva Arcia - I, 83.
 Sempronia, hermana de los Gracos - II, 204, 213.
 Sempronio T. - II, 57, 63.
 Sempronio Aselión A. - II, 265.
 Sempronio Graco C. - I, 24, 126; II, 123, 160, 170, 189, 204, 208, 213-216, 217-225, 229, 231, 250, 252, 256, 282, 318.
 Sempronio Graco T. - II, 123, 144, 160, 201, 203, 204-211, 214, 220, 253.
 Sempronio Graco T., cónsul en el 215 a.C. - II, 76n.
 Sempronio Graco T, padre de los Gracos - II, 123, 143; 203, 204.
 Sempronio Tuditano C. - II, 212.
 Sena gálica - I, 168, 186.
 senado, senadores - I, 62, 72, 75, 87, 107, 114, 115, 118, 123-126, 132, 136, 214; II, 189, 256, 257, 268, 282, 299, 345; III, 24-26, 29, 95, 96, 239.

- senado (de *civitates cum suffragio*) - I, 186.
 senado (de *colonia latinae*) - I, 187.
 senado cartaginés - II, 15.
 senadores curules - I, 124.
senatus consultum - I, 126n., 214; II, 101n.; III, 166.
senatus consultum de bacchanalibus - I, 13.
 Séneca - III, 12, 72-74, 76, 77, 148, 161, 163, 165, 168, 177, 178.
 Sena - II, 320, 329.
 senones - I, 41, 168, 179; II, 46.
 • Sentino - I, 166, 167, 173, 182; III, 47.
septimontium - I, 56.
 secuanos - II, 321.
 Sergio Catilina L. - II, 163, 305-311.
 Sertorio Q. - II, 160, 193, 237, 274, 278, 286-289, 299.
 Sertorio Macrón - III, 62, 64.
 siervo de la gleba, servidumbre de la gleba - III, 291, 294, 303.
servi publici - I, 138.
 Serviano - III, 118n.
 Servilia - III, 31.
 Servilio C., pretor de Ascoli, 92 a.C. - II, 259.
 Servilio C., pretor en Sicilia 102 a.C. - II, 247.
 Servilio Cn. - II, 65, 68, 72n.
 Servilio P., cónsul en el 48 a.C. - II, 335, 340.
 Servilio Abala Q. - I, 154.
 Servilio Cepión Q. - II, 237; 250.
 Servilio Glaucia C. - II, 249-251, 254, 255.
 Servilio Rulo P., tribuno 63 a.C. - II, 163, 308, 316.
 Servio, comentarista de Virgilio - I, 32.
 Servio Tulio - I, 33, 56, 61, 66, 67-68, 76-80, 85, 91, 127; II, 269.
 Sestio L. - I, 111, 112, 195; II, 206.
 Sexto (ciudad) - II, 118.
 Setimio Odenato P. - III, 227, 229, 230, 232.
 Setimio Severo, emp. - III, 180, 186-193, 199n.
sevirii augustales - III, 142n.
 Sezze - I, 150; II, 194.
 sicambrios - II, 326.
 sicanios - I, 42.
 Sica - II, 35.
 Sicio L. - I, 99.
 Sicilia - I, 17, 18, 24, 37, 39, 42, 51, 84, 98n., 121, 175-176, 181; II, 13, 14, 17-20, 26-32, 38-40, 44, 57, 75, 80, 81, 88, 94, 102, 165, 170-172, 176, 181, 186, 190, 192, 194-200, 203, 219, 242-248, 257, 267, 278, 285n., 295, 336, 341, 346, 354-356; III, 17, 50, 151, 231, 244, 252, 302.
 sículos - III, 42.
 Sidón - III, 128.
 Sidonio Apolinario - III, 16.
 Sierra Morena - II, 39, 40, 142.
 Sifax - II, 80, 95-97.
 Silio C. - III, 70, 71.
 Silpia - II, 93.
 Silvano - III, 228.
 Simón, hijo de Yora - III, 79, 92.
 Simón Bar-Koheba - III, 118.
 sincretismo - III, 285.
 Singidunum (Belgrado) - III, 141.
 Sinuesa - I, 159; II, 199.
 sinopes - II, 340.
 Sipilo (monte) - II, 119n.
 Siracusa - I, 42, 169, 175, 176; II, 17, 19, 38, 80-82, 83, 88, 186, 197.
 siracusanos - II, 18, 20, 22, 31, 81-82.
 Siria - I, 40; II, 103, 108, 112, 113, 127, 132, 144, 195, 243, 301, 304, 324, 326, 340, 353, 356, 362; III, 20, 60, 79, 85, 140, 174, 180, 182, 183, 186, 196, 207, 221, 227, 229, 230, 241, 244, 249, 250, 252, 267, 271, 304.
 Sirios - III, 138, 210, 231.
 Sirmio - III, 237.
societas publicanorum - II, 184.
socii - I, 188.
 Solmia - III, 193.
 Sófoles - III, 47.
 Sofonio (Ofonio) Tigelino - III, 74, 76, 80.
 Sofonisba - II, 95.
 Soissons - II, 323.
 soldados de infantería - I, 204, 205.
 Solón - I, 78, 98, 119.
 Somalia - III, 135.

Sora - I, 164.
 Soratte (monte) - I, 201.
 Sosígenes - II, 346.
 Sosio C., cónsul en el 32 a.C. - II, 360.
 Stalin - I, 11n.; III, 295n., 301.
 subproletariado - II, 182, 188, 190, 198, 246, 254.
 Sugurana, región - I, 56.
 Sudán - II, 14; III, 137.
 Suessa - I, 164.
 suesiones - II, 323.
 Suessola - I, 157, 160.
 sufetes - II, 15.
 Sulmona - III, 53.
 Sulpicio P. - II, 268.
 Sulpicio Rufo P., tribuno - II, 267, 268.
 Sulpicio Rufo Ser. jurista - III, 45, 167.
 Sutti - I, 144n., 150, 151, 159, 164, 188.
 Sntule - II, 233.
 Suetonio - II, 165, 306n., 345; III, 8, 11, 28, 30, 75, 79n., 80, 93, 98, 99, 157n., 265.
 Suetonio Paulino C. - III, 70, 77.
 suevos - II, 321, 327; III, 101, 300
 Suecia - III, 137.
 Suiza - II, 321; III, 133.

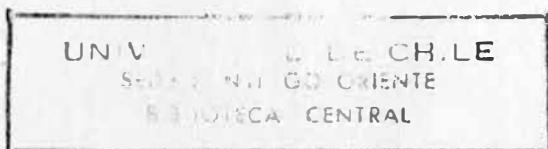
T

tablinum - I, 225.
 Tactarinas - III, 61.
 Tácito - I, 30, 76, 84; II, 162; III, 8-12, 62n., 69n., 75, 84, 98n., 100, 160, 162, 169, 265.
 Talamón - II, 47.
 Támesis - II, 327; III, 71, 77.
 Taormina - I, 42.
 Tapsos - II, 342-344.
 taréntinos - I, 170.
 Tarento - I, 42, 44, 169, 170, 174-178, 188; II, 87, 89, 100, 169, 186, 221, 260, 358, 359; III, 18, 129.
 Tarracón - III, 136.
 Tarpeyo Esp. - I, 97.
 Tarquinia - I, 50, 64, 83, 151, 152.
 Tarquino Cn. - I, 86.
 Tarquino Sexto - I, 81.
 Tarquino Colatino L. - I, 81, 82.
 Tarquino Prisco L. - I, 61, 64-66, 75, 79, 86.
 Tarquino el Soberbio - I, 58, 61, 65, 67, 68, 79, 80, 86, 198n.
 Tarragona - II, 142.
 Tarsos - II, 356.
 tartesios - II, 40.
 Tarteso - II, 40, 41.
 Taurasia - I, 16.
 Tauridia - II, 266, 304.
 taurinos - II, 61.
 Taurino - III, 196.
 tauriscos - II, 237; III, 36.
 Tauromenio - II, 20n., 195, 197.
 Teliciso - III, 239.
 Tempe - II, 109.
 tenteros - II, 326.
 Teócrito - III, 49.
 Teodora - III, 251.
 Teodosia - II, 303.
 Teodosio, general de Valentiniano - III, 296, 299.
 Teodosio I, emp. - III, 299, 300.
 Teodosio II, emp. - III, 16, 302.
 Teodoto - III, 229.
 Tarentilio Arsa C. - I, 98.
 Terencio, poeta - II, 13, 152, 153.
 Terencio Varrón M., cónsul en el 216 a.C. - II, 72, 76.
 Terencio Varrón Murena - III, 21n.
 Termópilas - II, 117, 271.
 Terracina - I, 85, 155, 160, 163, 186.
 tierramaras - I, 19, 43.
 Tertuliano - III, 15.
 Tesalia - II, 108, 109, 114, 117, 133, 136, 271, 272, 337; III, 173.
 tesálicos - II, 110, 246.
 Tetio Juliano - III, 101.
 Teuta - II, 48, 49.
 Teutoburgo - III, 38.
 teutones - II, 171, 236, 237, 240, 241, 274; III, 207.
 Tíber - I, 8, 39, 41, 44, 51, 53, 57, 67, 67, 64, 83, 118, 139, 142, 143, 146, 155, 164, 168, 180, 202, 210; II, 154, 210, 363; III, 32, 118, 138, 157n., 258.
 Thomsen, Vilhelm - I, 45.

- Tiana - II, 34.
 Tiatia - II, 201.
 Tiberio, emp. - I, 44; III, 8, 10, 37, 38, 41, 54, 56-57, 70, 77, 81, 95, 99, 128, 135, 144, 150, 157.
 Tiberio Alejandro, prefecto de Egipto - III, 85.
 Tiberio Gemelo, hijo de Druso César - III, 64, 65, 81.
 Tibur - III, 136.
 Tibulo - III, 48.
 Ticino - II, 61, 62, 89; III, 238.
 Tigranes - II, 266, 302-304.
 Tigranocerta - II, 301; III, 78n.
 Tigris - II, 301; III, 111, 187, 197, 286.
 Timeo de Tauromenio - I, 33.
 Tirídates, rey de Armenia, coronado durante Nerón en el 66 d.C. - III, 78.
 Tirídates, rey de Armenia en el 287 d.C. - III, 250.
 Tiro - II, 13, 114, 136.
 Tirón - II, 163.
 tirrenos - I, 41, 50, 51.
 Tirrenia - I, 44.
 Tirreno, rey - I, 43.
 Tisdro - III, 212.
Tities - I, 61, 70.
 Tito, emp. - III, 8, 91, 92, 94-98, 128, 179.
 Tito Curtiso - III, 61.
 Tito Tacio - I, 55, 61, 62.
 Tito Vecio - II, 243.
 Tivoli - I, 141, 154, 159.
 Ticio P., tribuno en el 43 a.C. - II, 354; III, 18.
toga praetexta - I, 49.
 Tolero río - II, 262.
 Tolomeos - II, 359; III, 151, 200.
 Tolomeo, astrónomo - II, 165; III, 15, 161.
 Tolomeo, rey de Mauritania - III, 70.
 Tolomeo Cesarión - II, 339.
 Tolomeo II, Filadelfo - I, 177.
 Tolomeo IV, Filopator - II, 89, 103.
 Tolomeo V., Epifanes - II, 103, 200n., 204.
 Tolomeo XI, Auletes - II, 338, 339.
 Tolomeo XII, Dioniso - II, 338.
 Tumba de François - I, 65, 85.
 Tomis - III, 54, 236.
 Torio Esp. - II, 366.
 torre de asedio - I, 207.
 Toscana - I, 38, 46, 121.
 Turín - II, 61.
 tracios - II, 201; III, 206, 209, 218.
 Tracia - II, 112, 118, 127, 133, 134, 290; III, 37, 71, 198, 224, 233, 251, 252, 259, 280, 297, 299.
 Trajano, emp. - I, 29; III, 12, 17, 103, 104, 106n.-115, 127, 137-139, 164, 171, 172.
 Transjordania - III, 79.
 Transilvania - III, 101.
 Trápani - I, 42; II, 23, 29, 30, 31.
 Trasimeno - II, 65, 67, 69.
 Trebbia - II, 63, 64.
 Trebelio Polión - III, 13.
 Trebisonda - III, 93, 97, 226.
 Treboniano Galo C. - III, 225.
 Trebonio C. - II, 349.
 Trevis (hoy Saco) río - I, 141.
 treverios, tribu gálica - III, 92.
 Tréveris (ver Augusta Treverorum) *trarii* - I, 149, 204, 205; II, 239, 240.
 tribus - I, 61, 70, 75, 76, 91, 128, 135, 185, 186; II, 45, 263n., 268, 275, 308.
tribuni aetorii - II, 298.
 tribuno de la plebe - I, 93-95, 104, 128, 130, 135, 136; II, 281.
tribuni militum consulari potestate (tribuno militar) - I, 107, 112, 113, 127, 128, 132; II, 189.
tribunicia potestas - II, 344.
triclinium - I, 225.
 Trifano - I, 159.
 Trimalción - III, 147, 170.
 Triocala - II, 246, 247.
 Tripolitania - II, 14, 27; III, 135.
 triunvirato (I) - II, 315.
 triunvirato (II) - II, 350.
triumviri agris iudicandis assignandis - II, 208.
 triunviros para la división de la tierra - I, 138.
 triunviros para la emigración en las colonias - I, 138.
 triunviros monetarios - I, 138.
 triunviros penales - I, 138.

- triumviri reipublicae constituendae* - II, 351.
- Troya - I, 33, 57, 58, 143; III, 50.
- troyanos - III, 50.
- Trombetti Alfredo - I, 51.
- Tucídides - I, 28; II, 7, 8, 147, 162; III, 9, 43.
- Tuliano - I, 223.
- Tulio Hostilio - I, 61, 63, 75, 139, 140, 141.
- Túnez - II, 13, 25, 35, 37, 97; III, 151.
- Turquía - II, 166.
- Turi - I, 170, 171, 178, 188.
- Turno - III, 51.
- tuscolanos - I, 131.
- Túsculo - I, 23, 64, 97, 150, 154n., 159, 186, 189.
- U**
- Ulpiano - III, 157.
- Ulpio Leliano C. - III, 232.
- umbríos - I, 41, 43, 50, 70.
- Umbria - I, 39, 45, 145, 164, 166, 179; II, 69, 92, 94, 260, 263, 334.
- Urania Antonio usurpador en Siria (bajo Alejandro Severo) - III, 196.
- Uranio Antonino, usurpador en Siria (bajo Valeriano) - III, 227.
- usúpetos - II, 326.
- Utica - II, 35, 36, 38, 95, 96, 139, 341, 342; III, 140.
- V**
- Vabalato - III, 232, 240.
- vaccos - II, 53.
- vascos - III, 36.
- Valente, general de Galieno - III, 229.
- Valente, emp. - III, 14, 295-297.
- Valentiniano I - III, 289, 295, 296.
- Valentiniano II - II, 296, 299.
- Valeria, hija de Diocleciano - III, 251.
- Valeriano, hijo de Galieno - III, 228, 229.
- Valeriano, emp. - III, 224-227, 275.
- Valerio L., cónsul en el 449 a.C. - I, 105.
- Valerio M. - II, 20n.
- Valerio M., cónsul en el 300 a.C. - I, 117.
- Valerio P., cónsul en el 509 a.C. - I, 105n.
- Valerio Anciate - I, 25.
- Valerio Catón, poeta - III, 46.
- Valerio Flaco, poeta - III, 169.
- Valerio Flaco L., cónsul en el 86 a.C. - II, 271, 272, 275.
- Valerio Flaco L., hermano gemelo del anterior - II, 280.
- Valerio Levino M. pretor - II, 85.
- Valerio Levino P., cónsul en el 280 a.C. - I, 171, 172.
- Valerio Liciniano Licinio, emp. - III, 257-259, 275.
- Valerio Máximo, historiador - I, 105; II, 11, 25n., 166; III, 11.
- Valerio Mesala Corvino M. - III, 21, 48, 55.
- Valerio Publicola P., cónsul en el 509 a.C. - I, 29.
- vándalos - III, 238, 244, 300, 302, 303.
- Várhely - III, 109.
- Varinio P. - II, 292.
- Vario ●, tribuno - II, 259.
- Vario Marcelo - III, 193.
- Varrón, historiador - I, 9, 30, 33, 58, 112, 114, 115, 220; II, 166, 176, 178, 335; III, 41, 45, 46, 149, 155.
- Vatino P. - II, 318.
- vectigal* - I, 195.
- veyes - I, 63.
- Veyes - I, 83, 110, 112, 142-144 n., 148, 198 n., 200, 225.
- Velia, ciudad - I, 178.
- Velia, colina - I, 56, 63.
- Velina, tribu - II, 44 n.
- vélites - I, 204.
- Velayo Patérculo C. - II, 165, 263 n., 290.
- Velletri - I, 153, 154, 198 n., 226.
- Venafro - II, 181, 261.
- vénetos - I, 41, 145, 148; II, 47, 65, 323.
- Venosa - I, 173, 188; II, 262.
- Vercelas - II, 242, 285.
- Veringetórix - II, 328, 329.
- vernae* - II, 172.

- Vero L., emp. asociado a Marco Aurelio - III, 121, 182, 183.
 Verona - III, 46.
 Verres C. - II, 163, 170, 295.
 Verrio Flaco M. - I, 31; III, 55.
 Vespasiano, emp. - III, 8, 71 n., 79, 85-87, 91-99, 118, 145, 192.
 vestales - I, 211.
 vestinios - II, 259, 264.
 Vesubio - I, 158, 167; II, 167, 291; III, 12, 98.
 Vetranión - III, 281.
 Vetulonia - I, 46.
 Veturio Calvino T. - I, 162 n.
 Via appia - I, 116, 199.
 Via Salaria - I, 54.
 Vibena A. - I, 86.
 Vivio Pansa, cónsul en el 43 a.C. - II, 353.
 Viena - III, 252.
 Villanoba, civilización villanoviana - I, 19, 43, 46, 51, 54.
 Viminal - I, 56.
 vindélicos - III, 37.
 Vindex - III, 83.
 Vindobona (Viena) - III, 141, 184.
 Vindonisa - III, 133.
 Vipsanio Agripa M. - II, 358, 361; III, 19, 55-57, 60.
 Virgilio - I, 32, 57; III, 30, 32, 48-50
 Virginia - I, 99.
 Virginio Rufo - III, 80.
virī clarissimi - III, 116.
virī eminentissimi - III, 116.
virī perfectissimi - III, 116.
 Viriato - II, 143.
 Vitaliano - III, 213.
 Vitelio, emp. - III, 8, 84-86, 92, 98.
 Vitelio L., censor - III, 71 n.
 Vitrubio Polión L. - III, 12, 55, 126.
 Victorina, madre de Victorino - III, 236.
 Victotino, general de Calieno - III, 232, 235, 236.
 volscos - I, 41, 53, 93, 98, 110, 141, 144, 150, 152, 153, 159; II, 234.
 volcinii - I, 48 n., 167 n., 172, 179, 201.
 Voltaire, Françoise Marie Arouet de - III, 15, 50, 176.
 Volusiano - III, 225.
 Volusio L. - III, 149.
 Vulcacio Galicano - III, 13.
 Vulci - I, 47, 64, 144 n., 169, 172.
- W
- Weser - III, 137.
- X
- Xifilino - II, 12; III, 8.
- Y
- yacigios - III, 215.
 yápiges - I, 41.
 Yugoslavia - III, 37.
 Yugurta - II, 230-236.
- Z
- Zama - II, 95, 99, 123.
 Zanzibar - III, 135.
 Zarathustra - III, 196.
 Zela - II, 340.
 Zenobia - III, 232, 240, 241.
 Zenón - III, 303.
 Zonara - II, 12.
 Zósimo - III, 14.



Este libro se terminó
de imprimir en
Industrias Gráficas
ROSSO S. A. I. C. I.
el día 7 de Setiembre de 1959,
en la calle Doblaz 955, Bs. Aires.

